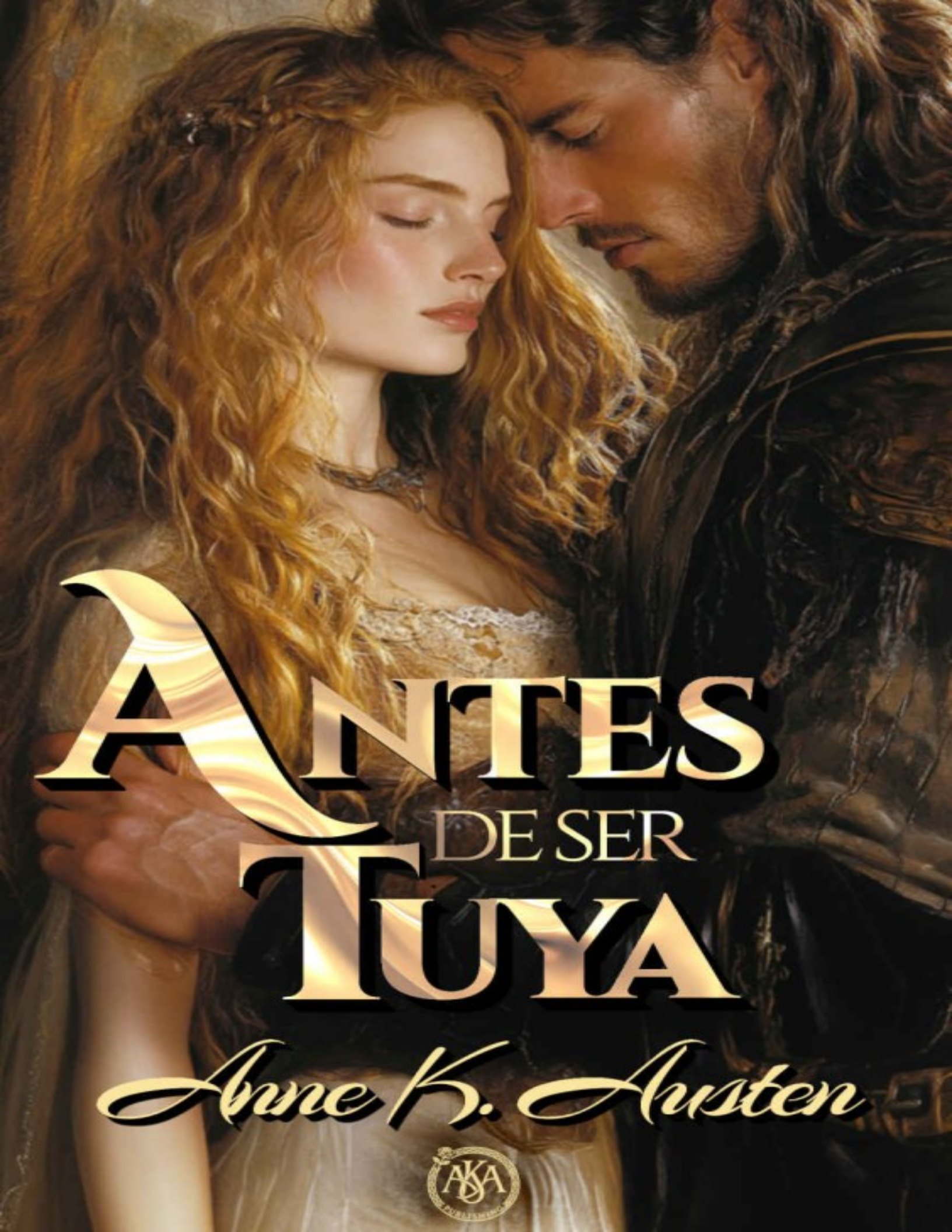
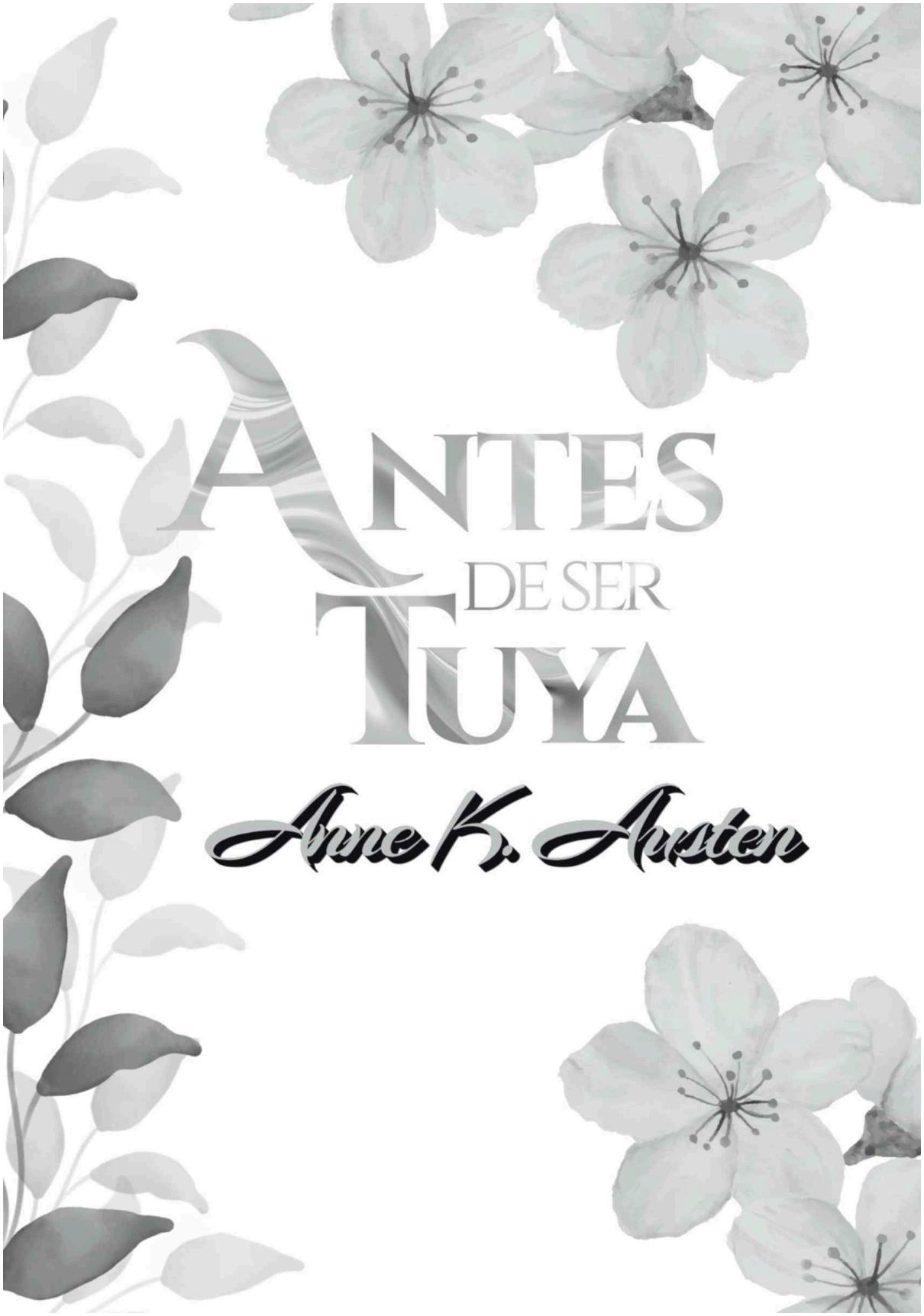

Antes de ser Tuya
Anne K. Austen

Table of Contents

Cronología Histórica de Escocia
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Bibliografía
Biografía


Antes de ser Tuya
Anne K. Austen

Título: Antes de ser tuya

© Anne K. Austen

Mayo 20205

ISBN: 9798283931807

Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen

Maquetación y composición: Anne K. Austen

Corrección: Sara Nogales

@annekausten

annekausten@gmail.com

https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Cronología Histórica de Escocia
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Bibliografía
Biografía

Cronología Histórica de Escocia

(1250-1745)

1250-1300

- 1250-1286: Reinado de Alejandro III. Durante su reinado, Escocia mantuvo una relativa paz y estabilidad económica.
- 1271: La condesa Marjorie de Carrick se casa con Robert de Brus, VI señor de Annandale. Serían los padres de Robert Bruce, el futuro rey de Escocia.
- 1286: Muerte de Alejandro III, lo que lleva a una crisis sucesoria.
- 1297 - 1305: William Wallace surge como líder durante las Guerras de Independencia de Escocia contra Eduardo I de Inglaterra.

1300-1400

- 1306-1329: Reinado de Roberto I (Robert Bruce).
- 1314: Batalla de Bannockburn, una victoria decisiva para los escoceses liderados por Robert Bruce contra los ingleses.
- 1320: Declaración de Arbroath, un documento que afirmaba la independencia de Escocia.
- 1338: Asedio del castillo Dunbar defendido por Black Agnes.

1400-1500

- 1488-1513: Reinado de Jacobo IV.
- 1513: Batalla de Flodden, una derrota devastadora para los escoceses contra los ingleses. Muere Jacobo IV. Su hijo, Jacobo V, apenas un año, queda como heredero.

1500-1600

- 1513-1542: Reinado de Jacobo V.
- **1513–1528:** Regencias sucesivas en Escocia. John Stewart, Duque de Albany, actúa como regente. Escocia está políticamente inestable.
- **1524–1528 (contexto de la novela):**
  • Margarita Tudor, madre del joven Jacobo V, **toma el poder como regente**, se divorcia de Archibald Douglas, Conde de Angus, y lucha por mantener el control político.
  • Durante este periodo, el joven **Jacobo V es virtualmente secuestrado por Angus**, quien lo retiene en Edimburgo y gobierna en su nombre.

• Margarita logra **rescatar a su hijo en 1528**, y Jacobo V asume el trono con 16 años.

- 1539-1540: En este período, hubo varias escaramuzas y conflictos menores entre Escocia e Inglaterra, como parte de las tensiones crecientes que eventualmente llevarían a las Guerras del Rough Wooing.
- 1542: Batalla de Solway Moss, una derrota significativa para los escoceses contra las fuerzas inglesas.
- 1542-1567: Reinado de María I, también conocida como María, Reina de Escocia.
- 1542-43: María I es coronada reina siendo una bebé.
- 1544: Durante las Guerras del Rough Wooing, Inglaterra lleva a cabo una serie de incursiones destructivas en Escocia, incluyendo el saqueo de Edimburgo, conocido como el «Incendio de Edimburgo».
- 1543-1567: Durante su minoría de edad, Escocia fue gobernada por varios regentes, incluyendo a James Hamilton, 2.º conde de Arran, y más tarde por su madre, María de Guisa, hasta su muerte en 1560. Después de su muerte, su medio hermano, James Stewart, 1. ° conde de Moray, asumió la regencia hasta su asesinato en 1570.
- 1560: Reforma Protestante Escocesa y el fin del control de la Iglesia Católica.
- 1567-1625: Reinado de Jacobo VI.
- 1567: Jacobo VI se convierte en Rey de Escocia a la temprana edad de un año, tras la abdicación de su madre, María I de Escocia
- 1567: Muerte de Lord Darnley, el segundo esposo de María, Reina de Escocia, y padre de Jacobo VI.
- 1587: Ejecución de María, Reina de Escocia. Tras 19 años de cautiverio en Inglaterra.
- 1603: Tras la muerte de Isabel I, Jacobo VI de Escocia se convierte también en Jacobo I de Inglaterra.

1600-1700

- 1603: Primera proscripción del clan MacGregor, una medida legal que prohibió el uso del nombre MacGregor y les desterraba de sus tierras, condenándoles a la proscripción.
- 1639-1651: Guerra Civil de los Tres Reinos, una serie de conflictos armados y maniobras políticas que ocurrieron en Escocia, Inglaterra e Irlanda. Estos conflictos vieron enfrentamientos entre los realistas, que apoyaban al rey, y los parlamentarios, que buscaban mayor control sobre el gobierno.

- 1649-1660: Interregno, un período sin monarca, durante el cual Oliver Cromwell lideró como Lord Protector de la Commonwealth, tras decapitar a Carlos I de Inglaterra y Escocia.
- 1653-54: Oliver Cromwell establece el Protectorado.
- 1654: Batalla de Dalnaspidal, donde las fuerzas de Cromwell se enfrentaron a los realistas escoceses.
- 1660-1685: Restauración de la monarquía con Carlos II como rey.
- 1689-1702: Reinado de Guillermo III y María II.
- 1689: Batalla de Killiecrankie, donde los jacobitas obtuvieron una victoria pírrica contra las fuerzas gubernamentales.

1700-1745

- 1707: Acto de Unión, que unió a Escocia e Inglaterra en el Reino de Gran Bretaña.
- 1714-1727: Reinado de Jorge I, de la casa de Hannover, también rey de Inglaterra.
- 1715: Primer levantamiento jacobita.
- 1727-1760: Reinado de Jorge II, también de la casa de Hannover y rey de Inglaterra.
- 1745: Segundo levantamiento jacobita.
- 1746: Batalla de Culloden, la última batalla librada en suelo británico, donde las fuerzas jacobitas fueron derrotadas por las fuerzas gubernamentales.



Prólogo

«ISLEEN»

Tierras de Dùn Fergas, Escocia. Abril de 1525

La mañana huele a turba mojada y a corteza recién astillada por las hachas. El cielo está bajo; las nubes cortan la cima como si quisieran rebanarla. Killian y yo bordeamos el arroyo que marca el límite de nuestras tierras. Al otro lado empieza Glen Lyon, feudo concedido *provisionalmente* a los Ruthven por el conde de Angus, el todopoderoso regente que mantiene al joven rey Jacobo V encerrado en el castillo de Edimburgo. Aun así, Killian se empeña en perseguir a su presa.

—Si la vuelvo a atrapar, tendrás que tragarte tus palabras —gruñe entre risas, ladeando el arco.

—Mi orgullo está a salvo. Lo que peligra es tu estómago —respondo, jadeando mientras sorteo un tronco caído.

Al rato, cuando el ciervo se nos escapa y el eco de sus carcajadas llena el claro, nos damos un momento para recuperar el aliento. Él apoya el arco en la corteza de un pino, con esa mirada suya que aún es de crío, pero ya carga con la sombra del laird que será algún día.

—Padre dice que sigues sin escoger pretendiente.

Me quito el bonete de lana y el viento helado me despeina los mechones de la frente.

—Padre también dice que el whisky es un remedio para la tos, y mira cómo suena cuando carraspea —le recuerdo.

Killian chasquea la lengua.

—Excusas. ¿Qué pasa con sir Lachlan Kennedy? Se desvive por ti.

—¿Ese? No se desvive: desvaría. Pretende que comparta su cama *una vez al mes* —subrayo con los dedos—, solo para engendrar un heredero. El resto del tiempo, la llenaría con «acompañantes de paso». Lo dejó todo muy claro: «Serás mía… el quince de cada mes. El resto, necesito… libertad de maniobra».

Killian estalla en una carcajada que sacude los helechos.

—Admite que es sincero.

—Sincero y patán. Imagínate: yo esperando mi turno mensual mientras él reparte caricias a diestro y siniestro. Para eso me planto en

un convento y al menos rezo a diario, no un triste día al mes —respondo con la nariz arrugada.

Él me examina con gesto burlón.

—Lo cierto es que eres exigente para alguien que ya roza los…

—Ni se te ocurra pronunciar esa cifra —le corto, alzando un dedo.

—…venti *magníficos* años —remata, aguantando una carcajada.

Nos reímos. La risa de Killian vibra en mi pecho como un latido propio. Me resulta imposible imaginar mi mundo sin ese sonido.

Nos apoyamos espalda con espalda, respirando el frío. El bosque está vivo: huele a hierba, a musgo, a flores silvestres que acaban de romper la tierra.

—Hablando de conventos, podrías fugarte con las monjas de Dunkeld. Te aseguro que allí no tendrías pretendientes.

—Y tú podrías ahorrarte la soga que el regente reserva para los MacNab, si sigues cruzando fronteras con tanta ligereza —replico señalando las lindes.

—Dicen que el conde de Angus ha vuelto a mandar mensajeros a Stirling para exigir más impuestos —murmura Killian, tensando el arco.

—Y que su gente ha quemado el título de vasallaje del clan MacGregor ayer al alba —añado, mientras despejo zarzas de mi falda—. Si puede borrar un linaje entero en un pergamino, también puede alargar las lindes a su antojo.

Él se encoge de hombros, como si el peligro fuera un juego.

—Solo cazamos. Ni conspiramos ni negociamos con contrabandistas. Un ciervo no sabe leer fronteras.

—El regente sí, y Alastair Ruthven también. Y le encanta recordar a todo el mundo que la *ley de caza del rey* le pertenece mientras Jacobo siga bajo llave.

Killian lanza un dardo de ironía:

—¿Desde cuándo te tiembla el pulso? Antes me asustaba tu audacia; ahora me preocupan tus escrúpulos.

—Mis escrúpulos pretenden mantener tu cabeza donde debe —replico, aunque se me escapa una sonrisa—. Somos los únicos hijos de Finlay MacNab que quedan con ella en su sitio.

Nos detenemos junto a un tejo gigante. Killian, siempre impaciente, salta la veta de terreno prohibido para tomar mejor ángulo. Yo me

quedo en la linde, con el corazón bombeando el doble: por el riesgo que supone cruzar la línea invisible que separa la jurisdicción de nuestro clan del brazo armado de Angus.

—Vuelve ahora mismo —le ordeno, conteniendo la voz.

—Isleen, apenas he dado tres pasos. Ni siquiera llueve en este lado —se burla.

En ese segundo aparece el ciervo: un macho joven, pelaje cobrizo, cornamenta breve. Su flanco late de miedo; seguramente huele nuestro aliento. Killian se fija, tensa la cuerda y, cuando suelta la flecha, el animal huye… directo al fondo de la tierra de los Ruthven. Killian corre tras él sin pensar y yo le sigo con el corazón en un puño.

El claro se ensancha hasta dejarnos ver el viejo mojón medio oculto entre zarzas que antes pertenecía a nuestro clan. Pero ahora estamos demasiado lejos del refugio de las tierras MacNab y sin el salvoconducto que Alastair Ruthven exige a cualquiera que pretenda pisar sus tierras. Killian tropieza, yo le sujeto el brazo.

—No te adentres más. No hoy.

—¿Desde cuándo la propia Isleen teme a los Ruthven?

—No les temo; los conozco. Tu heroicidad les parece la excusa perfecta para colgar a un MacNab de cada roble.

Él sonríe con ironía.

—Entonces ve corriendo a que te salve tu matrimonio mensual.

—No me salvará nadie que no sea yo —respondo, seria.

Se queda callado unos latidos. Después afloja la cuerda del arco y me ofrece su mano enguantada.

—Hermanita… un día tendrás que elegir quién te guarda la espalda. Un buen esposo.

—Cuido muy bien de ella sola —digo, colocándole un mechón tras la oreja con gesto fraternal—. Y de la tuya también, mientras respire.

Nos enlazamos los dedos, empujándonos suavemente, jugando a desequilibrarnos, hasta que un crujido metálico corta el aire. Un grupo de jinetes negros emerge del sendero con estandartes con el ciervo rojo de Ruthven. Diez, quizá doce hombres armados. La luz se apaga, como si el bosque entendiera lo que va a ocurrir.

Killian cambia el arco por la daga, aunque ambos sabemos que es inútil.

—Mantén la calma —susurro—. Solo somos cazadores que se han despistado.

—Solo —escupe, mientras se pone delante de mí ágil como un gato —. En cuanto vean quienes somos esa excusa será inútil.



La tierra está húmeda bajo mis pies. No por la lluvia: por la sangre que ya gotea de la ceja y la nariz de Killian. Lo han reducido con culatas de arcabuz antes de quitarnos las armas. La soga le muerde las muñecas y, aun así, mantiene la cabeza alta.

Un soldado desenrolla el pergamino con voz hueca:

—Por orden del duque de Chatelherault, Archibald Douglas, conde de Angus y regente de Escocia, y en cumplimiento de la Ley de Caza Real y de los edictos contra la insurrección… —recita un soldado, desplegando un pergamino recién escrito.

No importa que la cifra de la multa sea ridícula, que la supuesta insurrección consista en cruzar tres pasos imaginarios. Angus necesita un ejemplo; Ruthven disfruta ejecutándolo. Nadie acudirá en nuestra defensa: si el rey legítimo está encerrado, ¿qué valor tiene la palabra de dos MacNab?

—¡Teníamos derecho de pasto antes de que Angus pintara sus nuevos mapas! —grito, con la boca llena de tierra.

—Los derechos caducan cuando la corona los redibuja —replica Alastair Ruthven, emergiendo del claro con esa sonrisa venenosa que siempre porta, un depredador vestido de nobleza—. Pero entiendo que los MacNab siempre han preferido leyes antiguas, oxidadas como sus espadas y huecas como sus protestas.

Killian sonríe, aunque la sangre que escupe mancha su boca y barbilla.

—Si queréis arrestarme por algo decente, acusadme de robaros el valor —se burla con un tono hiriente, cargado de orgullo—. El ciervo lo cazo gratis.

Alastair lo observa divertido, arqueando una ceja con ironía ácida.

—Una lástima que tu ingenio no compense tu estupidez, muchacho. La gracia no exonera crímenes, menos aún a quien tiene el apellido

incorrecto.

Mis lágrimas ya no se contienen. Caen como lluvia, amargas y cálidas. Busco desesperada la mirada de Killian, que ahora me contempla severo, exigiendo sin palabras que guarde mi dignidad. Pero yo no puedo. Hoy no.

—Llevadme a mí —imploro, la voz desgarrada y el alma en carne viva—. Él solo tiene quince años Yo soy la responsable de traerlo aquí.

Ruthven me mira con desprecio.

—Qué espectáculo tan triste. —Su tono arrastra la ironía como una daga húmeda—. La última flor marchita de los MacNab llorando por el último retoño seco de su árbol. Ninguna ofrenda puede compensar la corona que vuestro padre se niega a besar.

—¡Killian es inocente! —sollozo—. ¡Es solo un muchacho!

—Un muchacho, sí. Pero también el último hijo varón del Laird Finlay. Qué casualidad que el linaje MacNab acabe hoy, ¿no te parece? —Se vuelve hacia sus hombres sin dejar de hablar—. Si mi padre estuviera aquí, diría que no basta con derrocar un castillo si dejas el heredero suelto. Yo soy más práctico.

—¡Alastair, os lo ruego…!

Y lo hago. Me arrodillo. Con las manos en la tierra y la garganta abierta en una súplica que quema más que la vergüenza. Me arrodillo delante del hombre que quiere borrar a mi hermano del mundo.

—Matadme a mí, si queréis. Pero no a él.

Ruthven se acerca. El barro me chorrea desde las mangas del vestido hasta los muslos. Él se inclina, me toma el rostro entre los dedos enguantados. Me huele. Me desprecia.

—No me interesáis lo suficiente. Ni como ejemplo ni como trofeo. A vuestra edad… —su voz es un cuchillo afilado— ya deberíais estar encinta o enclaustrada. En cambio, os arrastráis por un chiquillo. Qué lástima. Dentro de poco nadie os querrá de rodillas ni siquiera para sentir vuestra boca bajo su cintura.

Retrocedo asqueada, humillada, tragándome el odio que me quema la garganta. Killian me sostiene la mirada, firme, decidido, y por un instante parece mayor, maduro, decidido a enfrentar su final con una dignidad que me rompe el corazón.

—Isleen… ¿recuerdas cuando me prometiste que matarías a los monstruos por mí?

Me cuesta respirar. Solo puedo asentir.

—Prométeme que lo harás. Haz que esto signifique algo.

Quiero responder, pero la espada cae antes de que logre formular una sola palabra. Killian no grita. Yo sí. Un grito desgarrado, animal, desgajado de mi misma alma cuando su sangre me salpica los labios y el pecho, manchando para siempre mi corazón.

Los hombres de Ruthven se retiran con indiferencia, como si acabaran de ejecutar un trámite aburrido. Alastair se vuelve por última vez, arrogante y cruel.

—Decidle a vuestro padre, cuando llore por su último hijo, que está en deuda conmigo por haberos dejado marchar sin tocaros ni un pelo. Poca gente recibe tanta clemencia de mí.

Me quedo sola, arrodillada en la sangre tibia de Killian, con las manos hundidas en un barro que ya no es barro, sino la carne del mundo rota en pedazos. La tela de mi vestido se empapa, pero no lo noto. Solo siento el temblor. No en los músculos, sino en el pecho, donde antes latía la certeza de que él estaría siempre a mi lado, riendo, burlándose, protegiéndome de todo, incluso de mí misma.

El aire es espeso. El silencio pesa más que el acero. El bosque entero guarda un luto inmóvil mientras yo me deshago por dentro, desbordada, ahogada en una pena que no cabe en el cuerpo.

He suplicado, he rogado, me he humillado. Y no ha servido de nada.

Y justo ahí, en ese instante de devastación absoluta, cuando ya no queda orgullo ni esperanza, solo rabia sorda y amor que ya no tiene a quién abrazar, lo juro. No con palabras. Con la sangre que me mancha la piel. Con la voz que no me sale. Con las entrañas que se me abren de dolor.

Nunca más volveré a suplicar.

Nunca más volveré a arrodillarme ante un hombre.

Y aunque me arrastre sola por la inmundicia del mundo, haré todo lo que esté en mi mano para que ningún otro rostro desaparezca bajo las botas de los Ruthven. Para que ningún otro corazón se apague sin que nadie lo defienda.

No por venganza.

Por él.

Por lo que fue.

Por lo que aún late dentro de mí cada vez que lo nombro en silencio.



Capítulo 1

«ISLEEN»

Castillo de Dùn Fergas, abril de 1527

Me siento en la penumbra de la habitación mientras oigo la tos ronca de mi padre. Cada vez que su pecho se sacude, temo que no logre llegar al siguiente aliento. Me inclino hacia él, y apenas reconozco en esos ojos febriles al hombre que me enseñó a cabalgar sin miedo, a utilizar una ballesta y una daga.

—Isleen —murmura con un hilo de voz que pretende sonar firme—. Ya te lo he dicho: debes casarte.

Me alejo un poco y reprimo el bufido que pugna por salir de mis labios. Lleva toda la mañana repitiendo lo mismo. Aprieto los puños, temiendo que una ironía empeore aún más su ánimo.

—Te pido que pienses en el clan MacNab. Desde que tus hermanos murieron, no queda un líder fuerte que tome las riendas.

—¿Y yo qué soy, un jarrón decorativo? —musito, retirando la mano que él intentaba asir.

—Lo sabes mejor que nadie. No van a seguir a una mujer sola. Menos en medio de la amenaza que se cierne sobre nosotros.

—Padre, sé que quieres que me case con Darian MacNeish, pero... necesito entender por qué. Él no tiene tierras, no dispone de un castillo, vive escondido en las montañas ¿Por qué me pides que lo acepte como esposo?

Se lleva un pañuelo a la boca y tose con tanta fuerza que sus dedos se crispan contra la manta. Luego, me sujeta la muñeca en un gesto que intenta ser enérgico.

—Porque sigue vivo —murmura—. Y eso, tratándose de un MacNeish, ya es un milagro.

Parpadeo, confundida.

—Los MacNab—nosotros—los barrimos hace años —continúa, sin paños calientes—. Quemamos su torre, esparcimos a los suyos. Debían haber desaparecido, pero él aguantó. Se hizo un nombre entre proscritos y pastores, desafiando a los Ruthven en cada curva del río. Sin estandarte, sin ejércitos… solo coraje y mala idea a partes iguales.

Hace una pausa; el pañuelo vuelve a teñirse de rojo.

—Un hombre que se mantiene en pie cuando su clan arde —prosigue— es justo lo que necesitamos contra Alastair Ruthven.

—¿Y desde cuándo los MacNab dependemos de un desconocido con fama de cruel? —Miro a un lado, irritada por la dureza de la situación.

—Desde que nos quedamos solos —responde con voz cascada—. ¿O no has visto cómo han caído los clanes vecinos? Cualquier líder que alza la cabeza contra los Ruthven acaba con la garganta abierta.

—Lo sé muy bien, padre —le respondo con pesar. Ya han pasado dos años desde la muerte de Killian, pero aún duele—. ¿Y Darian por qué habría de ser distinto?

—Lo temen. No se inclina, ni siquiera ante la corona. Está hecho de otro material.

Lo observo en silencio, sintiendo cómo cada palabra destruye mis pocas certezas. Darian MacNeish odia a mi familia. Lleva años hostigándonos. Aun así, mi padre insiste en que es la última esperanza para resistir ante la voracidad de los Ruthven.

—Darian es apenas un hombre con… un puñado de proscritos.

—Son proscritos, pero fieles. Lo siguen porque les salvó la vida. No subestimes la fuerza de esa lealtad.

—Mientras no arrasen antes nuestro castillo. —Mi sarcasmo se cuela entre mis palabras.

—Isleen… —La voz de mi padre se quiebra—. Sé que no es justo para ti. Pero las circunstancias no lo son para nadie. El regente desprecia a los clanes del norte y nos arrebata las mejores tierras mientras se las sigue concediendo a los Ruthven. Darian se ha atrevido a desafiarlos.

—Entiendo lo que pretendes. —Noto un nudo en mi garganta—. Pero me pides que me case con un enemigo declarado. ¿Qué nos hace pensar que no querrá vengarse cuando cruce nuestras murallas? Nos odia.

—No es un villano sin cabeza —murmura mi padre, con la voz casi rota—. Si ve que esta unión busca un fin común —derrotar a los Ruthven—, pondrá su espada al servicio de los MacNab.

—Así que, en resumen, seré el pago para sellar el acuerdo —concluyo con amargura.

La respiración de mi padre suena pesada. Me acaricia la mano con torpeza, gastando energías que no tiene.

—Ojalá las cosas fueran distintas —susurra—. Si la nobleza y los Ruthven no fueran tan ambiciosos… Tal vez habrías hallado a un buen hombre de nuestro propio clan…

—Nadie está a salvo —pienso—. No mientras Angus venda decretos en la capital y los Ruthven los cobren con hierro aquí arriba.

—Darian MacNeish es un guerrero temible. Los Ruthven lo saben —confirma con un deje de tos—. Con él, al menos tendremos una oportunidad. Sin él, es cuestión de tiempo que perdamos el castillo.

Cruzo los brazos, conteniendo el temblor.

—Creció entre cenizas que nosotros dejamos. ¿Pretendes que olvide eso por un vestido de novia?

—No lo olvidará — concede—. Pero, si se casa contigo, su guerra se alinea con la nuestra. Él gana escudo, nosotros espada. Y juntos, tal vez, frenemos a Ruthven antes de que Angus firme otra orden de ejecución.

El viento se cuela por la tronera y apaga media vela. En la penumbra, mi padre parece más hueso que carne, más culpa que laird.

—¿Esto se trata de redención o de supervivencia?

—De ambas —confiesa—. Quiero que tengas tu hogar cuando yo falte. Y quiero compensar el daño que causamos.

Trago el nudo que me sube por la garganta. Veo la imagen de Killian ensangrentado y la sombra de Darian, ese niño hecho hombre que creció odiando nuestro apellido.

—Si el precio de frenar a los Ruthven es encadenarme a la furia de Darian MacNeish, pagaré —digo por fin, la voz hueca—. Pero no lo haré como una oveja al matadero. Negociaré mis propios términos.

Mi padre deja escapar un suspiro que huele a menta macerada y derrota.

—Hazlo. Sírvete de tu ingenio. Pero recibe a Darian como aliado, no como enemigo. Los fantasmas que dejamos atrás caminan con nosotros, Isleen. Domínalos antes de que lo hagan ellos.

Lo ayudo a incorporarse mientras tose de nuevo, sofocado. Le siento la fiebre en la frente y me invade la desesperación.

—Antes de pensar en bodas, lo primero es que te cures. Deja que venga Mairead Gunn, que dicen que nació con el don en las manos. Eilidh es magnífica con heridas abiertas y flechas atravesadas, pero lo tuyo no es una herida: es una fiebre que no cede. Y que el barbero solo se acerque para afeitarte, nada de sangrías.

—No alimentes esperanzas sin fundamento. Los Gunn viven demasiado al norte; tardaría semanas en llegar y sería un viaje en balde —musita—. Y, aunque me sane, la decisión está tomada. El clan necesita a Darian.

Aprieto los labios. Sé que tiene razón en parte. Pero no soporto la idea de ser entregada como una simple moneda de cambio a un hombre que nos detesta.

—Ni siquiera se ha molestado en presentarse.

—No es un cortesano. Es un guerrero. Hará acto de presencia cuando menos te lo esperes.

Salgo de la alcoba con un nudo en el estómago. Sé que nuestro castillo, por muy ancestral que sea, no es inexpugnable y que nadie estará a salvo de los Ruthven… hasta que alguien los detenga.

Si esa mano ha de ser la de un hombre que ansiaba nuestra sangre, aprenderé a sostenerla sin soltar mi daga.

Mientras camino, decido algo más: antes de que Darian me reclame, elegiré yo quién estrena mi piel**.** Mi virginidad no será un tributo político, sino prueba de que mi voluntad sigue intacta.

Encontraré a otro hombre al que entregar lo que mi padre quiere que sea para Darian. Tal vez no pueda evitar la boda, pero sí elegir con quien comparto mi primera vez.

Solo entonces firmaré la alianza.

Y que arda, si ha de arder. Pero que ilumine la caída de los Ruthven que es por lo único que acepto este matrimonio.



No doy diez pasos y Eilidh aparece por la arcada con un cesto de hierbas, el cabello revuelto y la nariz cubierta de polen como si fuera parte del ramo.

—Parpadea y te pierdes el espectáculo —se ríe—. Medio castillo haciendo guirnaldas y los gaiteros puliendo sus instrumentos. ¿Adivinas por qué?

Me masajeo la sien.

—Ojalá no sea por mí —respondo pensando en la inminente boda.

—Bealltainn, claro, hogueras y un puñado de madres de los clanes vecinos deseando enlazar a sus retoños contigo antes de que otro te ate el cinturón y la herencia.

—Fantástico. Porque nada me atrae más que casarme con algún primogénito que huela a establo y codicia.

Eilidh suelta una carcajada.

—No seas exquisita. Con que diferencie tu mano derecha de la izquierda nos vale.

Chasqueo la lengua.

—No vienen porque les interese obtener mi mano, Eilidh. Vienen por el castillo. Por el nombre. Porque saben que, si me atan, atan lo que queda del poder MacNab.

—Entonces quémales la ilusión en la hoguera. Baila, ríe y que se marchen con las manos vacías y el orgullo chamuscado.

Doblamos la esquina y casi chocamos con Caelan. Espada recién pulida, capa negra hasta las botas, la mirada afilada. Ceñido al torso y la cintura, el tartán MacNab: de fondo rojo fuego cruzado por bandas anchas de negro y verde oscuro que recuerdan el brezo y la turba. Sobre el broche plateado reluce nuestro emblema —el ciervo rampante— y, grabado alrededor, el viejo lema del clan: **«Timor Omnis Abesto»**. Que todo miedo se aleje. Caelan no necesita hablar: basta con su presencia para ordenar el castillo.

—Capitán —saludo.

Asiente, comprueba que llevo la daga al cinto —como si yo saliera desarmada— y sigue su ronda con la gravedad de quien carga el deber a la espalda.

Eilidh espera a que desaparezca antes de soltar un suspiro de devoción que en cualquier otra boca sería pecado.

—Tampoco hace falta que elijas fuera de estos muros —susurra—. ¿Has visto esos hombros? Podríamos reforzar el torreón norte sobre ellos.

Le doy un codazo suave.

—Cuidado, que las piedras escuchan.

—Las piedras tal vez, pero él no. Ese hombre tiene menos gestos que un monje en penitencia. —Ríe.

Le lanzo una mirada de medio lado.

—Si dices esas cosas en voz alta, acabas en confesión toda la semana.

—¿Y qué? Me arrepiento después. Pero si ese hombre algún día se arrodilla… espero que no sea para rezar.

La miro con fingida severidad.

—Un día vas a acabar en la hoguera, y no será por bruja. Será por descarada.



Capítulo 2

«ISLEEN»

La madera ya crepita en el centro del claro, alta, seca, dispuesta. Todavía no arde, pero lo hará pronto. Como cada año, encenderemos el fuego cuando el sol comience a caer, y entonces las llamas bailarán por nosotros, por lo que dejamos atrás y por lo que llegará.

Bealltainn, la noche en que se cruzan los umbrales.

Entre estaciones. Entre mundos. Entre decisiones que parecen pequeñas y acaban cambiándolo todo.

Los preparativos llenan el aire de olores conocidos: resina, humo leve, brezo, cordero asado con romero. La tierra está húmeda por las lluvias de abril, pero firme. Y más allá del círculo de piedra, el Loch Earn refleja un cielo limpio, apenas salpicado por nubes largas, delgadas, como si el día también contuviera el aliento.

Estamos en los límites de nuestro territorio, justo donde las colinas empiezan a inclinarse hacia el este. Las tierras de los MacNab no son vastas, pero sí antiguas. Rodean el castillo de Dùn Fergas. No parece un lugar levantado por manos humanas: brota de la loma como una costra de arenisca rojiza, la misma piedra que asoma, tozuda, entre los brezos de Strath Fillan. Cuando amanece, los muros se encienden en cobre; al atardecer se apagan hasta confundirse con la roca, de modo que el enemigo no sabe dónde termina la colina y empieza la fortaleza.

Un primer cinturón de pared seca, bajo y ancho, abraza las cuadras, los corrales y la herrería. Allí suenan, desde que amanece, martillos sobre yunque y relinchos impacientes; el olor a hierro y estiércol se mezcla con la resina que gotea de las antorchas. Más arriba, la muralla alta —sillares ajustados con terquedad de generaciones— guarda la gran sala y la torre del homenaje. El portón abre al sur; quien ataque desde el norte ha de bordear media loma antes de presentar ariete, y para entonces las troneras ya escupen flecha y fuego.

Dentro, el patio empedrado conserva grietas donde la lluvia se esconde y desaparece como por arte de la piedra. Un almendro viejo se obstina en florecer cada primavera: su lluvia de pétalos rosados mancha las armaduras y perfuma los juramentos que se pronuncian bajo su copa. Bajo el tejado a dos aguas de la sala grande, las vigas de pino negro se arquean como costillas de un animal antiguo; entre ellas cuelgan los estandartes MacNab —ciervo rampante sobre oro—,

siempre algo ahumados por las hogueras de resina que arden noche y día.

Desde mi torre norte, el mirador, alcanzo a distinguir la cinta plateada del Dochart y, los días despejados, el brillo frío de Loch Tay. Más allá se extienden nuestras turberas: islas de barro oscuro que, al caer la tarde, sudan vapores y convierten el castillo en una fortaleza flotante. Al oeste, los abedules y pinos silvestres crujen como viejos escuderos; allí se esconden los ciervos que mi hermano solía perseguir y los cuervos como aviso a intrusos.

Aquí, la tierra es escocesa en todo lo que importa: resistente, salvaje, orgullosa.

Este año, mi padre ha querido que seamos los anfitriones.

Una decisión política, no festiva.

Los McLaren han acudido con gesto grave.

Los Buchanan, con canciones y viejas banderas.

Los Colquhoun, con sus caras de mármol y vino fuerte.

Y los Drummond**,** siempre impecables, han enviado a su segundo hijo como un regalo que mi padre aún no ha abierto.

Y los demás… no han podido venir.

Porque ya no están.

Los Ruthven han arrasado lo que tocan. No conquistan: apagan.

Mi padre camina entre los invitados con paso lento, pero firme. Ha tenido fuerzas para bajar del castillo y vestirse con el tartán ceremonial. Lo acompaña su escudero, aunque él finge que no lo necesita. Yo sé que cada paso le cuesta. Que la fiebre aún lo visita por las noches. Que no está mejor. Solo decidido.

—Un laird que no camina entre los suyos, no tiene clan que lo siga — ha dicho.

Yo lo observo desde la distancia, desde el borde del claro, con el vestido de lino dorado pegado a las piernas por el viento. Lo veo sonreír con esfuerzo, estrechar manos, fingir fuerza. Lo veo vivo, pero débil. Y sé lo que está pensando.

«Darian MacNeish».

Apenas se ha recuperado de su última recaída y ya vuelve a pronunciar ese nombre como si fuera una promesa. Como si con solo entregarme a ese hombre pudiera asegurarle al clan un futuro.

El sol empieza a caer cuando las gaitas suenan por primera vez. Alrededor del círculo, los invitados se acomodan. Algunos ríen. Otros solo observan. Todos han oído los rumores.

Que los Ruthven avanzan más rápido que el humo.

Que los lairds que no se alinean con Angus, desaparecen.

Y que yo, la única hija de Finlay MacNab, voy a casarme con el último descendiente del clan MacNeish, cuyas tierras fueron arrasadas, cuyos muertos aún no tienen paz y que ahora regresa no como aliado… sino como algo más peligroso: esperanza.

Yo solo quiero respirar sin sentir que alguien más ha decidido por mí.

Esta noche, bailaré en círculo como las demás. Sonreiré cuando me ofrezcan hidromiel o cerveza y fingiré no ver cómo los hombres me observan, como quien evalúa el precio de un caballo antes de una subasta.

Quizá por eso me he dejado el cabello suelto esta vez.

No lo he recogido como mandan las viejas normas para las doncellas que aún no han sido tocadas. No quiero parecer dócil, ni decente, ni resignada.

Quiero parecer libre.

O, al menos, pretenderlo con suficiente convicción como para creérmelo esta noche. Tampoco me oculto bajo el tartán bordado de mi madre. He elegido el vestido fino de lino, el que apenas me cubre los hombros, el que se pega cuando camino cerca del lago.

No por coquetería.

Por decisión.

Mi piel es tan blanca como la leche recién hervida. Siempre lo ha sido. El sol apenas me toca. Soy la hija de un laird, pero parezco más bien una criatura sacada de un cuento: rubia, callada, rodeada de historias ajenas.

Hoy no quiero parecer de porcelana. Hoy quiero parecer libre.

Porque he tomado una resolución. No lo he dicho en voz alta, pero la llevo colgando del cuello como una promesa.
No voy a entregarme por primera vez a un desconocido en una cama tibia por órdenes de otros. No voy a ser sacrificada como parte de un acuerdo.

Si voy a ser de alguien, lo seré por voluntad.

Solo una vez.

Solo por mí.

No sé quién será. No busco amor, ni ternura, ni siquiera placer.

Busco algo más sencillo: decidir.

Quiero que, cuando llegue ese momento, ese primer gesto, esa rendición, sea mía.

Y que el hombre que me toque, lo haga porque yo lo he elegido. No porque alguien me haya comprado.



Bajo las gaitas suena un repique de tambores; las hogueras arrojan chispas al cielo que anochece. Pero siento un calor distinto en la nuca: no es el fuego, es la certeza de que alguien me observa.

No del modo en que suelen mirarme los hombres en este tipo de celebraciones. No con lascivia ni con ansias de pactos bien cerrados. Esta mirada pesa de otro modo.

Alzo la vista. Y ahí está.

De pie, en el extremo del claro, medio envuelto en sombra.
Ni en el centro ni del todo apartado. Sin sonrisa que vender.

No lleva tartán de clan ni broche que lo delate. Viste cuero negro ceñido a las piernas —gastado en las rodillas de tanto cabalgar— y botas altas que acaban debajo de las rodillas. La camisa, también negra, se abre un par de dedos en el pecho y deja ver un hilo de piel curtida donde late un pulso tranquilo. Luce el cabello oscuro, desordenado, como si el viento no se atreviera a mandarlo. Y aun así hay en él una elegancia distraída, la de quien ha sobrevivido al filo tantas veces que ya no necesita presumir de él.

Su presencia desentona y al mismo tiempo manda. Permanece con los brazos cruzados, el peso en un solo talón, como si vigilar fuera su oficio natural.

Los otros —compañeros, imagino— están cerca, bebiendo y riendo. Uno gesticula. Otro intenta bailar. El tercero lo interrumpe solo para burlarse. Pero él no dice nada. Solo me mira. Y cuando nuestros ojos se encuentran, no aparta la vista.

Pasa una sola vez por mi lado, camino del barril para llenar su jarra. Huele a cuero y a eucalipto. El calor de la hoguera se queda atrás; el suyo dura un parpadeo más en mi piel.

«Peligro», susurra una parte de mí.

«Voluntad», responde otra muy distinta.

Y descubro que no sé cuál me seduce más.



Me escapo del círculo donde las mujeres bailan descalzas sobre la hierba húmeda y camino hasta la sombra de una encina, donde el humo no ahoga tanto.

Y entonces los oigo hablar. Son cinco hombres sentados sobre troncos caídos; las sombras les recortan el rostro, pero percibo con claridad el brillo de sus armas: hay hachas, espadas… y un pesado garrote con aspecto amenazador.

—¿¿La última vez que tocaste una mujer fue voluntario… o te resbalaste encima, Kerran?

—¿Define tocar? —responde uno, con una carcajada rasposa—. Porque hace dos lunas, una viuda me lanzó una escoba y yo la atrapé. Eso cuenta como juego previo en algunas aldeas.

—Solo si luego te la follaste —interviene otro, entre risas—. Y la escoba no cuenta.

—Depende. ¿La escoba tenía nombre?

Más risas. Rudas. Reales.

Uno —el más ancho, calvo y con la piel curtida— se rasca el cuello con la parte roma de un hacha. Otro tiene una flauta atada al cinto y la desata sin que nadie se lo pida.

—Te juro que si soplas esa cosa otra vez, Finn, te meto la flauta por el culo hasta que toques por el ombligo —gruñe el calvo.

—¿Y qué nota crees que daré, Broen? ¿Un si bemol?

—Una hostia. Bemol, mayor, menor, me da igual.

—¿Qué demonios tallas ahora, Broen? ¿Otra virgen?

—Un plato. Para vuestras sobras. Para que podáis vomitar con elegancia.

—Eso es noble de tu parte. A ver si tú también vomitas cuando pruebes el guiso de mañana.

—Si cocinas tú otra vez, Finn, me como mis botas.

—No, tus botas tienen más sabor —salta Finn—. ¡Doy fe! Una vez chupé la suela de Broen porque pensé que era carne seca.

Los tres ríen como si el recuerdo fuera un campo de batalla ganado a fuerza de idioteces compartidas. El quinto —el más callado y el que me observaba— no dice nada. Apoyado de pie contra el tronco más grueso, con los brazos cruzados, la mirada atenta y la mandíbula apretada.

—Tranquilo, mañana cocina Colum; dice que sabe hervir avena sin quemarla. Será la primera batalla que gane.

El tal Colum levanta la jarra a modo de brindis:

—Probad mi avena y me juraréis lealtad de por vida.

Broen lo mira de arriba abajo.

—Si tu avena es como tus promesas, acabaremos masticando piedras y jurando en hebreo.

—¿Y tú, jefe? —le pregunta el que se llama Kerran, con media sonrisa—. ¿Vas a seguir ahí con cara de piedra o piensas unirte al mundo de los mortales?

—¿Y tú vas a estar toda la noche intentando que alguien te meta algo en la boca que no sea tu propia lengua?

—¡Oh! ¡Eso ha dolido! —grita Finn, con dramatismo teatral—. El cuervo ha hablado. ¡Tened cuidado! El fin del mundo está cerca.

—Anotad la fecha —dice Broen, sin levantar la vista de la madera—. El jefe ha graznado.

—La cierva blanca te estaba mirando, por cierto —interviene Colum, rascándose la cabeza—. Casi se le cae la copa cuando pasaste por delante de ella.

Un silencio extraño. Y aun así no me muevo. Sigo escuchando.

—Igual es que le recordaste a su prometido y se le revolvió el estómago —salta Kerran, con una carcajada seca.

—O igual solo estaba admirando cómo se camina cuando no te pesan las pelotas —añade Finn, bebiendo sin respirar.

—Bah, si te mira es porque estás callado —dice Broen sin levantar la vista de la madera que talla—. Las mujeres confían más en los que no hablan. Aún no han oído su estupidez.

—Entonces tú deberías ser irresistible, viejo —responde Finn.

Las risas vuelven a estallar.

Pero él, el jefe, no dice nada.

—No te hagas ilusiones —dice Broen—. Seguro que solo está eligiendo a qué hombre sacrificar primero.

——¿Sacrificar? —pregunta Finn, con la sonrisa ya curvándosele—. Yo me ofrezco. Pero que lo haga despacio, y con las manos en los sitios correctos.

—Tú te ofreces, aunque te digan que la doncella tiene espinas —se burla Kerran, sin levantar la mirada.

—Y tú te asustas, aunque solo lleve una sonrisa —le espeta Finn, burlón.

—Callaos ya —murmura Broen, afilando la última sílaba con la navaja contra la madera—. Esa no es de las que miran porque les gustas. Esa mira como quien elige si vale la pena ensuciarse las manos.

—Dicen que es hielo —añade Colum, encogiéndose de hombros—. Que nunca ha besado a nadie. Que su padre la guarda como si fuera un secreto. O un arma.

—No es hielo —sentencia Broen—. Es hambre contenida.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunta Finn.

—Porque los ojos que no parpadean no tienen miedo. Tienen hambre de algo que aún no les han dado.

—Hay historias sobre ella, que le rompió la nariz al hijo de un noble porque intentó besarle la mano sin permiso. Que mandó callar a tres lairds en un mismo consejo. Y que se negó a bailar en Samhain porque, según ella, no era ganado.

Finn se inclina, curioso:

—Yo escuché que, a los catorce, le partió la pipa a un fraile porque insinuó cobrarle el perdón con roce de muslo. El fraile aún reza con los dedos torcidos.

Kerran se ríe por lo bajo.

—También dicen que cruzó sola el Paso de Rannoch en pleno enero para entregarle al conde Angus el tributo… y volvió con las bolsas intactas porque se negó a doblar la rodilla.

—La mejor que oí —interviene Colum—: en el último consejo, tres lairds se turnaban para interrumpirla. Ella esperó a que acabaran, se quitó el broche del tartán y lo clavó en la mesa. Les dijo: «Hablad ahora; yo ya he marcado mi sitio». Ni un gallo cantó después.

Broen deja de tallar, alza la navaja a la luz.

—Y juraría que se negó a bailar en Samhain con un pretendiente porque declaró que el ganado se subasta, las mujeres deciden. El bardo que intentó rimarlo terminó masticando su propia lira.

Guarda la hoja y alza la mirada.

—Creedme, muchachos: si esa mujer te mira, no es para caer en brazos de nadie; es para decidir si te deja estar de pie.

—¿Y qué opinas tú, jefe? —pregunta Kerran, mirando hacia la figura en sombras, apoyada junto al árbol.

Y entonces, él habla con la voz más baja. La única que no ha buscado atención. La única que ahora se impone sin querer.

—No mira para decidir. Mira para comprobar si hay alguien que entienda lo que cuesta fingir que no se tiene miedo.

Silencio.

Y entonces añade, sin esperar respuesta:

—La mayoría teme caer. Ella teme no sentir nada cuando toque el suelo.

Contengo el aliento.

No por lo que ha dicho.

Sino por lo que ha visto.

Porque acaba de nombrar el nudo exacto que llevo bajo la piel desde hace años. Desde que mi madre se apagó sin un grito, sin una sola queja, como si la vida le hubiese dejado de doler y eso la hubiera vaciado por dentro. Desde entonces vivo con ese temor: terminar igual

de hueca, igual de silenciosa, y ni siquiera darme cuenta cuando llegue el golpe.

Sin conocerme… ya me ha entendido más que nadie.

Me aparto porque si me quedo, no voy a poder fingir que sus palabras no han hecho eco dentro de mí. Y aún no estoy lista para que alguien vea tan dentro y tan pronto.

Sin embargo, una parte de mí no puede dejar de pensar en lo que he visto en esos ojos oscuros, casi ausentes de alegría, pero llenos de una fuerza difícil de definir.

Espero que el destino no sea tan caprichoso como para cruzar mi camino con el suyo. Porque algo me dice que ese hombre, el que llaman *jefe*, pertenece a la clase de peligros que una muchacha sensata no debe buscar.



Capítulo 3

«ISLEEN»

Rodeo el claro por el lado donde la hiedra trepa los robles, esquivo a dos niños que corretean entre capas demasiado largas y jarras medio vacías, y finjo que necesito beber. Que necesito distancia. Aire. Un trago dulce que me refresque los labios y no esa quemazón que me sube por la garganta desde que lo he oído hablar.

No bebo.

Sostengo la jarra como quien se protege con una excusa.

Pero lo siento antes de verlo. Ese tipo de presencia no se anuncia; simplemente se instala. Como el silencio justo antes de que alguien diga algo que no se puede desoír.

Levanto la vista.

Y ahí está.

—¿Te has perdido... o me has seguido?

No levanta una ceja. No cambia el gesto.
Pero algo en su mandíbula se tensa apenas.

—¿Tú qué crees?

Su voz es grave, no por rudeza, sino por esa forma de hablar solo cuando el silencio ya ha dicho bastante.

—Creo que sabes exactamente dónde estar para que te encuentren.

—Y tú, dónde esconderte para seguir escuchando.

Me muerdo el interior de la mejilla.

Así que sabía todo el tiempo que yo estaba ahí, cerca, pendiente de su conversación.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Porque hablábamos de ti. Y quería saber si eres el tipo de mujer que decide si se acerca… o si muerde.

—¿Y cuál soy?

—Aún no lo he decidido. Pero tú tampoco.

Mis dedos se cierran en torno a la jarra sin apretarla. No estoy temblando. Todavía no. Pero siento cómo se me clava la tela del vestido

entre los omóplatos, como si la noche entera se hubiera girado a mirarme a través de él.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con eso?

—Lo que quieras. Yo ya hice lo que no tenía pensado hacer esta noche.

—¿Seguir a una desconocida?

—Quedarme.

La palabra me descoloca. No por lo que implica. Sino por cómo la dice. Como si no lo hiciera desde el deseo. Ni siquiera desde la curiosidad. Como si quedarse junto a mí fuera una forma de reconocerse. O de dejar de esconderse.

Y yo…

Yo no sé qué hacer con alguien que no intenta impresionarme. Sino simplemente verme. Y eso, de alguna forma, me descoloca más.

Me giro de medio lado para no estar frente a él mientras observo las llamas y a los bailarines. Él no se mueve, pero su cuerpo está en tensión contenida, como si pudiera dejar de estar allí en cualquier momento.

—¿Siempre analizas a la gente antes de presentarte?

—¿Siempre provocas antes de preguntar?

—No. Pero hoy… estoy probando cosas nuevas —le respondo, y no puede evitar mirarlo.

Entonces, por fin, lo hace. Sonríe. Poco. Apenas una curva.

—Yo también.

Me humedezco los labios, sin pensar. La jarra se me calienta entre los dedos. Él me observa con la tranquilidad de quien no tiene prisa por llenar el silencio. Y eso, más que cualquier frase ingeniosa, me obliga a hablar.

—¿Eres alguien que debería recordar?

Alza una ceja. Solo una.

—¿Te haría comportarte distinto si lo fuera?

—Probablemente no. Pero al menos sabría si me van a colgar mañana por hablarte así.

—Entonces no lo soy.

—¿Y si resulta que eres alguien importante?

—Entonces te dejaría hablarme igual, por el puro placer de verlo.

Ahí está. Esa manera suya de medir cada palabra como si no fuera a regalar ni una de más. Como si el silencio le perteneciera y solo lo rompiera cuando sabe que va a sacar ventaja.

Y ahora que lo tengo tan cerca, lo veo bien.

Es alto. Tiene la espalda recta como quien ha dormido sobre piedra toda su vida y aún se atreve a caminar con la cabeza alta, como si no esperara clemencia del mundo… ni la necesitara.

Su pelo, largo por debajo de los hombros, no es negro. Es más claro, castaño profundo con reflejos dorados, como si el sol le hubiese dejado marcas propias entre los mechones. Ondulado, rebelde. No parece cuidado con esmero, pero tampoco dejado al azar. Es de esos cabellos que caen como quieren… porque nadie se atreve a decirle que los lleve de otro modo.

La mandíbula es afilada. El mentón, firme. Los pómulos altos, marcados como si alguien los hubiese cincelado a medias entre una batalla y un juramento.

Y la boca...

Esa boca no está hecha para sonreír.
Está hecha para callar verdades, para sellar pactos con mordiscos, para decir menos de lo que siente y dejar que el resto arda. Pero si sonríe… si lo hace de verdad, será como desenvainar un arma.

Una que no se enseña. Una que se clava.

No lleva joyas. Ni bordados. Solo una tela de tartán sobre un hombro.

Una tela común, sin ornamentos, sin ese entramado específico que distingue a los clanes con orgullo o con arrogancia. Es un tejido sencillo, de tonos oscuros y desgastados, como si llevara años envolviendo batallas ajenas. Podría ser un McLaren, un Buchanan o un Drummond. O no ser nada. No dice su origen, pero sí su carácter: aquel que no necesita anunciar quién es para que lo miren.

Y yo lo miro.

Porque hay algo en su forma de estar quieto que grita más alto que el resto. Como si incluso el tartán, ese símbolo ancestral que los hombres visten como escudo, en él fuera apenas un detalle más. No lo luce. Lo lleva. Como si su única lealtad ya no fuera a un apellido, sino a algo más hondo. Más antiguo. Más suyo.

Y por primera vez, me doy cuenta de que su silencio no es distancia, es cálculo. Que su mirada no es juicio, sino lectura. Que este hombre

que apenas se mueve... lo ve todo.

Incluida a mí.

—Drummond —dice entonces, rompiendo la línea de mi pensamiento—. Mi madre pertenecía a ese clan. Estoy de visita.

Le creo poco. O no quiero creerle del todo.
Pero tampoco pregunto. No todavía.

Me descubro mordiendo el borde de la copa sin haber bebido aún. Sus ojos se deslizan por mi gesto. No con descaro. Con atención.

—¿Tienes nombre? —inquiero.

—¿Te ayudaría a decidir si vale la pena quedarte hablando?

—No. Pero me evitaría tener que referirme a ti como « el hombre que no sonríe » .

Ahí, casi imperceptible, una curva en sus labios.
No es una sonrisa. Es un eco.

—¿Y tú? —pregunta entonces, desviando el tema—. ¿Te quedas o estás de paso?

—No. Yo soy parte del espectáculo.

—¿Espectáculo?

—La solución a todos los problemas. El trozo de carne envuelto en sedas para que algún hombre se crea salvador.

Él no ríe. Solo ladea la cabeza. Como si me viera mejor desde ahí o acabara de escuchar algo importante.

—¿Y estás cómoda con ese papel?

—¿Tú lo estarías?

—Depende.

—¿De qué?

—De si me dejaran escribir las últimas líneas.

Mi estómago se encoge. No por la frase, sino por lo que despierta en mí. Una sensación primitiva de que, por primera vez, alguien está hablando el idioma que yo no sabía que necesitaba oír.

No le respondo. Me limito a acercarme un poco más, como quien no quiere levantar polvo al caminar.

—¿Y tú? ¿Qué papel has venido a interpretar esta noche?

Su respuesta tarda. No porque dude. Porque la escoge.

—El de un hombre que no quiere marcharse sin saber a qué sabría esta conversación si nadie estuviera mirando.

Ahora sí sonrío. Y bajo la mirada, por primera vez.

Y en mi interior, sin haberlo decidido del todo, algo cede.

Sus respuestas son así. Breves. Afiladas. Como si cada palabra tuviera que ganarse el derecho a salir de su boca. Y, sin embargo, no hay frialdad. Solo una especie de calma peligrosa. Como un animal que no ha decidido si eres amenaza o tentación.

Doy otro paso. Esta vez de frente. Él no retrocede. Ahora lo tengo más cerca. Siento su calor. Su altura. Huelo el cuero gastado, la madera de la empuñadura que asoma en su cinto. No se viste como un noble, pero hay algo en su porte que exige respeto. O al menos, no ser subestimado.

—¿Y si te dijera que quiero hacer algo que no debería?

Él no responde de inmediato. Solo entrecierra los ojos, como si estuviera midiendo mis palabras con cuidado.

—Depende —dice al fin—. ¿No deberías por decencia, por miedo… o por orgullo?

—Por todo eso… y por nada en concreto.

Me mojo los labios con la lengua, en parte para humedecer la sequedad que siento, en parte para robarle un segundo más a mi respuesta. No sé por qué me alteran tanto sus silencios, ni por qué sus ojos me invitan a confesar lo que no debería.

—Si lo digo en voz alta—susurro—, quizá me convierta en la clase de mujer que sería juzgada con severidad por la mañana.

Lo noto acercarse, no con un paso físico sino con esa manera suya de estar presente sin abarrotar el espacio. Es un movimiento interno, como si su atención se aferrara a mi respiración, a mi miedo, a mi pulso.

—Tal vez —dice— ya lo seas.

Le sostengo la mirada y me sorprendo de mi propia osadía. Me refugio en una risa amarga, como si así pudiera ocultar el temblor que me recorre el vientre.

—Estás muy seguro de cosas que no sabes.

—¿Y tú? —replica él, en ese tono casi apagado que, sin embargo, late con fuerza—. ¿Estás segura de lo que quieres hacer?

Ahí está. La pregunta que llevo días rumiando. No quiero llegar pura a la cama de mi futuro esposo… un hombre al que temo más por lo que

no sé, que por lo que he oído de su reputación. Mi pequeña venganza consiste en no concederle la primera noche en su forma más ingenua, en arrebatarle ese derecho que nunca pidió y que, sin embargo, todos se lo dan por sentado.

Pero el problema es que este desconocido con su piel marcada de silencios, con sus ojos oscuros es demasiado peligroso y sin embargo… Una parte de mí ya lo ha elegido.

—No lo sé —murmuro, al fin—. Tampoco si esto es coraje o desesperación.

—¿Por qué tiene que ser una cosa o la otra?

—Porque me han enseñado que no existe término medio. O te sometes o luchas. O amas o destruyes.

La gente a nuestro alrededor se mueve, un coro de risas y canciones que resuenan en el claro, pero siento que estamos en una burbuja aparte, un espacio íntimo donde la música se apaga y solo cuenta el latido que se expande entre los dos.

—Entonces… —empieza, con tono neutro—. ¿A qué has venido exactamente?

Inspiro con cuidado. Miro mi jarra, casi vacía, y descubro que he bebido más de lo que pensaba. O tal vez no lo suficiente.

—He venido a encontrar algo que me haga sentirme dueña de mi propia vida, aunque sea por un rato.

—¿Y lo has encontrado?

—Todavía no —susurro—. Pero no es tarde.

Él asiente, sin indagar más. Su silencio resulta incómodo y, a la vez, extraño. La mayoría de los hombres habrían insistido, habrían lanzado halagos o insinuaciones, habrían tomado mi mano sin vacilar. Él, en cambio, guarda la distancia con la exactitud de quien no quiere imponerse, pero tampoco huir.

—Te gusta observar, ¿verdad? —comento, con un deje de ironía.

—Tal vez. —Pasea la vista por mis mejillas, mis labios, mi barbilla. Descansa un instante en mi garganta, justo donde percibo mis propias palpitaciones—. Me gusta entender.

—¿Entender qué?

—A la gente. Sus motivos. Lo que callan o lo que temen decir.

Trago saliva, sin apartar la mirada.

—¿Y ahora mismo? —reto—. ¿Crees que hay algo que callo?

—Lo veo en tu manera de apretar la jarra —responde, apenas en un murmullo—. Y en esos silencios que dejas a medias. Pero no soy adivino. Solo supongo que te pesa algo que no quieres compartir.

—No es asunto tuyo.

—Cierto. —Sus palabras no suenan ofendidas, solo reales—. Pero a veces contarlo en voz alta ayuda a que pese menos.

—¿Ahora vas a hacer de confesor?

Su sonrisa es mínima, como si le gustara mi manera de defenderme con sarcasmo. Hay algo en él que me incomoda y me fascina a la vez: no huye, no juzga, no insiste. Solo está ahí, como una puerta abierta que podría cruzar o ignorar.

—Soy lo que tú quieras que sea —dice, con una calma que entibia el aire—. Siempre que no me pidas que perdone tus pecados.

Niego con suavidad, haciendo tintinear el poco licor que queda en mi jarra. Lo miro de reojo, la cabeza ladeada apenas, como quien tantea el filo de una daga antes de usarla.

—Tranquilo. —Alzo las cejas con fingida inocencia—. No necesito absolución. Mis pecados me los quedo. Me los he ganado uno por uno.

Pausa.

Y luego, más bajo, más afilada:

—Y te aseguro que los próximos... los pienso cometer a conciencia.

Un silencio se alarga entre nosotros. Miro de reojo a la gente que baila. Dos mujeres giran riendo con los brazos en alto, un hombre barbudo sigue el compás con los pies. Más allá, niños corretean entre los barriles, huyendo de una reprimenda. Todo parece tan ajeno a mi conflicto. Respiro hondo. Él sigue en el mismo sitio, tan cerca y tan impenetrable.

—Me voy —suelto de pronto, sin pensarlo demasiado.

—No pretendo retenerte —murmura.

—Lo sé.

Otra vez el latido en mis sienes, ese calor que me sube por la garganta. Conozco a tantos hombres que han intentado atraparme con promesas, con actitudes salvadoras, con palabras suaves y encantos forzados. Pero este desconocido simplemente no lo hace. ¿Por qué, entonces, deseo quedarme un rato más?

—Quizá —digo, probando mis límites—, solo me aleje para tomar aire. O tal vez regrese. —Su mirada sostiene la mía—. ¿Te quedarás por aquí?

—De momento, sí.

No sé si él se ha dado cuenta de que acabo de hacerle una invitación implícita. O tal vez soy yo quien espera que él la lea, que venga detrás de mí, que me busque sin preguntar. Y, sin embargo, la idea de que lo haga me asusta. Porque no quiero que averigüe lo que me bulle bajo la piel.

—Entonces… hasta luego —susurro.

Él me observa con fijeza. Con un gesto mínimo, ladea la cabeza y parpadea despacio, como si no necesitara más palabras para despedirse. Da un paso atrás, solo uno, liberando el espacio que comparte conmigo. Me deja ir sin preguntas, sin exigirme explicaciones. Su silencio se siente casi como un permiso o una confesión mudas.

Me vuelvo y me marcho, escuchando cómo mi falda roza la hierba. Con cada zancada me alejo del calor de su presencia, pero la tensión sigue aferrada a mi pecho. Estoy segura de que, si giro la cabeza, todavía lo veré allí, quieto, con la misma expresión de curiosidad que me desconcierta.

No sabe lo que planeo. Ni imagina que deseo entregarle algo que nunca he dado, algo que no quiero que otro obtenga sin que yo decida. Y tampoco se lo diré. No antes de tiempo. Ni siquiera sé si será él el elegido para mi pequeña transgresión… pero una parte de mí, quizás la más temeraria, ya lo ha decidido.



Capítulo 4

«ISLEEN»

La música retumba en el aire, vibrante y envolvente como un pulso que se aferra a mi sangre. Levanto los brazos, giro sobre mis pies y dejo que la risa me suba desde el vientre. Eilidh me da la mano, tira de mí para que gire de nuevo, y yo me dejo llevar con los ojos cerrados y el corazón acelerado.

El suelo está ligeramente húmedo por el rocío, pero mis pasos se ajustan al ritmo, y las faldas se arremolinan a mi alrededor, pesadas y ligeras al mismo tiempo.

—¡Ten cuidado, o acabarás mareándote! —grita Eilidh, riendo con esa despreocupación que me contagia.

Me permito reír con ella; un sonido honesto que me limpia la garganta de temores. Es un placer sencillo: bailar en esta celebración, rodeada de antorchas y hogueras, sin nada más que el calor agitando el ambiente. Ojalá todo fuera tan fácil como este paso que doy sobre la hierba. Solo aquí, en medio de la música, me siento casi libre… o al menos me convenzo de que lo soy.

Pero cuando abro los ojos, lo noto. Esa sensación de tener la nuca en tensión, como si alguien me apuntara con una flecha invisible. Las gaitas siguen marcando el compás, y los bailes se entrelazan con los vítores y los brindis. Sin embargo, la piel se me eriza; lo sé: él está ahí, entre la multitud, observándome sin mezclarse de verdad con nadie.

No tengo que buscarlo para saberlo. Es como un presentimiento que se aferra a mi espalda. Pese a todo, fingir que no me importa se ha convertido en un juego del que, por alguna extraña razón, disfruto.

—Volveré en un momento —le digo a Eilidh, con la respiración agitada.

Ella me suelta la mano y se sumerge en la danza con otro hombre risueño, pero veo en su mirada la pregunta que no se atreve a formularme. Sabe que algo me inquieta, pero también respeta mis silencios. Me alejo de la hoguera, la falda aún prendida de chispas imaginarias. Hay un grupo de hombres que beben cerveza y hablan a gritos. Uno de ellos, con barba rojiza y ojos chispeantes, me tiende la jarra en un gesto amistoso.

—¡Aquí! —me dice—. ¡Bebe, mujer, que la noche es joven!

Acepto la invitación sin pensarlo mucho y doy un trago casi por inercia. El líquido se desliza amargo y espumoso.

Miro al hombre y sonrío, un gesto cordial, pero no siento nada en el pecho. Ninguna punzada de calor, ninguna corriente magnética. Solo la certeza de que él no es quien busco.

—¿Bailas? —me insiste, con una mano extendida.

—Tal vez luego —respondo, devolviéndole la jarra sin rechazar su amabilidad.

Poco a poco, avanzo de nuevo entre la gente que baila. Mi cuerpo se mueve, pero mi cabeza está en otro lugar. Siento que hay más ojos puestos en mí: de curiosidad, de ambición, de simple diversión. Me acerco a otro grupo, donde la música es un poco más pausada y un mozo que apenas conozco me invita a una danza más tranquila. Acepto. Nos damos la mano, damos un giro, otro… Sus dedos son firmes, pero hay algo en el roce que no me altera ni un ápice. Todo es inofensivo, casi inocente.

Es entonces cuando alzo la mirada. Él, el hombre que no sonríe, está al otro lado, inmóvil, con un brazo apoyado en un tronco y el fuego reflejándose en sus pupilas. No baila, no bebe, no hace nada excepto observar. Clava sus ojos en mí como si el gentío desapareciera. El pulso me traiciona, late con tal fuerza que temo que se note en mi voz cuando vuelvo a hablar con mi pareja de baile.

—Disculpa, necesito… tomar aire —murmuro.

Lo suelto sin ceremonia. Camino hasta uno de los barriles, simulando que busco llenar la jarra, aunque no sea cierto. Rozo mis propios labios con el dorso de la mano, notando un cosquilleo extraño.

Y lo veo acercarse, despacio, sin apartar la mirada. Es como una sombra que, en vez de ahuyentarme, me atrae. No sé si es el misterio de su silencio o la intensidad con la que me mira, pero reconozco que si hay alguien con quien podría llevar a cabo esa insensatez que me bulle, es él.

Pero no voy a confesarlo. Ni a él ni a mí misma. Prefiero dejar que la noche decida.

Aparto la vista un segundo, riendo un poco para disimular mi desconcierto, y vuelvo a hundirme en la multitud. Busco a Eilidh, que baila con otro grupo, y me uno, dando palmas y girando. Mi respiración se acelera con cada paso, me siento viva y cada tanto miro de reojo hacia donde sé que él estaba. Pero no lo encuentro y su ausencia me inquieta más que su presencia.

—¿Me creerías si te dijera que tienes la mirada de una mujer a la que le quema algo en el pecho? —me suelta Eilidh de repente, bajando la voz para que solo yo la oiga.

—¿Qué?

—Te conozco, no finjas. Tienes ese brillo en los ojos que tú misma decías que nunca se puede ocultar.

Finjo un encogimiento de hombros.

El fuego crepita, se oyen vítores cuando otra danza termina, y mi pelo se pega un poco a la frente sudorosa. El cielo sigue cubierto de estrellas y la noche huele a hierba pisada y licor derramado.

De pronto, noto una vibración en la base de la espalda, la certeza de que él ha vuelto. Giro la cabeza: ahí está, cerca del círculo, con la barbilla ligeramente alzada, el ceño pensativo. Sus ojos se cruzan con los míos y no sonríe, pero hay algo en ellos que me invita, como si me retara a un duelo silencioso. Siento que me late el corazón en la garganta. Podría volver a ignorarlo, pero no lo hago. Dejo a Eilidh con un gesto y avanzo entre la muchedumbre.

Me detengo a medio camino. Él también. Nuestras miradas se mantienen fijas un segundo que se me antoja eterno, hasta que un par de bailarines pasa entre nosotros y rompe el contacto visual. Me quedo de puntillas, buscándolo con la vista, el pulso acelerado por ese fugaz instante en que nuestras almas parecen reconocerse… o tal vez yo me lo estoy imaginando.

Cuando por fin vuelvo a tener el espacio libre, él ha desviado la vista, como si en realidad no hubiera estado tan pendiente de mí. Contengo un impulso de frustración: ¿por qué siento que me está dando la espalda justo cuando quiero acercarme? Dudo un instante, con el corazón palpitando en mis sienes, sin saber si ir hacia él o fingir una indiferencia que me está resultando cada vez más difícil.

—No pareces disfrutar de la celebración —dice una voz a mi lado, grave, familiar.

Caelan.

No necesito girarme para saber que es él. Lleva toda la vida haciendo eso: aparecer cuando no me encuentro, estar cerca sin estorbar, hablar justo cuando el silencio empieza a doler.

—¿Y tú? —le lanzo, girándome apenas—. ¿No deberías estar vigilando a los invitados en vez de a mí?

—Te recuerdo que soy capitán de tu guardia, no de la fiesta. Y ahora mismo, tú me pareces mucho más impredecible que cualquier

Buchanan borracho.

Su tono es irónico, pero sus ojos… sus ojos no bromean.

—Estoy bien —digo.

Me mira con esa mezcla de respeto y osadía que siempre me ha desconcertado. Nunca ha traspasado la línea. Y, sin embargo, siempre la ha tenido al alcance.

—No he dicho que no lo estuvieras. Pero sí que estás a punto de hacer algo de lo que te vas a arrepentir.

Lo miro, por fin. Quiero replicarle. Burlarme. Pero su expresión no tiene burla. Solo inquietud.

—¿Qué has visto?

—Nada aún. Pero he aprendido a reconocer los instantes antes de una batalla. Tú… pareces estar librando una.

—No es una guerra —respondo, tensa—. Es solo una decisión.

—Cuidado con esas. A veces, el enemigo no lleva espada. Solo una boca que sabe mentir muy bien.

Me duele más de lo que esperaba. No porque se equivoque. Sino porque no sabe que esta vez… *yo* soy la que está a punto de cruzar una línea sin mapa.

Caelan no insiste.

—No confío en los hombres que miran desde las sombras —murmura, antes de girarse para marcharse—. Y tú tampoco deberías.

Se aleja sin dramatismo. Sin exigir nada.

Y, sin embargo, su advertencia queda clavada en mi espalda.

Se aleja con paso tranquilo, sin girarse, como siempre hace.
Caelan. El único capaz de entrar y salir de mi espacio sin que lo perciba como una invasión.

Nunca me ha tocado sin necesidad. Nunca me ha mirado como mercancía.

Siempre ha estado ahí, como una sombra leal. Un silencio que me acompaña sin exigirme.

Y por un instante, me lo pregunto.

¿Y si lo eligiera a él?

Si tengo que hacer esto. Si he decidido regalarme una sola vez, solo por mí…

¿Por qué no a él?

Es atractivo. Alto. La mandíbula tensa, los ojos grises como la piedra pulida por el viento. No es bello en el sentido perfecto, pero sí de esos hombres que, cuando se quedan quietos, parecen parte del paisaje. Tiene ese algo. Un aire de autoridad sin brusquedad.

Él nunca me ha hecho daño ni me ha exigido nada.

Y si se lo pidiera...

Con él sería fácil.

Sería limpio.

Sería demasiado real.

Y eso es justo lo que no quiero.

No puedo dárselo a alguien que me conoce desde niña. A alguien que, si tiemblo, sabría qué parte de mí se ha roto.
A alguien que mañana me miraría a los ojos y recordaría.

No.

Para esto no puedo ser Isleen. Tengo que ser una desconocida, entregándome a otro desconocido. Solo por una noche. Solo por mí.

No quiero ternura ni quiero comprensión ni apego. Quiero lo opuesto a todo eso. Y por eso, aunque Caelan podría ser el refugio… esta noche yo elijo el precipicio.



Mientras el tambor retumba y un arpa suena en la lejanía, me dejo arrastrar por el baile, con la certeza de que no tardaré en volver a encontrarme con él. O, mejor dicho, en dejar que él me encuentre.

La música me impulsa a girar, una mano firme sujeta la mía y me conduce por la pista improvisada en la hierba. Sigo el compás, medio riendo, medio perdida en la bruma del licor, cuando, de pronto, el tipo con el que bailo me da un último empujón giratorio, y en ese giro me encuentro con la pared sólida de otro cuerpo. Uno que reconozco al instante, aunque nunca lo haya tocado de verdad.

Me golpeo contra su pecho y se me corta la respiración. Sus manos me sostienen de los antebrazos. Miro hacia arriba. Allí está, con la

misma intensidad en la mirada, y durante una fracción de segundo nadie más existe. Ni la música, ni los bailes, ni el bullicio.

—Tú… —acierto a susurrar, aturdida, sin saber muy bien qué añadir.

Su mirada parece atravesarme, como si estuviera comprobando algo que lleva rato esperando. Percibo la fuerza contenida en sus dedos, la tensión de sus brazos. Casi sin que pueda reaccionar, me arrastra fuera del gentío, apartando a un par de bailarines con un ademán. No me suelta ni un segundo.

—Espera… ¿a dónde vas? —pregunto, pero mi voz suena débil, más curiosa que asustada.

No responde. Con paso firme, se abre camino entre la gente. Mi corazón se dispara al ver cómo algunos nos miran de reojo, pero nadie se atreve a detenernos. Siento el cosquilleo del calor ajeno, mezclado con mi propio sudor y la adrenalina.

Él me suelta un instante para apartar una tela colgada a modo de cortina, y pasamos a un sendero más oscuro. La música se aleja, amortiguada por la lejanía. Mis pies tropiezan un poco con la hierba, aún con el ritmo en el cuerpo, y él me sujeta de la cintura, con firmeza y una suavidad que me desarma.

—¿Por qué tan lejos? —farfullo, intentando que mi voz suene más firme de lo que me siento.

Por respuesta, me empuja contra la pared de piedra de un establo semiderruido apenas iluminada por la luna. Sus manos me rodean, pero no me encierran. Y me observa, tan cerca que la respiración de uno choca contra la del otro.

—Necesitaba un lugar sin miradas curiosas. —Su voz es grave, un murmullo que me acaricia la piel.

Trago saliva, intentando calmar el vértigo que me sacude. La oscuridad nos envuelve.

—¿Tanta prisa tenías? —susurro, notando cómo mi pulso late en mi garganta.

Él baja la mirada hasta mi boca y se queda ahí, inmóvil, con el ceño fruncido. Es como si quisiera grabar ese instante, como si no supiera si besarme o hablar. Y yo… yo no digo nada, solo contengo el aliento, consciente de que, si aparto la vista, tal vez se rompa este hechizo.

—No es prisa —murmura al fin—. Es necesidad.

Sus palabras me atraviesan. Una oleada de calor me enciende las mejillas. Siento mis manos temblar levemente mientras las apoyo en su

pecho, notando el latido bajo la tela de su camisa. La piedra tras mi espalda está fría, pero el calor de su cuerpo lo compensa todo.

—¿Necesidad de qué? —pregunto, intentando sonar segura.

Él no responde con palabras, sino con un gesto mínimo: acerca su frente a la mía, sin llegar a rozarme del todo. Mi respiración se entrecorta. Podría besarlo, podría esquivarlo, podría hacer tantas cosas… Pero no me muevo. Me quedo ahí, anclada a esa proximidad que me hace temblar.

—De entender por qué no podía quitarte los ojos de encima —añade, muy despacio.

Mi pulso se acelera. Su mano asciende hasta mi antebrazo, acariciando la piel con el pulgar, casi sin darse cuenta. Tanta delicadeza contrasta con la fuerza con la que me ha traído hasta aquí, y esa dualidad me deja sin aliento.

—Tal vez… —intento decir, pero mi voz se apaga.

No sé si responderle que yo tampoco podía dejar de buscarlo entre las sombras, que me consume un deseo feroz de romper con todo. Que esta noche he bailado con otros, pero solo anhelaba volver a encontrar su mirada.

Cierro los ojos un segundo. Cuando los abro, él sigue ahí, inclinado sobre mí, respirando mi mismo aire. Por un instante dudo, pero mi cuerpo actúa antes que mis pensamientos: llevo una mano a su nuca y mis dedos se enredan en el cabello. Su respiración cambia de ritmo y siento que se tensa, como si le hubiera sorprendido mi osadía.

—No me mires así —balbuceo, la voz rota, aunque sin apartar mi mano.

—¿Cómo?

—Como si… como si supieras algo que yo todavía no entiendo.

La sombra de una sonrisa se asoma en la comisura de sus labios, pero no es burla. Es más bien un gesto que contiene, o quizás que invita. Entorno los ojos, con la sangre en ebullición, y me alzo un poco, buscando más de ese calor que casi me abrasa.

—Dímelo—insisto, entre suave y exigente—. ¿Qué sabes?

—Solo que… —su voz se vuelve más baja, casi un roce contra mi oído — la noche es muy larga.

Hace una pausa, como si estuviera masticando el resto de sus palabras. Y cuando las suelta, ya no hay máscara.

—Y estoy harto de mirar desde lejos. De fingir que no me afecta verte bailar con otros hombres, como si no supieras que cada paso que das en ese maldito baile me está envenenando.

Mi aliento se corta. No porque no lo esperara… sino porque, justo así, lo había imaginado. Que él me miraba. Que no era una fantasía mía, ni un truco de vanidad.

—Harto —repite, con la mandíbula tensa— de ver cómo se acercan a ti con sus brindis vacíos, sus frases ensayadas, como si pudieran tocarte. Como si merecieran siquiera tu sombra.

Trago saliva. Mi mano sigue enredada en su nuca, y ya no tengo fuerzas para fingir. El calor de su piel bajo mis dedos es tan real que me quema.

—Y tú ahí… —añade, más bajo aún— sonriendo como si no supieras el efecto que causas. Como si no supieras que, esta noche, solo yo debería verte sonreír así.

El retumbar de mi corazón me ensordece. Mi aliento se mezcla con el suyo en una fracción de segundo, y por un momento pienso que va a besarme, que el mundo se va a deshacer bajo mis pies. Pero se detiene, frena a escasos milímetros de mi boca.

Puedo sentir mi pulso en la garganta, el aire apenas entrando a mis pulmones. Con un ligero roce de su mano, me aparta un mechón de pelo de la mejilla y me acaricia la piel con el pulgar.

—Mírame —murmura.

Alzo la vista, y él inclina la cabeza muy despacio. Primero noto su respiración acariciándome los labios, cargada de promesas veladas. Tiene la mano apoyada en la pared, cerca de mi rostro, y la otra se desliza con cuidado sobre mi barbilla, obligándome a alzarla un poco más.

—¿Qué…? —empiezo a preguntar, sin saber bien qué decir, pero la voz se me muere en la garganta cuando roza mi boca con la yema de los dedos.

Me roza el labio inferior, muy suave, arrastrando el pulgar por mi piel como si quisiera saborear la textura sin siquiera besarme todavía. Siento un leve temblor y entreabro la boca, incapaz de controlar la necesidad que se despierta en mi interior.

—¿Me dejas? —susurra.

Su pregunta me desarma. No sé bien a qué se refiere, pero siento un calor abrasador que me nubla el pensamiento. Asiento con la cabeza, apenas un leve movimiento que él entiende al instante.

Entonces me rodea la nuca con la mano, y con la otra me sujeta la barbilla. Noto su aliento tibio, y la punta de su nariz se desliza por mi mejilla, buscando el hueco entre mi oreja y mi mandíbula. Su respiración choca contra mi piel, erizando cada poro.

—No te quedes callada —murmura, justo antes de rozar mi labio superior con los suyos.

Abro un poco la boca, y él me respira dentro, un suspiro que me enciende entera. Toca mi labio con la lengua, despacio, provocándome un escalofrío que desciende por mi columna.

Suave, hunde sus dedos en mi pelo. Me arqueo hacia él, y es entonces cuando, por fin, nos fundimos en un beso que me hace olvidar dónde estamos.

Mis labios ceden de inmediato a su contacto, y siento la textura cálida de su lengua colándose entre mis dientes. Es un roce húmedo que explora despacio, buscando el ritmo de mi respiración. Me abandona un instante, como si probara mi sabor, y luego vuelve a recorrer mi boca, más profundo esta vez.

Un leve gemido escapa de mi garganta al notar su saliva mezclarse con la mía, ese sabor ligeramente dulce que se confunde con el aroma al licor de la noche. Presiono mi cuerpo contra él, sintiendo el calor de su pecho, y mis manos se enredan en su pelo, incitándolo a no detenerse.

Lo oigo respirar con fuerza, y luego jadeo cuando sus dientes rozan mi labio inferior. Un mordisco suave, casi juguetón, que hace palpitar mi boca y me obliga a besar con más intensidad. Mi lengua le busca, saborea sus rincones, lo empuja y se retira, en un juego que se siente desesperadamente adictivo.

Él me sostiene la cara con cuidado, como si temiera romper este momento, pero al mismo tiempo noto la urgencia de sus manos en mi cara y mi nuca, aferrándome y pegándome contra él. Me falta el aire; cada vez que intento respirar, percibo su olor, su sabor, su aliento.

Sujeto su camisa con más fuerza con una mano, y al hacerlo, sus labios se separan un segundo. Hay un hilo de saliva que nos une, y me avergüenzo y me excito a la vez al notar ese brillo húmedo entre los dos.

Pero él no se aparta, no suelta mi mirada; inclina la cabeza para dar un último lametón suave a mis labios.

—Dios… —murmuro, con el corazón a punto de estallar, apenas siendo consciente de lo que digo.

Su frente se apoya en la mía, y todavía tengo el sabor de su saliva en la boca, un cosquilleo eléctrico en la lengua que me da ganas de volver a besarlo. Cada respiración es un suplicio de calor y deseo y él lo nota. Sus manos me acarician los costados, como si buscara calmarme sin dejar de avivar ese fuego.

—Te juro que no sé lo que estoy haciendo —confieso, con la voz ronca.

—Ni yo —admite él, con un murmullo profundo—. Pero no quiero parar.

Y en ese instante nos fundimos otra vez en un beso más hambriento, más invasivo. Sus dientes chocan con los míos, y un suspiro se escapa de mis labios cuando siento cómo su lengua me reclama de nuevo. Mi cuerpo tiembla contra el suyo, con la espalda presionada contra la piedra y el latido de mi corazón atravesándome el pecho.

No hay nada más que este beso, esta unión de jadeos compartidos, el sabor de un deseo desbocado que no entiende de nombres ni de razones. Solo existe este baile de lenguas, lamidas que desdibujan el lugar donde termino yo y empieza él.

—No sé quién eres —digo, intentando recuperar el aliento—, pero… pero te quiero a ti para esto.

—¿Qué es esto exactamente? —inquiere, frunciendo apenas el ceño. Su voz ronca me roza la piel, y siento que una parte de mí se estremece al percibir el ligero reproche en sus palabras.

—¿Esto? —repito, tratando de ganar tiempo, de entenderme a mí misma—. Es… la única libertad que todavía me pertenece.

Mi corazón me martillea las costillas mientras hablo. Siento la presión de su mirada, expectante.

—No quiero —susurro, tensando la mandíbula— entregar mi primera vez a quien no he elegido.

Él cierra un poco los párpados, como si mis palabras le despertaran una punzada en el pecho que no sabe disimular. Alarga el brazo y roza con la yema de sus dedos mi mejilla. Me habla despacio, pesando cada sílaba.

—¿No crees que es lo mismo, si lo haces con un desconocido?

—No. —La réplica me sale casi de las entrañas—. No es lo mismo. Porque… aquí, ahora, soy yo quien decide. Soy yo quien se arriesga, quien elige.

Él ladea la cabeza, y en sus ojos noto un centelleo mezclado de incredulidad y algo que se parece mucho al recelo. Sus labios se entreabren, como si tuviera mil réplicas contenidas.

—Y ese hombre al que rehúyes… —empieza—, ¿qué ha hecho para que lo detestes tanto?

La pregunta duele porque me obliga a desenredar algo que ni yo misma había puesto en palabras. Respiro hondo, sintiendo la rabia quemarme la lengua.

—No es él, exactamente —confieso, pero mi tono ya rezuma amargura—. Es todo lo que trae consigo.
Se supone que será mi esposo, y, aun así, no se ha molestado en presentarse, en preguntarme cómo me llamo cuando no estoy en un contrato. Llegará, firmará, se quedará con las tierras que llevo protegiendo desde que mi padre enfermó y, después, se servirá de mi cuerpo como quien abre una despensa recién heredada. Sin preguntas, sin permiso. Al clan le parece un buen trato para sentirse protegido. A él, mejor todavía: un castillo, tierras, un clan prospero… y vía libre para buscar calor en cualquier otra cama cuando se canse de la mía.

Una sombra atraviesa la mirada de mi acompañante, como si se debatiera entre la compasión y un rastro de furia que no alcanzo a descifrar. Su mano, que sigue apoyada en mi cuello, se tensa ligeramente.

—Y por eso —concluye él— prefieres entregarte a alguien cuya cara apenas distingues en la penumbra.

Niego con la cabeza, mordiéndome la lengua para no soltar una réplica airada. Quiero explicarle lo que hierve dentro de mí: la sensación de asfixia, de miedo, de rebeldía.

—Es mi elección —repito—. Quizá sea una locura, pero es mía.

Se queda en silencio un instante que se hace eterno. Noto su respiración, lenta y profunda, y me pregunto qué pasa por su mente.

—¿Te crees que así serás libre? —dice al fin, con un matiz sombrío.

—Sí. —Lo miro a los ojos—. Aunque sea durante unas horas.

Mis manos se deslizan con cuidado por su pecho, tanteando el lugar donde su corazón late con la misma fuerza que el mío. Se tensa bajo mis dedos, pero no se aparta. En él se intuyen la confusión, deseo, rabia contenida… Es como si él también cargara un peso que no confiesa.

—No pretendo engañarte —murmuro—. No te estoy pidiendo nada más que este momento. No te busco para enamorarme ni para huir contigo.

El filo de esas palabras me retuerce por dentro. Me avergüenza ser tan directa, pero también me libera. Esta noche ha sido un cúmulo de emociones que me arrastra, y no sé cómo detenerlo.

—Es tu decisión, dices… —repite, y su tono es más bajo, más áspero.

—Sí. Y me gustaría que… —trago saliva— que fueras tú.

Me tiemblan los labios al pronunciarlo. Porque, a pesar de la seguridad que finjo, sé que estoy asumiendo un riesgo. Uno que puede volver a morderme por la mañana.

Él baja la cabeza, apenas un segundo, como si dudara, como si mi confesión le pesara tanto como a mí. Pero, al alzar la mirada, la determinación le prende en los ojos. Acorta la distancia entre nosotros con un paso.

—¿Y qué te hace pensar que lo quiero? —me pregunta, en un hilo de voz que acaricia mi oído.

Lo siento tan cerca que el calor me sofoca. Me aferro a su camisa, conteniendo un temblor que no puedo disimular.

—No lo sé… —susurro, incapaz de contener la ansiedad—. Pero me besaste como si…

No termino la frase. Él levanta el rostro, y me detengo al ver la tensión de su mandíbula. Su pulgar se apoya sobre mi barbilla, levantándola hasta obligarme a sostenerle la mirada.

—Te besé porque no pude evitarlo. Pero eso no significa… —Se calla, como si el resto de la frase fuera demasiado para ambos.

En sus ojos se enciende algo que no logro descifrar. ¿Será culpa? ¿Será rabia? Pero no se aparta. Pasa el pulgar por mi labio y lo acaricia como si fuera un tesoro que teme romper.

—Te prometo que… —dudo un instante, sintiendo cómo las palabras se me agolpan en la garganta—. Te prometo que no busco nada más que mi propia elección. Mi única forma de decir que algo es mío y lo doy a quién yo quiera.

Se acerca un poco más, su nariz roza la mía, y mi pecho se llena de esa calidez que apenas me deja respirar. Abro los labios en un leve temblor, y él cierra los ojos, exhalando un suspiro amargo que huele a deseo y a tormento.

—Entonces, ¿prefieres entregar tu virginidad a cualquiera antes que a tu prometido? ¿Es eso? —El tono de su voz es grave, con un filo de incredulidad o quizás de reproche.

El aliento se me queda atascado en la garganta. No esperaba que lo soltara con tanta crudeza y, sin embargo, ¿no es justo lo que yo misma he venido a buscar? Me muerdo el interior de la mejilla para no titubear.

—¿Y qué crees que hará él o cómo se sentirá cuando se entere? —dispara, con una suavidad que se hunde como un dardo.

—No me importa —acabo admitiendo, con la voz tan seca que hasta a mí me suena extraña.

Noto un estremecimiento en su respiración cuando su pecho roza el mío. Hay un brillo en sus ojos que no llego a descifrar: ¿es rabia, es orgullo herido, es un deseo que no sabe dónde lo llevará?

—¿Y si me niego? —Sus palabras casi se deshacen en mi boca.

Trago saliva, sintiendo un nudo en el pecho. No tengo forma de obligarlo, ni tampoco quiero. Sería la misma imposición de la que huyo.

—Entonces… —murmuro— buscaré a otro. No estoy dispuesta a ceder mi primera vez a un hombre que no me respetará, que me tomará solo porque tiene derecho legal a mi cuerpo.

La sombra de una sonrisa dura se dibuja en sus labios. Tal vez le sorprende mi franqueza, tal vez le duele algo que no comprendo. Siento su mano deslizarse hasta mi muñeca, con un leve temblor que me hace estremecer.

—Eres muy terca, ¿lo sabes? —susurra antes de tirar de mí, tras de él, al interior del establo.



Capítulo 5

«ISLEEN»

La puerta del establo se abre con un crujido sordo, como si la madera contuviera el aliento. Él entra primero, sin soltar mi muñeca, guiando mis pasos con esa firmeza que no empuja, pero tampoco permite que me detenga. Me conduce hacia el interior como si supiera que, aunque mis piernas tiemblen, no voy a girarme.

Dentro, la oscuridad no es total. La luz de la luna entra por una rendija del techo y cae justo sobre él, recortando su silueta con una precisión cruel. Huele a un tipo de historia que se escribe con la piel, no con palabras.

Me suelta la muñeca, pero no se aleja. Se queda de pie, frente a mí, en silencio. No hay preguntas en su mirada, pero sí una espera que pesa. Sus ojos, oscuros, brillan como brasas apagadas. Y aunque no dice nada, lo oigo igual. Lo noto. Siento cada sílaba no dicha clavarse en mi pecho. No le hace falta hablar para que entienda que está enfadado, que está excitado, que está al borde. Y que no sabe cuál de las tres cosas le está ganando la partida.

Yo apenas respiro. Mi pecho sube y baja como si hubiera corrido. Mi garganta arde. Mis dedos no saben si cerrarse o alcanzarlo. Y entonces, él da un paso. Solo uno, pero suficiente para ocuparlo todo. Para envolverme con ese calor que emana de su cuerpo incluso sin tocarme. Sus manos no buscan mi rostro. No bajan a mi cintura. Se deslizan por mis brazos, lentas, deliberadas, como si cada tramo fuera un terreno que necesita memorizar con precisión. Cuando llegan a mis codos, tira de mí, no con brusquedad, sino con una decisión que no admite repliegue para pegarme a su cuerpo y me obliga a retroceder hasta que mi espalda choca con la pared. El crujido leve del contacto no se compara con el estremecimiento que me recorre entera. No por el frío, sino por lo que intuyo qué va a venir.

Una de sus manos se apoya junto a mi cabeza. La otra se posa sobre mi cadera, fuerte, sólida, como si pudiera sostener todas las decisiones que me han traído hasta aquí. Él me mira, y lo veo. El juicio. El deseo. El control. La frustración. Todo ahí, apretado en esa mandíbula que se tensa como si morder el aire pudiera evitar que me muerda a mí. No hay palabras dulces. No hay ternura impostada. Solo una advertencia baja, ronca, directa.

—Aún puedes irte —murmura, la voz áspera y ronca.

—No quiero —respondo al instante, más segura de lo que creía.

Él no sonríe, pero algo cambia en su expresión. Sus ojos se oscurecen aún más, como si esas dos palabras que acabo de pronunciar hubieran desbloqueado algo que había estado manteniendo atado por demasiado tiempo. Me besa. Sin prisa. Sin violencia. Pero con una intensidad que me arranca el aliento. Sus labios se funden con los míos como si no hubiera mundo más allá de ese punto exacto donde encajamos. Al principio es un beso contenido, medido, como si intentara controlarse. Pero no dura. Porque lo que hay entre nosotros no sabe de medida. Pronto se vuelve urgente, hambriento, total.

Mis manos suben por su nuca, se enredan en su pelo, le tiran, le buscan, le piden más. Y él me lo da. Aprieta mi cuerpo contra el suyo y lo siento, entero. La tensión de su pecho. La firmeza de su abdomen.

Cuando me muerde el labio, un gemido se me escapa. No era parte del plan. No es elegante. Pero me da igual. Él lo oye. Y su mano sube por mi costado, roza mi piel sobre la clavícula con los nudillos, lentos, como si estuviera comprobando que soy real. Yo tiemblo. No por miedo, sino por eso otro: eso que me aprieta el bajo vientre y me sube por la espalda como un fuego que aún no sabe dónde estallar.

—Estás temblando —dice, sin moverse de mi oído.

No espera mi respuesta. Solo me besa de nuevo. Esta vez sin tregua. Con lengua. Con deseo. Con todo. Mis caderas se arquean. Le buscan. Mi cuerpo le suplica sin dignidad.

A través de la tela que nos separa, hay algo que no se disfraza. Su erección me roza justo entre las piernas, encajada sin pudor, como si me reclamara. Como si supiera que aún no sé lo que significa… pero sí lo que provoca.

Me estremezco.

Nunca he visto un cuerpo masculino desnudo. No de verdad.

He oído risas veladas. Palabras a medias. Eufemismos que las doncellas repiten sin comprender. Pero ahora… ahora hay algo vivo entre nosotros. Algo que late, que presiona, que me avisa que esto no es juego. Que lo que está por pasar va a doler, va a marcar… va a ser mío.

No me mueve aún. Solo me contiene. Me examina. Me deja temblar contra él con esa quietud que no es pasividad, sino puro autocontrol.

Su boca baja hacia mi cuello. Me besa justo donde la piel se vuelve más fina. Abro los labios para respirar más hondo, para dejarle espacio a todo eso que no sé cómo nombrar, pero que ahora se arrastra por dentro con una claridad salvaje.

Y entonces me muerde el cuello, justo donde el pulso se acelera.

Y yo…

Yo dejo de pensar.

Él lleva la camisa oscura, ceñida al cuerpo, los cordones del cuello desabotonados, las mangas recogidas hasta los antebrazos, Puro músculo y tensión. Un torso que se mueve con lentitud, como si cada respiración fuera una decisión.

Sus pantalones se ajustan en los sitios donde uno no debería mirar. Pero yo he mirado.

Y lo he visto.

La forma.

Marcada.

Contundente.

Inconfundible.

Es largo. Grueso. Hinchado bajo la presión de la tela. Se curva un poco hacia arriba, presionando contra la costura del pantalón, reclamando espacio. El borde se insinúa, innegable, como una promesa entre rugosa y sagrada.

Siento cómo se me calienta el vientre, cómo se me humedecen los muslos sin permiso. No sabía que el cuerpo podía reaccionar así, con esta hambre callada que me hace apretar los dedos contra sus hombros para no dejarme caer.

Él lo nota.

Claro que lo nota.

—¿Te da miedo?

Cierro los ojos. Trago saliva. El pecho me sube y baja con violencia.

—Un poco —admito, sin disfrazarlo.

Él asiente. No dice que no pasa nada. No intenta engañarme. Solo apoya la frente contra la mía, y su aliento se mezcla con el mío. Me besa una vez más, suave, sin lengua esta vez. Solo los labios. Una caricia que me abre el pecho en canal.

—Dímelo todo —me pide—. Si algo no… si no estás lista. Me lo dices.

Ese «me lo dices» me atraviesa más que cualquier caricia porque sé que lo dice en serio. Porque no hay urgencia en sus gestos, solo fuego

contenido. Y si le dijera que no, se detendría sin reproche. Y eso me hace desear esto aún más.

—No quiero parar —le digo, bajito. Apenas un suspiro.

Sus párpados se cierran un segundo, como si necesitara concentrarse. Después, su boca vuelve a la mía, cargada de rabia e instinto. El beso es húmedo, profundo, con esa mezcla de rabia e instinto que se convierte en fuego cuando tropieza con piel. Me muerde el labio, lo chupa, lo lame. Su mano se desliza por mi cuello, por mi clavícula, desciende por el centro del pecho sin tocar los pezones. Me acaricia por encima del vestido, sintiendo la curva de mis senos con el dorso de los dedos. Como si tanteara la forma antes de tomarla.

El lino cae.

Mis pechos se descubren al aire, blancos, sensibles, temblorosos. Y entonces lo veo tragar saliva. Como si no hubiera esperado esto. Como si no supiera qué hacer con tanto.

Sus manos no van directas a tocar. No aún. Primero baja la cabeza. Me huele. Me besa entre los senos, sin apuro, como si me bebiera. Y luego, solo luego, me toma un pecho con la mano, lo cubre con la palma abierta, me lo pesa.

Mi pezón se endurece al instante.

Y cuando su lengua lo atrapa, cuando lo succiona con esa lentitud húmeda, jadeo sin disimulo. Me arqueo. Me rompo. Me enciendo.

Pero aún no me ha tocado ahí.

Ahí donde lo espero. Donde me duele.

Y esa ausencia, esa espera, es más poderosa que cualquier roce.

Su lengua dibuja círculos lentos sobre mi pezón, y yo no sabía que se podía sentir así. No como un cosquilleo o una ternura imprevista, sino como si me desnudara por dentro, como si esa parte de mí —ese punto rosado y frágil— estuviera directamente conectado a la entrepierna.

Lo succiona un poco más fuerte. Y mi cuerpo responde. Un gemido suave se me escapa, y él lo atrapa con los labios.

—Estoy al límite —murmura—. Llevo horas conteniéndome. Días. Tal vez años.

Sus palabras me queman por dentro.
Porque yo también estoy al límite. De no saber. De querer. De elegir.

—Entonces hazlo —respondo, sin saber de dónde me viene esa valentía—. No me asusto fácilmente.

Él se ríe bajo. Pero es un sonido seco, cargado de tensión.

—No es el miedo lo que me preocupa. Es que no sé si voy a poder ser suave.

Sus manos ya no tiemblan. Ahora me recorren, desde las costillas hasta la cadera, como si calculara por dónde empezar a romperme. Siento mi sexo latir, húmedo, lleno, casi doloroso. No sabía que podía humedecerme tanto. No sabía que el cuerpo también suplica sin palabras.

Entonces desata los cordones de su pantalón. Lo suficiente para liberar su sexo. Y lo veo.

Grande.

Recto.

Con la punta brillante de deseo, con esas venas marcadas que palpitan.

Y por un segundo… me quedo sin aliento.

Nunca había visto algo así. No en persona. No de cerca. Y me sorprende no sentir asco. Me sorprende desearlo.

Él me mira. observa mi reacción.

—¿Es la primera vez que ves a un hombre desnudo…? —pregunta, apenas rozándome con la voz.

Asiento. La garganta me arde de vergüenza, pero mis ojos no se apartan.

Él se inclina sobre mí, me besa los labios con un roce que apenas existe, y luego me dice algo que me desarma por completo:

—Entonces mírala bien. No tienes que temerla. No está aquí para imponerse. Está para darte placer.

No sé cómo responder a sus palabras. Solo sé que me tiembla el vientre, que el aire parece haber abandonado mis pulmones. Lo contemplo con el pulso martillándome las sienes,

Antes de que pueda articular palabra, sus manos se cuelan por debajo de la falda de mi vestido y me alzan con una facilidad pasmosa. Es un movimiento firme, seguro, que me hace soltar un jadeo ahogado. Mi vestido se arruga hasta las caderas, y, casi por inercia, enredo las piernas alrededor de su cintura para no caer. Su agarre en mis muslos es cálido y contundente; noto el leve temblor de sus dedos, la tensión de quien se contiene a duras penas.

En el mismo gesto, me alza un poco más y encaja mi espalda contra la pared. El borde del escaño me sostiene justo bajo los muslos; él se coloca entre ellos, obligándome a abrir las piernas. Rodeo su cuello con los brazos, clavando los dedos en la tela áspera de su camisa.

—Sujétate —musita, grave, mientras desliza una mano desde mi rodilla hasta la curva interior del muslo.

Obedezco, cerrando los talones detrás de sus caderas para acercarlo todavía más. Siento su aliento caliente en mi oído, el roce de su barba en mi cuello… y luego sus dedos, firmes, explorando la piel sensible entre mis piernas que late y arde.

Me aparta con suavidad los pliegues, como si separara pétalos empapados, y pasa la yema justo por el centro. Mi cuerpo reacciona con un latido inmediato; un gemido se me escapa contra su boca abierta.

—Así —susurra, comprobando con un roce lento lo húmeda que estoy—. Justo así te quería.

Se acomoda entre mis piernas, y su erección se desliza sobre mi sexo, sin entrar. Siento la presión. El calor. La humedad. La punta me roza, suave, resbalosa, y el cuerpo entero me tiembla como si ya me estuviera poseyendo.

Con la otra mano me sujeta de la cadera, firme, impidiendo que me mueva más de lo que él permite.

Cuando su pulgar acaricia el punto más sensible —ese nudo nervioso que late con cada respiración—, se me escapa un gemido que él bebe de mi boca. La presión se vuelve un vaivén breve, medido, que me enciende por dentro.

—Respira —me susurra contra la boca.

Y yo respiro. Y lo dejo entrar.

Primero, solo la punta.

Y arde.

Duele. Quema como una herida antigua que ahora cicatriza.

Me tenso. Me aferro a sus hombros, al lino de su camisa. Él no se mueve. Solo me acaricia la mandíbula con los labios. Me besa el cuello. Murmura palabras que no entiendo, pero que suenan a consuelo.

Entonces empuja un poco más. Y siento que me parte.
El cuerpo se niega. Luego cede. Luego tiembla.

Mi voz se quiebra. Él gime muy bajo, como si su autocontrol pendiera de un hilo.

—Lo siento —murmura, con la voz temblorosa—. Querría… ser más suave…

—Hazlo —le corto, con un hilillo de voz—. No tienes que ser suave.

Lo noto titubear una fracción de segundo, y después, emite un gruñido bajo, gutural. Y entonces entra más. Centímetro a centímetro. Hundido en su propia necesidad. Ahogado en su propio autocontrol.

Estoy llena.

Llena de él.

De su carne. De su aliento. De su presencia.

Es abrumador.

Y sin embargo… es mío.

Él me besa de nuevo, pero esta vez con los ojos abiertos. Como si necesitara verme. Como si yo fuera un mapa que necesita memorizar con urgencia.

Comienza a moverse, lento. Y con cada vaivén, el dolor cede espacio al calor. Mis pezones rozan la tela de su camisa con cada embestida, provocándome un cosquilleo que viaja del pecho hasta el vientre. Siento cómo me abro más, cómo mi cuerpo lo recibe, lo envuelve, lo quiere dentro aún más profundo.

La pierna derecha se me resbala un poco, y él la sujeta con fuerza, con una sola mano, ayudándome a no perder el equilibrio. Ese leve reajuste lo lleva a hundirse más. Roza un punto que me enloquece, y un gemido se me quiebra en la garganta, crudo, urgente. Mi sexo palpita a su alrededor, lo abraza, lo llama.

Él gime también, ahogado, como si intentara contener algo que se le escapa. La pared cruje a nuestra espalda. Empuja con la pelvis, con fuerza, sin dejar de sostenerme, y su boca encuentra mi cuello. Me muerde. No con violencia, pero sí con ese punto de rabia que se le ha quedado anclado en la mandíbula.

—¿Entonces cualquiera te habría valido para esto? —gruñe, junto a mi oído—. ¿Era eso?

Me tenso. No por miedo. Por sorpresa. Porque su voz suena diferente. Más rota. Más… dolida.

—¿Solo hacía falta que te mirara? ¿Que te guiara al establo? —sigue, sin detenerse, embistiéndome como si quisiera castigarme por algo.

—No me importa quién creas que soy —susurra entonces, más bajo, más ronco, con el deseo y la furia peleando por salir—. Pero recuérdalo

bien, esta noche... no vas a olvidarme.

Me muerde otra vez, más fuerte. Y yo no sé qué me quema más, si su boca o esa frase que me retumba en la columna como un presagio.

No sé quién es este hombre. Pero sí sé algo: nadie me ha mirado así. Nadie me ha poseído así. Nadie ha sonado tan furioso por desearme.

Y eso, en vez de asustarme… me enciende.

Siento mi interior envolviéndolo, cediendo, abrazándolo con hambre. Mi cadera empieza a moverse con él. Ya no solo recibo: respondo.

Y entonces lo oigo maldecir. Su respiración. Sus gemidos contra mi cuello. Su voz baja diciéndome: «joder, Isleen…» sin saber que ha dicho mi nombre, sin entender que lo ha dicho todo.

Y yo…

Yo me rompo.

No por dolor.

Por deseo. Por este caos perfecto que ahora es mío.

Su sexo, enterrado hasta lo más profundo, palpita, lo siento crecer un poco más, endurecerse dentro de mí. Me da vergüenza lo que siento, esa especie de temblor profundo, ese calor que se acumula en la parte más baja del vientre y sube, como si fuera a estallar. No puedo pensar con claridad. Solo respirar como si no hubiera aire suficiente, y abrir la boca, y buscar su mirada porque me estoy perdiendo. Porque no sé si esto es normal. Porque me gusta, pero me abruma.

Me estremezco sin querer, y él lo nota, porque me lame los labios, me chupa apenas la punta de la lengua, me respira dentro como si también estuviera intentando sostenerse.

Y es ahí, en medio de ese beso, que mi cuerpo empieza a deshacerse. No sé cómo ocurre exactamente. Solo sé que me arqueo contra él, que mis caderas lo buscan con más fuerza, que los músculos de mi interior se contraen en torno a su sexo con espasmos nuevos, temblorosos, desesperadamente profundos. Gimo, no alto, sino con un sonido ronco que se me escapa del pecho.

Lo rodeo más fuerte con las piernas, sin saber bien si lo hago para tenerlo más cerca o porque mi cuerpo ha decidido rendirse sin preguntar.

—Por Dios… —exhalo, sin saber a quién rezo, sintiendo que estoy a merced de un deseo que me supera.

—No hay dios aquí, solo tú y yo —susurra.

Y entonces, ocurre.

Primero es como una presión. Después, una especie de sacudida. No en mi cabeza, ni en mi pecho. En mi centro. Muy abajo. Donde él me toca. Donde me llena. Donde me tiembla algo que no sabía que existía. Mi espalda se arquea por puro reflejo, un espasmo se me agarra a los músculos del vientre, y el aliento se me corta. Gimo. Muy quedo, con los labios abiertos y la garganta caliente. Todo se me tensa. Todo se me suelta.

Él lo siente. Lo nota en cómo mi cuerpo lo aprieta de pronto, en cómo mis caderas se elevan hacia las suyas buscando más, en cómo mi piel se humedece aún más a su alrededor. Y gime también. Más fuerte. Más grave. Sujeta mis caderas con fuerza y empuja una última vez, profundo, con los dientes apretados y los ojos cerrados.

—Mierda… —jadea, apenas audible, con la boca abierta junto a mi cuello.

Se hunde un poco más, si es que eso es posible, y siento cada pulsación, cada derrame, cada estallido húmedo que brota desde él hacia mí. Gime contra mi piel, con los dientes apretados y los brazos tensos, aferrándome como si yo fuera el único sitio seguro donde puede perderse. Su clímax es largo, contenido y a la vez desgarrador, como si llevara demasiado tiempo reteniéndolo, como si, al darlo, también estuviera entregando una parte de sí mismo.

Sus dedos no me sueltan. Siguen acariciándome con suavidad, bajando poco a poco la intensidad, guiándome en la bajada mientras mis músculos siguen temblando alrededor de él.

Nos quedamos así unos minutos, unidos por todos los lugares posibles. Sudor contra sudor. Saliva en la comisura de la boca. Jadeos mezclados. Su semilla caliente aún dentro de mí, rebosando apenas cuando se mueve, despacio, como si no quisiera romper nada.

No hablamos.

Él apoya la frente contra mi clavícula y respira hondo. Yo le paso los dedos por el cabello, sin saber por qué. No hay ternura forzada, solo un gesto nuevo, inesperado, que nace de ese silencio.

No sé si esto que acabo de sentir tiene nombre.
Solo sé que me ha dejado vacía y llena al mismo tiempo.

Rota y completa.

Dolorida y viva.

Y él, sobre mí, jadeando aún, no dice nada. Solo me besa el cuello con la boca abierta, como si necesitara asegurarse de que no ha soñado lo

que acabamos de hacer.

Y por primera vez en mucho tiempo, no me siento atrapada.

Me siento elegida.

Me siento… libre.



Capítulo 6

«ISLEEN»

Lo noto apartarse lo justo para alzar la cabeza, con la mano firme en mi cintura para que no me deslice por la pared.

—Mírame —exige, con un deje áspero en la voz.

Levanto la barbilla y me encuentro con sus ojos, oscuros, encendidos, llenos de preguntas y respuestas que no comprendo. Todavía siento cómo su semilla se desliza entre mis muslos, un calor que evidencia lo que acabamos de compartir.

—¿Esto crees que se olvida? —murmura, arrastrando las sílabas con rabia contenida—. ¿Crees que vas a irte y fingir que no ha pasado nada?

No suena a una caricia, sino a una acusación. Me quema la manera en que sus palabras chocan contra mi deseo aún palpitante. Mi garganta está seca; no sé qué responder, porque ni yo misma sé lo que hará mañana la mujer que soy hoy.

—Yo pensaba… —empiezo, pero él me corta presionando un poco más su cuerpo contra el mío. La pared cruje en respuesta.

—Pensabas en deshacerte de tu virginidad con un desconocido —escupe, con la mandíbula tensa—. ¿Y si resulta que ese desconocido reclama lo que es suyo? ¿Y si no estoy dispuesto a verte en la cama de otro?

Un estremecimiento me recorre. No sé de dónde saca ese *suyo*, no sé por qué habla como si tuviera algún derecho sobre mí. Me esfuerzo por sostenerle la mirada.

—Yo no le pertenezco a nadie —mascullo, con la voz ronca por el esfuerzo de respirar.

—¿No? —exhala él, contra mi mejilla—. ¿Estás segura?

Mi corazón se detiene un segundo. No llego a procesar del todo lo que acaba de decir, porque acto seguido roza mis labios con los suyos. Esta vez, su boca no pide permiso. Reclama. Me besa con dureza, con rabia, con algo que huele a ira. Mis dedos se crispan en su nuca, y gimo en su boca, perdida en la contradicción que me provoca su arrebato.

—¿Quién eres? —logro articular, con un hilo de voz al separarnos un instante.

—El que no va a consentir que vuelvas a ofrecer tu cuerpo a nadie más —responde, sin inmutarse, con esa fuerza teñida de orgullo que me revuelve el estómago—. El que no dejará que me robes lo que, por derecho, me pertenece.

Sus manos, más bruscas que antes, me bajan de su cintura, dejando que mis pies toquen la tierra con cuidado. Mi cuerpo se resiente al separarnos: un escozor recorre mi sexo, humedecido y sensible tras el clímax. Siento su semilla resbalar un poco y me ruborizo, apartando la mirada para que no vea mi vulnerabilidad.

Él se limita a anudar los cordones de sus pantalones, con la respiración todavía algo agitada, y se inclina lo justo para apretar un último beso en mi boca, más rápido, más amargo, como si no pudiera evitarlo. Luego me observa, evalúa mi postura, mi temblor, mi confusión, mi cuerpo semidesnudo.

—Cúbrete —ordena, con un deje autoritario que me enciende y me enfada a la vez.

—¿Y si no quiero? —espetó, sosteniéndole la mirada.

Durante un segundo se limita a evaluar mi desafío. Sus ojos oscuros parpadean entre mi pecho descubierto y mi cuello enrojecido por sus mordiscos. Aprieta la mandíbula, se aproxima a mí lo bastante cerca para que sienta el calor de su cuerpo y me cubre el pecho subiéndome el vestido.

—Te dije que esto no se olvida —susurra, con la voz grave—. Y no voy a fingir que me da igual que me hayas elegido sin saber quién soy.

—¿Quién demonios eres? —exijo saber, con un nudo en la garganta. Una parte de mí teme la respuesta; la otra la ansía.

Él baja la mirada un instante, como si dudara. Luego da un paso atrás, se cruza de brazos, y sus rasgos se endurecen, alzando la barbilla con la fiereza de quien está acostumbrado a no bajar la cabeza.

—Soy Darian MacNeish. —Su voz resuena, áspera—. Tu prometido y futuro esposo.

Las palabras caen como un golpe seco contra mi pecho. Un escalofrío me recorre la espina dorsal. De pronto, el establo entero me parece un escenario demasiado pequeño para contener la avalancha de sensaciones que me asaltan: rabia, sorpresa, confusión…

—¿Tú… eres Darian? —susurro, tan sorprendida que mi voz sale casi sin fuerza.

—¿Te sorprende? —Su risa es seca, descreída—. Preferiste arriesgarte con cualquiera antes que conmigo y aquí estamos. ¿Te

parece irónico? Porque a mí me parece digno de una broma macabra.

—¿Por qué no lo aclaraste? —suelto, con la voz rasgada—. ¡Me has engañado! Apareciste como un extraño, callado y dejaste que…

—Ni te molestaste en averiguarlo, ¿verdad? —responde él, con un brillo dolido en la mirada—. No era tu prioridad, preferías saltarte la obligación… arruinarme el derecho que la ley me concede y dárselo a otro.

Sus palabras se me clavan hondo, más que sus manos, más que su sexo, más que sus besos.

Y yo, que creía haber tomado el control, descubro que no elegí nada. Que fui elegida sin saberlo. Que no miré bien. Que no supe.

Darian MacNeish**.**

El mismo del que he huido en pensamientos y conversaciones, al que me he negado durante meses, del que quería escapar como de una sentencia impuesta. Y al que ahora —por mi propia voluntad, por un deseo ciego y feroz— acabo de entregarle lo único que aún creía mío.

La garganta se me cierra. La vergüenza y la furia se mezclan como un vino oscuro en mi pecho, y cuando al fin consigo articular una palabra, no suena como una sentencia, sino como una súplica rota.

—Esto no se va a repetir. Esta… humillación.

Él ladea la cabeza, entrecerrando los ojos, y en ellos veo que se debate entre la cólera y un deseo que aún no se ha apagado.

—No lo llames humillación —gruñe—. Ha sido elección tuya. —Sus dedos se aferran a mis muñecas—. Y te lo prometo: ahora que sabes quién soy, no tendrás que buscar a cualquier otro.

—¡No! No te elegí a ti.

Sus ojos se entornan con algo parecido a la furia.

—¿No? —repite, en un susurro—. Lo que acaba de pasar aquí… —Se acerca a mi cuello, me respira haciéndome temblar—. ¿Lo habrías compartido con otro? ¿Entregarías estos gemidos, este placer a cualquiera?

—¿Por qué te comportas como si fuera tu propiedad? —alzo la voz, clavo los ojos en él—. ¿Acaso no ves lo absurdo que resulta? Ni tú me querías a mí, ni yo a ti. Y aun así…

—Aun así, has sido mía antes de que pudiéramos pronunciar un solo voto. —Su mirada se enciende un segundo, recordándome el pulso de

placer que acaba de atravesarnos—. Y no voy a fingir que no me alimenta el orgullo saber que, al final, no has podido dárselo a otro.

Trago saliva, confusa por su actitud: esa mezcla de caballería rota, de celo imprudente, de hombre que no sabe si maldecir o agradecer la casualidad que nos ha unido.

Me quema la forma en que lo dice, como si hubiera una victoria retorcida en ello. Aprieto los dientes, conteniendo las ganas de escupirle una réplica hiriente. Sé que, en el fondo, los dos estamos heridos por la misma farsa.

Me aparto un paso, aunque no sirve de nada. Todavía lo tengo encima. En la mirada. En el cuerpo. En los labios. En ese centro del pecho donde aún late su nombre recién descubierto.

—¿Eso es lo que querías? —pregunto con voz baja, sin disimular el temblor—. ¿Engañarme solo para castigarme?

—¿Tú crees que esto ha sido un castigo?

Sus palabras no suenan como una burla. No lo dice riendo. Lo dice casi con amargura.

—¿Tú crees que, si esto hubiera sido venganza, me habría contenido así?

Retrocedo un poco más hacia la puerta, como si la distancia pudiera hacerme pensar con claridad.

¿Y si hubiera elegido a Caelan? ¿Si hubiera tomado la salida fácil, la piel conocida? Tal vez ahora no estaría tragándome este nudo. Tal vez ahora… no estaría temblando por alguien que me odia.

—Isleen… —susurra, y esa voz ya no tiene rabia. Tiene algo peor: cansancio—. Debemos organizar la boda en unos días —anuncia.

—¿Qué? —parpadeo, incrédula—. ¿Te has vuelto loco? Ni siquiera hemos formalizado…

—No necesito formalidades —me corta, con un gruñido—. Ya no. Quiero la ceremonia pronto. Sin proclamas, sin avisos. Una boda discreta… rápida. Ya nos hemos conocido bastante en profundidad.

—¿Quién te crees para decidir esto? —espeto, con un temblor incontrolable en mi voz—. No soy un saco de grano que puedas arrastrar al altar cuando te apetezca.

Su mandíbula se crispa, y durante un instante temo que estalle. Sin embargo, en vez de gritar, se acerca más a mí, atrapándome de nuevo contra la pared del establo con su sola presencia.

—Te equivocas si crees que me haces un favor. —Su voz sale más baja, pero cargada de fiereza—. Pero si te niegas, Isleen: iré ante tu padre y le diré que ya te he tomado y que prefiero tener un enlace discreto y rápido a soportar habladurías. Él lo entenderá. O más bien, lo exigirá.

La crudeza de su argumento me golpea. Sé que en esta sociedad un desliz puede ser fatal para una mujer. Y Darian lo sabe. Está usando esa daga contra mí, sin piedad.

—Eres despreciable —me lamento, notando un escozor en mi garganta.

—Tal vez. Pero soy sincero. Esto no es un cuento de hadas. —Me sujeta suavemente la barbilla para obligarme a alzar la mirada.

—¿Y yo no tengo voz? —pregunto al fin, ahogada en mi propia confusión.

—Claro que sí —responde, con una mueca amarga—. Puedes gritar, maldecirme, odiarme. Pero, al final, te llevaré al altar. Y allí, al menos, sabrás con quién te casas.

Odio cómo mi cuerpo late con un pálpito traidor cuando recuerdo su piel contra la mía. Odio cómo me sacude la idea de que, en el fondo, parte de mí desea que vuelva a tocarme.

Él, como si adivinara mis pensamientos, deja escapar un suave gruñido y sujeta mi cintura con una mano pegándome a él.

—Cuanto antes estemos casados, antes podremos resolver… esto —masculla, sin apartar los ojos de los míos.

—¿Esto? —repito, sabiendo que se refiere a la tensión, a la mezcla de deseo y resentimiento que se eriza entre nosotros.

—Sí —susurra, acercando sus labios a mi oído—. Nuestro asunto pendiente. Y te juro que no descansaré hasta que asumas que eres mía. Por las buenas… o por las malas.

—Estás loco… —balbuceo, sin fuerzas—. Estás usando el miedo a tu favor —lo acuso, con amargura.

—Estoy usando la realidad —corrige, con frialdad—. No soy un buen hombre, Isleen. Mucho menos un santo. Tampoco estoy pidiendo tu bendición. Estoy avisándote.

—¿Y luego qué? —la pregunta me sale como un lamento.

—Luego cada uno seguirá odiando al otro si así lo desea. —Hay un deje de sarcasmo cruel en su voz.

—Maldita sea… —susurro, sin saber si hablo con él o conmigo misma.

Me cubro el rostro con las manos y respiro hondo.

—Estúpido orgullo —murmuro, mordiéndome la lengua, como si el sabor metálico pudiera darme valor.

He cavado yo misma esta trampa. Y ahora Darian la cierra con esa calma suya que no tiembla ni suplica, disfrazando su dominio de protección, su control de decisión compartida. No lo es. No lo ha sido nunca. Esto es una alianza disfrazada de rescate. Una cuerda de seda que ya me amarra el cuello.

—Date prisa —dice, lanzándome una mirada que no necesita más palabras—. Oculta esas marcas.

No suena brusco, pero tampoco amable. Solo real. La voz de un hombre que ya no pide permiso porque cree que lo tiene. Trato de taparme, de alzar la tela sobre mi escote, sobre mi cuello, pero los dedos me tiemblan, torpes, vencidos.

Entonces, sin decir nada más, se deshace del tartán oscuro que lleva sobre un hombro y lo despliega sobre mí. Lo acomoda con precisión, cubriéndome justo donde el calor de su boca aún arde. El tejido conserva su olor: cuero, humo, algo animal. Algo que no sé nombrar, pero que ya reconozco como suyo. Me lo cruza sobre el pecho con una lentitud medida. No me tapa. Me reclama. Como si el tartán hablara por él lo que sus labios aún no pronuncian.

Cuando termina extiende la mano. Abierta. Firme. Sin exigencia, pero sin opción.

Y yo…

Yo se la doy.

Porque salir sola sería más humillante.
Y salir con él… será una declaración.

La puerta del establo se abre con un crujido grave, como si también ella supiera lo que está a punto de ocurrir.

Él camina con paso firme, como si no llevara en la piel la evidencia de lo que ha hecho, como si las miradas que empiezan a clavarse en nuestra cercanía no le rozaran en absoluto.

Los Cuervos están cerca. Broen es el primero en alzar la vista, el que no sonríe. Kerran silba por lo bajo, como si no pudiera resistirse al comentario. Finn abre la boca, dispuesto a burlarse, pero se la traga sin decir nada.

Todos lo han entendido.

Todos lo saben.

Y, sin embargo, ninguno se atreve a decirlo.

Darian no se detiene. Me conduce con la misma seguridad con la que se sujeta un estandarte en mitad de la batalla. Camina con los nudillos marcados, la mandíbula apretada, y los ojos fijos en cualquiera que se atreva a sostenerle la mirada.

—¿A dónde vamos? —pregunto, sin atreverme a soltarme de su mano.

Él no se gira.

—A buscar a tu padre.

Y esas cinco palabras caen como un golpe seco sobre la tierra.

Una sentencia.

El principio del fin.

O quizá… el fin de la libertad que alguna vez creí tener.



Capítulo 7

«DARIAN»

El olor a metal fundido flota en el aire antes incluso de que cruce el arco de piedra. Es denso, cálido, mezclado con humo de leña húmeda, estiércol, pan recién hecho y sudor humano. Un hedor que muchos rechazarían, pero que para mí huele a hogar. Mi hogar.

El refugio de Pethshire no figura en ningún mapa. Se esconde en una hendidura de roca que se alza sobre la orilla norte de Loch Tummel, a medio día de caballo de Pitlochry y a dos valles del antiguo territorio de los MacNeish.

Desde el agua solo se adivinan las chimeneas bajas y los techos cubiertos de brezo; las paredes se confunden con los riscos de granito que protegen el paso hacia Glen Errochty. No es un pueblo—no tiene campanario ni plaza—, tampoco un fuerte—no hay murallas ni portón. Es algo más tosco y más viejo: una madriguera para desterrados, contrabandistas y supervivientes a los que ya no les queda nada salvo la voluntad de seguir respirando.

Aquí nadie pregunta de dónde vienes; lo único que importa es si vas a quedarte y si estás dispuesto a empuñar el acero por los demás.

Los que me siguen no me llaman laird. No creen en títulos ni en herencias. Me llaman jefe, cuando lo hacen. A veces, el Cuervo; otras, solo Darian. Lo que soy aquí no lo heredé. Lo gané. Con los puños, con la sangre, con la voluntad de quien ya no tiene nada que perder.

A mi izquierda, la herrería arde. El sonido del martillo contra el yunque resuena como un latido. Al pasar, Niall, el viejo herrero sin un ojo, alza la vista y me hace un gesto con la cabeza. No sonríe; nadie aquí desperdicia sonrisas. Pero su respeto se nota en el silencio que deja al verme.

Sigo adelante.

En la pequeña taberna improvisada —más una cueva con bancas que un local— hay movimiento a pesar de la hora. Kerran se ríe con una mujer en el regazo, su risa rota por el alcohol. Finn flirtea con la nueva curandera, que ya ha amenazado con cortarle algo si vuelve a insinuarse. Colum lanza dados con tres marineros exiliados, la calva brillándole bajo el candil. Y Broen, como siempre, talla madera en un rincón como si esculpiera respuestas a preguntas que nadie se atreve a hacer.

Me detengo en el umbral. Huele a cerveza rancia, sudor y carne asada sobre brasas de turba. El tipo de hedor que se mete en la piel y no se va. El

tipo de olor que recuerda que este no es un hogar noble, sino un lugar levantado con restos y rabia. Y, sin embargo, es mío. Y de ellos.

Proscritos, mercenarios, desertores, ladrones, marginados, desheredados, expropiados… Hombres que sobrevivieron a su propia caída y mujeres que aprendieron a no pedir permiso llenan el asentamiento que levantamos entre la ruina y el barro. Gente a la que el mundo despreció… y que aquí, conmigo, encontró algo parecido a un hogar.

Pero ni siquiera ellos me conocen del todo.

Ellos no saben lo que es perder un nombre. Un linaje. Una infancia. Ellos no vieron cómo ardían mis tierras con mi madre encerrada dentro. No sintieron lo que yo sentí al arrastrar a mi padre muerto por el barro solo para enterrarlo con las manos desnudas en la orilla del río. No supieron lo que fue crecer como bestia entre bestias, endurecerse para no suplicar, no llorar, no desear. Ser un arma.

Cruzo la estancia hasta la mesa del fondo. Allí, las paredes aún conservan el calor de una chimenea que apenas arde. Me siento. No hablo. Solo extiendo el mapa. Broen se acerca y se coloca a mi derecha, como siempre. Colum llega detrás, rascándose el cuello con la empuñadura de su hacha. Kerran y Finn no tardan.

—¿Vamos a hablar de ella o de los Ruthven? —pregunta Kerran con una sonrisa torcida.

—Vamos a hablar de ambos —respondo, sin levantar la vista—. Porque, si jugamos bien esta partida, una nos abrirá el camino hacia los otros.

El silencio que sigue no es incómodo. Es denso, tenso, como la calma que precede a una tormenta que uno ha llamado con nombre propio.

—Isleen MacNab no es una pieza más —continúo, dejando que mis dedos rocen la línea que marca el límite entre nuestras tierras y las suyas —. Es la llave. Su padre está enfermo. Los lairds vecinos tiemblan. Y ella… ella es la grieta que no esperaban.

—¿Y vas a casarte con una grieta? —bromea Finn.

Alzo la mirada.

—Voy a casarme con la posibilidad de destruirlos desde dentro.

Broen asiente. No necesita más.

—Y si mientras tanto le clavas otra cosa, tampoco pasa nada, ¿no? —añade Kerran, con su tono habitual de sarcasmo.

—Cierra la boca —gruñe Broen.

—Esta boda es solo el primer movimiento —digo, retomando el hilo—. Cuando esté dentro, el castillo será nuestro fácilmente. Luego las tierras. Luego su gente. Y entonces, solo entonces, hablaremos de Ruthven.

—¿Y si ella te ve venir? —pregunta Colum, con su calma habitual—. No parece tonta.

—No asesino mujeres indefensas. —Apoyo los dedos sobre el mapa, presionando justo donde se alza el castillo de los MacNab—. Pero no la protegeré si decide ponerse entre mi hoja… y su padre —aseguro desterrando cualquier indicio de humanidad en mí.

Mi misericordia murió el día que los MacNab arrasaron mi clan. Desde entonces, solo ha habido una prioridad: venganza. Ni justicia ni honor ni redención. Solo la certeza de que, algún día, les arrebataría todo lo que me arrebataron a mí. Tierra por tierra, sangre por sangre, nombre por nombre.

Y ahora... me caso con su hija.

Una MacNab.

La joya de su clan.

Un trozo de carne que quieren ofrecerme como alianza. Como tregua. Una humillación envuelta en encajes.

Estúpidos.

No saben que, al aceptar ese matrimonio, no estoy sellando la paz; estoy abriendo la puerta. Una vez dentro, podré destrozarlos desde el corazón, arrancarles el orgullo y pudrir sus cimientos desde dentro. Y cuando caigan… cuando los vea arrodillarse, sabrán lo que es perderlo todo. Como yo lo supe. Dicen que no siento nada, que no me canso, que mi piel no sangra y mi alma no duerme.

No es del todo cierto.

Sí siento.

Siento rabia.

Siento el filo del pasado clavado bajo la piel, cada día, cada noche.

Y ahora… siento otra cosa. Un ardor más nuevo. Más reciente. Más visceral.

Porque yo estaba ahí. Viéndola moverse entre hombres que la miraban como se evalúa a una yegua antes de una puja. La vi avanzar entre la hoguera y la bruma con esa calma que tienen los animales salvajes cuando saben que nadie puede con ellos. Cabello como lino quemado por

el sol, piel tan clara que el fuego le dibujaba venas de cobre y, en medio, esos ojos: un azul deslavado que no promete ternura, solo juicio.

No era etérea, era precisa.

Cada paso suyo marcaba territorio; cada gesto dejaba claro que, si la tocas, sangras. Y puede que medio claro la deseara, pero bastaba verla un latido para entender que nadie la tendría sin pagar un precio que les dolería recordar.

Y luego, escogió. A uno cualquiera.

No me molesta ser usado. Estoy acostumbrado. Fui moneda de cambio desde que aprendí a sostener una espada, pero me jode lo que hizo, lo que dijo y lo que hubiera ocurrido si no me hubiera elegido a mí.

Y eso no lo perdono.

—¿Estás bien? —pregunta Broen, con esa voz baja que guarda para los momentos que se avecinan oscuros.

—No. —Apenas lo reconozco en mi propia voz. Es más grave. Más seca —. Pero lo estaré.

Broen asiente. No necesita más.

Nadie aquí necesita explicaciones largas. Me han visto sangrar, me han visto matar, me han visto perder todo y seguir. Pero no me han visto arder por una mujer. Y esta vez tampoco lo harán.

—¿Y qué? ¿Era tan blanca como parece? —se atreve a preguntar Kerran, ladeando la cabeza con media sonrisa.

—¿Y virgen? —pregunta Finn, con un deje burlón, aunque bajo esa burla late la curiosidad.

Alzo la mirada del mapa. No les contesto de inmediato. Los observo uno a uno, como si decidiera en qué parte del cuerpo clavar la verdad.

—En lo que respecta a vosotros —digo sin levantar la mirada del mapa—, sigue siendo intocable.

—Solo era una pregunta —masculla Kerran, sin mucha convicción—. No hace falta que nos saltes al cuello, Darian. Sabes cómo somos.

Levanto los ojos lentamente. Y en cuanto se cruzan con los suyos, él calla.

—Lo sé. Y, aun así, estoy a un suspiro de hacerte tragar esos dientes torcidos que tanto enseñas.

El silencio se instala. Pero no es nuevo. Aquí, el respeto se mide en centímetros. Y en huesos rotos.

Broen se aclara la garganta. Nunca se entromete, pero su inquietud no es curiosidad: es estrategia.

—Solo queremos saber si te metiste en la cama con el enemigo…

—¿Desde cuándo os importa con quién me acuesto? —pregunto, sin ira, pero con una sombra fría que no necesita alzarse más.

—Es que no solemos verte tan… envuelto —responde Broen, con cautela.

—¿Envuelto?

—Enganchado. Preso. Loco. Llámalo como quieras —responde Finn, encogiéndose de hombros—. Todos lo vimos, Darian. Se te fue la mirada tras ella como si el resto del mundo no mereciera existir. Y cuando la sacaste del baile… bueno, digamos que hasta los ciegos apostaban que no la llevabas a rezar.

—Finn —apoyo la punta del puñal sobre la mesa, tan cerca de sus nudillos que la madera cruje—, una palabra más y te arranco la lengua, te la meto en el zurrón y te obligo a llevarla colgando como amuleto.

Kerran alza las manos como si no quisiera líos, aunque la chispa sigue bailándole en los ojos.

—Bah, ya entendimos —dice—. Una virgen menos, un castillo más. No es mal intercambio.

—No fue un intercambio. Fue una elección —aclaro, con los dientes apretados—. Y no os corresponde a ninguno comentarla.

Se hace el silencio. Esta vez de verdad. El tipo de silencio que no incomoda, pero pesa. El que arrastra preguntas que no se atreven a formular.

Porque me han visto enfrentarlo todo. Me han visto volver con la sangre de mis enemigos hasta las cejas y la mirada más fría que el hielo del norte. Pero no me habían visto volver así. Tan callado. Tan cargado. Tan... poseído por algo que no sé si quiero tener.

—La boda será en tres días —digo, cambiando de tema con un chasquido—. El padre está débil. Acepta todo lo que le diga mientras no se arme escándalo. La ceremonia será breve y discreta.

—¿Y después? —pregunta Broen—. ¿La encerrarás en la torre como una reina prisionera?

Me quedo un segundo callado, midiendo la respuesta. Porque no sé si la quiero encerrada… o atada.

—Ella pronto descubrirá que no se casa con un hombre. Se casa con su ruina.

El silencio aún se sostiene cuando Morlach entra. Nadie lo saluda porque todos saben que cuando Morlach aparece, siempre busca pelea… o algo peor.

Se aproxima con lentitud, arrastrando un taburete viejo que chirría como si gritara al contacto con el suelo. Se sienta cerca de la mesa, lo justo para que su hedor de sudor rancio y piel vieja invada el aire. En el rostro lleva la misma expresión torcida de siempre: media sonrisa, medio desprecio.

—La MacNab —murmura, con la lengua empapada en alcohol y miseria—. Vaya pedazo de hembra. Cuando bailaba, las tetas se le salían sobre ese corsé de doncella. Se notaba que no la habían tocado aún. Debió de temblarte hasta el alma al deshacer ese nudo.

Bajo las gaitas aquella noche no estábamos solo los cinco junto al tronco caído. Media docena más de cuervos se repartían entre los puestos de hidromiel y las hogueras, barriendo el claro con los ojos. Entre ellos Morlach. Contaban hombres, tomaban notas mentales de quién llevaba daga al cinto y quién enseñaba demasiado la bolsa. En cada vuelta del baile uno levantaba el mentón para indicar que el perímetro seguía limpio; otro rascaba el suelo con el talón cuando detectaba un laird borracho que valía la pena vigilar.

Es rutina: mirar, calcular, recordar. Así nos movemos siempre, desperdigados como piezas sueltas de un mismo mecanismo que nunca duerme.

—¿La cataste bien? —prosigue Morlach, la lengua lamiéndole los labios agrietados—. Si no piensas quedártela entera, podrías dejarme probarla antes de matarla. No me importa saborear lo que te sobre, jefe.

El silencio se vuelve denso.

No respondo. Termino de trazar una línea sobre el mapa con el cuchillo. Luego limpio la hoja con calma en un trozo de tela. Todo muy despacio.

—Darian —dice Broen, con voz apenas audible.

Miro al frente. A Morlach. Lo observo con esa quietud que siempre ha hecho que otros hombres recen sin creer.

No le he dado permiso para hablar de ella. Ni para respirar su nombre con esa boca.

No pienso. No aviso. Solo lanzo el cuchillo porque si me doy medio segundo más, haré algo mucho peor.

La hoja se clava con un crack limpio justo al lado de su cara, en su maldita oreja izquierda, que queda empalada contra el poste de madera.

El grito no tarda. No de dolor. De sorpresa.

Se queda congelado, atado por la carne a la pared, con la sangre bajándole por la mejilla. Intenta moverse, pero no puede. El cuchillo atraviesa hasta el mango. Es quirúrgico. Preciso. Humillante.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta de lo que acabas de decir? —No espero su respuesta—. Que crees que yo podría estar de acuerdo contigo.

Me levanto.

No rápido.

Solo firme.

—Aquí no se viola. Aquí no se manosea sin permiso. Aquí no se usa a las mujeres como botín. ¿Lo entiendes?

El cuchillo aún tiembla en la madera cuando me acerco a Morlach.

Nadie se mueve. Ni Broen. Ni Torren. Ni siquiera Kerran, que suele reírse hasta de las amenazas de muerte. El silencio tiene espinas. Y todas se clavan en el malnacido que tengo delante.

—¿Lo entiendes? —repito, con voz baja, tan contenida que ni siquiera suena a rabia. Solo a verdad.

Morlach asiente con torpeza. El dolor le empapa la cara. Me inclino un poco, lo justo para que solo él oiga.

—La próxima vez que hables de mi esposa como si fuera carne… te arranco la oreja. No para que calles, sino para que la mastiques hasta tragártela. ¿Lo tienes claro?

Traga saliva.

—Sí… sí, jefe.

Clavo los ojos en él un segundo más, luego tiro del cuchillo. La oreja se desgarra con un sonido húmedo. Morlach chilla. Se lleva las manos a la cabeza mientras la sangre le chorrea por la barba mugrienta.

Me doy la vuelta, limpio la hoja con calma, y la envaino. Camino hacia la puerta.

—Que alguien le lleve a la curandera. O no. A ver si el dolor le enseña a contener la lengua.

El aire fresco me golpea en la cara en cuanto salgo. La noche está cerrada, negrísima, con un cielo cargado de nubes que no prometen

tregua. El viento huele a humedad, a tierra removida, a los susurros de los muertos que me siguen desde que tengo memoria.

Camino hasta la cornisa. Desde aquí se ve el lago. Negro, inmenso. Sin luna que lo ilumine. Solo tinieblas sobre tinieblas.

Apoyo las manos en la piedra y respiro.

Isleen.

El nombre me quema por dentro como si fuera acero caliente.

Siento los dientes apretarse. Las manos cerrarse. El pulso latir en la garganta.

Si algún día se le ocurre mirar a otro hombre como me miró a mí esa noche, juro por mis muertos que lo destripo ahí mismo. Y a ella… no. A ella no la tocaré con rabia o como castigo. Porque lo que haré con ella será mucho peor: la ataré a mí hasta que no recuerde cómo era respirar sin mi sombra encima.

Y entonces, quizás, entienda quién soy.

No su esposo.

Su maldición.



Capítulo 8

«ISLEEN»

No hay alegría.

Solo los pasos contenidos de un par de mujeres que me rodean, el crujido leve de la tela cuando bajan la última capa del vestido, y ese silencio denso que flota en la habitación como si alguien estuviera a punto de morir.

Quizá yo.

La tela que me cubre no es ostentosa. Nada que ver con los vestidos que he visto en otras bodas: ni terciopelo importado, ni perlas, ni sedas teñidas al gusto de las cortes. Es lino crudo, blanqueado al sol y suavizado con lavanda. Cae recto, sin vuelo, con mangas largas que me cubren hasta los nudillos y una falda pesada que apenas roza el suelo. El escote es alto, sencillo, recogido bajo el cuello con un broche de hueso tallado. En la cintura, una faja bordada con el emblema de mi clan: un ciervo levantado, orgulloso, rodeado de espinas.

Timor omnis abesto. Que se aleje todo temor.

Mentira.

Hoy siento el miedo aferrado a la garganta, invadiendo cada rincón de mi cuerpo. Y no hay victoria posible.

La mujer más joven me recoge el pelo con manos torpes, intentando trenzarlo con unas cintas blancas. No hablo. No la detengo. Solo miro al frente, con los ojos clavados en la vidriera de la torre más alta del castillo. Desde aquí, el paisaje se despliega como un mapa antiguo: el lago Tay, inmenso, helado como una promesa que nunca se cumple; los riscos lejanos; la niebla arremolinada sobre el agua; y abajo, en el sendero que sube hacia la entrada principal… los MacNeish.

Llegan como una marea oscura.

Docenas de hombres a caballo, cubiertos de pieles y armas, con el tartán verde oscuro y negro anudado en sus cinturas. Uno de ellos porta el estandarte: Vincere Vel Mori. Vencer o morir. El lema de su clan. El eco de lo que son. Y en el centro, marcando el paso con la misma calma de quien nunca corre porque sabe que nadie lo alcanza, él.

Darian.

Lleva el tartán a la cintura, con un cinturón ancho de cuero oscuro y cruzado por el pecho. El broche que lo sujeta brilla con un reflejo de

plata vieja: el cuervo alzado de su casa, con las alas abiertas y el pico afilado como un mal augurio. No viste capa ni armadura. Solo ese cuerpo que parece tallado a golpes y esa expresión como cincelada en hielo.

No necesito acercarme más para verlo y percibirlo.

No hay nadie como él entre los que llegan. Ninguno con esa forma de sostener el mundo con los hombros. Ninguno que pueda llevar tanta sombra sin volverse un monstruo.

—Están cerca —anuncia una voz a mi espalda. Es Agnes, la que me cuidó de niña, la que me enseñó a no temblar—. Deberías bajar pronto, lsleen.

No respondo. No puedo. Me aferro al alfeizar de piedra con los dedos helados.

La boda será pequeña, íntima, como se ha pactado. Sin proclamas, sin fiesta, sin música. Solo mi padre, que ya apenas puede mantenerse en pie, algunos testigos, y él.

Él y yo.

El enemigo y la hija.

El precio y la deuda.

No sé qué parte de mí tiembla más. Si la que desea gritar y huir. O la que todavía recuerda cómo me besó contra la pared del establo, cómo me sostuvo con el cuerpo entero como si fuera suya… antes de decirme que, efectivamente, lo era.

—¿Estás lista? —pregunta Agnes, esta vez con más suavidad.

Mis labios se separan.

—No —respondo.

Pero me doy la vuelta igual. Porque esto no va de estar lista. Va de sobrevivir. Va de fingir que no siento nada mientras camino hacia el altar.

Aunque lo mire a los ojos.

Aunque me tiemblen las rodillas.

Aunque el cuerpo me arda al recordarlo dentro de mí.

Va de fingir que no me afecta.

Y luego, él se instalará en mi castillo.
Dormirá bajo este mismo techo que juró incendiar.
Caminará por estos corredores con las botas llenas de barro y pasado.

Se sentará a la derecha de mi padre en la mesa del salón —cuando no en su lugar, como cabeza del clan—. Tomará decisiones que antes eran nuestras. Revisará las cuentas, las cosechas, las armas. Hablará con nuestros hombres. Dará órdenes a nuestras mujeres. Y nadie dirá nada. Porque ahora es mi esposo. Porque ahora es parte de este clan.
Porque hemos firmado nuestra derrota con tinta y alianzas de plata.

Se paseará por las tierras de los MacNab como si siempre hubieran sido suyas, como si no las hubiera hostigado durante años. Cabalgando por los mismos caminos que su gente saqueó tantas veces. Respirando el mismo aire que intentó quitarnos como si no hubiera hecho que mi gente durmiera con una espada al lado por culpa del Cuervo MacNeish.

Tocando todo lo nuestro.

Lo mío.

Y lo hará con la misma calma desalmada con la que ordena matar. Con esa frialdad suya, tan precisa, tan feroz, que parece no dejar lugar para la duda, ni para la culpa, ni para el perdón.

Y yo…

Yo tendré que acostumbrarme.

Llaman a la puerta. No con fuerza, pero sí con firmeza.
Sé que es mi padre antes de que Agnes abra.

—Isleen.

Su voz suena más baja de lo habitual. Como si temiera quebrarla. Me doy la vuelta.

—Estás preciosa —dice, apenas cruza el umbral.
Y no sé si lo dice por el vestido, por el recogido improvisado en mi cabello, por el rubor involuntario en mis mejillas o porque quiere creerlo.

Se acerca despacio, como si tuviera miedo de tocar algo sagrado. Pero al final, me abraza. Y en ese gesto torpe, callado, que no necesita florituras, me doy cuenta de lo que estamos dejando atrás.

Ya no soy la niña que perseguía mariposas entre los setos. Ya no soy la joven que montaba a caballo junto a él, sin importarme el barro, ni las obligaciones propias de mi sexo.

Soy la hija que entrega. Que deja de ser suya… para convertirse en lo que sea que me espera con Darian.

Mi padre me aprieta contra su pecho. Huele a tomillo, a lana húmeda, a tinta vieja. Huele a hogar. Y también a despedida.

Cuando se aparta, lo hace con una ternura tan pesada que me rompe un poco por dentro.

No dice nada más. No habla de lo orgulloso que está, ni del sacrificio, ni de lo correcto. Solo extiende el brazo. Me lo ofrece, sin imponer, como si me diera la oportunidad de decidir.

Y yo, que he decidido tantas cosas sin saberlo, se lo tomo. Coloco mis dedos sobre su antebrazo.

—¿Estás lista? —pregunta.

Mentirle sería cruel.

Decirle la verdad, más aún.

Así que asiento.

Solo eso.

Y caminamos.

Uno, dos, tres pasos. El vestido susurra sobre la piedra pulida. Los murmullos llegan desde abajo.

La capilla del castillo se alza como un suspiro contenido entre los muros de piedra. No hay flores. Ni guirnaldas. Ni música. Solo el eco apagado de los pasos, el susurro de los mantos, el crujir de la madera bajo los asientos. El aire está cargado de incienso, polvo antiguo y algo más difícil de nombrar: resignación.

Mi padre me conduce con paso lento, su brazo tenso bajo el mío. Me lanza una mirada furtiva. Al llegar al umbral, me detiene un instante. Sus dedos rozan los míos, casi como si quisiera retenerme. Luego me suelta con la dignidad del hombre que ha perdido tantas batallas que ya no lucha con las manos.

Camino sola hacia el altar.

A ambos lados, los hombres del clan guardan silencio. El suyo y el mío. Los MacNab y los MacNeish.
Los primeros me observan con una mezcla de pesar y orgullo herido. Los segundos… como quien contempla un territorio recién conquistado.

Y entre todos ellos, está él.

Darian.

Apenas unos pasos por delante, de pie junto al altar. Alto. Inmóvil. Una estatua cincelada en carne y cicatrices.

Se gira, me mira, y esa mirada lo dice todo.

No hay dulzura ni desprecio. Hay algo más: ese brillo de guerra que no ha sabido apagar ni siquiera hoy. O quizás, precisamente hoy, arda con más fuerza.

Me detengo a su lado.

Ni un gesto, ni una palabra. Pero su proximidad es brutal. Puedo sentir el calor de su cuerpo, la tensión de sus hombros, el control con que mantiene su respiración en calma. Como si todo en él estuviera dispuesto a resistir un asalto… incluso el mío.

El sacerdote da un paso adelante. Entre sus manos sostiene una tira de tartán. Reconozco el patrón enseguida: rojo oscuro, verde musgo, negro y ese hilo plateado que bordea cada franja como un juramento no dicho. Es el tartán de los MacNeish original. El de sus padres y su clan extinto. El que vi ondear sobre cuerpos enemigos cuando aún nos atacaban en los vados. El mismo que cubría los cadáveres en los campos tras las escaramuzas.

Y ahora… va a atarme.

El sacerdote me indica que extienda la mano derecha. Lo hago. No tiemblo. No se lo permitiré.

Darian, sin dejar de mirarme, alarga también la suya. Su palma es grande, rugosa, caliente. Cuando nuestros dedos se rozan, siento el contacto como una amenaza.

El sacerdote envuelve nuestras manos con la tela, cruzándola una vez, luego otra.

—Este lazo representa el vínculo entre dos casas —declama el sacerdote—, dos destinos, dos voluntades unidas ante Dios y ante los hombres.

Yo no me muevo. Él tampoco. Solo su pulgar traza un gesto casi imperceptible sobre el dorso de mi mano. ¿Un roce? ¿Una advertencia?

—Con este nudo —continúa la voz del sacerdote—, se sella el juramento. Lo que está atado por honor, no debe romperse por orgullo.

Darian mantiene su mirada clavada en la mía. No hay emoción. Solo un fuego frío. Me ata con los ojos mientras el tartán nos ata las manos. Y yo, atrapada en esa tela y en esa mirada, siento que algo dentro de mí —algo antiguo, algo feroz— empieza a doblarse.

Por fuera, parezco entera. La espalda recta. La barbilla alta. El mentón firme como si nada de esto pudiera tocarme.

Pero por dentro…

Por dentro soy una grieta a punto de ensancharse.

Porque esto no es una ceremonia. Es una clausura.

El sacerdote termina la ceremonia con voz solemne y desata nuestras manos.

Darian ni espera el amén; me aferra por la cintura con ese gesto seguro, casi descortés, que anuncia que algo ha cambiado para siempre. El beso que imprime sobre mi boca no busca dulzura — solo afirmar territorio —; es breve, seco, pero deja la sensación de una puerta que acaba de cerrarse detrás de mí.

Sus dedos se clavan un poco más en mi cintura antes de soltar. Pero no se aleja.

—Ya está hecho —murmura, sin apartar los ojos de los míos.

—¿Y bien? —alzo la barbilla—. ¿Ya puedes sentirte satisfecho o te falta aplastar alguna otra parte de mí para sentirte el dueño del lugar?

—Lo haría si supiera qué parte de ti sigue siendo solo tuya.

Lo miro. Sin pestañear.

—Todas lo son.

Y dejo que lo entienda como quiera. Él parpadea. Solo una vez.

—No lo parecerá cuando...

—Ni lo intentes —lo corto, sin pestañear.

Una de sus comisuras se curva. No es una sonrisa amable. Es una que corta. Una que aprueba el golpe.

Mi padre no se acerca. No dice nada. Solo permanece ahí, con las manos cruzadas a la espalda y la mirada fija en nosotros, como si atestiguar mi entrega fuera una formalidad más que una herida. Como si todo esto no le carcomiera por dentro.

Darian lo observa. Inclina apenas la cabeza. No hay reverencia, ni afecto, ni sumisión. Solo una cortesía vacía, ejecutada con la precisión de quien sabe exactamente cuánta deferencia es necesaria para no parecer insolente… y cuánta para dejar claro que no responde ante nadie.

Después, sus ojos regresan a mí.

Yo no me muevo. Él tampoco.

—¿Piensas quedarte ahí, congelada con esa fachada de doncella sacrificada, o vas a caminar? —musita, sin mirarme del todo, como quien da una orden sin molestarse en comprobar si será obedecida.

—¿Y si prefiero quedarme aquí? —respondo, con la voz baja, tensa.

Él gira levemente la cabeza hacia mí, con esa calma suya que no sabe de prisas. Ni de emociones innecesarias.

—Entonces tendré que arrastrarte. Aunque sería una pena estropear ese vestido tan... virginal —dice con una mueca que no llega a sonrisa, pero roza el desprecio—. Aunque ambos sabemos que ya no te hace justicia.

No me inmuto ante el veneno disfrazado de burla. Mantengo la espalda recta y el mentón alzado, como si no hubiera escuchado esa última puñalada.

—¿Te sientes bien cuando me humillas? —pregunto, en voz baja, apenas un susurro entre los dientes, mientras mis ojos siguen fijos en el pasillo.

Él no me responde enseguida. Da un paso, uno solo, y reduce la distancia a tal punto que mi espacio queda anulado. Su mano se cierne alrededor de mi muñeca sin brusquedad, pero con esa tensión que no se finge. Inclina apenas la cabeza para que sus labios rocen mi oído.

—No —musita, con un filo de acero en cada sílaba—. Me sentí mejor cuando gemías conmigo dentro… y tu orgullo suplicaba antes que tú.

Un escalofrío me sacude el cuerpo entero, y no sé si es de rabia o de un deseo que odio reconocer. Siento su respiración, densa, cargada de una furia contenida que se mezcla con la mía.

—Eres despreciable —mascullo, intentando que mi dignidad salga a flote.

—Lo sé —reconoce sin una pizca de remordimiento. Su pulgar recorre un tramo mínimo de mi muñeca, un roce casi imperceptible que, sin embargo, me hace arder—. Y no me avergüenza, Isleen. Eres tú quien debe decidir cómo enfrentarlo.

Separo los labios para insultarlo, pero mis palabras se enredan en la garganta al notar cómo sus dedos aflojan mi muñeca solo para resbalar a lo largo de mi antebrazo y descansar un segundo en mi cintura.

—Si prefieres la humillación al placer —añade, sin voltear la mirada —, dímelo en la cama esta noche. Yo sabré qué hacer con tu orgullo.



Capítulo 9

«ISLEEN»

La gran sala del castillo Dun Braonach hierve de humo, risas y olor a carne asada. Las antorchas proyectan sombras doradas sobre los tapices, y el vino corre como si pretendieran emborrachar incluso los cimientos.

Los MacNeish se han adueñado del lugar como si fuera una taberna en noche de tormenta. Brindan por la novia, por el novio, por los dioses antiguos y por cualquier excusa que les permita gritar más fuerte.

Las copas se alzan, las carcajadas estallan, y las mujeres se abren paso entre jarras, bandejas y comentarios subidos de tono.

Yo estoy sentada junto a Darian. O más bien, pegada a él, porque la mesa principal es estrecha y su pierna toca la mía con descaro. No se aparta. No se excusa. Tampoco parece tener la menor intención de fingir distancia. Solo me mira de vez en cuando, con esa expresión que pregunta sin palabras cuánto tiempo seguiré resistiendo antes de morder.

Permanece erguido, con el codo apoyado en la mesa, tan inmóvil como un relieve tallado en granito. Bebe poco. Observa mucho. Y no responde a nadie… todavía.

—¡Por la nueva señora MacNeish! —grita alguien desde el fondo, con una carcajada—. ¡Esperamos que tenga las caderas anchas y la paciencia infinita!

—¡Y que sobreviva a la noche de bodas, claro! —añade otro, chocando su copa contra la del primero.

Otra ronda de risas explota más allá de nosotros. Alguien —Kerran, seguro— levanta su copa y grita:

—¡Por nuestro jefe, el único que necesita dos mantas y medio castillo para cubrirse… el arma!

—¡Y por ella! —añade otro—. ¡Que pueda caminar mañana para darnos el parte de guerra!

Me arde la cara. La nuca. El pecho. No sé si de furia o de algo peor. De algo más sucio. Más incómodo. Más ardiente.

—Tus hombres son unos cerdos —susurro con los dientes apretados.

—Lo sé —responde, sin ofenderse ni defenderlos—. Y tienen buena memoria y lengua. Ten cuidado con lo que les das para saborear.

—¿Y tú qué dices, Isleen? —pregunta uno de los más jóvenes, el que lleva el tartán torcido y la boca suelta—. ¿Es verdad lo que dicen de los MacNeish? ¿Que su fuerza está proporcionalmente repartida entre el brazo de la espada y el… mango del orgullo?

Más risas.

Yo mantengo la copa en alto, los labios apenas rozándola.

—No sabría decirlo —respondo con la voz más dulce que encuentro —. Pero puedo asegurar que su ego pesa más que su espada.

Los que escuchan sueltan un «oooh» colectivo, mezcla de sorpresa y admiración. Incluso Kerran, el más bocazas, se lleva la mano al pecho, fingiendo estar herido por mí. Darian, en cambio, ladea la cabeza muy despacio, como si acabara de recordar por qué me desea y por qué me odia al mismo tiempo.

—Tened cuidado —dice, sin sonreír—. Tiene lengua afilada. Y si muerde, no suelta.

—¿Eso lo dices por experiencia? —pregunta otro, y hay un alboroto de carcajadas aún mayor.

El jolgorio continúa, espeso y salpicado de vino. Los MacNeish golpean las jarras contra la mesa, lanzan apuestas sobre la resistencia del lecho nupcial y se burlan unos de otros con tal descaro que uno pensaría que no están en la mesa alta de un castillo.

Yo aguanto. Con el mentón alzado, el pecho inmóvil y las mejillas encendidas. Darian, a mi lado, sigue sin apartarse. Su brazo aún roza el mío, su rodilla aún me acorrala contra el asiento.

Entonces lo percibo. No lo oigo ni lo veo. Lo *siento.* Una presencia tras de mí. Firme. Silenciosa. Sólida como la piedra.

Sé quién es antes de girarme.

Caelan.

Está de pie a mi espalda, cruzado de brazos, con las botas ancladas en el suelo y la expresión cercana al acero pulido. No ha pedido permiso. No ha anunciado su llegada. Simplemente se ha colocado detrás de mí, como quien guarda una puerta que no piensa dejar abrir.

No dice nada. No lo necesita. La sala lo nota. Incluso Darian lo nota. Porque deja la copa a medio camino, y con ese simple ademán detiene el bullicio.

—¿Se te ha perdido algo? —musita, sin mirarlo. Su voz no es agresiva, pero tampoco indiferente.

Caelan tampoco contesta.

Su sombra, proyectada por la luz de las antorchas, se alarga hasta la mesa como un recordatorio mudo de que no estoy sola. Que hay alguien aquí que *todavía* no ha entregado mis huesos al lobo.

—¿O solo vienes a contar cuántas veces parpadeo? —insiste Darian, ahora sí girando ligeramente el rostro, lo justo para dejar entrever la tensión en su mandíbula—. Te va a doler el cuello si sigues vigilándome así toda la noche.

—Estoy donde debo —responde Caelan por fin, sin moverse un centímetro.

—¿Y eso lo decides tú o mi esposa?

Mi espalda se tensa. El silencio es breve, pero espeso.

Caelan clava los ojos en él por encima de mi cabeza, sin cambiar el gesto.

—Yo.

Y ahí se queda. Brazo cruzado. Impasible. Como un centinela en la puerta de un templo.

El murmullo en la sala parece bajar un tono, como si algunos oídos más atentos se percataran de lo que flota en el aire. No es solo rivalidad. Es algo más antiguo, más primitivo.

Dos hombres que no se conocen... pero que se reconocen. Porque no hace falta haber cruzado espadas para saber cuándo alguien estaría dispuesto a morir —o matar— por una mujer.

Darian no dice nada. Se limita a girar apenas el rostro, lo justo para que yo pueda ver ese gesto suyo: mandíbula tensa, la comisura del labio apretada, y los ojos oscuros como un lago congelado. Su copa sigue a medio camino.

Y entonces bebe.

Con lentitud. Como si saboreara algo más que el vino.

—Deberías enseñarle a tu capitán a retirarse a tiempo —musita después, sin apartar la vista del frente—. Tu padre al menos tuvo la decencia de hacerlo.

No sé si es una provocación o un simple apunte. Pero sé que ha dado en el blanco.

Porque mi padre se ha retirado hace rato, agotado, alegando el peso de la jornada. Y eso ha dejado la sala a merced de los MacNeish. De sus risas. De sus apuestas. De sus comentarios envueltos en humor y violencia.

—Caelan no se retira —respondo sin pensar demasiado—. Solo cuando yo se lo pido.

Darian me mira como si acabara de confirmarle algo que ya sabía.

—Entonces, tendrás que acostumbrarte a que te contradigan. —Hace una pausa breve, deja la copa en la mesa—. Porque esta noche no decides tú cuándo se va. Ni él.

Sus dedos rozan los míos bajo la mesa. No es una caricia. Es un roce intencionado. Un gesto que ni siquiera sé si los demás ven. Pero Caelan sí. Estoy segura. Porque Darian lo hace para que Caelan lo vea. Porque, como todo lo que hace, no es impulso. Es cálculo.

Y yo… me levanto.

No digo nada.

Simplemente me pongo en pie, el vino aún en la mano, la barbilla en alto, los labios cerrados como una amenaza. La sala enmudece por un instante. El silencio es breve. Cortante. Como un latigazo seco. Lo suficiente para que incluso Kerran, con su bocaza abierta, se trague el siguiente chiste.

—Voy a salir un momento —digo con frialdad—. Ya he tenido suficiente espectáculo.

Doy un paso. Dos.

Pero Darian también se pone en pie, pero no para detenerme o seguirme. Solo para mirar a todos, con la copa en una mano… y una sonrisa torcida que me hiela.

—La novia se retira —anuncia, como si fuera parte del guion—. Ya sabéis lo que eso significa.

Las risas estallan de nuevo. Algunas demasiado estridentes. Otras, cargadas de esa complicidad que me enerva. Yo aprovecho para recoger un poco mi falda y alejarme sin pronunciar palabra, con la cabeza alta, fingiendo un orgullo que me cuesta mantener.

Tardo más de media hora en perderme a propósito.

Paso a paso, avanzo por el corredor, procurando no pensar en cuánto me tiemblan las piernas, en la tensión que Darian despierta en mí. Al doblar la esquina, distingo un par de guardias que conversan en voz

baja; no quiero dar explicaciones, así que enderezo la espalda y finjo una calma que no poseo.

Cuando me ven, se cuadran con respeto. Yo respondo con un leve asentimiento, como si todo estuviera bajo control. Aun así, noto sus miradas de soslayo, su curiosidad difícil de disimular.

Yo tampoco sé a dónde voy o qué hago.

Giro a la derecha y me encuentro con Eilidh, Agnes y otras mujeres. Están saliendo de la habitación nupcial, hablando en voz baja. En cuanto me ve, Eilidh, al frente, alza una ceja con ese gesto que me pregunta sin palabras.

—Solo necesitaba aire —repito, con la voz algo temblorosa—. He salido antes de explotar con… tanta gente.

—Claro, querida. —Eilidh me escudriña con comprensión—. Te vendrá bien airearte un poco.

—¿Nada más que aire? —murmura Seona, la mayor, con un deje pícaro—. Puede que un buen trago también ayude…

—O unas hierbas relajantes —acota Iona—. Te preparamos una infusión si quieres; no vaya a ser que…

—Por favor, no lo necesito —la interrumpo, intentando mantener la compostura—. De verdad, estoy bien.

—Lo estarás cuando pase la noche —bromea Seona, lanzándole una mirada cómplice a Agnes.

—¿Qué…? —dudo, sin entender a qué se refieren.

Agnes se aclara la garganta con un carraspeo cómico.

—Hemos venido a poner sábanas limpias, a dejarlo todo listo. He echado un poco de romero bajo la almohada. Dicen que ayuda con el… vigor.

—Oh, sí. —Seona se cruza de brazos—. Y te podemos dar consejos útiles… —deja la frase en el aire, mirándome con un matiz entre inocencia y malicia.

—Consejos —repito la palabra con un deje de ironía—. ¿Creéis que me van a servir de algo?

—Mujer, no los subestimes —prosigue Seona, disfrutando la escena —. Lo esencial es: respira hondo, mantente quieta y déjalo hacer el primer envite. Si la naturaleza fue generosa con su… herramienta, pide que vaya despacio.

—Dicen que Darian MacNeish tienen… mm… —se lleva el índice a los labios, midiendo la longitud en broma—ventaja sobre los demás hombres. Y no hablo del tamaño de sus tierras.

Iona suelta una risita cargada de complicidad.

—Las malas lenguas afirman que su… —agita la mano, buscando el eufemismo— …que su vara es legendaria.

Eilidh pone los ojos en blanco, pero no oculta una sonrisa.

—No hagáis que se ponga nerviosa. Como si fuera un semental difícil de domar.

—De verdad que no me hace falta… —murmuro, entre las ganas de reír y la incomodidad.

—Bueno, si sientes dolor, es normal —interviene Agnes, la más sensata—. Se pasa con el tiempo. O se acostumbra una, no sé. —Alza los hombros con un humor resignado—. Y si se te hace aburrido, siempre puedes fingir dolor permanente. Así él se apiada.

—¡Agnes! —exclama Eilidh, escandalizada y divertida a la vez—. ¿De verdad aconsejas engañar al marido?

—Cada una se las arregla como puede, Eilidh —replica la veterana con sorna—. En fin, Isleen, no dejes que te cuenten milongas: a veces duele, a veces da gusto, a veces aburre. Ya aprenderás cuál es tu caso.

—¿Algo más? —pregunto, resignada.

Eilidh alza un pequeño frasco.

—Ungüento de caléndula y sebo. Por si queda escozor. No es romántico, pero al amanecer lo agradecerás.

—Y ni se te ocurra quedarte quieta todo el rato—aporta Agnes—. Si jadeas un poquito, ellos creen que gobiernan el mundo y terminan antes.

Las mujeres sueltan carcajadas; la tensión se aligera.

Cuando por fin escapo de ellas, encuentro refugio en la galería. La piedra está fría, pero la soledad tiene ese extraño sabor a tregua.

Allí sopla la brisa fresca de la noche, y los ventanales abiertos permiten contemplar la actividad de dentro y de fuera del castillo.

Apoyo los codos en la baranda de piedra, observando la vida que bulle: siervos, soldados, doncellas y forasteros que se mueven como fichas de un tablero. El recuerdo de las risas de los MacNeish en el comedor me reconcome.

—Asqueroso… —murmuro, incapaz de hallar un insulto mejor.

—¿De veras crees que es tan asqueroso?

La voz surge detrás de mí. Me vuelvo sobresaltada, con el corazón a punto de salírseme por la boca. Reconozco al hombre de Darian: Colum**,** fornido, barba trenzada y una media sonrisa que no me desagrada del todo. Está recargado en la pared, con las manos a la espalda, como si llevara un rato observándome.

—¿Has venido a espiarme o a preguntarme mi opinión?

—A vigilar, por orden de tu esposo. Y, de paso, a evitar que te escondas antes de la noche de bodas. Te hemos visto —sonríe ladeado —. cruzar el patio tres veces, has contado las almenas y, si me permites, te has pasado diez minutos jurando en el claustro desierto. —Se encoge de hombros—. Si te ofende, puedes acusarme de exceso de celo.

Le doy la espalda; él se coloca a mi lado, codos sobre la balaustrada.

—A veces, cuando uno susurra «asqueroso», se refiere a algo que le atrae y le repele a la vez.

Mi pulso se acelera de nuevo, esta vez de rabia. No tengo humor para rodeos.

—Te equivocas —sentencio—. No me atrae nada que tenga que ver con Darian MacNeish.

Colum esboza esa sonrisa torcida que me exaspera todavía más. Niega con la cabeza como si supiera un secreto que yo ignoro.

—Darian no es un hombre que se deje odiar fácilmente, mi señora. —Se inclina un poco, con una fingida cortesía—. O se le teme, o se le respeta… o las dos cosas.

—Pues yo lo odio —respondo, entre dientes—. Y si quieres repetirle mis palabras, no te cortes.

Colum ladea la cabeza, sin inmutarse. Hay una chispa de diversión en sus ojos, y no sé si me apetece retorcerle el cuello o huir de su presencia. Al final, suelta un leve bufido.

—Quizá se lo cuente, quizá no. Pero no te engañes, mi señora: Darian no necesita que nadie le repita lo que siente su esposa. Lo intuye. Sé que crees que Darian es todo filo —empieza, bajando la voz—. Lo es… pero no siempre del modo que imaginas. Cuando no lleva una espada en la mano… es el hombre que ha enterrado a más de los suyos que los que ha matado. Que duerme de pie porque no se fía ni de sí mismo. Y que lleva años caminando solo, esperando que alguien lo mire sin miedo.

Trago saliva. No esperaba esa honestidad. Colum se encoge de hombros.

—A veces es insoportable. Terco. Arrogante. Pero cuando cree en algo… o en alguien… lo defiende como un lobo que ya ha perdido demasiada manada. Te aseguro que Darian no es un hombre cualquiera. He luchado a su lado; he visto cómo aguanta el hambre y el frío cuando otros caen. Y cómo se niega a retroceder incluso cuando la lógica dice que debe hacerlo.

Bajo la vista, incómoda.

—No me importa.

—Una terca para un terco. Esto será divertido… —Acomoda el peso en un pie—. Solo quería avisarte: Darian fue a encargarse de un asunto. Volverá pronto. Sería prudente que no hagas planes de fuga. Es… muy persistente.

—Que espere sentado —mascullo, sin la furia que pretendo proyectar.

—No creo que se siente —ríe Colum, encogiéndose de hombros—. Pero sí esperará, a su modo. Y créeme: es mejor no hacerlo aguardar demasiado. La paciencia de Darian no es su virtud más famosa.

Colum se aparta de la balaustra, se inclina con un ademán casi burlón y se marcha, dejándome sola de nuevo con mi inquietud.

Resoplo. Miro el patio, donde se ha levantado una especie de bullicio, pero parece venir del otro lado. Quizá sea dentro de las caballerizas. ¿Será Darian y ese asunto del que debe ocuparse? Quiero gritar, negar la evidencia de que mi cuerpo lo busca incluso cuando mi mente quiere huir.

Después de un buen rato, el bullicio del patio se reduce. Respiro hondo, sabiendo que lo inevitable se acerca.

—Muy bien… —me digo a mí misma, separándome de la baranda.

Decido que será mejor ir a mi alcoba, quitarme este vestido de novia que me oprime el pecho, y prepararme para lo que venga, sea una confrontación o un cruel silencio.

Camino con paso rápido. Subo la escalera de caracol que me conduce a la torre donde está mi habitación. Cuando entro, cierro la puerta tras de mí con un ligero portazo, como si así pudiera mantener a raya al hombre que, tarde o temprano, vendrá.

La estancia está tenue, iluminada por un candil en la mesilla y las últimas luces del atardecer que se filtran por la estrecha ventana.

El nudo del vestido me ofrece algo de resistencia, y gruño, frustrada.

—Maldita sea… —repito, intentando desatar la cinta de la espalda.

—¿Necesitas ayuda? —retumba de pronto la voz de Darian, a mis espaldas.

Sobresaltada, me vuelvo para mirarlo, con el corazón en un puño. No he oído la puerta abrirse «¿cuándo demonios ha entrado?».

Está apoyado en el quicio, con los brazos cruzados, las botas sucias de tierra y la mirada fija en mí, cada músculo de su rostro esculpido en una calma aparente.

—¿Qué haces aquí? —logro articular, conteniendo un súbito escalofrío.

—Ejerciendo mi derecho de esposo —responde, sin moverse de la puerta.

—¿Tu derecho? —me indigno, tapándome un poco el escote con el propio vestido—. No tenemos nada que tratar.

—¿Estás segura? —inquiere, avanzando un paso. El leve crujir de las tablas bajo sus botas hace que me dé cuenta de cuán pequeña se siente la habitación con él dentro—. Porque, por lo que se ve, luchas con las cintas. Y pensé que podía ayudarte… si me lo permites.

Me quedo callada, el vestido medio desatado. Darian da otro paso, sin prisas, como un depredador que no necesita correr tras su presa.

El rubor me sube a las mejillas.

—¿Por qué insistes en hacer todo tan incómodo? —susurro, bajando la vista.

—Porque nada de esto es cómodo —murmura, dando un último paso y quedando a escasos centímetros de mi espalda—. Además, no es a mí a quien se le ha ocurrido fingir que no nos debemos nada esta noche.

Antes de que proteste, lleva las manos a mi cintura, con cuidado. Podría creerlo un gesto gentil, pero la firmeza en sus dedos me recuerda que sigue siendo un hombre acostumbrado a poseer lo que desea.

Siento el leve tirón en la espalda cuando tira del lazo que mantiene la tela unida. Su respiración me roza la nuca, y me hallo incapaz de hablar o de moverme. Uno, dos, tres tirones. Hasta que la prenda cede y la noto floja, resbalando un poco por mis hombros.

El silencio se enciende, palpable como un latido que compartimos. Mi corazón late tan fuerte que temo que lo oiga. Darian no se aparta, ni se propasa: simplemente respira detrás de mí, el calor de su torso a un suspiro de rozarme.

—¿Mejor? —pregunta, con la voz ronca.

—Sí… —acierto a susurrar, atrapada entre lo que me hace sentir y la necesidad de fingir indiferencia—. Gracias.

—No lo hagas sonar como un acto noble —murmura él, con cierto desdén—. No lo es.

Me vuelvo despacio, sujetando el vestido para que no caiga del todo. Mis ojos se elevan hasta encontrar los suyos, oscuros y cargados de algo que no sé descifrar. Quizá resentimiento, quizá deseo… posiblemente ambas cosas.

—¿Qué quieres? —pregunto, intentando sonar más segura de lo que me siento—. No te debo nada.

Él esboza una mueca parecida a una sonrisa amarga.

—Te debo yo, entonces —masculla—. Te debo recordarme que este vestido y todo lo que hay debajo me pertenece. Te guste o no.

Trago saliva. Su forma de hablarme siempre parece llena de lindezas crueles. Podría golpearlo, gritarle que salga, pero…

—Darian… —pronuncio su nombre con un susurro.

El velo de frialdad en su mirada tiembla un instante, como si fuese a confesar algo. Pero enseguida su mentón se alza, retomando la postura de un hombre que no se permite flaquear.

—¿Qué? —pregunta simplemente como si por primera vez se hubiera quedado sin argumentos.

—Podría negarme —respondo con un leve hilo de voz—. Ya te lo dije.

—Y podrías también negarte a respirar —su comentario suena más doloroso que burlón—, pero terminarías cediendo por necesidad.

Mi pecho se contrae, y la furia renace en mis pupilas. Alzo la vista para reprocharle algo, cualquier cosa que lo hiera. Pero, en ese segundo, su mano se posa en mi barbilla con una suavidad disonante, como si quisiera sostener mi rabia antes de que estalle.

—No hagamos más drama —dice, muy bajo—. Esto no es una conquista alegre ni un cuento de caballerías. Solo es lo que es: un matrimonio que ninguno buscó, pero que asumimos.

Levanta la otra mano.

Y sus dedos —esos dedos largos, curtidos, llenos de cicatrices como él— se posan en mi mejilla. No hacen nada más. No presionan. No arrastran. No conquistan.

Solo reposan ahí. Como si esperaran a que yo decidiera si merecen quedarse.

Y queman.

No por lo que hacen, sino por lo que no hacen. Porque podrían devorarme, y en cambio, se detienen. Porque podrían dominar, y sin embargo… dudan.

Silencio.

Largo. El tipo de silencio que no espera respuesta.

Y en medio de ese silencio, noto por fin un detalle. La sombra bajo su pómulo. La leve hinchazón. El corte en la mandíbula.

—¿Te han…? —Mi voz se apaga.

Darian se aparta apenas. Lo justo para que vea mejor.

—No te preocupes —dice, como si nada—. El capitán ya ha entendido lo que tenía que entender.

Me cubro la boca con la mano. No sé si para ahogar el sonido que se me escapa o para evitar que se me note la furia.

—¿Lo has pegado?

—Le dejé dar el primer golpe —confiesa, girando el rostro para mostrarme la línea amoratada—. Pero luego le expliqué que no soy un hombre que comparta fácilmente.

—¡Eres un animal!

—Tú me elegiste —responde, con esa mirada que no se disculpa—. A ciegas, sí. Pero me elegiste. Y tengo suficiente con estar resentido conmigo… por eso. No necesito sentirme amenazado también por otro hombre.

Su mirada se encuentra con la mía, y ahí está. La grieta. No una súplica, no un reclamo. Solo un agotamiento crudo. Un ya es suficiente que no necesita gritarse.

—No soy el tipo de hombre que compite por afecto, Isleen. Lo tomo o lo dejo, pero no lo mendigo.

Deja caer el tartán de su hombro, y el leve roce del metal de sus armas golpean el suelo.

—Tampoco soy tan noble como para fingir que no me importa.

—¿Y qué quieres que haga con todo eso? —pregunto, sin aliento.

—Lo que quieras —responde, sin rastro de burla—. Puedes escupirme, golpearme… o quedarte. Eres lo primero que es mío de verdad, que nadie me ha arrebatado aún.

Me coge la cara con ambas manos ni con violencia ni con ternura. Con la desesperación de quien ya no sabe cómo tocar sin romper.

Me empuja contra la pared sin necesidad de fuerza: soy yo quien retrocede, quien cede, quien se funde.

—Voy a ir despacio —susurra—. Pero iré hasta el final, Isleen.



Capítulo 10

«ISLEEN»

Me hierve la sangre. Mi cuerpo, en cambio, se estremece de pura excitación y rabia. Su pulgar presiona un poco mi garganta, no hasta ahogarme, sino para demostrar que puede, que si quisiera, me tendría indefensa bajo él.

—Te odio —siseo, mientras siento su mano deslizarse por mi clavícula, por encima del vestido.

—Lo sé. Y aun así me deseas. Te enciende odiarme.

Ahí está su dedo recorriendo el escote, bajando lento, tanteando el borde de la tela. Su respiración me roza la frente, y un tirón invisible me arrastra a ese vaivén tenso donde solo existimos él y yo.

—Bájate el vestido —ordena, medio susurrando, y me tiemblan las piernas.

El corredor está en penumbras, la antorcha chisporrotea a pocos pasos y su figura se recorta contra la piedra. No me mira a los ojos; me mira a mí, a mi cuerpo, como si cada centímetro fuera una amenaza que él mismo planea conquistar.

Dudo un momento, con la respiración atrapada en mi pecho. No sé si lo odio, si lo temo o si me mata la necesidad de obedecerlo. Al final, mis dedos se mueven solos: y dejan caer la tela que se desliza poco a poco sobre mis caderas.

—No te quedes a medias —murmura, pero no hay burla en su voz. Solo un frío mandato.

La prenda cae al suelo. Me siento casi desnuda bajo su mirada. Mi camisa interior, fina y sencilla, no oculta gran cosa. Me quema el rostro, y me pregunto si debería encararlo, insultarlo o golpearlo. Pero mi cuerpo responde de otra forma: con un calor que me incendia.

—Así… —susurra él, dando un paso hacia mí. No hay prisa en su gesto; es un lento acercamiento que me aprisiona más que cualquier embestida.

Mis labios se abren para soltar un reproche, pero solo sale un leve jadeo. Darian se queda a escasos centímetros, baja la mirada a mi camisa, a mi vientre, y desliza los nudillos por la tela, tanteando el borde. Mi espalda se tensa contra la pared.

—Esto no es rendición —balbuceo, intentando justificar mi temblor.

—Mmm. —No confirma ni niega; sus ojos suben a los míos con una pausa glacial que deshace mis defensas.

Me aferro a la pared, y él eleva su mano para agarrar la camisa y subirla, sin brusquedad, pero con la determinación de quien no se detiene ante nada. Siento su mano invasora colándose, tibia, en mi vientre desnudo. Trago saliva y maldigo en silencio la fuerza que me cierra las piernas… y a la vez las abre, anhelando un roce mayor.

—Darian… —musito, con un hilo de voz que no sabe a protesta.

No contesta. Tan solo sube la tela un poco más, dejando mis pechos al aire, y mis pezones se erizan al sentir el fresco. Su respiración se acelera, pero su rostro sigue imperturbable, un velo de hielo que oculta el fuego que percibo en cada uno de sus gestos.

Con un solo tirón, desliza la camisa por encima de mi cabeza, y quedo desnuda ante él. Un escalofrío me atraviesa, y su mirada me recorre sin parpadear, sin piedad.

—Tienes… —empiezo a decir algo, pero callo. Nada que decir, nada que negociar.

Me siento más vulnerable de lo que pensaba. Hay un anhelo sofocante que hunde mi mente en una niebla tibia.

Lo miro de reojo. Lleva el tartán atado a la cadera, ajustado con un nudo que apenas retiene su erección, erguida y notoria bajo la tela a cuadros. Su torso, firme y marcado, brilla con un ligero sudor a la escasa luz de las velas.

Él inclina un poco la cabeza y sus manos se alzan, rozando los costados de mi cintura. Me acaricia sin prisa, como si probara el contorno de mi piel antes de poseerme. Su pulgar roza el costado de mi pecho, arrancándome un temblor sutil.

—¿Estás temblando? —dice, sin apenas mover los labios.

—Frío —miento, casi en un susurro.

No replica. Baja la mano, la mete entre mis muslos, presionando para que se abran, un gesto lento que retiene cualquier resistencia. Con un leve gruñido, roza mi sexo con la punta de los dedos y descubre la humedad que me delata. Su aliento se agita y cierra los ojos un segundo, como si procesara un placer insospechado.

—No es el frío —susurra, por fin.

Mi estómago se anuda. Me odio por lo que siento, por ese ardor en la base del vientre que pide sus caricias. Y a la vez, no puedo reprimir el

gemido suave que se me escapa cuando empieza a explorar mis pliegues con precisión.

—Tú también lo deseas —murmura, con voz más queda, pegando la frente a la mía.

Niego con la cabeza, pero su palma me acaricia con un roce cada vez más profundo, y el quejido que me escapa lo desmiente. Mi espalda presiona la pared, y Darian respira contra mi boca, tan cerca que puedo saborear su aliento. El aroma puramente masculino que evoca se mezcla con ese matiz tenue de vino que apenas probamos tras en la cena.

—No me pidas que lo admita —susurro, entrecerrando los ojos.

Su respuesta es un chasquido breve de la lengua contra el paladar, una negación suave. Baja la mirada hasta mi entrepierna, y veo cómo su mano se desliza con más convicción. Primero abre mis labios y un segundo después siento cómo introduce un dedo con un gesto firme pero contenido, un roce que me arranca un leve jadeo entre los labios. Me arqueo de forma casi imperceptible, sorprendiéndome de la facilidad con que mi cuerpo lo acoge.

Alza la vista de nuevo, encontrando mis ojos con un amago de sonrisa satisfecha. Parece complacido tanto por mi reacción como por la confirmación de lo que su roce ya había revelado: mi rendición, por mucho que me resista a admitirla en voz alta.

—Tu cuerpo ya lo grita —murmura, con un filo de posesión.

Se agacha sin previo aviso, y antes de que pueda reaccionar, lo tengo a la altura de mis muslos. Me quedo ahí, de pie, pegada a la pared, vulnerable, mientras él se arrodilla con la determinación de quien no ve nada más importante en el mundo que mi sexo. Acerca el rostro hasta casi rozar mi piel; siento el calor de su aliento, el leve temblor de un deseo que atraviesa el aire.

Lo observa en silencio. Cierra los ojos al aspirar, como si necesitara grabar mi olor en su memoria, y su respiración se vuelve más densa en un segundo que parece eterno.

—Estás hecha para esto —murmura contra mi piel—. Para mí.

—Darian… —jadeo, apenas un hilo de voz.

No contesta. Me abre más las piernas alzándome un muslo contra su hombro, y luego vuelve a hundir la cara entre ellas.

Esta vez, su lengua se centra en ese trozo de carne tibio y palpitante, el que reacciona a su boca como si lo llamara a gritos. Lo rodea con

círculos lentos, lo acaricia, lo roza y lo succiona muy leve. Cuando lo hace, me arranca un gemido que estalla contra las paredes.

Mi cabeza cae hacia atrás.

Él lo siente.

Y sonríe.

Me vuelve a penetrar con un dedo. Luego con otro.

No hay violencia. Hay dominio. Y dulzura torcida. Me lame mientras me acaricia por dentro, y yo no sé cómo seguir sosteniéndome. Mis piernas tiemblan. Mis caderas se mueven por instinto, buscando más.

—Todos los grandes guerreros tienen una debilidad —susurra contra mi sexo—. Y yo acabo de descubrir la tuya.

Siento que me vengo abajo. Literalmente.

Me deslizo por la pared. No por decisión. Por necesidad. Mis piernas no me sostienen, y él lo sabe, porque me recoge antes de caer. Me alza con facilidad, pegando mi pecho desnudo contra su torso firme. Con uno de mis brazos me aferro a su cuello, y percibo el roce suave del tartán contra mi vientre. Ese trozo de tela es lo único que nos separa.

Él camina unos pasos con seguridad y me deja caer sobre la cama, casi de forma urgente y brusca. Reboto un poco sobre el colchón cuando me suelta, y su mirada devora mi desnudez mientras yo me acomodo sobre las sábanas. Me sonrojo, pero no oculto nada: mis pechos se alzan con cada bocanada de aire, y mis muslos se abren involuntariamente ante su presencia.

—No me mires así —murmuro, con un deje de provocación. Pero, en el fondo, me encanta cómo me contempla.

—¿Así… cómo? —responde, arrodillándose en el borde de la cama.

Su mano se posa en mi rodilla, y la desliza hacia arriba, por el muslo, lenta, deliberada, separándome más las piernas. Mi sexo palpita, ansioso, sabiendo lo que viene. Por un instante, sus dedos se entretienen en mi ingle, acariciando la piel suave que bordea mi sexo. Y luego suben un poco, rozándome la parte interna de los labios. Un sollozo me sacude.

—Con tanto deseo… —susurro, casi sin aire.

—Eso es algo que no puedo evitar —responde, sin rastro de ironía.

Retira la mano un segundo y, con una fricción breve, afloja su cinturón mientras se deshace de su camisa por la cabeza. Veo cómo la tela del tartán se desliza por sus caderas, dejando su erección libre:

gruesa, palpitante, con la punta brillante. De inmediato, me humedezco los labios sin querer, subyugada por el espectáculo.

Es magnífico.

Su cuerpo es roca viva: músculos tensos, cicatrices que cruzan la piel como antiguas rutas de batalla. Cada trazo habla de golpes recibidos y devueltos. Debería imponerme—y lo hace—pero también me atrae con la misma fuerza hipnótica que una estatua helénica rescatada de las ruinas: imperfecta, resquebrajada por los años, y aun así tan salvajemente hermosa que cuesta apartar la mirada.

—Mírame —dice. Y lo hago.

Se apoya sobre un brazo, con la otra mano sujeta su sexo. Me roza con la punta. Justo ahí. A la entrada. Solo eso. Y ya me estremezco.

—Déjame entrar… —dice, con la voz más grave que le he escuchado —. Necesito un lugar que nadie más pueda arrebatarme, y ese lugar eres tú.

Y entonces me penetra.

Muy despacio.

Siento cada milímetro.

No me embiste. Se hunde.

Y yo… yo le dejo.

Todavía estoy muy sensible, y su entrada me arranca un respingo de placentero dolor. Aprieto las piernas contra sus caderas y le sostengo la mirada, sintiendo una mezcla de deseo puro y una ternura brusca que no sé explicar.

Con un movimiento lento, empuja y se hunde un poco más en mí. Mi carne lo acoge, y mi cadera se eleva por reflejo, buscando más. Él exhala un gemido sordo, como si le costara mantener esa lentitud. Embiste otro poco, cada vez más adentro, y la fricción me hace morderme el labio hasta creer que sangra.

—Ah, Dios… —sollozo, pegando mi frente a su hombro.

—No… no cierres los ojos —murmura, con un deje de inseguridad que me sorprende.

Le obedezco. Le sostengo la mirada mientras su pelvis se va uniendo a la mía. Siento su calor, su peso, la forma en que su abdomen roza mi vientre y sus manos se fijan en mis costados para marcar el ritmo. Cada acometida, lenta, profunda, me arranca un jadeo distinto. Noto su

erección agrandarse dentro de mí y el cosquilleo se vuelve chisporroteo en mis entrañas.

De pronto, suelta un gruñido de advertencia y se hunde un poco más rápido. Mis piernas se enredan en su espalda, empujándolo contra mí. Ya no hay suavidad ni demoras: me muele la cadera con un ritmo que me conduce al borde del clímax en apenas unas embestidas.

—Isleen… —masculla, frunciendo el ceño y enredando una mano en mi pelo.

—Lo siento… —murmuro, a punto de explotar.

No sé por qué me disculpo; quizás porque siento que me derrumbo con facilidad. O porque no soporto la mirada intensa que me lanza, llena de una necesidad que no sabría saciar. Pero, en ese instante, mi cuerpo se rinde. El placer empieza a crecer desde mis riñones, sube por el vientre y me colapsa el pecho en un jadeo incontrolable.

—Ah… —gimo, y mi interior se contrae en torno a él, provocando que suelte un gruñido más fuerte.

—Despacio —repite, con la mandíbula tensa—. Esta vez… quiero cada segundo.

Mis uñas se clavan en sus hombros. Mis piernas se abren más, por reflejo. Mi cuerpo ya no me obedece.

Me acaricia la cara. La mandíbula. El cuello. Me besa entre embestidas. Me lame el pezón. Me muerde la clavícula. Y no deja de moverse.

Me hace suya como si el mundo estuviera por terminar.

Nuestras respiraciones se funden en una danza de gemidos ahogados. Me pierdo en las sombras de su rostro, que se contrae con cada movimiento. Una vibración me sube por la columna, amenazando con arrastrarme al borde de la locura. Mis piernas tiemblan y se aferran más a su cintura, buscando hundirlo más en mí.

—No… aguanto —le aviso, sintiendo el placer explotar de nuevo.

—Suelta… —dice, grave, como si también luchara por controlar su límite—. Hazlo…

Y suelta un gruñido final cuando mi cuerpo se contrae alrededor de su miembro. El placer me llega en una marea que me ciega; mi garganta se abre en un gemido roto que él, con la boca medio abierta, recoge en un beso sin palabras. Lo noto tensarse: su pelvis se entierra contra la mía. Un escalofrío de éxtasis nos sacude y quedamos pegados, sudor contra sudor, latido contra latido.

Darian se deja ir. Dentro. Profundo. Desgarrado. Como si yo fuera el único lugar donde alguna vez ha podido quedarse.

Y tal vez lo soy.

Y yo me dejo. Porque ya es tarde para fingir que no me afecta.

Nos quedamos así, conectados, con su pecho sobre el mío, el sudor brillando a la luz de la vela en su clavícula. Su respiración suena muy cerca de la mía, a la vez frenética y aliviada. Me roza la mejilla con su nariz, en un gesto que no sé si es afectuoso o puro agotamiento.

—No me hables de no deberme nada de nuevo —murmura, casi sin voz.

No lo contesto. Me duele un poco el cuerpo, pero es un dolor cargado de satisfacción. Cierro un momento los ojos, sintiendo que mi pecho se llena y se vacía a la par de su respiración. Cuando los abro, encuentro sus pupilas clavadas en mí con esa intensidad que no conozco en otro hombre.

Me sujeta la cara, como si me obligara a sostenerle la mirada.

—Nadie… —dice, muy despacio—. Nadie más te va a tener así.

Sus manos tiemblan un poco en mis mejillas, y advierto una fragilidad que no verbaliza. Paso los dedos por su cabello, intentando calmar mi propio temblor también. Somos dos fieras que se han saciado, y a la vez, dos niños asustados de lo que vendrá con el amanecer.

En silencio, le acaricio la nuca, sabiendo que esta noche no hemos resuelto nada, solo hemos callado la furia a base de piel y saliva. Pero es algo, un breve instante de tregua en medio del caos que somos.



Capítulo 11

«ISLEEN»

No sé cuánto he dormido. El cuarto permanece en penumbra, con apenas un rastro de luz gris que se filtra por la ventana. Huele a brasas apagadas y a sexo, a mantas arrugadas por la noche. Siento mi cuerpo entumecido por el cansancio… y por la memoria de lo que sucedió unas horas atrás.

Entonces lo noto, antes de abrir los ojos.

Está detrás de mí. Su presencia, su calor, su torso rozando mi espalda. No me envuelve en un abrazo, pero me cerca. Puedo percibir cada respiración, su calma forzada, el vaivén rítmico que me indica que lleva un buen rato despierto. Y contra mi culo, algo firme, caliente, que roza mis nalgas con una intención inconfundible.

Mi corazón se agita. No me muevo aún, ni siquiera abro los párpados. Pero sé que él ha percibido mi cambio de respiración. Todos los depredadores distinguen esas señales.

—No vuelvas a dormirte —dice, con una voz ronca que no suena a recién despertado.

No replica un «buenos días». No pregunta si dormí bien. Solo se aproxima más y su muslo se apoya un poco más en el mío. Su brazo, hasta entonces inerte, desliza la palma sobre la sábana, hasta toparse con mi cintura desnuda. Siento la yema de sus dedos, tibia y tensa a la vez.

—Solo quiero volver a entrar —musita.

Una constatación, más que una excusa.

Mi cuerpo, traidor, ya responde con el corazón agitado. No he terminado de asimilar la frase cuando noto cómo su mano desciende con decisión, dándome un margen minúsculo para decir no… o sí.

—¿No fue suficiente? —pregunto, con un deje de provocación que busca ocultar mi ansiedad.

Su mano baja despacio por mi vientre, sin detenerse en caricias inocentes. En cuanto me roza el pubis, mis caderas responden moviéndose antes de que mi cabeza dé la orden. Oigo su respiración hacerse más profunda.

—No —responde, igual de parco—. Ni anoche, ni hoy, ni lo será mañana.

Sus dedos se escurren entre mis pliegues, tantean mi humedad y si estoy dispuesta. Un jadeo se me escapa, incontenible. Él suelta un leve bufido, casi un suspiro de autosatisfacción. Pero no suelta ninguna frase arrogante. Solo me mueve un poco la cadera, acercándome más a él.

Con su rodilla empuja mis muslos, abriéndome para él. Obedezco sin quererlo, porque su roce me deshace el orgullo. Me arqueo un poco hacia atrás, y él se ciñe a mis caderas, recolocándome.

—Da… —intento decir su nombre, pero solo me sale un gemido ahogado.

—Boca abajo —masculla, con voz ronca.

Su tono no deja margen de discusión. Siento mi propio pulso acelerarse. Una parte de mí se resiste, otra obedece. Al final, me giro con torpeza, quedando con el vientre apoyado en las sábanas, el cuerpo vulnerable. Noto su mano recorrer mi costado, un trazo lento que electrifica la piel. No me sujeta con fuerza, pero impone la dirección.

Y me levanta la cadera, acomodando su pelvis contra mi sexo.

Con un ademán firme, desplaza mi muslo superior para abrirme mejor. Me asusta y me enciende. Su erección me roza entre las nalgas, calcando cada línea de mi cuerpo.

—¿Te duele? —pregunta, con un matiz de genuina preocupación.

—Estoy bien —musito, pegando la mejilla contra la almohada, intentando controlar el temblor de mis piernas.

—Fui brusco —murmura, al fin—. No quise… hacerte daño.

Lo miro sorprendida. Darian no suele disculparse. Sus rasgos endurecidos parecen quebrarse un poco. Me pregunto cuántas veces ha debido sobrevivir sin que nadie le enseñara a ser suave.

—No me heriste —susurro—. Solo… fue intenso.

Él adhiere su pecho a mi espalda. Noto la punta de su miembro resbalando, buscando mi entrada. Está duro, hinchado, palpitante. Despacio, pero sin dudar, penetra en mí, hundiéndose con un gruñido grave. Mi vientre se contrae y la boca se me abre en un gemido quedo.

—Dios… —gimo, mordiéndome el labio.

Sigue avanzando, centímetro a centímetro, abriendo mi carne sin prisa. Suelta un gemido contenido— y termina de hundirse.

—Llevo horas esperando a que despiertes… —exhala, en un murmullo ronco—. Y no soy experto en ternuras.

—No… importa —murmuro, sintiendo un latigazo de electricidad que me obliga a separar más las rodillas.

Su mano en mi vientre me sujeta, controlando el ritmo: lento, profundo, arrollador.

La cama cruje con su cadencia. Su muslo choca contra mi trasero, y me arqueo para recibirlo mejor. Él gruñe, notando mi gesto. Un temblor me recorre cuando su pelvis se hunde más, encontrando el ángulo que roza mi punto de mayor sensibilidad.

La punta de sus dedos traza un círculo entre mis nalgas, en esa piel suave donde jamás imaginé que un hombre colocaría su atención. Un escalofrío me sube por la columna.

—Darian… ¿qué haces? —susurro, sin saber qué voy a añadir.

Él calla. Solo recorre ese espacio con la punta de los dedos, un roce experimental, casi como si confirmara algo. Mi cuerpo reacciona al instante: un espasmo de sorpresa, un hormigueo que me sube por la espina y me tensa los hombros. Intento moverme, pero su mano en mi cadera me mantiene en posición.

—No pasa nada —dice al fin, en un susurro contenido—. Respira.

Obedezco, inhalando fuerte. Su dedo roza esa zona entre mis nalgas de manera más evidente, y no puedo evitar un gemido suave que me sube a la garganta. La vergüenza me abruma: nunca pensé que un toque así pudiera gustarme o encenderme de esa forma. Cierro los ojos, mordiéndome el labio.

Me besa la curva del cuello, despacio, mordiéndome un poco la piel para no gritar él mismo de placer. Sus embestidas aumentan ligeramente el ritmo, pero no se precipita. Parece querer alargar ese instante, devorándome con cada embate. Mi sexo palpita con violencia, y sé que estoy a un latido de desbordarme por completo.

Su mano sube hasta mi pecho, me rodea por encima, tocando mi pezón con dos dedos. Lo aprieta. Un quejido hondo brota de mi garganta, y él suelta un gemido pegado a mi oído.

—No… pares —acierto a rogar.

No para. Mantiene el vaivén hasta que un espasmo me atraviesa, contrayéndome alrededor de él. Gimo con la voz ahogada en la almohada, y mi cuerpo entero se tensa, soltando un placer que me pone la piel de gallina. Él se rinde también, liberando un gruñido que me

calienta la nuca sin dejar de moverse hasta vaciarse, pegado a mi espalda.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Su pecho se expande y se contrae contra mis omóplatos, calmo, como si al fin hubiera salvado otra batalla. O tal vez no. Aun siento su mano en mi pecho, su sexo palpitando en mi interior.

Tras unos instantes, se retira con cuidado, y un chorro de líquido tibio resbala por mis muslos. Me tapo la boca para no gemir por la sensibilidad.

Me dejo caer sobre el colchón, sintiendo en mi interior esa mezcla de su esencia y la mía. Se tumba junto a mí, sin tocarme más que con el hombro. Me observa un segundo y cierra los ojos, exhalando un suspiro.

—No fue suficiente —afirma, con un susurro.

—No… —concuerdo, con el pecho aún ondulando por los jadeos.

Apenas ha salido el sol cuando oigo los primeros golpes de acero resonando en el patio de armas. Un clang, otro clang, y un gruñido seco que se funde con el eco. Me sobresalto, con el corazón todavía pesado por la noche turbulenta que hemos pasado.

Me acerco a la ventana estrecha de la galería, después de vestirme y asearme, la misma que da a la explanada principal del castillo. Desde aquí, distingo a un grupo de hombres que se han congregado en un semicírculo improvisado. Llevan lanzas, espadas, algunas mazas. Entre ellos, diviso a varios MacNab y unos cuantos forasteros.

Y, por supuesto, lo veo a él: Darian, a un lado, con las botas pisando con firmeza la tierra. Habla con alguien que parece dudar, y de pronto le arrebata la espada para corregirle la postura con un gesto duro.

—Buenos días, Isleen —dice Eilidh a mi espalda, con una voz trémula.

—No sé si son buenos —susurro, casi sin querer apartar la vista del espectáculo.

Eilidh se acerca lo suficiente para asomarse. Sigue el rumbo de mis ojos: abajo, en el patio, Darian ilustra cómo empuñar la espada. Cada

tajo es seco y exacto, una coreografía que revela su maestría absoluta y cómo vive pegado a ese acero.

Los MacNab a su alrededor intentan imitar sus gestos, pero se nota que algunos están más acostumbrados a la caza que al combate cerrado.

—Él no pierde el tiempo —musita Eilidh, con un tono lleno de admiración.

—No… —concuerdo, apretando los labios.

No, Darian no descansa. Ni siquiera ha pasado un día desde la boda y ya está tomando en sus manos el entrenamiento de nuestros hombres.

Imagino que mi padre no ha dicho nada al respecto —está demasiado débil—, y los guardias han tenido que morderse la lengua cuando se presentó a primera hora exigiendo verlos en el patio.

—¿Y tú? —me pregunta Eilidh, ladeando la cabeza—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Aprieto la baranda de piedra. Evito la mirada de mi amiga, consciente de que no podría explicarle sin sonrojarme, sin rebuscar en un mar de sensaciones contradictorias. Al final, me obligo a responder con un hilo de voz:

—No. No me ha hecho daño —admito, recordando con un escalofrío cómo mi cuerpo lo buscó, cómo me rendí bajo el peso de su piel, su olor, sus palabras.

—Entonces… ¿te gustó? —insiste ella, con una sonrisa pícara—. ¿Fue placentero?

—Eilidh, no lo sé —la corto, tragando saliva—. Estoy… confusa.

En el patio, se oye un grito de esfuerzo**.** Miro y veo a Caelan alzando la espada contra Darian. O quizá con Darian, porque parece un ejercicio.

Aun así, el ceño de ambos revela un resentimiento que no intenta disimularse. Caelan mueve el brazo con torpeza; lleva un golpe en el pómulo, otra herida disimulada entre vendas, y se nota que la pelea de anoche lo dejó maltrecho.

—¿Por qué Caelan está… ahí? —susurro, inquieta.

—Darian lo ha mandado llamar con los demás. Dice que todos deben aprender a sobrevivir a su lado —explica Eilidh. Se muerde el labio, visiblemente consternada—. Tu capitán parecía querer negarse, pero Darian insistió, y tu padre no dijo nada en contra.

—Así que esto es también una forma de humillarnos —concluyo, con una amargura que me hiela el estómago.

Eilidh no responde, pero su silencio la delata: piensa lo mismo. Darian está imponiendo un entrenamiento espartano a nuestros hombres, exigiendo que practiquen técnicas que parecen más propias de bandidos o guerrilleros que de la guardia tradicional de un castillo.

Saltan, ruedan por el suelo, se cubren con escudos improvisados… y Darian, con un movimiento frío, les corrige la postura o el golpe cuando se equivocan, sin ahorrarles reproches.

—Oye**…** —advierte Eilidh, apretándome el brazo—. Caelan no parece capaz de sostener la espada en alto.

Y es cierto: se tambalea, aprieta los dientes. Su espalda se inclina un poco al embestir contra Darian, pero se nota su dolor. Aun así, Darian lo bloquea con un simple gesto, una parada limpia, y con la mano libre le empuja la hoja hacia un lado. No es un golpe mortal, es un aviso. Caelan gruñe. Darian le dice algo que no alcanzo a oír, pero se antoja una orden o un insulto contenido. Entonces, Caelan retrocede, maldiciendo.

—Va a matarle —digo, alarmada, sin saber si debo bajar o quedarme aquí.

—No creo que quiera matarle delante de todos —me dice confiada.

Mi corazón late con fuerza al ver cómo Darian se aparta de Caelan, dejando que otro hombre ocupe su lugar en el turno de entrenamiento. Caelan se encoje un instante, limpiándose con la manga el sudor y, probablemente, la sangre de un labio partido. Se vuelve, y de reojo, veo que me lanza una mirada tan dolida como impotente.

—Esta boda… —susurra Eilidh, con una pena infinita—. Todo ha ido demasiado rápido para Caelan. Ahora Darian, con su gente, sus métodos…

—Lo sé —murmuro, apoyando la frente en la piedra. El frío del muro me ayuda a aclararme.

En el patio, Darian empuña un par de dagas cortas, mostrando a los MacNab cómo moverse a corta distancia. Se desplaza con la soltura de alguien que ha hecho esto mil veces. La mayoría de nuestros hombres se esfuerzan por imitarle, pero no tienen su instinto ni su determinación.

—No… delega en nadie —observo en voz alta—. No deja que otro entrene a sus hombres, lo hace él en persona.

El pensamiento me golpea. Darian, tan distante y frío, pero empeñado en forjar a estos hombres con sus propias manos, en

endurecerlos, en convertirlos en una guardia impenetrable.

—¿Isleen? —me llama Eilidh, rompiendo mi ensoñación—. Ven, salgamos de aquí, buscaremos un lugar donde sentarnos y disfrutar del espectáculo.

Asiento y la sigo escalera abajo, hasta la zona del patio desde donde se ve la explanada con mayor claridad.

Darian habla con otro de mis hombres, le enseña un giro de espada. Caelan se arrastra de vuelta a la fila, con el brazo medio inerte. El aire huele a polvo, a cuero y a un rastro persistente de forja. El cielo se vuelve de un azul más vivo mientras avanza la mañana. Hay cierto murmullo de expectación entre los soldados: cada vez que Darian se acerca a alguien, se hace un silencio tenso.

En ese momento, se gira —casi como si hubiera sentido nuestra presencia— y dirige la mirada hacia el rincón donde nos encontramos. Su ceño se frunce un instante y se vuelve a la práctica con los hombres, ignorándome. Un vacío extraño me golpea: parte de mí se alegra de que no se acerque. Parte de mí se siente defraudada.

—Me voy con Agnes —suelta Eilidh, algo incómoda—. Iremos a ver si necesitamos más paños o algo en la enfermería por si hay heridos. ¿Te quedas aquí?

—No… —dudo un segundo, contemplando el trajín del patio—. Me pasaré también por la enfermería también.

—De acuerdo —responde ella, mordiéndose el labio con preocupación—. Te esperamos allí, ¿vale?

Asiento. Veo cómo Eilidh se aleja con prisa, dejando en el aire la pregunta que no se atreve a formular: **¿**Esperarás a Darian? No lo sé ni yo.

Me recuesto contra la pared de piedra y cruzo los brazos. Observo los movimientos de Darian, su figura de espaldas, cómo su camisa se ajusta a los músculos de su espalda cuando empuña el arma. Aun con la indignación que siento, no puedo negar la fascinación que me produce su dominio del combate. Sus hombros se flexionan con cada estocada, su respiración se mantiene firme. Y en su barbilla, un corte que sangra y a saber cómo ha conseguido, pero no ha debido ser fácilmente.

Luchó él solo contra el capitán de la guardia. Y lo derribó sin apenas rasguños. Lo confirmo al ver cómo Caelan se tambalea y Darian apenas lleva una marca. Eso me inquieta. Porque mi capitán no es un novato; ha defendido estas murallas durante años. Se suponía que era el mejor espadachín de la guarnición. Darian no solo lo superó, lo hizo sin esfuerzo.

Mientras reflexiono, la voz ronca de Darian se alza de nuevo en medio del patio:

—¡Otra ronda! —ordena—. ¡Quiero veros correr, saltar y rodar! Que nadie proteste. Un soldado que no domina su cuerpo es un cadáver andante.

Veo a varios MacNab apretar los dientes y obedecer, alguno lanza una mirada de odio, pero Darian los ignora.

Su meta no parece ser agradar a nadie, sino forjar un ejército capaz de seguirle en la guerra que, lo sé, se avecina.

Caelan se adelanta a regañadientes. Toma aire y se dispone a hacer la carrera que Darian exige, pero su rodilla cede, probablemente resentida por una lesión de anoche. Se tambalea, su espada choca contra el suelo.

Darian se acerca, y por un instante creo que va a aprovechar para humillarlo. Pero, con un gesto seco, le tiende la mano para que se apoye. Caelan duda, lo mira con rencor, pero al final se endereza y retoma la posición de inicio. Darian no suelta un solo bien ni un vamos de ánimo. Solo se queda ahí, firme, como un monolito, vigilando que Caelan retome el ejercicio.

—Bueno, al menos no lo aplasta mientras está en el suelo —mascullo con un alivio amargo.

El entrenamiento continúa un rato más. Darian reparte órdenes, corrige movimientos y lanza algún que otro comentario sarcástico que arranca más de un bufido ofendido.

Observo cómo, a pesar de ese ambiente tirante, hay en sus hombres —y en los míos— un respeto que va en aumento. Será por su convicción o por la certeza de que un líder que no teme mancharse las manos es el único capaz de plantarle cara a las amenazas exteriores.

Cuando al fin concede un descanso, los soldados se dispersan, unos cojeando, otros jurando en voz baja, otros con los ojos encendidos de adrenalina. Darian se queda un momento solo, recogiendo un paño que alguien le ofrece. Se pasa la tela por la nuca, se inclina y coge una cantimplora de agua.

Salgo de la sombra dispuesta a acercarme. No sé bien qué le diré. Tal vez protestar por su dureza, tal vez exigirle explicaciones. Pero siento el palpitar en mi cuello cuando él alza la mirada y me ve. No baja la cabeza en un saludo, no sonríe. Mantiene esa mirada firme.

—Isleen —dice, solo mi nombre, y es suficiente para que un latigazo me recorra.

—Estás… entrenando a mis hombres —comento, sin más preludio.

—Los nuestros —me corrige, con un filo que no es brusco, pero sí tajante—. Son también míos, si lo piensas.

La rabia me sube a la garganta, pero contengo el tono.

—Nadie te ha dado permiso de imponer estas prácticas. Hay un capitán, hay otros hombres…

—¿Te refieres a Caelan y sus suboficiales? —pregunta con un deje de burla—. Están vivos de milagro. Se mueven como corderos dando brincos, no como soldados. Hace falta disciplina.

—La disciplina no se impone a base de matarlos de cansancio —replico, mirando cómo Caelan se aleja con gesto adolorido.

—No los estoy matando. Los estoy templando. —Sube la voz apenas un poco, con seguridad—. Hay una guerra que ninguno de ellos parece tomarse en serio. La corte, Ruthven, el caos que se acerca… ¿Crees que resistiremos con bailes y medallas? Necesitamos hombres de verdad, no figurantes.

Las palabras me hieren, porque tienen parte de razón. Aun así, no puedo aprobar su método sin sentir que me traiciono.

—Y por eso te comportas como un tirano.

—Si te preocupa Caelan… —murmura, notando la tensión en mi mirada—, que se acostumbre a perder. No es un caballero que cuide a una princesa. Es un soldado que debe mantenerte viva… y él mismo no sobrevivirá si no puede sostener su espada en todo momento.

—¿Pretendes destruir su orgullo o algo más? —espetó, con un temblor de indignación.

—Su orgullo ya estaba resentido. Yo solo le recordé que no es intocable. —Da un paso hacia mí, y veo de cerca su respiración todavía agitada por el esfuerzo—. Si no soporta perder en un duelo a solas conmigo, imagina cómo temblará frente a los que buscan tu cabeza.

El silencio se hunde. Percibo que, a su manera, Darian cree estar haciéndome un favor —fortaleciendo a mi gente—, pero lo hace con una dureza que me asfixia. Noto su mano cargada de callos y cicatrices, dispuesta a ceñir mi cintura, sin llegar a hacerlo.

—No voy a ser amable con él porque parezca que lo tienes en alta estima —prosigue, con voz ronca—. Tampoco lo seré contigo. Ni con tu padre ni con nadie que me subestime. Hago lo que sea necesario para sobrevivir un día más. Y si para eso debo imponer esta disciplina… lo haré. Mejor que sientan el dolor de mis golpes que la muerte real a manos de un enemigo.

—Lo dices como si me protegieras —apunto, con escepticismo—, cuando en realidad estás protegiendo tus planes.

—Una cosa no excluye la otra —sentencia.

Ahí está, su mirada, firme y llena de una convicción tan antigua como sus cicatrices. Aun así, en su ceño vislumbro una sombra de cansancio, de dolor que no confiesa. El corte en su barbilla supura un hilo de sangre seca, pero no parece importarle.

—Te sangra —digo en voz baja, casi un susurro.

—No es nada. He sobrevivido a mucho más que un rasguño de un capitán ofendido.

Levanto la mano, dudosa, y le rozo la barbilla con la yema de los dedos, limpiando apenas un rastro oscuro. Siento su respiración quedarse en suspenso. Por un instante, no se mueve, no gruñe, no me rechaza. Me deja tocar su herida, un gesto mínimo que se siente intenso como un roce de fuego.

—¿Vas a compadecerte de mí, Isleen? —murmura, con un amago de burla.

—No —respondo, bajando la mano—. Pero sí me gustaría que no fueras tan bestia con mis hombres.

Él suspira, sin apartar la vista.

—Soy lo que necesito ser —concluye, más para sí que para mí—. No me pidas que sea menos. No tengo práctica en eso de parecer lo que no soy.

Nos quedamos así, frente a frente, con el eco de los soldados todavía repartiéndose en el patio, entre jadeos y quejas. Caelan se sienta en una piedra, un soldado corre a socorrerle. Darian sigue mi línea de visión.

—No lo mires así —dice de repente, con voz grave, casi áspera—. Como si Caelan fuera el que se rompe por ti y yo el que no siente nada.

Lo miro, sorprendida. Él no se gira. Solo sigue observando al capitán con una fijeza que arde.

—Y no te quejes —dice, más alto, con esa seguridad suya que cruje como la leña seca— cuando lleguen los Ruthven y mis hombres sean los únicos capaces de frenarles.

Suelta la frase como una sentencia, y se vuelve hacia el centro del patio, donde dos soldados esperan su turno. Reconozco en sus gestos que no es fanfarronería, sino la fe ciega de un hombre que siempre ha luchado por su vida con sus propias manos. Algo en mí se remueve, entre la rabia y la admiración.

Caelan me mira con el ceño fruncido, como si esperara mi intervención. Pero ni siquiera sé qué decir. Siento que Darian se me escapa en un torbellino de decisiones que pasan por encima de mí, y a la vez me atrae con un magnetismo que me corroe.

Y, en el fondo, me atormenta la idea de que Darian tenga razón: quizá sus métodos sean lo único que nos salve.



Capítulo 12

«DARIAN»

El sol apenas ha subido un palmo cuando termino la ronda de ejercicios, sudando bajo esta luz que parece burlarse de tanto esfuerzo. Tengo las botas manchadas de polvo, y la barba, un rastro de sangre ya seca.

Mis hombres —porque ahora también mando a los de Isleen— se dispersan en medio del jadeo general. Aún me hierve la cabeza con la idea de que no están listos, de que bastaría un enemigo serio para aniquilarlos. Caelan no se sostiene ni sobre su orgullo; se inclina con el filo de su espada temblando en su mano.

No me acerco a ofrecerle ayuda. Aunque reconozco que, en parte, yo causé su estado, no pienso ablandarme. Él me odia. Quizá con razón. Pero ya debería haber aprendido la lección: no se toca lo que otro ha reclamado. E Isleen… Isleen es mía.

Sé que es absurdo expresarlo así, pero es la única forma que conozco de digerirlo. Anoche, mientras la poseía, algo estalló en mi pecho que no sé nombrar. Quiero pensar que fue la confirmación de que, por una vez, algo me pertenece y nadie me lo arrancará. Un golpe de satisfacción mezcla de rabia y pavor.

Todo lo que toco me ha sido arrebatado antes. Desde niño, supe que la comida, el techo, la lealtad… todo podía desaparecer si no lo defendía con uñas y dientes. Así me crie, endurecido, mal visto, sin aprender a ser amable, nada ha sido mío salvo un techo tambaleante y la lealtad precaria de algunos proscritos y marginados.

Alzo la vista. En el borde del patio, Isleen avanza hacia Caelan, sin vacilar. Mi pulso se acelera, aunque mantengo mi rostro impasible.

Caelan se endereza torpemente. Su rodilla casi cede, y ella se agacha un poco para permitir que se apoye en su hombro. Su brazo —ese capitán que no sabe retirarse— se enrosca, sin dudar, en la cintura de Isleen. No es un gesto romántico, pero me irrita igual, un escozor caliente que me sube por la garganta.

—Maldito idiota —musito en voz baja, sintiendo el corte de mi barbilla sangrar de nuevo.

Lo toco con la yema de los dedos y noto cómo una gota fresca se desliza. La ignoro, pero la punzada en mi pecho, al ver a Caelan rodear a Isleen, me enerva. Él se tambalea y ella le indica a otro soldado que se acerca y lo ayude a caminar hacia la enfermería. Lo hacen con delicadeza, un par de pasos que bastan para que mis nudillos se tensen en torno al pomo de mi espada.

No sabe aprender, pienso. No comprende que ella no le pertenece, que ni siquiera debe desearla. Ni rodearla con ese brazo. Aun con sus heridas, Caelan exhibe la marca de la frustración en la cara, y no oculta los celos. Es como un perro que, habiendo sido golpeado, todavía enseña los dientes.

Isleen gira la cabeza, y nuestros ojos se cruzan. Me sostiene la mirada un segundo, un atisbo de reproche contenido, antes de volver a ayudar a Caelan. Esta mujer responde a mis caricias con la misma ferocidad que yo. No hay blandura ni docilidad; se entrega con rabia y fuego, y, por oscuro que resulte, me fascina.

¿Por qué no le eligió a él cuando decidió buscar a cualquiera para su primera vez? ¿Por qué, en su afán de esquivar un matrimonio forzado, no acudió a Caelan… en lugar de tropezarse conmigo? Si yo no hubiera intervenido, quizá habrían tenido su pequeña aventura.

El pensamiento me sacude, me enciende.

Siento mis entrañas arder de rabia. O quizá sean celos, un sentimiento estúpido que nunca he experimentado. Lo escondo bajo mi semblante serio. Me digo que debo serenarme, porque este castillo será un polvorín si me comporto como un celoso irracional. Respiro hondo, intentando que el temple forjado en mi vida errante prevalezca.

En el fondo, no soy un tirano, solo un hombre que teme perder lo que al fin cree tener. Bajo la guardia con un leve temblor en el pecho, y me obligo a caminar hacia el interior del castillo.

Tal vez pase por la enfermería yo también, veré qué hago con esta sangre y que puede hacer Isleen por mí.

Termino de avanzar por el pasillo con la mano aferrada al pomo de mi espada. Noto la tibia sensación de la sangre resbalando por la barbilla. No es un reguero dramático, pero basta para fastidiarme y recordarme que Caelan me ha dado un golpe antes de caer a mis pies.



La enfermería huele a vinagre, a sangre reseca, a hierbas machacadas y orgullo abierto en canal. A batalla sin campo. A hombres que se han caído… pero no se han roto.

Ella está allí.

De espaldas.

Agachada sobre una camilla, las manos firmes, los brazos desnudos hasta los codos. El cabello atado con descuido. El vestido recogido para no mancharlo. Su figura recortada por la luz del fuego me atraviesa con la misma fuerza que la primera vez que la vi en el claro de Bealltainn. Solo que ahora sé lo que hay bajo la tela.

—¿Quieres un paño, jefe? —oigo una voz detrás de mí, cargada de burla contenida.

Uno de mis hombres, Athair, que me sigue a menudo como una sombra, me tiende un trapo bastante sucio. Lo ignoro, resoplando con impaciencia.

—¿Seguro que necesita curarse? Está buscando otra clase de medicina —añade Finn, sentado sobre una mesa, soltando una risa ronca.

—Estoy sangrando, imbécil.

—¿De la barbilla o del corazón? —suelta Finn, y Athair se echa a reír.

—Cierra la boca —gruño, sin querer darle la razón—. ¿No tenéis nada que hacer? —digo, sin mirarlos—. Os di la mañana libre. Id a lavaros.

—Al menos déjanos verte de cerca la cara de enamorado —se mofa Finn, a un paso de que le suelte un puñetazo.

—No lo entiendes, Finn. Es estrategia —replica Athair—. Si se pierde sangre, se pierde empuje.

—He dicho basta —gruño. Ambos me devuelven media sonrisa, satisfechos de sus propias chanzas.

Athair se lleva dos dedos a los labios y silba suave:

—Apuesto cinco peniques a que en menos de un cuarto de hora está husmeando donde ella está.

—Diez —dice Finn— a que tiene ya contados todos los pasos de la señora.

—Veinte a que, si le pides sangre para sellar los votos, se vacía la vena él mismo —añade Finn.

Las carcajadas estallan; el eco rebota en la bóveda de piedra. Yo giro despacio, les clavo la mirada y dejo que el silencio pese como una piedra de molino.

—¿Habéis terminado el concurso de necedades o queréis que os firme la apuesta con la punta de la espada?

Athair y Finn se miran, medio sonriendo, sin parecer asustados. Puede que disfruten de verme en esta tesitura, porque saben que no soy tan implacable con ellos como con extraños; llevo demasiado tiempo sobreviviendo a su lado. Aun así, no relajan del todo el gesto: conocen mi mal humor y lo peligroso que se vuelve a veces.

—Vaya, jefe, tampoco queríamos herir tu orgullo. Solo decimos que la sangre parece más un reclamo para que cierta señora se acerque a ti —murmura Athair, en un tono de aparente inocencia.

—No me provoquéis, o me veré obligado a enseñaros a callar de un modo que no os conviene —mascullo, echando un vistazo rápido a Isleen, que no se ha percatado de nuestra conversación. Sigue atareada con vendas y ungüentos sobre Caelan.

—Qué mal humor arrastramos… —se burla Finn, dando unos toquecitos en la mesa con los nudillos—. ¿Te vaciaron demasiado anoche?

—Dejadme en paz, ¿queréis? —respondo, harto de la guasa. Doy un paso al frente, tamborileando con los dedos sobre el pomo.

Cuando me adentro, Isleen no me mira de inmediato. Está demasiado concentrada en lo que hace.

Caelan, tumbado con una venda mal ajustada en la pierna, la observa en silencio. Su rostro está contraído por el dolor, pero aún conserva esa rabia opaca que brilla cada vez que me intuye cerca.

—Darian —dice ella al fin, con un dejo de alarma en la voz—. ¿Ahora sí quieres curarte esa herida?

—Antes no tenía tiempo para suturas lentas, pero ahora sí —respondo, sin dar más explicaciones—. Además, hay quien necesitaba más atención que yo.

No miro a Caelan, pero el capitán se remueve sobre el camastro. Aprieta los dientes. Su herida en la pierna le debe de escocer como mil demonios, pero sé que la furia que siente hacia mí duele más.

—Nada grave, espero —murmura Caelan, sin disimular el sarcasmo —. Sería un fastidio que te marcharas de este mundo tan pronto.

—No te alegres tanto —le contesto, con voz ronca—. Aun no pienso morirme. Y, desde luego, no por un tajo tuyo.

Lo noto retorcer la mano que descansa sobre la sábana, la misma con la que me golpeó. Isleen eleva la vista, interponiéndose antes de que la tensión estalle.

—Basta, capitán —le dice—. Ahora no tienes energías para armar otra pelea, y yo no pienso soportar un duelo en la enfermería.

Él se traga la réplica, mordiéndose el labio. La respeta demasiado para dejar libre la rabia que me reserva a mí. Isleen suspira y me hace un ademán:

—Ven, siéntate. Déjame limpiarte eso.

—No pensaba hacer un drama —respondo, encogiéndome de hombros. Pero cedo y doy un paso hacia una silla vecina sin dejar de mirar a Caelan.

Me quedo en silencio mientras ella pasa el paño mojado por mi barbilla. Escuece, pero el ardor de su contacto me distrae de la punzada real. Sé que Caelan nos mira de reojo, con los puños cerrados, controlando los celos que le corroen. Tenso la mandíbula.

—¿No hay una curandera libre para él? —escupo, sin mirarlo.

—Me interesa que Isleen… —Cae en la cuenta de lo que va a decir, y traga saliva—. Que ella revise mi vendaje. No confío en otros.

—Qué curioso, tampoco yo —respondo, dibujando una media sonrisa amarga.

Ella aprieta los labios, harta de nuestras pullas. Me pasa el paño húmedo también por la ceja rota, y el frescor me hace bufar. Siento que el aliento se me queda en la garganta al verla tan cerca, meciendo ese aroma a tomillo y lavanda que la envuelve. Caelan se remueve, con la mirada clavada en nosotros.

—Sube la cabeza —me ordena Isleen, con un toque de severidad—. Déjame ver el corte.

Obedezco. Siento sus dedos en mi cara, un roce que me eriza la piel.

—¿Te duele?

—He aguantado cosas peores —musito.

—Eso ya lo sé —contesta, sin mirarme a los ojos mientras limpia la sangre.

Está demasiado cerca.

Sus manos me limpian la sangre con una lentitud que no sé si hace a propósito… o si simplemente no se da cuenta de cómo me enciende. Cada vez que el paño humedecido roza mi piel, noto cómo se me tensa la mandíbula. No es por dolor: estoy acostumbrado a eso. Es por el deseo que se me acumula en el pecho, por la necesidad que me corroe dentro.

La tengo justo delante, casi pegada a mi cara, y, aun así, no la toco.

No la toco, pero la observo con la ansiedad de un hambriento. Con mis hombres pienso, razono, planifico, soy un estratega, me controlo. Pero con

ella… no sé si morder o romperme los dientes por no hacerlo.

El escote del vestido se abre mientras se inclina. Un mechón de su pelo se suelta por la humedad que reina en la sala. Sus labios permanecen algo separados, y se le agita la respiración en un temblor leve que me vuelve loco.

Porque anoche fue mía. Porque esta mañana, también. Y ahora la tengo a un palmo… y la quiero otra vez.

—¿Te duele ahora? —pregunta mientras me da unas puntadas con aguja e hilo para cerrar la herida.

—Un poco más abajo —respondo, sin pensarlo.

Ella no se escandaliza ni suelta una carcajada. Solo clava la mirada en mis ojos, y sabe lo que quiero decir. Pero no sabe que mi cuerpo late por debajo del tartán como si siguiera dentro de ella.

Su siguiente movimiento es dejar todo sobre la mesa, sin despegar los ojos de los míos. Me sostiene la mirada un segundo más de lo necesario.

Yo muevo la mano. Bajo la palma con lentitud. La coloco sobre mi muslo izquierdo, donde apenas tengo un pequeño rasponazo.

—Aquí —digo, en voz baja.

No miento, la herida está ahí, pero no es nada grave. Ella vacila un instante, con el ceño fruncido, y luego se arrodilla frente a mí, llevando el paño consigo. Y cuando su mano sube por mi pierna para buscar el corte… siento que el mundo se me hunde en el vientre.

Su palma se desliza por debajo del tartán. Roza la piel húmeda del muslo. El calor de sus dedos me recorre como un escalofrío. Y entonces roza mis huevos sin querer.

Mi sexo, ya endurecido, reacciona como si llevara horas esperándola.

Y ella lo siente.

Porque su mano se queda quieta. Justo ahí. A medio camino entre la herida y mi erección.

La sala está en silencio. Solo el sonido del fuego. El goteo leve de una vasija en el rincón. Su respiración. La mía.

—¿Te molesta? —pregunta ella.

La contemplo desde arriba: agachada ante mí, la mano hundida bajo el tartán, las mejillas encendidas como si se odiara por este impulso. Pero no se aparta, y me mira con una mezcla de deseo y rabia.

—No me molesta —respondo, con la voz ronca—. Me está matando.

No sonríe. No se mueve. Solo presiona un poco más la palma en mi muslo, rozando la carne blanda. Un temblor se me cuela por la espalda. Estoy tan necesitado de ella que ni las palabras me salen.

—Si sigues tocándome así —le advierto, sin pizca de dulzura—, no pienso dejarte ir hasta que me ruegues como anoche.

Sus dedos tiemblan.

Solo un poco.

Pero lo noto.

Porque respira distinto. Porque traga saliva. Porque maldice en silencio su propia reacción cuando sube la mirada y ve cómo la punta de mi polla tensa la tela.

Entonces ella susurra mi nombre.

—Darian…

La manera en que lo dice. Rota. Baja. Culpable. Como si el solo sonido fuera suficiente para traicionarse me vuelve loco.

Ya no puedo más.

Miro alrededor.

Hay tres hombres con vendajes. Una mujer recogiendo jarras. Caelan aún sentado en la esquina, en silencio, los ojos clavados en mí.

No.

Esto no va a pasar aquí.

Ni bajo su mirada, ni donde ella no pueda gritar si le rompo el aliento de nuevo.

Me enderezo.

—¿Dónde está el almacén de vendas? —pregunto, sin levantar el tono. Como si pidiera algo trivial.

Ella pestañea.

—¿Qué?

—El lugar donde guardáis los suministros. La madera. El alcohol. Lo que sea.

—Ah... junto a la sala de curas, detrás de esa pared —responde, intentando sonar normal.

Yo me pongo en pie. Con un gesto suave, la agarro de la muñeca, sin rogarle nada.

—Acompáñame. Necesito… algo.

—Darian…

—Ahora —repito, bajito.

Ella no protesta. Quizá porque su mano sigue caliente y su cuerpo ya ha decidido antes que su orgullo.

La conduzco por un pasillo estrecho hasta un cuarto sin ventanas. La gente sigue a lo suyo, nadie pregunta nada. Cuando entramos, cierro la puerta con un golpe seco.

Dentro, apenas nos ilumina una antorcha que muere en una esquina, y unas estanterías repletas de paños, frascos y vendas. Un lugar minúsculo, sin corrientes de aire. De inmediato, la empujo contra la pared, sin tocarla aún, solo mirándola con el latido a flor de piel. Desabrocho mi cinto de un tirón y me quito el tartán de golpe sin sacarme la camisa.

Estoy casi desnudo.

Mi polla, firme, apuntando sin pudor.

Ella suelta un jadeo entrecortado.

—Nadie va a interrumpirnos aquí —aseguro, con la voz ronca.



Capítulo 13

«ISLEEN»

No debería estar aquí con él, menos en este cuartito sofocante, entre vendas y brebajes, después de todo lo que ha pasado. Pero la puerta se ha cerrado a mis espaldas, y mis pies no se han movido de su sitio. Darian está a un paso de mí y el calor que irradia me resulta insoportable… puro magnetismo.

—Esto no es sensato —murmuro, con la voz áspera de quien lleva horas sin tragar agua.

—Jamás lo fue —responde él, con su tono grave, como si sentenciara algo ya sabido.

Ni siquiera lo miro a los ojos.

Mi corazón late con fuerza. Lo odio por esa chulería, pero lo deseo como si me faltara el aire.

—¿En qué momento decidiste que todo me lo podías arrebatar? —susurro, intentando sonar más entera.

—No me culpes por coger lo que tú elegiste darme —contesta, la mandíbula tensa.

No sé cómo rebatirlo. La réplica se me queda atascada en la garganta. lo único que sé es que esa breve caricia bajo el tartán me ha dejado hambrienta de más. Necesito memorizarlo con la palma, con la vista, con el aliento.

Hasta hoy me he limitado a ser terreno conquistado: quieta, abierta, dejando que sus manos me leyeran como si mi piel estuviera escrita para él.

Pero en cuanto mis dedos han tanteado el peso caliente bajo el tartán y he sentido cómo todo su cuerpo se tensaba con un solo roce, me ha estallado otra hambre: la de tomar yo las riendas.

Alargo la mano, tragándome la vergüenza. Mis dedos rozan el costado de su torso bajo la camisa, palpando una cicatriz alargada que le cruza las costillas. Él suelta un suspiro, bajito. Me mira con los párpados entornados, como si mi caricia le resultara más peligrosa que cualquier arma.

—Lo tuviste difícil para sobrevivir —murmuro, repasando la marca.

—Sí —responde, sin más explicaciones. Su voz suena tensa, cargada de memorias que no suelta.

Deslizo la mano hacia abajo. Muevo la palma despacio, bajando por su abdomen, por el vello rizado del pubis hasta que mis dedos rozan la base de su erección. Él deja escapar un gruñido sordo, echa un poco la cabeza atrás y me aferra la cintura con más fuerza, como si temiera desvanecerse.

—Isleen… —musita, con un temblor en la voz que me enciende.

—Shh… —le pido, intentando infundirme valor.

—¿Qué haces…? —logra preguntar, entrecortado.

—Conociéndote —respondo, sin apartar la mirada.

Le oigo soltar un gemido apenas audible cuando cierro mi mano en torno a su miembro, sintiendo la calidez y la firmeza que me sobrecoge. Al principio lo toco con inseguridad, tanteando su dureza que late bajo mi palma. Me impresionan las venas marcadas, la piel tensa. Él gime bajo, sin exhibirse, pero con la respiración rota. Abro más los dedos, recorro el tronco suave, y él se estremece, echa el torso adelante para apoyar la frente en mi hombro.

Mis ojos se centran en la base de su sexo, en sus testículos, colgando con ese temblor sutil que delata su excitación. Mi otra mano viaja hacia ellos. Son redondos, suaves y tensos y vibran entre mis dedos.

—¿Te duele? —pregunto, con un deje de picardía.

—No… Pero me basta un roce más y…

Lo noto temblar, jadeando cerca de mi cuello. Mi vientre se enciende con la idea de desearlo tanto como me desea. Siento la humedad agolpándose entre mis piernas, un pulso que me empuja a mover la mano con más decisión. Subo y bajo mi mano por la longitud de su sexo, sorprendiéndome de lo fácil que es hacerle reaccionar, de cómo su pelvis sigue el compás de mi puño, aunque trate de controlarse. Me enloquece la idea de poder provocarle este arrebato, ver a un hombre que ha sobrevivido a mil peleas doblegarse a mis caricias.

—Dios, Isleen… —se le escapa, mordiendo el hueco de mi hombro.

—Aquí no hay ningún dios, solo tú y yo —susurro, recordándole sus propias palabras.

Él me mira con los ojos oscurecidos por el deseo, la mandíbula apretada, y veo en su gesto una furia primitiva que no me espanta, sino que me atrae.

Me besa el cuello con una avidez que me hace arquear la espalda, y un jadeo se me atora en la garganta. Sus dientes me rozan la piel, dejándome marcas que queman. Y el escalofrío de su aliento recorre mi clavícula, bajando por el pecho.

—Darian… —murmuro, sintiendo mi falda subirse hasta la cintura, sin ver nada más que su cuerpo encendido.

No responde con palabras: me alza con un movimiento firme y me sienta sobre la mesa, apartando a manotazos frascos que casi se vuelcan. Un chirrido de la madera avisa del riesgo de romperse, pero no nos importa. Con las piernas me aferro a sus costados, y él, sin dejar de besarme el cuello y de morderme con una rabia posesiva, se hace sitio entre mis muslos.

—Te lo advertí —farfulla, con los labios pegados a mi clavícula.

Su mordisco en mi cuello me arranca un jadeo rabioso.

—Estás loco —susurro, hundiendo la cara en su pecho para no gemir demasiado alto.

—Ya lo sabes —murmura, besándome en la boca. Noto su lengua y sus dientes con la furia de alguien que no se contiene.

Me sujeta con más firmeza, y se encaja de un tirón, sin rodeos. Un escalofrío me recorre la columna; su cuerpo se funde con el mío como si quisiera traspasarme.

Arqueo la espalda, y la mesa se desliza un palmo, arañando el suelo. Casi suelto un grito, pero me tapo la boca con la mano para no delatarnos.

—Calla… —murmura, sobre mis labios—. O nos oyen.

—Cállate tú —respondo, enredando los dedos en su pelo.

Cada embestida me sacude, haciéndome rebotar contra la madera. Podría romperse todo, y me daría igual. Mis muslos se aferran a sus caderas mientras él clava de nuevo los dientes en mi cuello, bebiendo mi piel con avidez. Sus manos ascienden por mis costados y se enredan en mi pelo. Tira con suavidad, obligándome a alzar la barbilla para besarme la garganta, la clavícula, y dejar más marcas que sé que escocerán después.

Cada embestida aumenta mi excitación, un hormigueo que me sube por la columna. Él no se frena: me sostiene los muslos con las manos, adueñándose de cada centímetro. Siento sus testículos rozar mi entrepierna en cada sacudida, un choque que me hace estremecer de pura lujuria.

—Te voy a marcar entera… —musita, bajando la voz, e inclina la cabeza para morderme el cuello de nuevo.

—Ya… lo haces —consigo murmurar, sintiendo el calor en mi nuca.

Sus dientes aprietan mi piel de nuevo. Me hundo en la marea de placer que me inunda. El aire se espesa con nuestro aliento y los jadeos contenidos. Y cuando su pelvis embiste con más fuerza, me rompo en un clímax que me atraviesa, me roba la voz y hace que mis paredes se contraigan en torno a él.

—Dios, Isleen**…** —jadea, y lo siento derramarse en mi interior con una sacudida que lo obliga a morder mi hombro para no gritar.

Lo siento deslizarse fuera de mí muy despacio, y la ausencia repentina me hace exhalar un gemido breve y áspero. Mi cuerpo sigue estremecido, con la mesa a punto de cocear bajo nuestros pies, y la cabeza me da vueltas al recordar dónde estamos… y lo que acabamos de hacer.

Los dedos de Darian me rozan el muslo, y la simple presión me arranca un escalofrío. Me observa mientras bajo la falda y compruebo, con vergüenza, el rastro de humedad en mis muslos.

El olor a sexo impregna el pequeño cuarto, y mi corazón se acelera al caer en la cuenta de que cualquiera podría acercarse, o habernos oído.

—Esa marca… va a ser difícil de ocultar—susurra él, alzando la mirada hacia mi cuello mientras se ata el cinturón alrededor de sus caderas con el tartán puesto.

Levanto una mano y toco la piel mordida. Siento la herida latir, un escozor que me quema y me cabrea a la vez. El calor asciende a mis mejillas al comprender que es un lugar imposible de ocultar, visible para cualquiera. Maldito Darian. Estoy segura de que lo ha hecho a conciencia.

—¿De verdad era necesario? —digo, con un susurro cargado de reproche.

—Un poco —contesta, sin molestarse en negar—. Lo suficiente para que él se entere de que tú no eres asunto suyo —dice, sin dulzura—. Ni antes ni ahora. Su cabezonería no admite sutilezas.

Su respuesta no deja lugar a dudas: lo ha hecho para que Caelan lo vea.

—Eres un bestia —farfullo, apartando la cara.

—Y tú me prefieres así —masculla, abriendo la puerta con un golpe seco.

Sale sin mirar atrás, o quizá sí, pero yo ya estoy dándome la vuelta para recoger los frascos que rodaron por el suelo en medio de la locura.

Cada vez que nos encontramos, nos devoramos con tanta furia que ni el lugar ni la situación impiden ese choque de cuerpos. Mi cabeza me recuerda que estamos en guerra, que todo esto es un disparate que nos costará caro, pero mi cuerpo… mi cuerpo solo sabe que en cuanto él se me acerca, algo en mí explota.

Lo odio y lo quiero en el mismo golpe de sangre, como si no pudiéramos estar dos segundos juntos sin que el mundo se deshaga.

Me agacho y noto cómo me late la herida del cuello. Siento un calor incómodo en la piel, y me insulto a mí misma por haberme abandonado con tanta facilidad.

Respiro hondo, queriendo recobrar un poco de compostura antes de salir, intentando cubrir la mordida soltándome el pelo. Conozco a Caelan lo bastante para saber que esa marca no pasará desapercibida.

Entro de nuevo en la enfermería, con el pulso todavía algo revuelto por lo que ha ocurrido. El lugar sigue oliendo a hierbas pisadas y a vendajes húmedos. Al fondo, distingo a Caelan, sentado donde lo dejé, con la pierna vendada y la mirada perdida en algún punto indefinido.

—¿Cómo va esa herida, capitán? —pregunto, sin rodeos, mientras rodeo su camastro.

Él tarda un segundo en contestar. Cuando por fin gira el rostro hacia mí, noto cómo sus ojos se dirigen de inmediato a la marca que asoma bajo mi clavícula. Se le tensan los labios, y un destello de algo parecido a rabia o preocupación surge en su mirada.

—¿Te ha hecho daño? —murmura, con un hilo de voz que suena a pena y preocupación mezcladas.

—No —respondo, intentando sonar más tranquila de lo que me siento—. No lo ha hecho.

Caelan traga saliva, baja la vista un instante.

—Sé que ahora es tu esposo —susurra, sin despegar los ojos de la mordedura—, que le perteneces… y que no puedes negarte. Pero si…

—Te equivocas —lo interrumpo, alzando la voz apenas—. Él siempre me da la oportunidad de negarme si quiero. Cada vez.

Él asiente sin decir nada, y me fijo en cómo su mano descansa con fuerza sobre la venda. Parece que quisiera apartar la conversación y la pierna herida al mismo tiempo.

—Entonces… —murmura, sin atreverse a terminar la frase.

—Entonces —contesto, soltando un suspiro—, estoy bien.

No sé qué más añadir. Él siempre ha sido protector conmigo y entiendo su preocupación. Yo misma aún siento una gran desconfianza hacia Darian y sus intenciones, pero lo que ocurre cuando me toca es algo completamente diferente y difícil de explicar, aún menos a Caelan.

Me inclino para verificar la venda, comprobando si la sangre ha manchado la tela. Él suelta el aire despacio, sin apartar la mirada del suelo.

—Te curarás pronto —digo, en un tono suave, obligándome a recuperar mi papel de sanadora—. Cuida esa pierna y no la fuerces.

Caelan asiente, con un leve cabeceo. Permanece callado, como si cualquier palabra pudiera hundirlo más en el silencio. Me incorporo, aliso mi falda y cubro un poco la marca de mi cuello con el pelo. No sirve de mucho. Pero al menos así no la exhibo sin pudor.

—Descansa —concluyo, dando un paso atrás—. Si necesitas algo, avísame.

Él no contesta. Se queda con la vista fija en un rincón invisible, el ceño tenso, la rabia consumiéndose despacio tras la certeza de que nada puede cambiar. Ahora todo está en manos de Darian MacNeish, incluido él mismo.



Capítulo 14

«ISLEEN»

El gran salón está atestado de gente y de luces temblorosas que salen de los candiles. El olor a carne asada y pan recién horneado se mezcla con el nerviosismo que se respira entre los asistentes. Al fondo, la mesa principal exhibe bandejas de frutas y jarras de vino, pero siento que nadie se atreve a probarlo con serenidad: hay un clima tenso que late por debajo de cada conversación.

Me ubico a un costado, con los brazos recogidos contra el pecho, intentando no llamar la atención. Aun así, noto muchas miradas dirigidas a mí. Casi todas son recelosas; algunas, llenas de curiosidad. Entre estos invitados, emisarios de clanes vecinos conversan en corrillos, hablando en voz baja. Reconozco a varios señores y herederos, pero el más notable es Bran, hijo del laird de los Drummond.

Bran se ha colocado en la zona principal, y no se esfuerza por esconder el desagrado que siente. Sus ropas finas contrastan con la rigidez de su expresión. Intercambia comentarios con un par de hombres que lo acompañan, y de vez en cuando, lanza miradas al lugar donde está mi padre.

Él, sentado con aspecto más cansado que de costumbre, mantiene la compostura. Se supone que este banquete serviría para sellar alianzas y calmar los recelos… pero el ambiente sugiere que sucederá lo contrario. Poco a poco, las conversaciones bajan de tono cuando Bran decide hacerse oír:

—Nunca pensé que vería a los MacNab arrodillados ante ladrones**.** Pero ya veo que, en estas tierras, todo es posible.

Un murmullo recorre a los invitados. Varias cabezas se vuelven, algunas con gesto de asombro, otras de aprobación. Siento cómo se me tensan los hombros al oír esas palabras y ver la manera en que Bran mira a mi padre.

Él no contesta enseguida. Apoya las manos en la mesa. Su voz, cuando llega, es pausada.

—Entregué a mi hija a un líder —dice, sin levantar la vista—. No a un ladrón.

—¿Líder? —replica alguien desde los McLaren, con una risa seca—. Todos sabemos que los MacNeish no son más que mercenarios, y que tarde o temprano morderán la mano de quien les da de comer. ¿O

confías en que no lo harán contigo? ¿Qué pasa cuando se vuelva contra su dueño?

—No se domestica lo que está hecho para sobrevivir —responde él —. Solo se respeta. Un lobo tampoco pide permiso para entrar. Pero si le das un motivo, se quedará.

—¡Pero necesita un alma, al menos! —salta otro, más joven.

Un calor de rabia me sube por la garganta. Entre la gente, veo a algunos asentir, y a otros lanzarse miradas cautas. Me adelanto unos pasos, notando cómo varios me miran. No voy a dejar que acorralen a mi padre y se aprovechen de su debilidad.

—Os exijo respeto. Estáis bajo nuestro techo, y es un banquete para hablar de paz, no para insultar.

—Claro. —Bran ladea la cabeza—. Habla la esposa. ¿Qué otra cosa diría, con el lecho aún caliente? ¿O aún no es tarde para echarse atrás y anular ese matrimonio?

La chispa de ira me enciende, pero antes de responder, mi padre golpea la mesa con el puño, provocando que varias copas tintineen:

—¡Basta! —exclama, enrojeciendo—. El matrimonio está sellado. Isleen es esposa de Darian MacNeish, y este castillo respeta ese lazo.

Ese arrebato de furia lo hace toser, y sé que su pañuelo se mancha de sangre, aunque lo oculte. Me aprieta el pecho verlo tan débil. Aun así, sus palabras salen con firmeza:

—Darian ha mantenido estas tierras a salvo de las garras de los Ruthven cuando otros no podían hacerles frente.

De pronto, las conversaciones se apagan. Darian entra en la sala con paso firme, sin necesidad de anunciarse seguido de algunos de sus hombres que como cuervos de verdad se agrupan en un rincón del salón.

Darian va con el tartán oscuro, la camisa remangada hasta los codos, el cabello aún húmedo de no sé qué entrenamiento o castigo autoimpuesto, las cicatrices a la vista. Su andar es pausado, pero el eco de sus botas es el único sonido que sobrevive en la sala. Su figura alta y oscura impone un silencio que pone a todos en alerta. En su mirada, es reconocible esa actitud sombría que descoloca a quien se le ponga enfrente.

La gente se hace a un lado; su presencia es un golpe de silencio que pone nerviosos a todos.

Darian habla, con voz baja y ronca, sin alzar el tono:

—Si veníais a disolver mi matrimonio, habéis perdido el viaje.

Bran se gira hacia él con el ceño arrugado, manteniendo el mentón alzado. Con un movimiento brusco, deja su jarra sobre la mesa.

—Nadie aquí aprueba un enlace con un… ladrón, MacNeish. ¿Crees que tu estatus de proscrito te vuelve digno de sentarte a la mesa con nosotros? —espeta, intentando mostrarse valiente.

Darian avanza un paso, sin prisa. Noto cómo su mirada, oscura y silenciosa, atraviesa el espacio hasta Bran, que mantiene la compostura a duras penas. Aun así, un leve tic en su mejilla delata su inquietud.

—Si me siento, es porque el Laird MacNab me invitó a su familia. Y ahora soy parte de ella —dice Darian, sin quitarle los ojos de encima.

Varios emisarios se mueven incómodos, algunos desvían la vista hacia mi padre. Yo, inmóvil, percibo el contraste entre la frialdad de Darian y el furor de Bran.

—¿Y si decidiéramos no apoyar esta farsa? —insiste Bran con un amago de risa seca—. Seamos sinceros: nadie se alegra de ver a los MacNab cediendo el control a un proscrito.

—No hay control que ceder —replica Darian, cruzándose de brazos —. Solo protegeré lo que es mío. No busco gente que me aplauda, Drummond. Si no te satisface, puedes presentar tus armas o largarte sin más.

Mi padre se pone en pie, con el rostro contraído por el enojo y la fatiga. Me apresuro a su lado, pero él alza la mano para que no intervenga.

—¿Te atreves a amenazar? —bufa Bran, mirando a uno y a otro—. ¿Piensas intimidarnos con tu reputación de lobo famélico que se niega a soltar el hueso?

Darian suelta un leve suspiro, como harto de explicarse. Luego, sin dejar de observar a Bran, contesta:

—El que se meta con mi matrimonio, se topa con mi espada. Y no voy a dudar en blandirla si tengo que defender lo que, por vez primera, nadie me va a robar.

Un escalofrío recorre a los presentes. Bran, notando que no tiene demasiado apoyo a su alrededor, termina por retroceder un paso.

—Pues yo no bendigo esta unión —zanja, tirando un vaso de la mesa —. El Laird Drummond tampoco. Y tarde o temprano, todos verán que os habéis equivocado.

El salón entero parece contener el aliento. Bran no se detiene.

—Y si alguien necesita un recordatorio… puedo ofrecerlo con gusto —prosigue—. ¿O ya habéis olvidado quiénes hicieron cenizas el clan MacNeish?

No se oye ni un suspiro. La frase queda suspendida, envuelta en la reverberación de las antorchas y el rumor contenido de los hombres que no se atreven a mirar a Darian.

Pero yo sí lo miro.

Él no se ha movido.

Ni un solo músculo.

—Sí.

Una sola palabra.

Bran se tensa. Esperaba verlo arder.

Pero Darian solo camina hacia el centro de la sala. Sin prisa. Cuando se detiene, no mira a nadie más que a Bran.

—Gracias por recordarlo —dice.

Y nada más.

Pero en esa frase, hay acero.

—¿Te burlas? —pregunta Bran, alzando el tono con el nerviosismo de quien sabe que está perdiendo el control.

Darian se limita a girar un poco el cuello, como quien estira un músculo antes de blandir la hoja.

—No. Te agradezco que señales lo de las cenizas. Porque es lo único que me enseñó a no temer el fuego.

Bran da un paso, pero Darian ya lo ha visto.

—Si vienes a medir tu valor con palabras, has perdido. Si vienes a medirlo con acero… trae testigos. Porque no vas a volver igual.

Bran abre la boca, pero no encuentra réplica.

Porque no la hay. Darian lo mira un segundo más, como si lo midiera en silencio. Y luego se gira de vuelta a su sitio, junto a mí y mi padre. Se sienta. Se sirve vino. Y bebe.

Sin decir nada más porque ya lo ha dicho todo. Este hombre… no es de nadie. Pero yo lo he visto rugir sin abrir la boca. Y no he sido la única.

Al fin, mi padre, habla.

—Darian —dice, con la mirada puesta en él—, ¿puedo hablarte como un hombre que ha visto demasiadas cosas para creer en redenciones fáciles?

Darian no contesta. Se limita a mirarlo, como si bastara con ese intercambio de miradas para concederle la palabra. Y, de algún modo, así es.

Mi padre toma aire, un aliento que le cuesta debido a sus dolencias. Su esfuerzo se siente en cada sílaba:

—Los dos sabemos cómo terminó aquella guerra —prosigue—. Lo que nadie menciona es que pudo haber terminado de otro modo. Tu padre podría haber llevado mi nombre colgando de su empuñadura fácilmente… y yo, el tuyo, en la lista de ausentes en vez del de mis cinco hijos.

Un susurro recorre a los invitados, pero mi padre alza la mano y los acalla. Su gesto impone un silencio aún más denso.

—Teníamos más hombres, mejores armas, y un simple error de tu padre nos sirvió para imponernos —continúa—. No te lo digo para humillarte, sino para que entiendas algo: lo que perdemos no nos define. Lo que hacemos cuando no queda nada es lo que verdaderamente nos marca.

Por un instante, sus ojos se fijan con determinación en Darian:

—Y tú, muchacho, hiciste lo que pocos consiguen: levantarte de la nada y caminar hasta esta mesa… sin bajar la cabeza.

Por un momento, ni el zumbido de las antorchas interrumpe. Sigo cada palabra de mi padre con un nudo en la garganta, consciente de que habla con admiración.

—Te he dado a mi hija —dice al fin—. No por debilidad, ni por cálculos ajenos. Te la di porque nadie ha luchado más por sentarse en ese sitio, y quiero que mi sangre tenga a su lado a alguien que sepa el precio de cada palmo de tierra, de cada noche en vela y de cada decisión que nos roba el sueño.

La voz de mi padre tiembla, pero no cede:

—No me debes lealtad; ya la tienes. Te he confiado lo que más me duele dejar atrás: mi hija, mi gente, mi territorio, mi nombre y no me arrepiento ni un poco.

—No pretendo ablandarte, Darian —sigue mi padre, clavando los ojos en él—. Sé que nada te hará más manso. Pero que conste que, en esta casa, alguien te respeta y te lo agradece. Y que si por fin hallaste aquí algo que te importe… cuídalo como debe cuidarse.

Y Darian… se queda inmóvil.

Como si nadie le hubiera dicho nunca algo que no pudiera rechazar con un grito o con una espada.

Su mirada baja. Solo un segundo. Y en ese instante, sin necesidad de mirarlo, sé que algo en él se ha removido.

Y no va a volver al sitio de antes.

Mi padre se deja caer en su silla, exhausto.

El silencio que deja la última frase de mi padre dura lo que tarda Bran en recoger su orgullo del suelo. Endereza la espalda, remanga la chaqueta como si fuera a decir algo… y no le sale ni una sílaba. Demasiado tarde: la autoridad de un hombre enfermo lo ha dejado sin aire.

Al verlo girar sobre los talones, Kerran se lleva dos dedos a la boca y silba burlón. El eco vibra bajo las vigas y Bran casi tropieza con el estribo de su propia dignidad.

—¡Cuidado, *lordito*! —canturrea Finn, apoyado en una columna—. Que con esa marcha tan tiesa vas a romperte la varilla… la del culo, digo.

Se alzan carcajadas desperdigadas. Los McLaren se miran los pies; los Buchanan fingen buscar algo en las bandejas. Hasta un par de Drummond que vinieron con Bran se escurren hacia la puerta como si de pronto recordasen asuntos urgentes.

Bran aprieta los puños.

—Este banquete apesta a establo —murmura antes de desaparecer.

Athair se aclara la garganta y levanta la copa:

—Propongo brindar por los Drummond.

— ¿Por su valor? —pregunta Kerran con fingida inocencia.

—Por su velocidad. —Athair choca su vaso con el de Broen—. Hacía tiempo que no veía a un noble correr tan rápido sin que le persiguiese su esposa.

Una carcajada gruesa recorre a los MacNeish. Los MacNab más jóvenes, que no están acostumbrados a semejante descaro, se cubren la boca para no reír demasiado alto y para sorpresa de todos… Mi padre suelta una carcajada.

Broen, que no sonríe ni el día de Año Nuevo, ladea la cabeza y añade con su voz de cantil:

—Con lo tieso que iba, si se agacha se quiebra en dos. Quizá haya ido a buscar al herrero, que le suelde el orgullo.

—Basta de Drummond —añade mi padre con un gesto travieso mientras me guiña un ojo—. Se nos va a agriar la cerveza. Brindemos por los que se quedan a pelear, aunque sangren, y por los que tienen la decencia de reír después.



Capítulo 15

«DARIAN»

El viento del norte levanta el olor a tierra mojada y algo que huele a leña húmeda sin prender. Bajo mis botas, la piedra gotea. El musgo crece incluso en las fisuras del parapeto. Todo aquí parece erosionado por el tiempo y la lluvia.

La niebla se arremolina en los flancos del castillo como si dudara de si entrar o no. Yo no dudo. Pero hace días que no descanso.

Ni con el cuerpo.

Ni con la cabeza.

Mucho menos desde que la tengo a ella.

Isleen cruza el patio con paso seguro. Habla con una criada, recoge un poco su túnica con una mano, da instrucciones con la otra. Su cabello, apenas recogido, cae sobre un hombro. No hace ningún gesto para atraer miradas. Pero yo no puedo dejar de hacerlo.

El vestido claro le roza los tobillos y se le pega a la cadera con cada paso. No hay nada deliberado en sus gestos. Se aparta el pelo del cuello sin pensar en lo que eso hace en mí. Y, aun así, me rompe el pulso.

Aprieto mi mandíbula y la noto vibrar. No por rabia. Por necesidad.

No hay ternura en lo que me pasa con ella.

No hay caricia que baste.

Esta mañana la tuve en la galería, cuando no pasaba nadie.
Con el vestido arremolinado en la cintura, las piernas abiertas y la voz rota de tanto morderse los gemidos.

La penetré sin pensar. Sin tregua. Y ahora la miro. Y la quiero igual como un animal que huele su propio nombre entre sus muslos.

Y no puedo acercarme.

Porque si lo hago, no va a ser para conversar. Será para levantarle la falda y empotrarla contra la piedra más cercana. Para recordarle que la piel tiene memoria y que cuando gime conmigo dentro… no hay sonido que me guste más.

La deseo como nunca he deseado nada. Y eso me vuelve loco.

Porque quiero conservarla.

Y eso... eso es más peligroso que cualquier enemigo armado.

—¿Vas a tirarte tú solo desde el parapeto para ir a por ella o prefieres que te demos un empujón? —bromea Kerran a mis espaldas, con ese tono ácido que no sabe callar.

—Ya ni nos gruñe —añade Finn, haciéndose el ofendido—. Me pregunto si no estará… enamorado y no se ha dado cuenta.

—No digas estupideces. Darian no se enamora —gruñe Broen, concentrado en tallar un trozo de madera—. Está en celo.

—¿Y qué diferencia hay? —insiste Finn—. Es lo mismo.

—No. Quien ama se rinde… y él no sabe cómo se hace eso.

No contesto. Porque no sé qué nombre darle a esta urgencia que me corroe. Ni me importa. Mis ojos siguen fijos en Isleen, que se agacha para recoger algo del suelo y me enciende la carne con ese mínimo gesto. Y Sigo de pie, inmóvil, anclado a esta piedra como un lobo que acecha a su presa.

—¿Te está gustando demasiado la cama y su compañía, jefe? —indaga Kerran, entre socarrón y curioso—. ¿Te estás ablandando?

—¿No querríais todos lo mismo? —tercia Finn—. Después de probar lo que ha probado él, ni aunque me atravesaran me separaría de ese lecho.

Respiro hondo, sin girarme. Dejarles claro que no es asunto suyo no sirve de nada; seguirán pinchándome como idiotas aburridos que somos. Prefiero dejar que hablen.

—Mi padre solía decir —comienza Finn, encogiéndose de hombros— que el amor empieza cuando dejas de pensar si la puedes poseer y empiezas a temer el día que te la quiten.

Mi mandíbula se crispa. Porque lo entiendo. Y me jode entenderlo.

—¿Y tú, jefe? —remata Kerran—. ¿Qué harías si vuelve a aparecer uno como Bran o cualquier otro que la mire con ganas de arrebatártela?

—Le cortaría el cuello —contesto de golpe, sin mirar atrás.

Sus risas no suenan. Ninguno de ellos considera que estoy bromeando. Porque no lo hago.

—Dios, vaya con el tema —musita Athair, tragando saliva—. Esto se pone serio.

Meto aire en mis pulmones, observo cómo Isleen termina su charla con la criada y alza la vista un segundo. No llega a verme entre la niebla, pero yo sí la distingo.

—Oye, jefe… —dice Kerran, animado por mi silencio—. ¿Te ha removido el viejo con su discurso? Por primera vez alguien te ha dicho

que vales más vivo que muerto.

Silencio.

Mis nudillos se tensan sobre la piedra. Mi padre no estuvo para decirme nada, mi clan se consumió en batallas y saqueos; nunca tuve más hogar que un campamento provisional. Ahora, el Laird MacNab me ha dado a Isleen y a su gente con una confianza envenenada de cariño que me descoloca. Me hace sentir… no sé qué. Ni me gusta ponerle nombre.

Kerran, Finn y los otros se miran. Saben que lo que me pasa no es cosa menor, y que mis silencios son peores que los gruñidos. El viento arrecia, moviendo la niebla que baja por los muros como dedos fantasmales. Y yo, sin moverme, me quedo clavado en la misma posición, sin dejar de pensar porque, aunque no lo admita en voz alta, el viejo me ha roto los esquemas. Me ha hecho sentir que quizás, por primera vez en mi vida, no estoy solo ni soy algo prescindible. Y eso duele tanto como desear a su hija a cada instante.

—¿No habrás cambiado de opinión? —insiste Finn, haciéndose el inocente—. ¿Te estás volviendo blando?

—No —respondo.

Solo eso. Ni una palabra más.

No suelo justificarme ante nadie, ni siquiera ante mis hombres.

—No creo que al viejo le falte mucho para morir —musita Colum, lanzándome un vistazo fugaz—. Podrías aprovechar la calidez de tu cama hasta entonces, jefe. Nadie te reprocharía que te quedaras en este castillo, disfrutando de lo que te ofrecen.

El recuerdo de lo que los MacNab hicieron con mi gente se agolpa en mi mente: mi clan reducido a humo y cenizas, mis muertos sin sepultura digna, el odio alimentándose en mí como un animal hambriento. Me revuelve el estómago pensar que ahora estoy dentro de estas murallas que mis enemigos levantan con orgullo. No respondo enseguida; mis nudillos se blanquean un poco más sobre la piedra.

—No. El viejo debe ver su clan caído —mascullo al fin, con la voz firme, sin apartar los ojos del patio—. Que note lo que es perderlo todo, como lo sentí yo cuando los suyos arrasaron mi hogar.

Kerran se cruza de brazos, con el ceño fruncido.

—¿Y por qué los entrenas con tanto ahínco, jefe? —inquiere, con una mueca que no adivino si es burla o curiosidad.

—Porque si vuelven los Ruthven antes de lo que espero, quiero que tengan una mínima oportunidad de defenderse —respondo, cargando

cada palabra de un veneno que no dirijo contra los míos, sino contra la historia—. No serán ellos quienes destruyan a los MacNab, sino yo. No pienso permitir que otro se me adelante.

Noto cómo las miradas de mis hombres se cruzan. Kerran abre la boca para soltar algún chiste, pero se contiene al percibir la tensión. Broen da un sorbo a su odre de agua, humedeciéndose los labios y me clava los ojos, duro como un clavo:

—Ella te odiará por destruir todo lo suyo.

No lo miro. No necesito hacerlo.

—Ya me odia a ratos —respondo, con la voz tan seca como el viento—. Y aun así vuelve a mi cama, a mis manos. A lo que le hago.

—No es lo mismo, Darian —replica Broen, sin sarcasmo esta vez, solo verdad—. Todavía no le has hecho nada difícil de perdonar.

—Ni falta que hace —suelto, con mi atención en la neblina que envuelve el patio—. Yo no busco su perdón.

Silencio.

Colum me observa con una ceja levantada. No dice nada al principio. Solo me mira como si viera algo que los demás no quieren ver. O que yo no quiero que vean.

—¿Y qué buscas entonces?

—Que lo entienda —respondo, al fin—. Que no me pida olvidar lo que me hicieron. Ni que me arrodille por lo que yo haré.

Athair se acomoda la espalda contra la piedra. Suelta un bufido entre resignado y curioso.

—¿Y si no lo entiende nunca?

Miro hacia donde se ha ido Isleen. Ya no está a la vista. Pero sigue latiendo en mí como si me tuviera las manos metidas bajo la piel.

—Entonces tendrá que aprender a vivir con eso —digo—. Igual que yo aprendo a vivir junto a ella, sabiendo que fue su gente la que me dejó sin hogar. Sin familia. Sin clan.

Colum deja escapar un silbido leve, sin ironía.

—Esa mujer va a tener que ser de hierro para seguirte el paso.

—Ya lo es —respondo, sin pestañear.

Y ahí acaba la conversación.

Porque ellos lo saben. Y yo también. Que, si el mundo se cae, puede que lo pierda todo. La guerra. El respeto. El control. Todo.

Todo menos a ella.

Porque a ella no pienso renunciar.

—No hablemos más —corto al fin—. Id a vuestras rutinas.

Obedecen, alejándose sin rechistar demasiado. Sé que me han dejado solo con mis remordimientos. Aturdido, miro a Isleen una vez más. Sigo sin entender cómo mi deseo por ella puede desatar tanta rabia mezclada con lujuria. He probado sus gemidos, he sentido sus uñas clavándose en mi espalda, la carne viva en torno a mí, y después… vuelvo a la realidad donde su gente mató a los míos.



Acabo de descender por la escalera de piedra cuando oigo gritos en la puerta lateral del patio. El eco de voces se alza, y un escalofrío me recorre al presentir problemas. Me encamino hacia allí con pasos rápidos.

Al llegar, distingo a Caelan y un par de guardias del castillo que forcejean para bloquear el paso a un hombre que reconozco en cuanto se vuelca la capucha: Rook, uno de los míos, un emisario que había enviado en misión. Tiene el rostro manchado de polvo y la ropa rasgada, el aliento entrecortado por el cansancio. Caelan, con la mano en la empuñadura, no lo deja avanzar.

—¿Qué pasa aquí? —exijo, deteniéndome junto a los guardias.

Caelan se gira al oír mi voz y curva un poco el ceño.

—Llegó este tipo, exigiendo ver al jefe —explica, apretando los dientes —. Dice que es hombre tuyo, pero nosotros no lo conocemos… y no vamos a dejar entrar a cualquiera, así como así.

Rook se endereza lo justo para mirarme, intentando liberarse de las manos de un guardia.

—Darian, por fin… —jadea, con un hilo de voz—. Necesito hablar contigo. Es urgente.

—Dejadlo pasar —ordeno, clavando la mirada en Caelan, que vacila, resentido. Sin embargo, suelta un bufido y hace un ademán a los guardias para que aflojen su sujeción.

El hombre se apoya en la pared con la respiración jadeante. Isleen llega a toda prisa, con la tensión pintada en su cara; a su lado, Caelan mantiene una mano cerca de la empuñadura de su espada, como si no se fiara de que sea uno de los míos.

—Hay problemas… —carraspea—. Los soldados del regente y un par de hombres de los Ruthven han armado un revuelo en la aldea del camino del este. Han detenido a varios campesinos, los acusan de saqueo y contrabando. Dicen que violaron las leyes de la corona… —La aldea es Inverlochlarig, jefe. Territorio MacNab. No hay duda. Pero a los soldados no les ha importado. Han entrado como si fuera tierra de nadie. Y la orden viene del alguacil en nombre del regente.

Isleen se acerca otro paso, tensa:

—¿Contrabando? ¿De qué hablan? Es gente humilde, no se dedicarían a…

—Oficialmente —susurra Rook, esforzándose—, los acusan de robar provisiones y traficar con sal, incluso de quemar almacenes del regente. Pero… —empuña los labios— en el fondo, todos sabemos que la verdadera razón es otra. Hablan de ajusticiar a un grupo al amanecer, colgarlos en la plaza principal para mostrar que no tolerarán traiciones contra el regente. —Rook alza los ojos con desesperación—. Entre ellos hay gente que, de hecho, no ha hecho nada más que dejar pasar algún rumor… o que se negó a entregar sus siembras sin pago. Cosas mínimas, pero los guardias han armado un caso falso de contrabando y sublevación.

Un silencio aterriza entre nosotros. Distingo en el rostro de Kerran y Broen, que se han acercado con sigilo, la misma mezcla de ira e incertidumbre. Isleen se queda quieta. Tan quieta que me da miedo.

—No podemos quedarnos sin hacer nada —suelta Isleen, clavándome los ojos.

—El laird MacNab está enfermo y no puede mandar tropas formales —interviene Caelan, con tono preocupado—. Y un choque abierto con los soldados del regente podría provocar una represalia mayor.

—Iré con mis hombres —digo con un deje de resolución—. No hay tiempo ni lugar para la diplomacia. Llevaré un grupo reducido y rápido. Y los sacaremos de allí antes de que el alguacil tenga ocasión de colgarlos.

—¿Un choque directo? —pregunta Caelan, con un tono de advertencia —. ¿Y si llaman a refuerzos? ¿Y si la corona…

—Que llamen a quien quieran —lo interrumpo—. No pienso tolerar que ajusticien a civiles acusados falsamente. Además, saben que no llevan tropas suficientes para un asedio a gran escala.

Isleen asiente, aferrada a su propia furia:

—Dime qué planeas.

Me giro a mis hombres, que intercambian miradas cómplices:

—Broen, encárgate de un señuelo cerca del extremo norte del pueblo: dad la impresión de que somos más de los que somos. Kerran, busca un flanco por donde penetrar sin ser vistos. Finn, tú y Colum localizad a los prisioneros, averiguad si están en la plaza o en una celda improvisada.

Isleen, que ha escuchado mi plan, frunce el ceño y avanza un paso:

—¿Y nosotros?

Sin dudarlo, respondo con un filo en la voz:

—Manteneos al margen. No estorbar.

Ella me observa, indignada. Veo en sus ojos un rayo de furia.

—Caelan —sigue, ignorando mi desplante—, reúne a tus guardias. Cread un alboroto en la entrada del pueblo, algo que atraiga la atención de los soldados para que no se concentren en Darian y los suyos.

—Isleen, es muy peligroso —musita Caelan algo irritado—. Podría ser una trampa, un escenario donde el regente nos fuerce a rebelarnos y así justifique atacar el castillo.

—No podemos permitir que ahorquen a personas que no han hecho nada. —Se gira hacia Caelan—. ¿Quieres que nos quedemos mirando?

Caelan abre la boca, busca cómo replicar, pero suelta un bufido y acaba asintiendo con resignación.

Me cruzo de brazos, intentando contener mi propia irritación. Isleen no me ha hecho ningún caso y está dispuesta a enredarse en este plan.

—Si insistes en ayudar, no te expongas de forma innecesaria —siseo, ladeando la cabeza con un deje de frialdad—. Lo último que quiero es que el viejo Laird muera de disgusto si te hieren. Quédate detrás de los muros de este castillo.

—Ni hablar. —Isleen me sostiene la mirada, con el mentón firme—. Es mi gente, Darian. Iré con vosotros. No volveré a permitir otra injusticia mientras Ruthven dicta la ley y yo no puedo hacer nada.

Aunque admiro su determinación, todo en mi interior me dice que su presencia complicará el asunto. Caelan, con el ceño fruncido, se adelanta:

—Es un asalto, una operación violenta. No es lugar para ti.

—Soy la hija del Laird MacNab —replica ella, con un filo en la voz—. Y conozco a esa gente personalmente. Edda me ha ayudado desde que era

niña, la cría de su familia también… Les debo algo más que plegarias. No me quedaré aquí mientras los matan. Y no necesito tu permiso para actuar.

Entiendo al instante que no la convenceré con cautelas. Lleva la rabia cosida bajo la piel igual que yo llevo mis cicatrices. Y entonces lo entiendo. Su hermano menor fue ejecutado como ejemplo por cazar en terreno real.

No lo vi con mis propios ojos, pero recuerdo los rumores. Que lo exhibieron como a un animal. Que el castigo fue brutal, desproporcionado. Que no había ley que lo justificara, solo la necesidad de los Ruthven de dejar claro quién mandaba.

Y ese pensamiento me revuelve el estómago.

Porque ella lo vivió, lo lloró y según dicen suplicó que la mataran a cambio. Y ahora, por primera vez, veo que su rabia no es política. Es personal. Es esa clase de rabia que te cría. Que te marca los huesos. Que no se olvida, aunque intentes enterrarla en diplomacia o discursos.

—Está bien, si no se puede hacer que te quedes… —musito—. Entonces, al menos hazlo a mi modo. Seguirás mis indicaciones sin discutir, y si la situación se torna fea, te apartarás. De lo contrario, cargarás con las consecuencias.

Ella me mira un segundo, sin amedrentarse:

—Acepto seguir tus indicaciones en lo táctico. Pero no soy un soldado al que puedas dar órdenes a cambio de nada. Voy porque quiero… y ni tú ni Caelan me lo impediréis.

Caelan se ve indeciso, con los brazos cruzados, hasta que al fin asiente con renuencia:

—Si la señora insiste… yo y algunos guardias nos quedaremos junto a ella. Procuraremos que no corra peligro.

El aire se siente tenso y lleno de resoluciones cruzadas. Noto a Kerran, Broen y Finn abstenerse de comentarios, como si supieran que cualquier palabra podría encender más la chispa. Isleen me mantiene la mirada un segundo más, retadora y valiente, y después se vuelve y camina con la cabeza alta.

—Supongo —murmura Caelan, en un susurro para mí—, que lo único que podemos hacer es protegerla bien.

—Hazlo —replico, sin más. Porque, aunque no me agrade, es preferible que la vigile él, a que corra sola de un lado a otro.

Me quedo contemplando cómo Isleen se aleja.

—Salimos en cuanto anochezca —anuncio al fin, girándome hacia mis hombres—. Y que cada uno tenga claro su papel. Esto va a ser rápido y limpio, sin margen para equivocaciones.

Colum se acerca y se detiene a mi lado, con los brazos cruzados. Tiene esa media sonrisa que siempre saca cuando percibe tensión en el aire.

—No hay forma de detenerla, jefe —murmura, sacudiendo la cabeza —. Ni tú ni Caelan habéis podido. ¿Tan segura está de entrar en la boca del lobo?

—Más que seguridad —respondo en voz baja—, es obstinación. Ella no cede, y le importa poco la prudencia.

—También tiene agallas, reconozcámoslo —musita, mirando de soslayo hacia donde se ha ido Isleen—. La mayoría de los hombres no se atreverían a plantarte cara y decir: voy contigo, te guste o no.

—No necesito que me lo recuerdes —siseo, apretando la mandíbula. Hay algo en la terquedad de Isleen que me atrae y me irrita a partes iguales. Querría protegerla de la masacre que puede desatarse… y a la vez, sé que ella no me obedecería en nada, ni aunque la amenazara con el filo de mi espada.

Colum suelta un leve bufido de humor:

—¿Te agrada o te desespera?

Lo fulmino con la mirada sin responder. Mi plan de vengarme del clan MacNab se tambalea cuando pienso en ella, su coraje y esa forma de retarme. Pero ahora no es el momento de indagar en mis contradicciones.



Capítulo 16

«ISLEEN»

La penumbra de la habitación de mi padre está impregnada de humo de antorcha, cera caliente y el aroma persistente de las hierbas secadas que Eilidh coloca sobre el brasero para aliviar su tos. Todo en esta estancia huele a espera. A despedida.

Avanzo sin hacer ruido, con los dedos recogidos en los pliegues de la falda y el corazón golpeando.

Mi padre está recostado sobre almohadones, con el rostro demacrado bajo el sudor. Pero sus ojos, cuando se abren al oírme entrar, aún conservan esa claridad que intimida incluso en la debilidad, aunque está más pálido que nunca. Parece más hueso que carne. Más recuerdo que presencia.

—No me mires así —digo, antes de que abra la boca—. No vengo a discutir. Solo a informarte.

Él asiente, despacio, como si cada gesto fuera una decisión medida. Apoya una mano sobre la manta, extendiéndola hacia mí con un leve temblor. Me acerco, me siento en el borde de la silla baja y le tomo los dedos. La piel está tan fina que parece papel de arroz.

Me observa con esa mirada que ya no impone, pero que aún pesa.

—Vas a ir —dice, antes de que yo termine—. Caelan dice…

—Están en peligro. Son gente nuestra —lo interrumpo—. No sería una buena señora si les diera la espalda.

—Isleen… —dice, y mi nombre ya suena a despedida—. No deberías involucrarte. Es una trampa. Y hay cosas que no puedes cambiar. Hay batallas que no te corresponden.

—¿Y si todo cambiara si, por una vez, no me quedara sentada esperando? ¿Dejando que sean otros los que tomen las decisiones por mí? —susurro.

Él gira lentamente la cabeza hacia mí. Su rostro está hundido por la fiebre. Los ojos, antes tan vivos, ahora parecen cargados de siglos.

—¿Por qué eres así, Isleen?

—¿Así cómo?

—Tan… contraria. Tan… obstinada.

—Porque he aprendido que todo se rompe si nadie lo sostiene —respondo, con un nudo en la garganta

Él no dice nada durante un momento. Sus dedos se aferran a la manta como si en ella estuvieran todos sus hijos muertos. Como si la tela aún guardara el peso de cada hijo que no sobrevivió.

—¿Y quieres sostenerlo tú? —susurra al fin—. ¿Tú sola?

—¿Y qué otra cosa tengo? —pregunto, y evito la necesidad de elevar la voz—. ¿Tú crees que me queda otra opción?

Un silencio tenso.

—No estás hecha para la guerra, Isleen —suspira—. Deberías aprender de tu madre. Ella sí sabía cuál era su lugar.

Ahí está. La grieta.

La lanza sin querer. O quizás queriendo. Y la sangre me hierve.

—¿Mi madre? —repito, en un susurro—. ¿Quieres que aprenda de ella?

Él no contesta. Mira al techo, como si las vigas pudieran darle la respuesta.

—¿De su silencio? ¿De su resignación? ¿De esa calma que fingía mientras se apagaba por dentro?

—Isleen… no hagas esto.

—¿Y por qué no? —me inclino hacia él—. ¿Por qué seguimos fingiendo que murió de fiebre? Tú y yo sabemos que no fue así.

Sus labios se tensan. La tos le sacude el pecho, pero no es lo que lo quiebra. Es mi mirada. Es mi voz.

—No… —musita—. No hables de eso.

Su puño se cierra sobre la manta. Pero no dice nada. Y eso, en él, es una confesión.

—Murió porque estaba sola. Porque nadie la escuchó. Porque tú... tú la convertiste en una figura de adorno, en una sombra mientras perdía un hijo tras otro y a ti te perdía mucho antes. Porque todos la miraban, pero nadie la veía. Porque cada vez que perdía un hijo, le pedían que se peinara bien, que sonriera, que aguantara por los demás.

Él se revuelve en la cama. Cierra los puños.

—Isleen…

—¿De verdad quieres eso para mí? —pregunto, esta vez sí alzo un poco el tono—. ¿Quieres que repita su historia? ¿Que me convierta en un adorno más de este castillo? ¿Que me rompa a trozos mientras todos fingen que sigo entera? Tú la convertiste en una estatua. En una mujer sin voz. Y cuando se rompió, ni siquiera la enterraste junto a sus hijos.

—Era un suicidio, Isleen —murmura, roto—. No podíamos...

—¿Y crees que Dios se asoma más al fuego eterno que a la pena? ¿Crees que el infierno empieza donde termina el valor?

Él aprieta los labios. Luego me mira.

— No. No, Isleen. Dios me perdone, pero no. Yo... la había fallado tanto que me dolía hasta pronunciar su nombre.

Las lágrimas me llenan los ojos sin pedir permiso.

—¿Y por qué crees que tengo tanto miedo a callar, padre? ¿A no poder decidir sobre mi vida y resignarme a lo que otros deciden por mí?

Él se lleva el puño al pecho, como si algo allí doliera de verdad.

—Quiero que tú sigas viva. Todo lo que he hecho ha sido para eso. Para que no mueras con nosotros. Para que resistas más que cualquier enfermedad, más que el maldito invierno, cualquier guerra más o que este castillo. Para que no te rompas como ella.

—¿Y crees que puedo callarme y quedarme quieta sin romperme?

Sus dedos me aprietan la mano.

—No lo sé —confiesa—. Pero si tuviera que hacerlo todo de nuevo… te daría un cuerpo de hombre. Porque fuiste más fuerte que cualquiera de tus hermanos. Más que yo. Más que ella. Y ese fue mi mayor pecado: no verlo a tiempo. Antes de tener un pie ya sobre mi tumba.

Una lágrima le rueda por la mejilla. No la aparta. No le da vergüenza. Porque está roto. Y yo también.

—Padre…

La emoción me corta el pecho.

—No puedes culparme por tener miedo por ti, Isleen —murmura, clavando los ojos en los míos—. ¿Tú sabes lo que es enterrar a once hijos? ¿Vivir pensando que tu esposa vaga por el infierno por un pecado que no fue suyo? Te juro por cada hueso que tengo que si alguien merece descanso… es ella.

Lloramos. Los dos.

Él no se cubre el rostro. No se disculpa. Solo tiembla. Y a mí se me parte algo dentro. Porque por primera vez, lo veo como un hombre vulnerable. No como el laird.

—Eres lo único que me queda. Mi única esperanza de continuar mi legado. Cada día que esta enfermedad me permite seguir aún en el mundo quiero gastarlo solo para cuidar de ti, hija.

Sus ojos brillan. Sus labios tiemblan.

—Y cuando yo muera… —añade— no quiero una tumba junto a los jefes del clan. Quiero que me entierres donde esté ella. Si el cielo no me deja encontrarla, entonces arderé con ella.

Me quedo sin aire.

No hay más que decir.

Solo le abrazo. Fuerte. Como si pudiera borrar el pasado con este gesto. Como si pudiera devolverle todo lo que nunca tuvo.

Y él me abraza también. Frágil. Deshecho.

Y en ese abrazo... ya no hay hija ni él padre.

Solo somos dos personas que han aprendido a vivir con la culpa de ver marcharse a los demás.

—Tú no eres como ella, Isleen, ni como nadie que haya conocido. Mientras yo perdía a los vivos me volvía menos hombre. Más laird. Más piedra, pero tú… —su voz se apaga un segundo, como si buscara fuerzas en alguna parte de sus pulmones enfermos—, pero tú todavía eres carne. Todavía sufres por otros, dejas que el mundo te duela. Pero… no salves a todos, Isleen —susurra—. Salva solo a los que puedas… y a ti, la primera.

Me separo despacio, con el temblor aún en los brazos. Él levanta una mano y, con las yemas frías, me borra una lágrima.

—Ve —musita—. Sé mi orgullo, no mi penitencia.

Apenas puedo asentir; la garganta es un nudo de sal. Me incorporo. El suelo de tablones cruje cuando retrocedo hacia la puerta. Antes de cruzar el umbral me obligo a mirarlo una última vez.

—Padre.

Sus ojos vuelven a brillar, firmes pese al agotamiento.

—Que los ancestros guíen tu resolución —dice— y que tu corazón no olvide volver a casa.

Coloco la mano sobre el pecho, donde late la promesa que no me atrevo a pronunciar, y le regalo una inclinación que es medio reverencia y medio oración.

Él cierra los párpados, como quien entrega un juramento a la oscuridad para que lo guarde. La antorcha chisporrotea; el humo ondula lentamente alrededor de su silueta, envolviéndolo en una penumbra casi sagrada.

Doy un paso atrás. Otro. El corredor absorbe mi figura, y la puerta se cierra con un susurro. Entonces, por primera vez en mucho tiempo, respiro sin testigos.

Mi padre se queda atrás —piedra, carne y culpa—, y yo avanzo, daga al muslo, fuego en el pecho.

No soy un amuleto de estantería ni un espectro de pasillo. Soy Isleen MacNab, la única hija con vida de Finlay MacNab.



El corredor ya no huele a humo de antorcha, sino al aire frío proveniente del patio interior. Avanzo sin rumbo, con la visión borrosa todavía por las lágrimas. Las sombras de los tapices se alargan como manos que quisieran sujetarme. Entonces una silueta se recorta contra la luz anaranjada del arco que da a la escalera principal.

—Isleen… ¿qué sucede? —La voz de Darian suena cauta, casi reverente, como si temiera que el mínimo sonido me hiciese añicos.

Intento responder, pero solo me sale un sollozo bajo. Él se acerca dos pasos; se detiene a una distancia prudente, manos atrás, sin atreverse a invadir mi espacio.

—Dime que no ha exhalado el último aliento —empieza, con la cautela de quien pisa hielo fino.

—No —sacudo la cabeza, respirando entrecortado—. No es eso.

—¿Seguro? —Da otro paso—. Tienes la cara de quien acaba de cerrar párpados ajenos.

—¿Te crees que no sabría si mi padre se muere? —Intento apartarlo, pero él no cede—. Tiene un corazón más fuerte que la piedra de estas paredes. Solo es… una recaída más.

Darian suelta el aire que retenía. Sus ojos recorren mis mejillas húmedas.

—Entonces, ¿por qué lloras así? —pregunta al fin, seco—. ¿Puedo volver a lo que estaba haciendo o vas a castigarte un rato más apoyada en esa pared?

—Vete al demonio, Darian.

—Prefiero quedarme y saber qué te ocurre —replica, cruzándose de brazos.

—¿De verdad crees que es asunto tuyo?

—No. Pero tampoco me hace gracia verte así y seguir fingiendo que me da igual.

—¿Y por qué no? Se te daba bien —le escupo.

Se acerca y se inclina. Pone su cara a la altura de la mía con el ceño fruncido.

—Habla, Isleen.

Quiero encontrar palabras formales, templadas, adecuadas para la hija del laird, pero lo único que me nace es la verdad desnuda:

—A veces ser fuerte significa recordar que todavía duele.

El silencio que se abre parece absorber cada latido. Darian se mueve al fin; extiende una mano, con cautela, ofreciéndola como si fuese un puente sobre un abismo.

Mi orgullo lucha un segundo, pero la marea me supera. Apoyo los dedos en los suyos. La piel callosa de espadachín contrasta con la mía, aún helada por la conversación anterior. Su mano no aprieta: espera a que yo decida si quiero más. Y lo quiero.

Solo alarga el brazo para que mi hombro encaje contra su costado. No hay urgencia, no hay posesión; solo calor compartido. Me recuesto, agotada, con la frente apoyada en la tela áspera de su camisa.

—A veces —murmura, cuando mi respiración se ha calmado un poco —, un guerrero sangra por dentro y nadie lo nota. Pero la herida sigue ahí.

—No soy una guerrera —susurro.

—Entonces quédate aquí esta noche. No vengas con nosotros y vela por tu padre.

Me separo de golpe.

Su brazo cae a un lado, como si de pronto pesara demasiado.

—¿Qué? —La palabra me estalla en la boca, áspera como grava—. No te atrevas a frenarme.

Aprieto los puños, dibujo media vuelta para marcharme, pero él me sujeta la muñeca; el gesto no es suave, tampoco duele, solo me clava al suelo.

—Suéltame.

—No hasta que sepas esto —susurra—: me importas. *Demasiado*. Y eso me cabrea casi tanto como a ti que te lo diga.

Me quedo helada.

Como si alguien hubiese arrojado esas palabras directamente al hueco que me he pasado años tapiando. No sé qué hacer con ellas. No sé si me alivian… o si terminan de romperme.

—No digas eso —murmuro, sin apenas aire—. No puedes decir eso y luego mirarme como si yo fuera… la maldita herida que no te cierra.

Su mirada se contrae. No responde. No lo niega. Solo aprieta la mandíbula como si la verdad le atormentara más que cualquier cicatriz de guerra.

—¿Y cómo quieres que te mire, Isleen? —pregunta, con esa voz baja que se me mete debajo de la piel.

Me quedo allí, clavada al suelo, con el pulso rompiéndome en las sienes. Quiero decirle que me da igual si está roto, si arde por dentro, si no sabe cómo nombrar lo que siente. Que no necesito promesas, solo que no desaparezca cuando más lo busco.

Pero mi voz... mi maldita voz se quiebra.

—No lo entiendes. —El susurro me sale deshilachado, como una confesión que no quería dar—. Me he pasado la vida entera protegiendo mi hogar. Un lugar seguro. Una elección. Y ahora que podría tenerlo... tengo miedo de que me lo arranques sin darte cuenta.

Darian alza la vista. Y por un segundo, juro que le tiembla el alma.

No me dice nada.

Y eso, en él, ya es una respuesta.

Porque si hablara, si buscara una excusa o un gesto amable, sabría que no está siendo sincero. Pero no lo hace. Solo me mira como si acabara de tocarle un hueso que aún no había soldado del todo. Y lo que más me jode… es que no se aparta.

—No tienes derecho —murmuro, con la garganta aún en carne viva —. No tienes derecho a acercarte, a… ofrecerme ese calor… si en

realidad solo estás esperando a que me duerma para prenderle fuego a mi mundo.

Darian ni parpadea.

Pero la tensión en su cuerpo cambia. Se endurece. Como si una parte de él quisiera gritarme que no es así… y la otra no pudiera negarlo del todo.

—¿Eso es lo que piensas? —pregunta, al fin, despacio. No hay sarcasmo. Solo filo contenido.

—No pienso —respondo—. *Siento*. Y eso me basta para no fiarme de ti.

Sus ojos recorren mi rostro como si quisiera memorizar el trazo exacto de lo que acaba de perder. O de lo que nunca tuvo.

Y aun así… no se marcha.

Ni me deja huir

Su voz suena más rasgada que la mía.

—No me condenes por querer sujetarte… aunque sepa que estoy hecho para destruir.

—Es que yo no voy a permitir que me amarres como si fuera tu yegua, Darian.

Él no reacciona de inmediato. Ni una palabra. Ni un gesto.
Solo ese silencio suyo, afilado como una espada aún enfundada, que pesa más que cualquier argumento.

Me mira.

Y no sé si lo que arde en sus pupilas es rabia o culpa.

Quizá ambas cosas.

Quizá algo peor.

Porque Darian es un hombre hecho de acero recogido entre ruinas. No le destrozó la pérdida, ni el exilio, ni el frío. Y ahora… parece que le duele que yo lo vea. Así. Quieto. Vulnerable en el único sitio que no puede controlar: el lugar desde donde me mira.

—No sé cuidar nada —dice al fin, con la voz ronca, baja, como si le costara más esa frase que cualquier batalla—. Solo sé resistir lo que se rompe. Y romper lo que resiste.

Una parte de mí se encoge. La otra, se tensa.

Sus palabras no suenan a confesión. Suenan a advertencia.
Y lo odio por eso. Por la calma con la que asume su propia condena.

—Perfecto —respondo—. Yo tampoco soy algo que se cuide.

Y ahí nos quedamos. Suspendidos en ese filo exacto donde ni el orgullo ni el deseo pueden salvarnos.

No hay beso.

No hay roce.

Pero nos hemos dicho más que en todas las veces que nos hemos tocado.

Él da un paso atrás. No por rendición. Por contención.
Como si supiera que un gesto más me haría sangrar… o lo haría sangrar a él.

—Salimos en una hora —dice, con un tono de voz firme.

Asiento. No lo miro.

No porque me falte valor. Porque si lo hago… sé que volvería a acercarme**.** Y esta vez, no por rabia. Por necesidad.

Cuando desaparece por el corredor, no respiro.

Solo me quedo ahí.

Quietísima con el pulso clavado en la garganta.

No hay tregua.

No hay paz.

Solo un enemigo que me ha visto llorar.



Capítulo 17

«ISLEEN»

El aire cambia antes de que veamos nada. No es el frío ni la humedad del bosque lo que nos alerta. Es otra cosa. Más densa. Más antigua. Ese olor agrio y dulzón que solo deja la sangre cuando lleva horas empapando la tierra.

El barro bajo los cascos de los caballos absorbe los sonidos. Todo se vuelve más espeso, más pesado, como si el bosque contuviera el aliento. Entonces Darian levanta una mano y nos detenemos. No hace falta que diga nada. Todos lo hemos percibido.

Un poco más adelante, junto al borde del camino, unas ramas aplastadas por el peso revelan lo que ya temíamos. Darian desmonta sin palabras. Se acerca, y con el filo de su daga aparta el follaje.

Lo primero que asoma es un pie. Pequeño, descalzo. Los dedos amoratados, las uñas rotas. La piel ya sin color.

Al lado, un cuerpo más grande. La garganta abierta en un tajo limpio. Sin furia. Sin ceremonia. Solo eso: un tajo para silenciar**.**

Me bajo del caballo. Caelan intenta detenerme con una mano, pero no insiste. Camino hasta donde están los cuerpos. Me agacho. Reconozco esa cara, aunque el frío la haya endurecido hasta volverla de piedra.

—Se llamaba Donnal —digo, en voz baja—. El herrero. Forjaba hebillas con runas para las cintas de los caballos. Le hizo una a mi padre, hace años.

Nadie responde. Broen se quita el gorro en silencio.

Darian no habla. Sigue mirando el cuerpo del niño como si lo estuviera memorizando para tallarlo en su rabia. Su mandíbula se tensa, y cuando por fin se incorpora, su mirada no busca compasión. Solo propósito.

—No los enterraron —dice al fin, seco—. Los dejaron aquí para marcar el camino.

Avanzamos en silencio, más despacio. El camino hacia el pueblo se estrecha entre árboles escarchados, y cada curva trae consigo más señales de lo que ha ocurrido. Un carro volcado. Unas gallinas muertas. Una muñeca sin brazo, caída en mitad del sendero como si una niña la hubiese soltado corriendo.

Inverlochlarig aparece entre la neblina con la resignación de lo inevitable. Techos de paja ennegrecidos por el humo, muros de piedra con las puertas abiertas de par en par. No hay voces. No hay perros. Solo un silencio roto por el viento.

La arboleda a las afueras nos ofrece cobertura parcial.

Darian levanta la mano y el grupo se detiene. Sin desmontar, escanea el terreno. Luego habla. Bajo, pero con una voz que corta como piedra arrojada en agua quieta.

—Kerran, flanco norte. Broen, Finn rodead por detrás de la herrería. Hay un muro medio caído allí. ¿Lo recordáis?

—La señal de siempre —dice Kerran, más afirmación que pregunta.

Darian asiente. No hace falta más.

—Colum —gira hacia él, que espera montado, con la mirada ya clavada en la torre del molino—. Cúbreme desde lo alto. Si ves que alguien apunta a Isleen, lo tumbas. Pero no dispares antes de la señal.

—¿Y si ya tienen la soga al cuello? —pregunta Colum, sin drama.

—Entonces apuntas al verdugo. Y no fallas.

Colum asiente una vez y espolea su caballo hacia el flanco norte sin más palabras.

—Athair —sigue Darian, girando apenas la cabeza—. Corta el paso hacia la salida oeste. Si algún Ruthven huye, lo interceptas tú.

—Entendido.

—Tú y Arlen os movéis en paralelo. A la mínima señal, cerrad la pinza. No quiero a ningún mensajero llevando noticias a Kenmore.

Athair lanza una mueca que parece sonrisa y parte sin más.

Darian vuelve la mirada hacia mí. Hay algo implacable en sus ojos.

—Cambio de planes. Tú entrarás en la plaza.

Parpadeo. Un instante. Solo eso. Pero por dentro, algo se descoloca. ¿Me está dando un papel real? ¿Después de todo?

—¿Yo?

—Ellos esperan ver una MacNab humillada, pidiendo clemencia. Dales eso... o algo mejor. Distráelos. Habla. Grita. Lo que sea necesario para que los Ruthven y el alguacil te miren a ti mientras los míos se mueven entre las sombras. Gana tiempo. Eso es todo, pero no te bajes del caballo en ningún momento.

Lo miro con la boca medio abierta, sin saber si está confiando en mí o usando mi apellido como cebo. Tal vez las dos cosas. Tal vez le da igual.

—Pero cuando escuches el silbido —prosigue—, te agachas y sales corriendo sin mirar atrás.

—¿Y si no lo oigo?

—Entonces reza. —Pero no lo dice como burla. Lo dice como quien lo ha hecho antes. Y ha dejado de esperar respuestas.

Me ajusto el cinturón. Reviso la daga oculta en el pliegue de mi falda. Me enderezo y asiento con la cabeza.

—Caelan —dice, sin girarse—. Tú y los tuyos os quedáis cerca del pozo. Cuando empiece el ruido, recogéis a los condenados que escaparán por ahí.

—¿Perdón? —Caelan aprieta las riendas como si fueran un cuello—. ¿Quieres que me quede vigilando cubos mientras la expones en mitad de la plaza?

Darian ni se inmuta, pero el aire se tensa.

—La plaza es un avispero —responde, sin alzar la voz—. Necesito a alguien que pueda cortar cualquier aguijón que vuele hacia y fuera de ella. Ese punto es el pozo.

—Y yo necesito mantenerla a salvo —gruñe Caelan—. Si algo le pasa…

—Estos granjeros confían más en ti que en mí —lo corta Darian—. Cuando el caos empiece, te escucharán. Si no hay alguien de su lado con autoridad, la mitad huirá despavorida y será su perdición.

Caelan me lanza una mirada.

—¿Estás de acuerdo con este plan? —me pregunta a mí no a Darian.

—Soy la hija del Laird, capitán. Mi sitio está en el filo defendiendo los derechos de mi gente, no en la retaguardia.

—Y yo soy tu capitán —gruñe Caelan—. Mi deber es estar donde tú estés.

—Y el mío es asegurar que esta operación funcione —dice Darian, clavándole los ojos—. Tú les pondrías en alerta. A ti te reconocen como amenaza. A ella… no.

Caelan baja la vista un segundo, los dientes apretados. Luego asiente.

Pero lo hace hacia mí, no a Darian.

Y ese matiz lo dice todo.

Darian da una última vuelta sobre su caballo. Sus hombres ya se dispersan, como sombras entrenadas para moverse sin dejar huella.

Y yo, por primera vez, entiendo que este hombre no es solo un asesino.

Es un general.

Lo siguen no porque teman su autoridad, sino porque saben que seguirlo es sobrevivir.



El pueblo huele a miedo antes siquiera de asomar a la plaza. Lo noto en el modo en que los perros se escabullen bajo los carros y en el silencio animal de la gente apiñada tras los soportales.

Aprieto las rodillas contra los flancos de Arashi. La yegua relincha, incómoda —percibe la tensión—, pero obedece cuando tiro de la rienda y la hago clavar los cascos en el empedrado. El golpe seco rompe el murmullo; las miradas se giran hacia mí como garfios. Doce sogas bambolean sobre un travesaño nuevo, mal cepillado, todavía sudando resina. Hay hombres ya con la mordaza puesta, niños con las manos atadas y una mujer que sujeta el cuello erguido con una dignidad que me traspasa.

Respiro hondo. Tengo que ganar tiempo para que Darian y los demás se dispersen entre los callejones sin ser detectados.

—Bonita carpintería, alguacil —digo, alzando la voz lo justo para que rebote en las fachadas—. ¿También cobras impuesto por la madera o solo por el miedo?

El alguacil Moray —panza de cerveza, barba de lodo— se gira con gesto ofendido.

Y entonces lo veo.

A su derecha, Alastair Ruthven.

No vestido como un señor, sino como un verdugo que sonríe antes de mojar la hoja. Apoya los dedos en el pomo de su espada como quien enciende una hoguera: despacio, saboreando la chispa. La misma postura que tenía cuando le rebanó el cuello a Killian.

Me falla un latido.

Solo uno.

El suficiente para que el estómago me dé la vuelta.

Mi cuerpo lo recuerda antes que mi cabeza. El barro, el grito que aún me arde en la garganta.

Pero me mantengo erguida.

—Lady MacNab en persona —escupe, sin inclinar la cabeza—. Creí que tu padre te tenía rezando a la cabecera, no jugando a salvadora.

—Mi padre reza poco y manda mucho. Yo soy su voz hoy. Y su voz pregunta qué ley convoca aquí una horca sin su sello —dejo que el último paso del caballo cruce la línea imaginaria en el centro de la plaza que me acerca al patíbulo; ahora estoy dentro y no pueden fingir que no me escuchan—. Enséñame la orden de ejecución.

Se hace un silencio terso. Ruthven sonríe, pero el alguacil parpadea, inseguro.

—Lo que hay sobre esa tarima son rebeldes —musita Moray, ladeándose para que nadie oiga su duda—. Robaron grano que pertenecía a la corona y contrabandearon con sal.

—Ese grano era propiedad de la familia Vane, no de la corona —corrijo—. Los Vane pagaron el diezmo y mi padre les extendió carta de salvaguarda. Esa carta hace que cualquier disputa comercial pase por su mesa. Colgar a un protegido del laird sin su fallo es… —me encojo de hombros— traición, si no recuerdo mal el código de Inverness.

Un rumor se levanta, mitad sorpresa, mitad esperanza. El alguacil mira de reojo a Ruthven. Él no se achica; al contrario, deja caer la capa y avanza dos pasos hasta verme la cara.

—Una carta no detendrá la soga —dice Ruthven, y su sonrisa es todo colmillo—. Tu defensa no impresiona a nadie. ¿O vienes a suplicar también por sus vidas como hiciste con tu hermano? Dime, ¿te pondrás de nuevo de rodillas? ¿Me pedirás que te mate a ti en vez de a ellos?

Da otro paso. Se detiene lo bastante cerca como para que su sombra roce mi bota. Inclina la cabeza con fingido respeto.

—Ya deberías saber que eso no funciona conmigo. Aunque… reconozco que arrodillada tenías cierto encanto. Incluso empapada en barro.

Un zumbido me llena los oídos. No de miedo. De furia. Pero no le doy ese gusto.

Me inclino apenas, solo lo justo para que mis palabras le lleguen como un cuchillo al oído:

—Eres rápido colgando a quienes no pueden defenderse, Alastair. Lento para responder cuando alguien te mira sin bajar la cabeza.

—¿Sin bajar la cabeza? —suelta una risita baja—. Muchacha, la última vez que me miraste así acabaste empapada con la sangre de tu hermano.

Me obligo a sonreír, ese gesto pulido de los MacNab que sabe a filo.

—Si crees que me intimida la memoria de un cobarde, vende el cuento en otra plaza. Aquí solo veo a un hombre escondido tras un alguacil gordo y unas cuerdas nuevas. Última vez: muestra tu orden. Sin firma del rey o del laird competencial, cualquier ejecución quedará registrada como asesinato bajo bandera falsa.

Moray busca un pergamino inexistente; Ruthven ni finge:

—No es orden, es ejemplo. Y los ejemplos no los firma nadie—. Se encoge de hombros—. Se cuelgan y ya.

—Entonces también servirás de ejemplo —replico—. Cuando Edimburgo pregunte por qué un Ruthven dicta sentencia en territorio MacNab.

Ruthven chasquea la lengua, fastidiado por mi insistencia, y golpea el travesaño con la vaina para que las sogas se balanceen como si fueran campanas.

—¿Aún no te enteras, mujer? —su voz rezuma suficiencia—. El conde Angus me ha dado carta blanca en todas las Highlands. Puedo «dar ejemplo» donde y cuando lo necesite. El rey sigue encerrado, y tu padre demasiado enfermo para escribir protestas. Así que guarda esas amenazas en tu costurero y aparta tu yegua: va a ser un espectáculo rápido.

—Carta blanca… —repito, dejando que el murmullo del público capte las palabras—. Curioso nombre para un edicto que nadie ha visto. Quizá también tengas un unicornio, pero se te quedó en el establo.

Se alza alguna risa ahogada. Ruthven se tensa; el alguacil da un paso, indeciso. Ruthven abre la boca para replicar, y entonces descuelgo del cuello el sello de MacNab —bronce ennegrecido, el ciervo rampante— y lo alzo. El metal reluce con la luz.

—Declaro esta ejecución ilegítima —proclamo—, y a todo hombre que ayude a consumarla lo emplazo ante el Laird para responder de alta traición.

Ruthven tarda dos latidos en reaccionar; suficientes para que el murmullo de la multitud suba de un susurro a un rumor tangible.

—Muy solemne todo —dice por fin—. Pero los sellos de cera no cortan cuerdas. Baja y prueba tu autoridad sin el caballo como trono.

El desafío es un hierro al rojo. Sé que Darian, oculto en algún alero, acaba de maldecir. Pero la furia que me llena el pecho no es prestada; es mía.

Desmonto. El faldón vence el aire con un latigazo y mis botas chocan contra el empedrado. Dejo a Arashi suelta, confiando en que se aparte si alguien la asusta. Camino hacia la tarima con la daga oculta en la manga y el pulso lento como un tambor de guerra.

Moray intenta interceptarme; le clavo los ojos.

—Tócame y el Laird te desollará vivo.

Se queda helado. Subo el primer peldaño. La mujer de la mirada digna sostiene la mía; el niño tiembla tanto que la cuerda vibra. Corto la amarra de sus muñecas con un giro limpio de muñeca. La multitud traga saliva al unísono.

—¡Alto! —Ruthven salta a la plataforma y desenvaina. El acero canta —. ¡Sujetadla!

Me agarra el antebrazo y me aparta. El cuero de su guante se clava, hace rechinar mis huesos. La rabia me sube al cuello como hierro fundido.

Me vuelvo de golpe, el hombro contra su pecho. No es un gesto elegante; es crudo, ochenta kilos de hombre sorprendidos por un envite de cadera. El golpe le saca el aire. Suelta mi brazo y retrocede medio paso.

Aprovecho: deslizo la daga y tenso la punta contra el cáñamo que ata las muñecas de un hombre.

—¡Dame esa hoja! —brama Ruthven y me sujeta la muñeca libre. El pulso me estalla en las sienes. Con la otra mano me agarra el pelo, lo retuerce; las raíces arden.

—¡Mírame bien! —le escupo—. Si me obligas a enterrar a un solo inocente más, colgaré tu nombre en cada taberna desde Inverness hasta Stirling proclamando tus deudas, los sobornos, los asesinatos, las violaciones… Todo.

Ruthven vuelve a cargar, la cara encendida, y me empuja para apartarme. Consigue arrastrarme un palmo; las tablillas crujen. Siento el primer arañazo de miedo, pero el miedo se parece mucho al furor: arde igual.

Giro y trazo un tajo corto en su cinto. No lo hiere; sí le arranca la hebilla y el peso de la espada se le escurre, golpeando la tabla con estrépito.

La gente se ríe. Una risa tensa y desesperada, pero risa al fin. Y la vergüenza es peor que el dolor. Ruthven se vuelve carmesí.

Entonces llega el silbido: breve, agudo: la señal. No me agacho. No puedo. Ayudo al hombre que he liberado a soltar otras manos atadas.

El segundo silbido corta el aire, más urgente. Se oyen gritos al fondo del callejón donde estás apostados algunos hombres de Alastair: el choque de hierro, el bramar de un caballo.

Ruthven levanta la mano para golpearme con la empuñadura de su espada. No soy tan rápida, pero sí obstinada: levanto mi brazo para protegerme y encajo el golpe. El hueso cruje, el dolor me salta a la garganta, pero le clavo la mirada igual que antes le he clavado el cuerpo.

Un chorro de sangre le baja del labio por el envite anterior. Ni siquiera se lo limpia: se abalanza de nuevo. Esta vez se me echa encima con todo el peso. Caigo de espaldas contra la tarima y la vista se me nubla un instante. Siento la madera golpeándome las costillas, la respiración entrecortada. El filo frío de su daga me roza la garganta.

—Acabemos con tu heroicidad antes de que llegue tu jauría —susurra él, pero suena más asustado que yo.

El hombre que he desatado ruge y se lanza contra él con fuerza. El empujón lo aparta de encima de mí, apenas un palmo; suficiente para que mis dedos encuentren la daga caída.

El hombre recibe un puñetazo que lo hace tambalearse, pero antes de que Ruthven pueda rematarlo, yo le clavo la hoja en la parte blanda del muslo, justo por encima de la greba.

Su chillido hiende el aire. Se tambalea hacia atrás, mira la sangre con estupor y luego a mí, como si no se creyera la osadía.

Se apoya en el madero, la pierna herida cediendo, y alza la espada corta que aún le queda. Va a venir por mí —lo sé—, pero un estallido seco le aturde el hombro: el virote de una ballesta le atraviesa la hombrera y lo clava a la viga con un grito ahogado. Alzo la vista. Colum me saluda desde el tejado, recargando ya.

Darian surge entonces por la escalinata, empapado de sangre ajena. Sus ojos me encuentran entre la turba y su bramido es puro hierro:

—¡Isleen, al suelo!

Pero todavía queda una cuerda por soltar. Doy un tajo final. La cuerda cede; y una madre recoge al joven liberado al vuelo y cae de rodillas, sollozando.

Solo entonces obedezco. Me desplomo, agotada, cuando la plaza estalla en estampidas y clamor. Darian llega en un latido, me arranca de la madera y me arrastra contra su pecho mientras su espada barre el aire por encima de nuestras cabezas.

—Te dije que no te bajaras del caballo y que corrieras —ruge, pero es rabia revestida de alivio.

No hay tiempo para más. Los doce están vivos. La horca cruje bajo el peso de nada, pero hay que sacarlos de allí.

Darian me suelta solo cuando comprueba que puedo sostenerme. Me palpa el antebrazo; el hueso no está roto del todo. Sus ojos oscuros —esa cólera quieta— me recorren.

—Eres la peor maldita distracción que he visto en mi vida —murmura al fin.

—Y la más eficaz —respondo, temblando aún. No sé si de dolor o por adrenalina que recorre mi sangre.

Él sacude la cabeza, casi una risa que no se concede, y levanta el mentón hacia la calle norte.

—Vámonos antes de que lleguen refuerzos de Kenmore. Luego me explicarás cómo piensas explicarle a tu padre que hoy has declarado una guerra abierta y has puesto una diana sobre tu pecho.

Kerran y Broen irrumpen por la calleja oeste empujando un carro de heno que han requisado. Tras ellos, Athair abre paso a los liberados y los alza sin ceremonia. La mujer del patíbulo sube la primera al niño; luego trepa ella con una decisión que hiere mirar.

—¡Colum, humo! —ruge Darian.

Desde el tejado, el arquero lanza un tarro de brea ardiendo al brasero. Una nube negra cubre la plaza; el velo basta para cegar cualquier refuerzo que se acerque.

—Todos al callejón del molino y hacia el pozo —ordena, sin apartar los ojos de mí—. Isleen, arriba.

Darian me alza a la grupa de Arashi y monta detrás. Al pasar junto a la tarima, corta de un tajo la saeta que clava a Ruthven en la plataforma. Él se desploma, empapado, más herido de orgullo que de acero.

—Que cuente lo que ha visto —murmura Darian—. El miedo viaja más rápido que nosotros.

Y espolea el caballo para ponerlo a galope y sacarnos de allí.



Capítulo 18

«ISLEEN»

El camino se estrecha cuando el bosque se vuelve más húmedo. Las ramas arañan la niebla. A lo lejos ya no se oye el eco de la plaza, solo el rechinar de las ruedas del carro que lleva a los liberados. Los guardias de los MacNab han virado hacia el oeste hace rato, hacia el castillo. Caelan me lanzó una última mirada antes de irse, seca, tensa, como si quisiera decirme algo que no se dice con palabras.

Ahora solo quedamos nosotros.

Los fugitivos.

Y él y yo.

Darian no ha hablado en un rato. Su cuerpo se mueve detrás del mío, firme, contenido, casi ajeno. Pero yo lo siento. Cada vez que el caballo se hunde en un bache, su pecho me roza la espalda. Sus muslos me cercan. Sus manos me contienen sin apretar.

Y entonces, sin previo aviso, él tira de las riendas y el caballo se detiene.

—Es hora —dice, sin mirarme.

—¿Hora de qué?

Siento el crujido del cuero cuando rebusca en su zurrón. Algo se despliega. Una tela suave.

—Voy a cubrirte los ojos. No puedes ver el camino al refugio —añade —. Nadie que no viva allí puede.

—¿Y si no me dejo?

—Entonces te dejaré aquí y caminarás sola hasta sangrarte los pies.

—Estás de un humor encantador.

—Estoy siguiendo las reglas. Incluso contigo.

—¿A todo el mundo se le vendan los ojos? —pregunto, sin alzar la voz.

—A todos los que son de fuera. Así es como se llega a Pethshire.

—Con fe.

—Con obediencia —corrige.

Lo siento moverse detrás de mí y contengo el aliento. No es miedo. No exactamente. Es esa sensación de entregar una parte de ti que no puedes recuperar. La vista. La dirección. El control.

Y él me la quita sin violencia.

Solo apoya una tela robusta sobre mis ojos y la ajusta detrás de la nuca con dedos firmes. No me roza más de lo necesario, pero el calor de sus manos me enciende las mejillas como si me hubiese besado la piel desnuda.

—No voy a obedecerte a ciegas —murmuro.

—Demasiado tarde —responde con la voz gruesa.

Arashi vuelve a caminar. Yo, a oscuras, tengo que seguir el ritmo de su cuerpo. Darian sujeta mi cintura, no como antes. Ahora lo hace más fuerte. Como si, al quitarme la vista, hubiese reclamado el resto. Es un recordatorio constante de que estoy en su mundo.

Y lo percibo todo.

El crujido de su guante en mi costado. La presión de sus muslos al cerrar el paso. El calor de su aliento, lento, contenido, contra mi cuello. Cada movimiento mío lo provoca a él. Cada movimiento suyo se me clava como un golpe invisible.

Nadie habla. Los árboles nos tragan.
Y yo solo puedo oír las ramas que se apartan, un silbido lejano de aviso, un caballo que resopla.

—Relájate —dice él, tras varios minutos de silencio espeso—. Nadie va a secuestrarte.

—No hace falta. Ya lo has hecho —respondo sin pensar, más por no dejarle el último comentario que por convicción.

Su mano no se mueve de mi cintura. Pero siento el cambio. Esa pequeña tensión en los dedos, como si me respondiera sin hablar.

—Me parece interesante que tengas tanto de qué preocuparte ahora —dice al cabo de un rato, seco— cuando antes no pensaste dos veces en meterte sola en medio de una ejecución.

—Me entró urgencia.

—Tú sabías que yo iba a actuar. Y aun así te adelantaste. Otra vez.

—Si esperábamos diez segundos más, igual alguno de ellos estaría muerto.

—Y si yo esperaba tres menos, tú podrías estarlo.

No hay necesidad de alzar la voz, pero noto su tensión en la voz.

Yo respiro hondo. Pero no me callo.

—No vine al mundo para ver morir a niños sin hacer nada. Si esperabas una esposa que se mantuviera sentada hasta recibir permiso, te casaste con la equivocada.

Yo trago saliva. Él también.

—Podrías haber muerto hoy —añade—. Y tú lo sabías.

—También tú. Pero yo no te lo reprocho.

—La próxima vez —murmura, cerca de mi oído—, no habrá una advertencia. Solo una cuerda. Pero esta vez, te la pondré yo y no precisamente alrededor del cuello.

—Vaya —respondo, sin cambiar el tono—, ¿eso lo ensayas con tus hombres o únicamente me reservas el repertorio completo a mí?

—Tú lo haces necesario.

—Me aburres, Darian.

—Tú me agotas, que es mucho peor.

—Y, sin embargo, sigues llevándome contigo. Tan mal no te debe de ir.

—A ratos.

—¿Y eso qué significa?

Silencio.

Y entonces lo siento.

Su boca. Casi.

No es un beso. No llega. Pero su aliento roza la piel justo detrás de mi oreja, como si estuviera considerando la posibilidad de devorarme.

—Si vas a morder, hazlo. —Mi voz suena más tranquila de lo que late el pulso—. No soporto a la gente indecisa.

—Lo haré. No te preocupes. Habrá tiempo.

El terreno empieza a inclinarse hacia abajo. El eco de los cascos se convierte en un susurro hueco: entramos en un pasadizo excavado en la roca. El aire se vuelve más frío; huele a agua estancada y a hierro viejo.

—Baja la cabeza —ordena.

Lo hago, y aun así mi frente roza algo húmedo. Darian inclina su cuerpo sobre el mío para protegerme; su pecho es un escudo caliente

que me encierra contra la silla.

—¿Eso también es obediencia? —murmuro, sin poder evitar el temblor.

—Eso es logística. Si te rompes el cráneo, ¿quién me llevará la contraria?

Salimos del túnel. El aire se abre, libre del murmullo de los cautivos: los están guiando por otro ramal. Una brisa austera me azota la cara. Huele a musgo agrio, a piedra vieja.

—Quítame la venda —pido.

—Aún no.

—Tu refugio no es tan frágil. Sobrevivirá a mi mirada.

—Pero así es mucho más divertido.

Podría reírme, pero ese filo entre beso y daga es exactamente donde respiro mejor.

Darian tira suavemente y el caballo se detiene.

—Ahora desmontaremos —dice junto a mi oído.

Siento cómo lo hace primero; luego pasa el brazo por mi muslo y me ayuda a descender. Mis botas se hunden en el barro hasta el tobillo. Su palma permanece una fracción de segundo en mi costado, lo justo para asegurarse que no me caigo.

Hay un resuello de animales y el golpeteo hueco de un casco que alguien sujeta para que no relinche. Después, solo agua, mucha agua: la oigo lamer márgenes de tierra.

—Llevadlos en la embarcación grande —susurra Darian a los suyos.

Mi brazo se tensa cuando él me conduce un paso más.

—¿Un río? —pregunto.

—Puede. —Su mano se posa en la base de mi cuello, firme—. Está helado: cuidado al entrar.

Me guía en diagonal —la inclinación del cuerpo lo delata— hasta el borde de algo que huele a resina fresca: una barca estrecha, con costillas de abeto. Al tocarla, siento cómo mi mundo pierde suelo; Darian me sostiene por la cintura y me hace descender al fondo.

—¿La venda…? —musito.

—Se queda hasta que yo lo diga.

El madero gime cuando él sube detrás. Después, un golpe sordo: empuja con la pértiga y el bote abandona el muelle. Él se sienta en la bancada de popa; sus rodillas flanquean mis caderas. El remo cruje en el escálamo y cada tracción me arrastra levemente hacia atrás, contra su pecho.

Rema un largo minuto sin hablar. Yo me agarro al borde del bote; su mano cubre la mía —un gesto que no espero— y la empuja hacia el centro, sobre el tablón, lejos del viento.

—¿Duele el brazo? —pregunta.

—Late.

—Buena señal: todavía no está muerto. —Pero su pulgar traza un círculo mínimo sobre mi piel, contradiciendo la dureza de las palabras.

Algo golpea la quilla: tabla contra roca. El bote se queda casi inmóvil. Darian gira; el remo toca fondo de grava. Pequeños chapoteos, luego quietud.

—Última advertencia: aquí dentro todos responden ante mí. Incluida tú.

—Tendrás que ordenarme algo para probarme.

—Trato hecho, *esposa* —susurra, y esa palabra me roza la piel más que su mano.

Se pone en pie y yo siento cómo sus dedos buscan el nudo en mi nuca. Desata, pero la venda no cae; queda apoyada, lista para deslizarse solo cuando él quiera. Me cubre los ojos con su palma y levanta la tela de un tirón.

La negrura da paso a un resplandor naranja, difuso: antorchas clavadas en roca. Estamos en una caleta cerrada por paredones de basalto, invisible desde mar abierto; un pasadizo se adentra, abovedado, en la montaña. Pequeñas barcas idénticas descansan en el agua turbia. Detrás de nosotros, el resto llega en otra embarcación.

Él baja primero, salta a un rellano de piedra apenas más ancho que mis botas, y vuelve para ofrecerme la mano. La acepto; cuando mis pies tocan roca, la cercanía es inevitable: la línea de su pecho contra el mío, el vaho de nuestras bocas mezclándose.

—Este lugar… —empiezo.

—No lo busques en los mapas. —Afloja el contacto solo cuando estoy firme—. Dentro tendrás cama, fuego y silencio para pensar si hoy has salvado doce vidas o encendido cien hogueras.

—¿Y tú qué crees?

—Que las hogueras siempre empiezan con una chispa. —Se gira hacia el túnel—. Ven, chispa. Antes de que el viento cambie.

Me adelanto dos pasos, sin su mano. El eco de mi zancada recorre la roca húmeda. Él camina detrás de mí, su sombra superpuesta.

No miro atrás. Tampoco necesito verle para saber que sonríe apenas —como un hombre que ha guiado a su enemigo directo al corazón de su fortaleza y todavía no ha decidido si es rehén, invitada… o algo más peligroso.

El túnel estrecho avanza en ligera pendiente y, de pronto, la roca que tengo delante se abre con un chasquido de goznes ocultos. Dos planchas de basalto giran hacia los lados como pétalos de hierro y asoma un resplandor cálido, casi dorado.

Darian me adelanta. El aire cambia de inmediato: huele a paja limpia, a pan recién horneado y a hierro al rojo.

Salgo detrás de él y el mundo se ensancha.

Estamos en una hondonada circular, excavada a medias por la naturaleza y a medias por manos muy pacientes. Terrazas de cultivo bajan escalonadas hasta el fondo, donde una acequia reparte agua a hileras de coles y cebollas que crecen bajo faroles de aceite. Más arriba, casitas de piedra con techos de turba se apiñan en semicírculo alrededor de una explanada inusualmente bulliciosa para la noche.

En el centro hay un horno comunal: la boca abierta exhala olor a masa dulce. A la izquierda, la herrería: un yunque rojo vivo, martillazos que suenan como campanas ahogadas. El fulgor del carbón revela brazos fuertes, mujeres y hombres trabajando sin prisa, bien alimentados.

Entre los edificios reluce la madera de una taberna o algo parecido; con gotas de música de flautín que se escapan por la entrada. Niños descalzos corren tras un perro lanudo y, cuando ven a Darian, levantan la mano en un saludo que es casi oración.

—¡Ha vuelto el Cuervo! —grita uno. El revuelo detiene un instante todas las tareas: cabezas se inclinan, sonrisas se ensanchan, alguien alza su jarro en brindis muda. No hay temor, solo alivio.

Darian no responde, pero señala a los doce rescatados que avanzan tras nosotros.

—Tienen hambre y heridas —dice—. Acomodadlos en la galería sur; que Morna vea a los niños y Seoras reparta mantas. Y doble ración de sopa.

Dos muchachos corren a obedecer. Otro hombre, con las mangas arremangadas y hollín hasta las cejas, asiente y se lleva al herrero liberado (Donnal II, pienso) hacia la fragua. Una mujer mayor intercambia un par de palabras con Darian —no alcanzo a oírlas— y se lleva de la mano al joven y a su madre.

Observo en silencio cómo cada orden se cumple con eficacia de colmena. Nadie discute, nadie pregunta por qué esos desconocidos merecen refugio; simplemente hacen hueco.

—¿Cuánto tiempo llevas… esto? —musito. El *esto* abarca casas, campos, risas, la seguridad de un puñado de proscritos.

—Demasiados inviernos —contesta, clavando la vista en las luces que titilan en los balcones—. Cada vez que un señor decide que sobra gente, crece un poco más.

Camina y yo lo sigo. A nuestra derecha un corral guarda cabras lustrosas; a la izquierda, un cobertizo desprende olor a cebada recién malteada. Dos ancianos juegan a los dados frente al fuego, como si fuera la cosa más natural del mundo que su protector regresara chorreando sangre ajena.

En la escalinata de la taberna, un mozo nos ofrece tazones de caldo. Darian lo rechaza con un gesto:

—Primero acomoda a los nuevos. Luego comeremos todos.

El muchacho se inclina y sale corriendo.

Entonces Darian me mira de verdad. No queda dureza en sus facciones: únicamente un cansancio hondísimo y una determinación que lo sostiene erguido.

—No solo reúno espadas, Isleen. La espada sirve para cortar brechas, pero después hay que llenarlas con algo que merezca la pena.

Las luces anaranjadas se reflejan en sus ojos como brasas. Por primera vez entiendo cuánto ha construido mientras el resto del mundo dormía tranquilo creyendo que él era solo una sombra peligrosa.

—Esto… es un clan —susurro.

—No, no lo es. Por mucho que todos se cobijen bajo el apellido MacNeish —responde—, es pan, techo y sitio para todo el que ya no encuentre hueco en el suyo.

Al fondo, las mujeres que reparten mantas alzan la vista hacia nosotros. Una de ellas hace un gesto de gratitud; una niña con gruesas trenzas la imita, llevándose una mano al corazón.

Siento algo resquebrajarse bajo mis costillas: la certeza ingenua de que yo era la única capaz de sostener lo que se rompe.

—Bienvenida al refugio de Pethshire —dice Darian, casi en voz baja —. Aquí todos llevamos cicatrices, pero no las escondemos. Son la argamasa. Cada piedra de este valle la puso alguien que sangraba y decidió que su dolor podía convertirse en cimiento para otro.



Capítulo 19

«ISLEEN»

Me deslizo en el agua caliente hasta que me cubre los hombros. El calor hace que el brazo izquierdo pulse; cada latido empuja un dolor sordo que va del codo a la muñeca. Bajo la luz temblorosa de la vela descubro la hinchazón: una nube morada que se abre en anillos verdes y amarillos. Parece tinta derramada bajo la piel.

No necesito a Eilidh para saber que el hueso sigue entero. Puedo flexionar los dedos y cerrar el puño —cuesta, pero la mano obedece—; si el hueso estuviera roto, el dolor sería insoportable, no este oleaje lento que aguanta mi testarudez.

Aun así, la contusión es profunda: la empuñadura de la daga me golpeó justo sobre la parte más dura del antebrazo y la sangre se ha quedado atrapada ahí, espesándose como si buscara dónde esconder la rabia.

Respiro hondo. El vapor enturbia el aire y, por un instante, borra la imagen de las sogas balanceándose en Inverlochlarig. Cierro los ojos y cuento hasta cinco; al abrirlos, el moretón sigue ahí, hermoso en su fealdad, recordándome que estoy viva y que fui útil. Mañana será casi negro; pasado, amarillo sucio; luego el cuerpo terminará por recolocar la sangre en donde sirve y no en donde estorba.

No es magia; es paciencia. Y paciencia tengo —o, si no, la finjo—. He sangrado antes, sangraré de nuevo. Por hoy, basta con contener este río bajo la piel para recordarme que el miedo puede doler, pero no manda.

La puerta se abre sin ceremonia. El sonido es seco, certero. No hay titubeo en sus pasos, ni pausa para preguntar si puede entrar. Claro que no. Esto es suyo. No había otra puerta, ni otra cama, ni otro lugar. Él no comparte. No reparte. Él decide.

La bañera está en el centro, encajada entre los muros de piedra y una alfombra raída que no oculta del todo el suelo irregular. Me mantengo inmóvil, sin cubrirme más allá de lo necesario, porque sé que él ya ha visto todo lo que le interesa. Y si no lo ha hecho aún, lo hará cuando le apetezca. Yo no pienso regalarle mi gesto de incomodidad.

Oigo sus botas caer al suelo. Oigo cómo se quita el cinturón. Despacio. Como si supiera que yo estoy escuchando.

—¿No vas a decir nada? —pregunto.

—Ya estoy aquí. ¿Qué más hay que decir?

El ruido de la tela. Luego los pasos sobre piedra. Me giro un poco, instintivamente, pero entonces su mano roza mi nuca.

—No.

Y antes de que pueda evitarlo, la tela cae.
Otra vez la maldita venda sobre mis ojos.

—¿En serio? —pregunto, sin ocultar el sarcasmo.

—Me gusta verte vulnerable. Si no ves, tendrás que fiarte de mis manos. Y es tu castigo por ponerte en peligro y desobedecerme.

—Eso suena sospechosamente a un juego inventado por hombres que llevan demasiados inviernos sin compañía.

Se ríe.

No es un simple exhalar de aire: es un sonido grave, envolvente, como madera al arder con lentitud. Me recorre la espalda entera y hace que el agua parezca más caliente.

—Demasiados inviernos, dices… —Su voz acaricia esa risa, la prolonga—. Los inviernos enseñan a los hombres a apreciar el calor cuando lo encuentran —inclina la cabeza, tan cerca que noto la vibración en la venda.

—Tienes un problema con eso.

—Tengo muchos. Este es el único que todavía no he resuelto.

La anuda con precisión. Y esta vez, sus dedos sí rozan mi piel. El cuello. La clavícula. El inicio del cabello.

Lo hace lento. Porque puede. Porque quiere que sepa que me está tocando sin pedirlo.

—Estás obsesionado con taparme los ojos. ¿Te molesta que vea lo que haces?

—Me molesta cuánto me gusta hacerlo a mí —responde, muy cerca ya.

Su tono es el mismo de siempre: firme, seco, inexplicablemente íntimo.

Y después, el agua. Su cuerpo entrando en la tina no como si me acompañara, sino como si reclamara el espacio que le corresponde.

La bañera no da lugar a distancias fingidas. Su muslo roza el mío al hundirse a mi espalda, y cuando se acomoda, su pecho ya está pegado a mi espalda. El agua se alza entre nosotros como una tregua tensa, pero no hay tregua aquí.

—Me estaba bañando —murmuro, más como una provocación que como una queja.

—Lo sé —responde él, y su voz me llega justo al oído.

—Y, aun así, te metes.

—¿Y? Esta es mi tina. Y tú, mi esposa.

Su tono es tan cortante que duele más que si gritara.

Luego se inclina para tomar mi brazo. Lo gira y parece estudiarlo. Con la otra mano, me sujeta el codo para que no tiemble.

—Podrías haberlo roto.

—Podría haberme roto muchas cosas —respondo—. Pero al menos las elegí yo.

—Siempre tan terca.

Siento cómo ladea mi antebrazo para rozar, con el pulgar, el centro exacto del hematoma. El contacto es leve, pero el dolor punza.

—Duele —murmuro.

—Me alegra. Te lo mereces —responde. Y aprieta un poco más—. Abre la mano y luego ciérrala.

—¿Me das permiso para gritar?

—Te lo ruego. Las piedras están aburridas de oírme a mí solo.

Me muerdo el labio, pero obedezco. Él espera, escuchando cómo contengo el aliento. Cuando suelto un suspiro tenso, su mano se desliza bajo el agua y atrapa mi tobillo para inmovilizar la pierna.

—¿Y ahora qué haces? —pregunto, irónica.

—Exploro terrenos de interés. Podrían estar… fracturados.

—Eres un forajido muy meticuloso —susurro con sorna.

—Ser paciente me mantiene con vida. Ser veloz me consiguió la esposa que no quería obedecer —dice casi al oído. El agua se agita cuando se inclina—. Ahora, vuelve la mano hacia mí.

Guío los dedos hasta su pecho. El tacto encuentra cicatriz, piel endurecida por viejas quemaduras. Él no se estremece. Respira hondo, contenido, mientras yo dibujo líneas ásperas que no veo.

—¿Quién te hizo esto? —pregunto.

—Un hombre al que obedecí una vez. Por eso prefiero darlas.

El silencio pesa. Siento el agua latir contra mi piel. Me pongo de rodillas en el agua, entre sus piernas, con el cuerpo ladeado, la venda sobre los ojos. No espero permiso: alzo la mano buena y la dejo avanzar a ciegas, como un animal que husmea. Él no se mueve. Lo tomo como invitación.

Mis dedos tropiezan primero con la línea firme de su clavícula y bajan, tanteando la meseta dura del esternón. Allí, la piel se interrumpe en un surco fino, liso como un hilo de metal fundido.

—Esto es acero —digo, sin preguntar.

—Tajo de Claymore en Glen Lyon —responde él, con voz neutra. El nombre basta; veo la sangre en mi mente—. Tenía diecisiete. El filo venía con el peso de un Campbell grandote que ya no está para contarlo.

Sigo el surco, fino y limpio, hasta la costilla. El músculo tiembla cuando lo rozo.

—Este cruce en tu esternón… —apunto.

—Alabarda rota, la noche que incendiaron el puesto de vigilancia en Struan. Creí que era madera lo que rompía, hasta que olí hierro y carne.

Tropiezo con una hendidura estrecha bajo el esternón, fría incluso bajo el agua caliente.

—Daga. Casi fue mi epitafio. Se empeñó en entrar, no en salir.

—¿Quién te la sacó?

—Yo. Con un hierro al rojo y un pellejo de vino. Aprendes rápido cuando nadie quiere mancharse las manos por ti.

Mis dedos bajan; chocan con un parche rugoso que cubre la mitad del costado, como cera derretida.

—Fuego —explica antes de que pregunte—. Asedio de Dunnottar. Una vasija de aceite hirviendo desde la muralla. Ese día descubrí que la piel canta antes de arder.

El nudo en mi garganta amenaza con hacerse audible. Aprieto la venda con los párpados, como si pudiera ver mejor a través del negro.

—¿Por qué sigues vivo? —musito, sin afán de burla.

—Porque cada cicatriz me quitó algo menos de lo que me dejó —responde. Me envuelve la muñeca con la mano libre y guía mis dedos todavía más abajo, hasta la cadera—. Esta, lanza de fresno. Nota la astilla: sigue dentro. Me trae suerte.

Sonrío, incrédula.

—Suerte, dices. ¿Así llamas a seguir coleccionando pedazos de muerte?

—Así llamo a estar aquí, con agua caliente y una mujer que me desobedece mientras me cuenta las venas. —Su voz baja media octava —. Así llamo a sentir que aún queda piel que puede temblar.

Lo dice y yo lo siento: la corriente sutil en su respiración, como si le costara no empujar mi mano más lejos. Pero se contiene. Yo no. Exploro la línea de la cintura y encuentro otra cicatriz delgada que aún sobresale.

No necesito verlo para saber que sonríe al recordar. Sigo bajando hasta la cara interna del muslo; noto cómo todo su cuerpo se tensa.

Rozo solo músculo tenso y vivo. Él exhala, lento, como si esa caricia fuera una pieza que no esperaba en el recuento.

—Ninguna herida aquí —murmuro.

—Aún no —contesta, apenas un hilo de voz—. Pero recuerda que no todo lo que duele deja una marca visible

—Este era mi castigo —susurro—. Pero soy yo quien te está exponiendo. Tú deberías recordar que no todo lo que marcas te pertenece para siempre.

Él inspira, profundo. El agua se agita cuando se incorpora un poco; sus dedos buscan mi barbilla, la alzan un ápice.

—Hazme ese juramento cuando puedas mirarme a los ojos conmigo dentro de ti —musita—. Entonces veremos a quién perteneces.

—Qué fácil es confundir obediencia con deseo —le respondo con voz dura y afilada.

Mi mano sigue su camino. Ya no hay pretensión de inocencia ni necesidad de excusas. Lo hago porque quiero. Porque él lo ha insinuado mil veces con el cuerpo, aunque no lo haya dicho. Porque estamos demasiado pegados, demasiado heridos, demasiado enfadados como para fingir que esto no es lo que es.

Lo toco. Sin pausa. Sin prisa. Sin pedir permiso. Le tomo los testículos con la mano llena, el agua apenas amortigua el gesto. La piel se tensa con suavidad, una delicadeza sorprendente para alguien que parece hecho de piedra y cicatrices. Siento cómo uno de ellos se contrae bajo mis dedos y cómo el otro se acomoda en mi palma como si reconociera su lugar.

Él contiene el aliento. No me detiene. Pero toda su musculatura responde, desde el abdomen hasta los muslos. Como si una chispa

invisible recorriera su cuerpo desde donde lo sostengo. Late. Se endurece. Vibra. Cada centímetro que le toco me revela algo que no debería saber todavía. Y aun así lo sé.

—Ahora no pareces muy dueño de nada —murmuro, la voz más baja que el agua—. Te noto... callado.

Su risa no llega a ser risa. Es un gruñido breve, contenido, de esos que se escapan cuando el cuerpo ya ha perdido la partida, pero el orgullo aún no se entera. Grave. Nacido del vientre.

Y entonces mi mano, que hasta ahora había explorado con la precisión de quien mide, toma su sexo duro bajo el agua, hinchado, pesado en mi palma como si esperara algo que no pienso darle tan rápido. Lo envuelvo con los dedos, despacio, con la lentitud de quien tiene todo el control y quiere que el otro lo sepa.

La piel está caliente, tensa, desbordada de sangre y contención. Siento cada vena, cada pulso. Está tan erecto que late contra mis dedos, una vibración sorda que no necesita palabras. Él no se mueve. No porque no quiera. Porque no puede sin concederme más.

Sigo a oscuras, la venda húmeda pegada a las pestañas, pero lo oigo respirar a menos de un palmo. Y me permito una sonrisa.

—¿Sabes que tengo un talento insuperable? —dejo caer, como si fuera la cosa más trivial del mundo.

—Ya lo veo… —responde, y el descaro con que lo dice delata por donde van sus pensamientos.

—No ese, idiota. Hablo de algo en lo que ningún hombre del clan ha podido ganarme.

La temperatura sube; no es el agua, es él. Puedo sentir cómo se endereza.

—¿Has mostrado ese talento a otros hombres? —pregunta con un tono neutro que enmascara un aviso.

—Oh, sí. Muchas veces. —Escucho el chasquido de su mandíbula cuando se tensa—. Algunos acabaron jadeando.

Silencio. Puedo imaginar su ceño fruncido.

—No sé si me va a gustar —admite por fin.

—Tal vez —murmuro—. Algunos dicen que podría ser una sirena.

—Dime que son solo tus cantos los que atraen a esos hombres.

Me acaricio el labio con la lengua, calibrando cuánto juego soporta antes de romperse.

—Tiene que ver con mis pulmones —repito, dejando que mi pulgar trace un círculo perezoso sobre la punta sensible—, pero no es exactamente eso. ¿Quieres que te lo muestre?

Su erección palpita en mi mano; no responde al instante. El silencio es espeso, como la noche antes de un asalto. Por fin, su voz se afila:

—Pensaba que ya estabas mostrándome suficiente.

—Esto es un aperitivo. —Acerco la boca a su rostro—. Lo interesante empieza si me desatas los ojos.

Sus dedos vacilan y después buscan el nudo. La venda cede. La penumbra se desliza primero en sombras y luego en colores difusos: cobre bruñido, piedra oscura, su cuerpo curvado hacia mí, tenso como un arco que no decide si disparar o rendirse.

—No hagas trampas, sirena —murmura—. Dijiste que ibas a mostrar algo, no a volverme loco.

—Puedo hacer ambas cosas. —Me apoyo en sus hombros para separarme un poco de él; el agua resbala por mis costillas y vuelve a golpear la bañera. Mi brazo herido protesta, pero lo ignoro. El talento exige sacrificio.

Su sexo queda debajo de mi boca. Él traga saliva con un ruido casi agresivo.

—Cuenta mentalmente —le indico—. Si no llegas a cien y salgo a respirar, me ganas.

—Lo contaré en latidos: los míos —dice, apoyando el antebrazo en el borde de la tina.

—Acepto. —Inhalo hondo, abro los labios y me sumerjo.

El agua envuelve mi piel, opaca, tibia. Abro los ojos bajo la superficie; la luz de la vela se refracta en destellos, y en medio de ellos él, erguido, vulnerable en su propia fortaleza.

Rodeo con la mano la base de su pene y lo llevo a mi boca. El primer contacto es un estremecimiento mutuo: él se arquea, el agua vibra. Deslizo los labios despacio, sellando el vacío mientras creo una ligera cámara estanca dentro de mi boca. Así apenas entra una película de agua. Guardo el último sorbo de aire entre lengua y paladar. Eso mantiene la presión interna y evita que el agua pase de la línea de los dientes.

—Veinte… treinta…—Su voz es apenas un siseo sobre mi coronilla.

Ajusto la presión de los labios, exploro con la punta de la lengua la vena que late cerca de la ligadura que se estira al bajar la piel que rodea

la punta. El aire se vuelve demanda sorda en mis pulmones; acepto el reto y ahondo un poco más.

—Noventa… —Sus abdominales se endurecen. Sé que el impulso de querer empujar sus caderas es inevitable, pero se contiene porque sabe que cualquier brusquedad me arrancaría aire. Ese duelo interno me llega como un rumor: el agua transmite cada vibración, cada micro espasmo.

—Ciento ochenta… doscientos… —El diafragma intenta contraerse. Trago la fina película de agua que se cuela por la comisura; engaño al cuerpo con la sensación de deglutir aire. Él lanza un gemido rudo, hunde los dedos en el cobre y jura algo que suena a madre de todos los santos cuando se siente succionado.

Me aparto apenas para liberar la presión y deslizo la mano, firme, hasta la raíz. Mi otra palma sube por su muslo, masajea el músculo endurecido. Regreso a su punta y suelto el aire en un soplo diminuto que, atrapado bajo el agua, se convierte en una caricia de burbujas ascendiendo por su piel.

—Doscientos cuarenta… —Su voz se quiebra. Rompo la superficie justo antes de los doscientos cincuenta. Aspiro como si bebiera la noche entera.

Lo miro, aún arrodillada; el vapor resbala entre mis pestañas. Él apenas consigue articular palabras:

—Doscientos cuarenta y ocho latidos… —musita, ronco—. Joder. Puñetera sirena. Tu talento no es humano.

—Claro que lo es. Tengo buenos pulmones.

—No me refería a tu capacidad para aguantar la respiración, Isleen. —Su voz se queda ronca, como si algo más espeso que el asombro le obstaculizara la garganta.

En un pestañeo se incorpora: el agua chorrea sobre la piedra del suelo, sus músculos crujen como cuerdas tensadas. No hay ternura cuando sus brazos me ciñen por la cintura y me alza sin preguntar y, por un segundo, la habitación gira. Aun así, mi cuerpo reconoce el mapa de su pecho y no protesta.

El colchón cede de golpe cuando me planta en la cama. La manta de pelo es suave y fresca en mi espalda húmeda; el contraste con su piel ardiente me arranca un jadeo que no esperaba concederle tan pronto. Él se apoya sobre los puños, uno a cada lado de mi cabeza, goteando sobre mis clavículas como lluvia densa.

—Ni sirena ni leyenda. —Sus pupilas se dilatan un segundo antes de descender por mi pecho—. Lo inhumano es lo que provocas en mí.



Capítulo 20

«ISLEEN»

Sus labios no llegan —aún—; respira contra mi boca, me roba parte del oxígeno que acabo de conquistar. Con la rodilla, separa mis muslos lo justo para recordarme que podría avanzar, que la elección está a medio aliento de distancia. Le sostengo la mirada: un pulso indómito que se mide en milímetros de orgullo.

—No voy a ser gentil —advierte, la mandíbula tallada en algo que no es ira, sino hambre mal contenida.

—No te he pedido gentileza. —Deslizo la mano buena desde su nuca hasta la cicatriz que le cruza el costado.

Sonríe, breve, brutal. Sus labios caen al fin, bruscos, devorar es la palabra precisa.

Yo respondo con la misma avidez: nuestros dientes chocan, la respiración se mezcla en un vaho que sabe a metal y sal. Su mano explora el contorno de mi cadera, aprieta fuerte y el dolor se convierte en punto de anclaje.

Sabe a campamento, a cuero mordido por la intemperie. Siento cómo su mano rodea mis muñecas y las sujeta contra la almohada por encima de mi cabeza; la piel inflamada protesta, pero no cedo un gemido.

Se alza apenas lo justo para hundirse de un tirón, profundo, entero, sin ternura. El cuerpo se me arquea; un gemido sale antes de que pueda tragármelo.

Me abre de verdad. Me llena como si el cuerpo no me perteneciera hasta ese momento. El vientre se me pliega, los pulmones me saltan. Su sexo se entierra hasta el fondo.

Gime. Yo también.

Sus caderas no se retiran enseguida. Me mantiene ahí, abierta, abierta, abierta. El hueso de su pelvis me presiona el monte. Me abraza desde dentro. Me parte desde dentro.

Y aún no se mueve.

Me mira.

Yo también.

Empieza a embestir con un ritmo corto, fuerte, húmedo. Me empuja contra el colchón, contra la tela de piel, contra mí misma. Cada vez que

lo siento entrar de nuevo me sobresalto.

No porque no lo desee, sino porque mi cuerpo aún no entiende cómo puede caber tanto deseo en tan poco espacio.

Él busca algo más que placer. Gruñe, baja la cabeza y chupa el borde de mi mandíbula.

—No eres invencible —repite contra mi cuello—, pero te niegas a ceder.

—Cedo lo que quiero —le respondo—. Nunca lo que me arrancan.

Se queda quieto, aún dentro, helándome el espinazo con la inmovilidad. Sus dedos libres aprietan mis caderas lo justo para impedirme buscar fricción. Respira hondo, lento, como si midiera el tiempo con mis pulsos en lugar de los suyos.

—Ahora no tienes venda y me tienes dentro, Isleen —murmura, voz grave y contenida—. ¿Qué tienes que decirme?

El calor se me concentra en la base del vientre. Algo en mí empuja, quiere más; él no se mueve ni un milímetro. La sangre repica en las sienes; el brazo herido arde, pero el deseo lo devora todo.

—Que eres un malnacido con talento para la tortura —siseo, mordiéndome la sonrisa.

Su cuerpo se tensa; noto la vibración contra mis muslos, pero sigue sin concederme el roce que busco.

—No es la respuesta que quiero. —Retrocede apenas, lo justo para que mi cuerpo proteste con un temblor involuntario—. Dímelo.

Me humedezco el labio; el orgullo pugna por mantenerse erguido, pero la necesidad muerde más hondo. Él observa cada parpadeo, cada jadeo que intento ahogar.

—¿Y qué es exactamente lo que pretendes oír? —pregunto, arrastrando las palabras para no soltar un gemido.

—Quiero que lo digas con la boca clara: que me perteneces. —Su voz se afila.

El corazón me golpea la garganta. La tentación de rendirme al simple alivio es brutal. Lo noto retirarse, su pubis rozando el mío, su sexo tenso, pesado, acariciándome al salir. Los testículos me rozan la carne húmeda con su peso vivo, colgante, pegajoso, y el roce me enciende. Me arqueo. Su pecho golpea el mío.

—No, jamás —respondo, entrecerrando los ojos.

Él elige ese momento para hundirse de nuevo, feroz, hasta el fondo. Un gemido brutal se me escapa; él sonríe. Su sexo late dentro de mí como un recordatorio de lo cerca que está el clímax y, a la vez, lo lejos que lo mantiene.

—Ganaré por las buenas o por las malas —susurra contra mi oído—. Decide cómo de larga quieres esta noche.

Siento cómo mi respuesta se aprieta alrededor de él, involuntaria. Levanto la barbilla, respiro hondo, dejo que el temblor me atraviese y, aun así, sostengo su mirada.

Le brilla una chispa oscura en los ojos. Sigue dentro, sin moverse, pero su mano se desliza hacia mi cuello, el pulgar acaricia la línea del centro: sin presión, pero con advertencia. Me estudia como si buscara la grieta exacta.

—Piénsalo, Isleen. No tengo prisa… pero tu cuerpo sí.

Sus dedos bajan hasta mis pechos. No los acaricia. los envuelve, los mide, los amasa**.** Cuando su boca atrapa un pezón, gruñe, lo succiona con una avidez que no es hambre, es necesidad. Mi cuerpo tiembla de anhelo.

—¿Y qué es lo que quieres oír? —le espeto, ahogada de ira y de deseo—. ¿Una confesión a medias para saciar tu orgullo?

—Una verdad —corrige, haciéndome sentir cada centímetro de su contención—. La única que importa.

Le retuerzo un mechón mojado cerca de la nuca y tiro con rabia.

—¡Tu verdad no es la mía, Darian!

—Está bien. Te contaré mi verdad. He pasado toda la vida perdiendo —escupe—. Cuando era crío me arrebataron todo lo que tenía, mi hogar, mi clan, mis tierras, mi familia. Desde entonces todo lo que toco es provisional y me lo siguen arrancando: unas monedas, espada, amigos, un catre… Los hombres que me siguen lo hacen porque les conviene. Porque, como yo, solo están intentando sobrevivir un día más sin que les partan el cráneo o les roben el pan. Si mañana caigo, me pisan para que mi sangre tape la gotera y no se hielen los pies. Hasta el nombre me lo torcieron; ahora se pronuncia como un incordio que recuerda cuánto barro llevo encima.

Sale de mí de golpe y me deja palpitando de rabia.

—Jamás he tenido nada mío —continúa—. Nada que no pudiera desaparecer al alba. —Se aparta un palmo para que le vea la cara—. Así que no suelo gastar energía en lo que no depende de mí. Me concentro en lo que sí puedo controlar.

Sus palabras me crujen en las costillas. Quiero replicar, pero la boca se me queda tensa.

Él vuelve a hundirse despacio, reclamando el espacio que mi cuerpo no sabe negarle. Su frente se pega a la mía; su aliento huele a rabia, a una angustia antigua que supura como herida vieja.

—Y entonces llegaste tú. Mi esposa. La primera pieza en mi mundo que no es de barro ni de humo. —empuja solo medio centímetro— tú… —otro empuje, tembloroso— eres lo primero que tengo completo, entero, intransferible. Llámalo obsesión si quieres. Para mí eres la única certeza que he tenido nunca. Lo único que ningún dios ni ningún saqueador puede arrancarme sin que yo muera primero.

Late. Respira. Las venas del cuello parecen a punto de reventar.

Lo miro; el enfado en mi pecho batalla contra algo más hondo, un temblor que casi duele.

—Ahora entiendes por qué lo necesito. No por vanidad ni por dominarte. Por supervivencia. Porque si no puedo aferrar algo real, me convierto en humo. Y ya estoy cansado de ser intangible.

Calla. El silencio se espesa como resina. Su pecho golpea el mío; su erección late dentro, tensa de contención. Pero no se mueve. Espera.

El cuarto tiembla con su confesión. Yo cierro los ojos, respiro hondo y dejo que la rabia encuentre su cauce.

—Lo entiendo —murmuro al fin, abriendo los párpados para clavar mis ojos en los suyos—. Entiendo el pánico de ver cómo todo se te va de las manos. Pero escúchame tú ahora: puedo desearte hasta doler, puedo darte mi cuerpo y este momento puede que te pertenezcan… pero mi voluntad es mía. No se compra ni se encierra. Hoy, aquí, te elijo. Mañana… mañana volveré a decidir. Y pasado, igual. Si quieres algo que nadie pueda quitarte, sujétalo sin romperlo.

Sus ojos se entrecierran, como si cada palabra le abriera una cicatriz nueva. Pero asiente. Apenas un milímetro.

—Entonces dímelo —musita, y su voz se encoge hasta quedar desnuda—. Dime que ahora me perteneces.

Trago. Sabe a hierro, a humo, a un juramento que solo vale mientras lo sostengo con los pulmones llenos.

—Sí —declaro, sosteniéndole la mirada—. Ahora soy tuya.

El aire le estalla en el pecho y, con él, la contención se rompe: sus caderas golpean las mías con un ritmo brutal, medido para no darme tregua. Cada embestida desplaza la manta bajo mi espalda; la fricción

me araña la piel, pero el dolor se disuelve en la corriente que me recorre desde el vientre al cuello.

Darian baja las manos, me suelta y me sostiene la cadera con firmeza, como si pudiera sujetar el temblor que me sacude. Yo me aferro a su nuca: mi antebrazo magullado protesta, pero no cedo. El cuerpo entero se me enciende cada vez que su pelvis choca contra la mía; el ruido húmedo, crudo, me excita todavía más.

—Mírame —ordena, ronco, acercando la boca a la mía sin llegar a besarme.

Obedezco; entre nuestras respiraciones no cabe una mentira.

Siento el calor, el sudor, la saliva en mi cuello.
Siento cómo roza por dentro cada rincón que ni yo sabía que estaba vivo.

Me abraza. Me muerde el hombro. Me dice algo. No lo entiendo. Pero lo sé. Lo dice como si fuera una plegaria.

—Isleen… —Su voz es una protesta baja, una súplica y una amenaza al mismo tiempo.

La respuesta se me escapa en un gemido ronco cuando la tensión se rompe: el clímax me atraviesa con la violencia y la duración de una marea que no se agota. Las piernas me tiemblan, la visión se me vuelve punteada. Cada contracción interna arranca un juramento de su garganta.

Él no se detiene; acelera el ritmo, cada golpe más hondo, más desesperado. Mis espasmos lo envuelven, lo exprimen; le siento perder el control segundo a segundo, hasta que un jadeo gutural le desgarra el pecho. Se derrama en el mismo centro que acaba de hacer estallar, con una intensidad que retumba en mis propias pulsaciones.

Se queda dentro, temblando, como si el mundo se hubiera reducido a ese pulso compartido. Nuestras frentes se tocan. El sudor resbala; la manta raspa; el silencio cae pesado, interrumpido solo por la respiración entrecortada de ambos.

Sus latidos siguen dentro de mí.

Mis músculos aún tiemblan. Su respiración aún no se ha asentado. Pero no hay urgencia por separarnos, ni por hablar. Nos dejamos envolver por ese momento exacto en el que nadie manda, nadie obedece, y los dos estamos donde queremos estar sin tener que justificarlo.

Cuando se mueve, lo hace despacio, como si el peso del mundo se hubiera desplazado apenas un poco hacia un lado. Me sujeta por la

cintura con una mano firme y me arrastra consigo mientras se gira. El colchón cede de nuevo, esta vez bajo ambos, y acabo sobre su pecho, con el costado bueno apoyado en su torso aún caliente y húmedo.

Su mano se acomoda sobre mi espalda. No acaricia, solo se queda. Y es ese gesto, tan simple, el que hace que lo diga.

—Mi madre no murió de fiebre.

No hay sobresalto. Solo un leve cambio en la respiración de Darian. No me interrumpe. Y eso, para alguien como él, ya es una forma de decir que está ahí.

—Eso fue lo que contaron. Lo que mi padre dejó que la gente creyera. Que se fue rápido, sin dolor. Pero no fue así. Se apagó despacio, a la vista de todos. Como una vela que nadie se molesta en soplar. Primero dejó de sentarse a la mesa. Luego dejó de hablar. Y después, dejó de fingir que le importaba parecer viva.

Trago saliva.

—Tenía la mirada vacía. El cuerpo entero era una disculpa. Y, aun así, nadie hizo nada. Mi padre decía que era tristeza. Que se le pasaría. Pero la tristeza no se pasa. Se instala. Se vuelve costumbre. Y luego silencio. Y después… muerte.

Sus dedos se mueven apenas sobre mi espalda, en un roce breve, casi inconsciente. Me escucha con el cuerpo entero.

—Por eso soy como soy. Por eso no callo. Por eso no espero. Por eso me subo a una tarima con una daga y la cabeza alta, aunque me tiemble el pulso. Porque si un día dejo de elegir, me pasa lo mismo que a ella. Me apago. Me desaparezco en mí.

No pretendo que entienda todo. Ni que me salve. No busco consuelo. Solo necesitaba que alguien supiera por qué. Por qué no sé ceder. Por qué me duele la idea de no tener la última palabra sobre mi cuerpo, mi vida, mi rabia.

Y Darian, que no suele hablar más de lo justo, no dice nada. Solo me estrecha un poco más contra él. No por consuelo. Ni siquiera por cercanía. Es un gesto simple, animal, como si dijera sin hablar: aquí estoy. Aquí te sostengo.

Me quedo en ese hueco exacto de su pecho, escuchando cómo su corazón me dice que está despierto, alerta, pegado a mí. La habitación respira a nuestro ritmo. No hay ruido más que el de la madera crujiendo bajo el calor. Y eso es más de lo que pensé que podría pedirle a una noche como esta.

—Cuando no puedas respirar… házmelo saber antes de que te ahogues.

Y me lo dice como si no supiera salvar, pero estuviera dispuesto a aprender a morder al mundo con tal de no perderme.



Capítulo 21

«DARIAN»

Corto madera como si el invierno fuera a tragarse el valle esta noche. El filo del hacha cruje contra el tronco, astilla tras astilla, sin darme tregua. No porque necesite leña. No porque alguien la haya pedido. Lo hago porque es la única forma que tengo de acallar el ruido que me dejó ella dentro.

Otra vez.

El mango me raspa la palma. La hoja se hunde con un golpe seco. La rabia se disfraza de eficiencia. Siempre lo ha hecho.

—¿No decías que no ibas a joderte la muñeca otra vez? —dice Broen, apoyado en el muro de piedra con el tono justo entre burla y advertencia.

—No la estoy jodiendo. Estoy calentándola.

—Claro. Y yo entreno mi paciencia mirándote partir árboles como si te debieran algo.

No contesto. Porque nadie me debe nada. Soy yo quien no sabe cómo devolver lo que no esperaba sentir.

La pierna me tiembla un segundo. Clavo la bota con más fuerza en el barro y levanto el hacha de nuevo. El sudor me corre por la nuca y por el pecho sin camisa. No me importa.

Desde que salí de esa cama, todo me arde. La piel, la cabeza, el sitio exacto donde me dijo que hoy era mía. Solo hoy.

Y yo asentí como un idiota. Como si esa respuesta me bastara y no supiera que en cuanto levantemos las espadas contra su padre, Caelan o cualquiera de los suyos… la perderé.

—¿Vas a talar todo Pethshire antes del mediodía? —pregunta Colum, que aparece detrás con un cubo vacío.

—¿Qué quieres?

—Un poco de tu tiempo. Y una respuesta.

Dejo caer el hacha. El mango cruje en el suelo.

—La iglesia de Loch Gorm —dice—. El techo ha cedido con las lluvias. El padre Ruadh no encuentra precisamente voluntarios para levantarlo de nuevo.

—Porque nadie quiere hacer el trabajo gratis —respondo, secándome la frente con la manga—. Ni pasar tres días aguantando sus sermones.

—Tiene un grupo de huérfanos bajo su cuidado —añade, con ese tono que siempre le aparece cuando algo le toca más de la cuenta—. Si no se arregla antes del próximo invierno, no van a tener dónde meterse.

Asiento. Ya estoy dándole vueltas a la lista.

—Envía a Athair, Finn y Seoras. Que lleven herramientas. Y dos burros con mantas, tablones y clavos.

Colum no se mueve. Se queda ahí, quieto, como si el silencio tuviera algo más que decir.

—Quiere que vayas tú también.

Lo miro. Él se encoge de hombros.

—El padre Ruadh dice que si no ve tu cara nadie se acercará a su iglesia. Además, quiere decirte algo.

Traducido: teme que nos llevemos todo lo que tenga de valor y dejemos a los críos durmiendo bajo la lluvia. No le culpo: aquí la lealtad se compra al contado y se paga cada amanecer.

—Iré —digo, y apoyo el hacha en la rodilla—. Al amanecer salimos.

Recojo el hacha. La madera me arde en la mano.
Broen carraspea, bajando la voz, como si las palabras pudieran colarse entre las hojas.

—¿Qué demonios te pasa? No te veo cortar así desde el torneo contra Tavish, y aquel sí que tenía excusa para cabrearte.

La hoja entra. Otra vez. Otro crujido.

Sigo sin responderle, aunque no importa cuántos troncos parta, cuántas astillas salten bajo el filo o cuánto crujan los músculos; el peso sigue ahí, detrás del esternón, mordiéndome por dentro desde que salí de su cuerpo. No es rabia, no del todo. Es esa otra cosa que no tengo nombre para nombrar. Una mezcla de vértigo, necesidad y certeza. La certeza de que estoy jodido.

De que la obligo a hacerme un juramento porque el día que su escudo y el mío se miren desde bandos distintos, me odiará y resulta que ahora eso me importa.

Y no habrá cama ni carne ni recuerdo que la sostenga a mi lado. Se irá con toda su fuerza, con toda su dignidad, con toda esa rabia que la

hace arder y yo no podré detenerla. Por hacer exactamente lo que juré que haría desde antes de que ella existiera para mí.

Y esta vez, cuando la pierda, no podré culpar a nadie.
Solo a mí. Por elegir ser quien soy.



Afilo la hoja antes de guardarla. El metal chisporrotea contra la piedra; la vibración me sube hasta los codos. Nunca había temblado afilando acero. Hoy sí. Hoy todo tiembla.

Me obligo a repasar la cuenta:

— Tres sacos de clavos.

— Cuatro tablones medianos.

— Dos rollos de lona encerada.

— Las mantas.

Hablo en voz baja para no perder el ritmo. Porque si se me cuela una sola imagen —su boca, su jadeo, la forma en que se quebró al decir «tuya»— el filo me bailará y acabaré cortándome los dedos.

Nada de esa lista me servirá contra los MacNab. Para eso tengo otro fardo, escondido detrás del muro derrumbado: dos jarros de aceite de ballena y media docena de mechas trenzadas. Fuego líquido.

Respiro hondo. El olor de la madera cortada me abre los pulmones. Por un momento quiero creer que podría bastar con esto: arreglar un tejado de un cura cascarrabias, poner a salvo a unos huérfanos… y volver a su cama con las manos limpias.

Mentira. No nací para la paz.

Llevo el nombre de los suyos grabado a cuchillo. Y antes de que el invierno se cierre sobre el valle, esos nombres arderán.

Guardo el hacha. El mango aún está caliente de tanto apretarlo. Al fondo del patio, Broen me observa rellenar la alforja sin decir palabra.

Me acerca un odre.

— Toma. Whisky y un atajo de coraje —bromea.

—¿Coraje embotellado? —Alzo la ceja. El odre suda en mis dedos—. No sabía que destilabas milagros ahora.

Broen encoje un hombro ancho.

—Cuando el jefe no duerme, el campamento lo nota. Si no bebes algo, acabarás partiéndole la cabeza a Kerran porque respira muy alto.

El sorbo arde lo justo para engañar al pecho, pero deja la garganta despejada.

Y luego, la veo. O, mejor dicho, veo el hueco que abre en la mugre: un destello claro entre grises. Isleen avanza cargando una cesta de vendajes limpios; tras ella corre una niña de unos seis años, descalza, el cabello hecho maraña, que se aferra al borde de su falda como si colgara de un peñasco.

La cría la mira con una devoción que duele: ojos enormes, cómplices, como si hubiera encontrado al fin un sitio donde el mundo es hermoso.

Y es lógico. Aquí las mujeres no lucen melenas como ríos de cobre ni piel sin cicatrices. Llegan huyendo —de esposos borrachos, de estómagos vacíos, de guerras que no entienden— y lo poco que traen lo venden por un mendrugo.

Ella, en cambio, camina erguida, cabeza alta, sin la prisa de quien teme quedar atrás. Parece no tocar el barro; y, rodeada de tablas rotas y humo de fragua, brilla con una luz que no pertenece a este lugar.

Morlach detiene la sierra para seguirla con la mirada. Su sonrisa es la de un perro hambriento que huele pan tierno. Se limpia la boca con el antebrazo, como si eso bastara para hacerse digno de la presa. No sabe que lo estoy observando ni que ya he contado los pasos que me separan de él antes de poder romperle los dientes.

Isleen se acerca a la mula del carro. La niña—Nessa, recuerdo que la recogimos del sendero de Killiecrankie— se esconde detrás de su falda cuando Seoras deja caer una barra de hierro con estrépito. Isleen se agacha, susurra algo; la pequeña asiente, valiente, y le suelta la tela justo el tiempo suficiente para que ella acomode la cesta sobre las tablas. Cuando se endereza, nuestros ojos se cruzan.

No sonríe, pero me sostiene la mirada como si aún tuviera mi nombre en la boca.

Y ahí lo noto: el campamento entero se tensa un grado, como si esperara el siguiente movimiento. ¿Voy a gruñir como siempre? ¿Voy a clavarle una orden? ¿O voy a rendirme a lo que todos han visto y yo finjo no entender?

Trago la última gota del odre y se lo lanzo a Broen. Él lo atrapa y chasquea la lengua.

—Isleen no es la primera mujer terca que has conocido —dice—. No olvides que la jaula a los lobos se la pone el hambre, no el metal

El metal lo llevo yo al dedo; el hambre por ella, en los huesos. E Isleen maneja cualquiera de ellos a su antojo. Ya estoy cautivo.

Me limpio las manos en el tartán y avanzo hacia ella. Con cada uno de mis pasos, la niña se hace más pequeña tras la falda de Isleen.

Morlach, desde la forja, se pasa la lengua por los dientes. Le sostengo la mirada un segundo —lo bastante para que recuerde que tiene otra oreja que perder si vuelve a mirarla así— y al bruto se le apaga la sonrisa. Y mientras cuento la distancia —siete, seis, cinco zancadas— comprendo que ni cien troncos partidos apagarán el ruido que llevo dentro.

Tendré que aprender a vivir con él y con lo que vendrá. Como siempre he hecho.

—Así que este es tu reino de serrín y astillas —dice. Su voz lleva ironía y, por debajo, una nota de genuina curiosidad.

—Trono incómodo, pero propio. —Me acomodo el mango del hacha al hombro—. Prepárate: partimos al amanecer.

Isleen alza la cabeza y frunce apenas el ceño.

—¿Tan pronto? —Arquea una ceja—. Pensaba que tendrías intención de presumir de músculos un par de días más.

—El padre Ruadh amenaza con sermones y tormentas. Cuanto antes reparemos su techo, antes dejaremos de oírlo quejarse.

La niña asoma la nariz tras la falda. Isleen le aparta un mechón de la cara y la pequeña sale corriendo. Cuando ya no la ve, me dedica esa media sonrisa que me tensa los omóplatos.

—¿Volveremos después? —pregunta.

—No te pega esto, Isleen.

—No sabía que este lugar exigiera un vestuario o una actitud concreta para entenderlo. Tal vez puedas prestarme tu ceño fruncido y algo de tu desaliño para que logre mimetizarme.

Suelto una breve risa; suena como grava.

—Ni vestida con harapos pasarías desapercibida aquí. Distraes a mis hombres.

—Si tanto te preocupa que sea una distracción, ponme a trabajar. Ya he visto a una docena de críos perdiendo las rodillas contra el barro por falta de oficio.

—Empiezas a sonar como el cura —siseo, más para mí que para ella —. Y no tengo intención de convertir este valle en un aula.

—Ni a mí me gusta ver cómo se oxidan talentos. —Señala la explanada donde los niños juegan con una rueda de carreta rota—. Enséñales a enderezar cerrojos, a afilar clavos… A poner vigas, a leer, coser o bordar si tanto temes los sermones. Ganarás manos antes del invierno y, de paso, aliviarás la conciencia que finges no tener.

—No necesito una legión de aprendices que empuñen martillos a medio coger mañana. Necesito hombres que sepan hacerlo hoy.

—Los tendrás el año que viene si plantas ahora —insiste, sin subir la voz, pero con esa terquedad que muerde—. Y si no, seguirás talando árboles a golpes de rabia mientras el bosque se ríe de ti.

La imagen me escuece porque es exacta.

—¿Y dónde piensas meterlos? —pregunto—. ¿En la herrería, entre chispas y juramentos? Morlach los asará vivos antes de que aprendan a doblar una bisagra.

—En Dùn Fergas —responde, sin dudar—. El maestro herrero de mi padre precisa manos pequeñas para el fuelle y la fragua auxiliar. El curtidor se queja de que no llega a los encargos del mercado de Perth. Y la granja alta siempre anda corta de zagales cuando empieza la esquila. Trabajo sobra para estos niños cuando sean mayores con un oficio aprendido.

La palabra Dùn Fergas me revienta en la sien. Allí. Justo donde pienso clavar la primera antorcha. Mi silencio la alerta. Entorna los ojos, como si escuchara un ruido lejano.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Acaso ese nombre te da alergia?

—Me da… que pensar —contesto, tragando la rabia que me sube al paladar—. Tu padre no abre sus puertas por capricho. Ni siquiera para pequeños huérfanos.

—Lo haría si yo lo pidiera. —Cruza los brazos—. Fingal MacNab es muchas cosas, pero no niega sustento a quien trabaja.

Y tampoco evacúa mujeres y niños cuando asedia un castillo.

—No son asunto tuyo, Isleen. Deja las cosas como están.

—Si respiro el mismo aire que ellos, ya lo son. —No eleva el tono, pero cada sílaba se clava como una tachuela—. Y si vas a tratarme como

tu esposa solo cuando te conviene, decide de una vez: o pertenezco a este lugar… o a ninguno.

El patio entero contiene el aliento: el niño del aro, el chasquido lejano de la fragua, hasta Broen midiendo la distancia con los ojos. Yo aprieto el mango del hacha hasta que la resina salta.

Si supiera lo que tramo, volvería a su castillo antes de que el sol tocara el páramo, y perdería la única ventaja que me queda: tiempo.

Da media vuelta; las trenzas de su pelo brillan como cuerda nueva bajo el sol. La niña la alcanza y le coge la mano. Todo en esa imagen —esperanza prestada— me arde en la carne y me recuerda cuánto ignora aún.

Broen abre la boca, se lo piensa y solo resopla.

—Te avisé —murmura—: la jaula a un lobo la pone el hambre no la tozudez.

Apoyo en el suelo; esta vez no para partir más troncos sino para sostener el peso de mi propia traición. Mientras ella intenta sacar niños del peligro, tendré que mantenerla a salvo… de la tormenta que yo mismo he decidido desatar. Y rezar —si es que aún sé— para que, cuando prenda la primera antorcha en Dùn Fergas, Isleen siga sin saber de quién vino la chispa.

Broen se planta frente a mí con los brazos cruzados y el gesto de quien carga una piedra que no es suya.

—Te lo pregunto otra vez, jefe —dice despacio, para que cada sílaba pese—: cuando llegue la hora y tu acero apunte al pecho de Fingal MacNab… si Isleen se mete entre los dos, ¿qué vas a hacer?

El aire se me queda en los pulmones, agrio como la herrumbre.

—La apartaré —contesto al fin, la voz baja, sin adornos—. No la haré daño.

Broen sacude la cabeza.

—No hablo de que eso sea una opción. Hablo de un laird enfermo, rodeado de guardias listos para venderte muy cara su última bocanada. Isleen no empuja: se enraíza. ¿Vas a clavar la raíz o vas a soltar la espada?

El tronco a mi lado tiene siete anillos recién cortados; podría jurar que laten como un tambor del juicio final.

—Si interpone su cuerpo —murmuro—, el acero se detendrá. Cambiaré el golpe, cambiaré el plan… lo que sea.

—¿Y tu venganza? —Broen escupe a un lado—. Todo esto empezó precisamente porque dijiste que ningún MacNab saldría indemne.

—Mentí —respondo sin pestañear—. No sobre la deuda, sino sobre el precio. Puedo pagarla con mi sangre, si hace falta. Con la de Isleen, no. Ella es intocable, Broen.

Broen bufa, incrédulo.

—¿Desde cuándo negocias con el corazón?

—Desde que descubrí que late más fuerte de lo que ruge mi odio —admito. Y duele como una confesión arrancada con tenaza.

—Entonces ella no se casó con su ruina —murmura él, casi para sí—. Eres tú quien encontró la suya.

No tengo réplica. Solo la imagen, clara y brutal, de ella erguida sobre la horca, con la cuerda en la mano, mirándome como si nada pudiera detenerla de salvar a los suyos. El día que esa mirada se vuelva contra mí, ninguna espada bastará para detenerla.

Broen recoge el hacha y me la tiende.

—Decídete, Darian. Porque si no vas a acabar con los MacNab, más vale que avises a tus hombres pronto… o que aprendas a vivir con el filo vuelto contra tu propia promesa.

Tomo el hacha. Pesa el doble que hace un momento, como si absorbiera cada duda.

—Un mes —digo, mirando el suelo—. En un mes o arde el pasado… o lo entierro con mis propias manos.

Broen asiente, medio convencido, medio temiendo la respuesta que aún no conozco. Cuando se aleja, solo queda el crujir de la leña partida y un juramento que me retumba en los huesos:

Si Isleen se cruza entre mi filo y su padre, que el mundo me busque otro castigo; a ella no la romperé.



Capítulo 22

«ISLEEN»

No he protestado cuando Darian volvió a vendarme los ojos. No pregunté. No tenía sentido.

La venda huele a lino y a humo viejo. La noto pegada a la frente, húmeda del sudor que me cubre desde que salimos del refugio al amanecer.

Montamos sobre mi yegua, como la primera vez que me llevó a Pethshire, pero algo es distinto.

No es el calor de su cuerpo detrás del mío. Eso es igual. Ni la mano en mi cintura, ni el peso de su muslo rozando el mío a cada paso del caballo. Eso también lo conozco.

Es otra cosa.

La forma en que respira. El silencio que no es solo silencio, sino un nudo. La tensión que le arrastra los músculos del abdomen cada vez que inhala.

Darian no está relajado.

No está protegiéndome.

Está conteniéndome**.**

Lo noto en el modo en que su brazo se tensa a mi alrededor cuando un halcón pasa sobre nuestras cabezas y uno de los hombres maldice en voz baja.

Lo noto en el modo en que los demás cabalgan más dispersos, como si no quisieran acercarse demasiado.

Nadie ríe.

Nadie canta.

Hasta Kerran, que siempre tiene una maldita broma a mano, guarda un silencio que pesa.

Siento cómo Darian baja la cabeza junto a mi oído.

—Agáchate —murmura, y lo hago instintivamente mientras pasamos una rama baja.

El movimiento me arrastra contra su pecho. No dice nada. Pero su cuerpo... Su cuerpo vibra como un tambor a punto de reventar.

El caballo toma una curva cerrada, el viento me trae el olor del brezo marchito, y más allá, el aroma más pesado de un arroyo estancado.

Eso significa que hemos salido de Pethshire.

Y entonces lo entiendo.

No era solo para contenerme. Era para protegerme a mí de lo que voy a ver y él lleva intuyendo todo el camino.

El olor a humo llega hasta mis fosas nasales. Es denso, agrio, frío. No trae la urgencia viva de un fuego reciente, sino la pesadez estancada de lo que ya ha ardido y solo ha dejado atrás ceniza y muerte. Lo percibo en el instante en que el caballo aminora el paso, su vibración tensa bajo mis muslos, y sé, sin necesidad de verlo, que Darian lo ha olido mucho antes.

El aire se vuelve más áspero, más cortante. Cada bocanada arrastra consigo el hedor de la madera quemada, mezclado con algo más espeso: el rastro agrio de la sangre seca y la carne quemada. Me cruje el estómago, se me tensan los dedos en las riendas, pero no hablo. No tiene sentido preguntar lo que ya sé que voy a encontrar.

El caballo toma una curva cerrada. Oigo uno de los hombres maldecir entre dientes. Y entonces, sin previo aviso, Darian se inclina y sus dedos buscan el nudo de la venda. Los noto firmes, precisos, casi reverentes. La tela cede y resbala, dejando que la luz —gris y sucia— me golpee en los ojos.

Delante de nosotros, Dull se extiende como un cadáver abierto.

Las casas, antaño de piedra firme y tejados de paja, son ahora esqueletos calcinados, sus vigas retorcidas abiertas al cielo como costillas quebradas. El humo no sube ya: repta bajo, aferrándose al suelo, denso y pegajoso como una plaga vieja.

Bajo las ramas peladas de los árboles y de los marcos derruidos de las puertas, cuelgan cuerpos balanceándose al ritmo lento del viento. Hombres. Mujeres. Niños. Algunos vestidos aún con jirones de lo que fue ropa; otros, casi desnudos, ennegrecidos por el hollín.

Bajo del caballo, el barro es un charco frío mezclado con sangre reseca y cenizas aplastadas. Cada resoplido del animal arrastra una nube baja que me pica en los ojos.

Mis botas chapotean en el fango helado. Darian no intenta detenerme. Sé que me sigue de cerca, pero no interviene.

Avanzo entre los restos como quien camina sobre huesos rotos. Paso junto a una mujer con un bebé atado a su pecho bajo el travesaño de una puerta carbonizada. Más allá, un anciano yace boca arriba, la boca

abierta como si hubiera querido gritar algo que nadie escuchó, su mano aferrando una biblia rota cuyos trozos flotan entre el barro.

Aprieto los puños hasta que los nudillos me crujen.

Siento la sombra de Darian tras de mí, su silencio tan denso como el humo que aún flota entre los escombros. No me toca. No se acerca más de lo necesario. Tal vez porque sabe que ahora mismo cualquier contacto rompería algo que aún estoy luchando por sostener.

—Dull era un asentamiento celta, anterior a Roma. Creían que aquí los dioses caminaban con los pies descalzos sobre la tierra —dice finalmente, su voz áspera como grava arrastrada por el viento.

Miro a mi alrededor. Veo solo muerte. Solo vacío.

—Y ahora —respondo, la voz más baja de lo que pretendía—, solo camina el olvido.

No dice nada. Y no hace falta.

—¿Dónde está tu padre ahora, Isleen?

Me vuelvo. Él no me mira. No puede.
Está de pie, las manos cerradas en puños a los costados, los ojos fijos en la iglesia derruida.

—¿Dónde está mientras los Ruthven destruyen los pueblos que los MacNab arrancaron uno a uno a los MacNeish?

Su voz no acusa. No grita.

Su voz duele.

Duele como duele una cicatriz vieja cuando llueve.

Pero no me callo.

—Eso no es justo, Darian.

Mi voz suena más firme de lo que me siento.

Él baja apenas la cabeza, pero no responde. Espero a tener su atención antes de seguir.

—Sabes tan bien como yo que mi padre está enfermo. Que apenas puede sostenerse en pie, y mucho menos empuñar una espada. —Respiro hondo, el olor de las cenizas me araña los pulmones—. Precisamente por eso te entregó mi mano. Para que tú pudieras proteger a su gente. Para que lucharas contra los Ruthven cuando él ya no podía hacerlo.

Silencio.

Siento el momento en que sus hombros se tensan. La forma en que su pecho sube, como si fuera a escupirme una réplica que no encuentra palabras.

—¿Entonces —dice al fin, áspero, dolido— es culpa mía que esto haya ocurrido?

La rabia que sube en mí no es contra él. Es contra la herida que lleva dentro, que sigue buscando un enemigo, incluso cuando no hay ninguno a mano.

—¡Por supuesto que no! —exclamo, dando un paso hacia él—. ¡La culpa es de los Ruthven! De ese Alastair y sus hombres. ¿Por qué necesitas culpar a otros, Darian?

Él alza la cabeza. Y por primera vez veo el dolor en sus ojos y al hombre que aún no ha dejado de sangrar por todo lo que perdió. El que camina sobre su propia tierra como un extranjero.

—Porque no empezó con ellos, Isleen —gruñe, su voz dura como piedra vieja.

Dice mi nombre como si supiera que lo estoy sosteniendo todo: mi linaje, mi orgullo, mi amor a mi padre y a los míos y que todo pesa demasiado.

Siempre sospeché que debajo de su deseo latía algo roto, afilado. Un odio viejo, amargo, demasiado enraizado para arrancarlo de un tirón. Pero una cosa es sospecharlo. Y otra es sentirlo ahora, tan cerca, tan sucio, tan inevitable.

Bajo la mirada.

No porque me rinda. Sino porque sé que, en este terreno, él y yo ya no luchamos en el mismo bando.



Darian no da órdenes, no pide ayuda. Solo empieza a mover escombros con las manos desnudas, arrancando madera carbonizada a golpes de fuerza bruta. Los hombres lo imitan. No hay necesidad de palabras. Cada uno sabe lo que tiene que hacer.

Me uno a ellos. El barro me traga hasta el tobillo mientras arrastro un tablón que aún huele a resina quemada. La humedad cala hasta los huesos, la ceniza se me adhiere al cabello, al rostro, a la boca. Trabajo

en silencio, los músculos tensándose hasta el dolor, el brazo punzando con cada esfuerzo, pero no paro.

Encuentro un hombre joven, o lo fue, con las piernas chamuscadas hasta el hueso y la cabeza ladeada como una flor marchita. Me agacho, la falda arrastrándose en el barro espeso, y le paso los brazos por debajo, intentando incorporarlo. Tiro. Una vez. Dos. Pero los músculos no obedecen. El brazo me arde como si me rompiera de dentro hacia afuera.

—Déjalo —dice Colum, acercándose y quitándomelo de las manos con una facilidad que me humilla más de lo que quiero reconocer.

—Puedo hacerlo —murmuro, la voz temblándome como si fuera la de otra.

—Claro que puedes —replica, sin burla—. Pero no sola.

No me aparta. Simplemente trabaja a mi lado, cubierto de barro hasta los codos, con los dientes apretados como todos.

A mi alrededor, los hombres de Darian cargan, excavan tumbas en la tierra húmeda, envuelven cuerpos en lonas de lino raídas. Solo se oye el crujido de la tierra cediendo, el chasquido de las sogas, el rumor de las palas arrancando barro helado.

Y yo.

Yo no dejo de llorar.

Las lágrimas me resbalan por la cara sin control, tibias contra el viento gélido, empapándome las mejillas, el cuello, el escote sucio de barro. No lloro a gritos. No sollozo. Solo dejo que el dolor fluya mientras entierro a niños que nunca sabrán que hubo un tiempo en que Dull fue tierra sagrada.

Vomito a un lado, entre jadeos, el estómago encogido de horror y de rabia, pero cuando el cuerpo deja de sacudirse, vuelvo a levantarme.

Darian me ve, lo sé. Siento sus ojos clavados en mi espalda. Pero no dice nada.

—¿Quieres agua? —pregunta Finn, tendiéndome un odre medio vacío, sucio de tierra.

Niego con la cabeza, limpiándome el sudor de la frente con el dorso del brazo.

—¿Un respiro, al menos?

—Cuando terminen ellos, terminaré yo —respondo, sin mirar a nadie.

Colum asiente. No dice nada. Solo sigue cargando cuerpos conmigo, como uno más.

Y en sus miradas veo el tipo de respeto que no se pide ni se gana con discursos. El que se forja con barro en las botas y sangre bajo las uñas.

El sol ya no calienta; se arrastra por el horizonte como una pavesa cansada cuando por fin dejamos caer el último cadáver.

Me limpio las manos en la falda embarrada, las uñas llenas de tierra, los dedos agarrotados de frío. El valle guarda silencio; ni un pájaro, ni un zumbido, como si el día se negara a seguir girando.

Darian limpia la hoja de la pala contra el musgo, lanza una mirada a las sombras que engullen el camino y alza la voz para que todos lo oigan:

—Nos movemos. Loch Dòrm antes de que la noche cierre del todo.

Nadie discute. Cansados, sí; vivos, también. Broen y Colum aseguran el carro, Kerran reparte antorchas. Las mulas resoplan, detectando el humo.

Darian se planta ante mí. El hollín le marca las mejillas, el pelo se le ha soltado en mechones oscuros, los ojos todavía arden.

—En marcha, Isleen. —Su tono es firme, sin tiempo para réplicas.

—Puedo montar sola. —Intento apartarlo con el codo para subir a Arashi.

—Hoy no. —Me rodea la cintura con un brazo impaciente y, antes de que proteste, me alza con un solo impulso; mis botas golpean la montura.

Él monta detrás de un salto y se acomoda, rodillas firmes a ambos lados de mis muslos. Recoge las riendas y acerca el cuerpo lo justo para que su pecho me sirva de respaldo.

—Apóyate —murmura—. Cierra los ojos un rato; yo guío.

—Puedo mantenerme despierta.

—Claro —contesta, casi en una risa ronca—. Pero hazlo contra mí, no contra el aire.

Chasquea la lengua; Arashi avanza, y con ella el resto de la columna.

Siento algo caliente rodar por la mejilla. Parpadeo, sorprendida. No había notado que seguía llorando.

Darian sí lo nota. Él siempre lo nota todo. Con la mano libre, sin decir palabra, alza el borde de su manga y me limpia el rastro salado con un

gesto torpe, casi brusco… casi tierno.

—Mañana pensaremos en todo esto. Esta noche solo respira, Isleen.

No respondo. Me dejo llevar, la nuca apoyada bajo su clavícula, contando los latidos que resuenan contra mi espalda. Uno, dos… pierdo la cuenta. El balanceo del paso se vuelve un arrullo torpe, incómodo… efectivo.

Pisamos el sendero hundido justo cuando el sol cae tras las colinas. Nadie habla. El ritmo de los cascos marca el luto que no pudimos guardar a la luz del día.

La senda se estrecha, el bosque se cierra. Al frente, Broen levanta una antorcha y la llama dibuja círculos de luz en la bruma.

Nuestro pequeño cortejo se interna en la noche con los muertos detrás y demasiadas preguntas delante.

Y él, pegado a mí, huele a sudor, a tierra recién removida… y a algo que no se decide entre la guerra y el hogar.



Capítulo 23

«ISLEEN»

El traqueteo cesa y el relincho de los caballos se mezcla con el rumor apagado del lago. Entreabro los ojos y percibo: antorchas dispersas, piedra húmeda, la silueta oscura de una pequeña iglesia con el tejado medio derruido. Finn se acerca a la grupa de Arashi, sus manos pegajosas de resina aún huelen a tierra.

—Despacio —murmura.

Darian me desciende del caballo ayudado por Finn. No recuerdo cuándo me quedé dormida; recuerdo, en cambio, su latido pegado a mi espalda. Ahora ese mismo latido retumba en sus brazos mientras me carga hasta una casucha en penumbra, pegada al muro lateral de la capilla. El interior huele a lana mojada. Solo dispone de un catre de tablas y paja mal batida que ocupa el centro.

Darian me deposita allí con cuidado, pero las tablas protestan. Se agacha, ajusta una manta rugosa sobre mi cuerpo y, por primera vez, no parece tener prisa. Dos dedos —callosos, ásperos— acomodan un mechón pegado a mi mejilla.

—Duerme —dice en voz baja.

No respondo; pestañeo, todavía aturdida. Él sale. La puerta se cierra con un susurro de madera vieja.

Permanezco tumbada, todavía a medias entre el sueño y la vigilia. Enseguida sus pasos resuenan sobre la grava húmeda y se detienen frente a la pared que compartimos con la pequeña iglesia.

La madera es delgada; el frío se cuela… y las voces también.

—Hay alguien que insiste en hablar contigo —dice un tono grave y algo cascado.

—Padre Ruadh… —la voz de Darian suena como grava húmeda—, en lo único que insisto yo es en lavarme la tierra de los muertos y tumbarme junto a mi esposa. Lo demás puede esperar.

Imagino al sacerdote cruzándosele en el umbral, porque su respuesta viene más baja, casi un siseo:

—Es una mujer, muchacho, y lo que tiene que decirte importa. Tu descanso, y lo otro, pueden esperar.

Darian suspira.

—¿Quién es?

—Promete darte su nombre cuando la escuches. Dice que los pecados viejos no toleran demora.

Silencio. Puedo sentirlo tensarse al otro lado, como si midiera el peso de cada palabra.

—Dile que aguarde en la sacristía. No tardaré.

Los pasos de Darian se alejan; el padre Ruadh, en cambio, se queda donde estaba, murmurando algo entre dientes. Yo cierro los ojos, obligándome a respirar despacio.

El sueño, que hace un instante pesaba como un yunque, se me escapa. El catre cruje cuando ruedo hacia el borde; los tablones gimen aún más que mis músculos. Afuera ya no queda luz —solo la lumbre temblorosa de unas teas clavadas en la empalizada.

Necesito vaciar la vejiga antes de que la noche se cierre del todo y, sobre todo, sacarme de encima la tierra de las tumbas.

Aquí no hay cubo ni orinal. Usan una zanja detrás de la rectoría, junto al seto del huerto; se lo escuché a Finn cuando ayudó a bajarme del caballo. Me calzo las botas sin atármelas, me echo la manta sobre los hombros y abro con cuidado. El pestillo rechina, pero nadie asoma.

El aire nocturno me muerde la cara. Camino despacio, siguiendo la pared lateral de la iglesia hasta la esquina norte, donde la tierra huele a estiércol fresco y hierbabuena. Hago lo que he venido a hacer —poco digno, pero inevitable—, me limpio con un jirón de lino que cuelga de un cordel y luego me acerco al pozo para enjuagarme manos y rostro. El agua está tan fría que la piel cruje.

Cuando levanto la cabeza oigo voces en el interior de la ermita; la puerta lateral, la que da al huerto, está entornada. El viento lleva mis pasos hasta la sombra del alero. No me escondo, solo paso, sin siquiera pensar en escuchar.

Aun así, las palabras salen claras, como si la noche quisiera empujármelas al pecho.

—No he venido a confesarme, padre. —El tono de Darian, ronco de fatiga, pero todavía afilado.

—Escúchame bien. —La voz es femenina y no pertenece al cura. Suena mayor, sin temblor; un cántaro bien esmaltado—. Tú planeas reducir Dùn Fergas a cenizas. No es un secreto.

Mi respiración se encoge; el nombre de mi hogar me pincha como una astilla. Bajo el alero, el mundo gira. El agua fría que aún se escurre

de mis dedos no basta para borrar el ardor que me trepa al pecho.

—Antes de que lo hagas, debes saber quién vive tras esos muros.

—Sé perfectamente a qué sirvo y a quién quiero en la fosa.

—¿Lo sabes? —La mujer deja escapar una risa breve, sin alegría—. El capitán que guarda a Fingal MacNab —Caelan— es tu hermano.

Un golpe seco: alguien mueve un banco dentro.

—Mientes.

—¿Mentiría sobre mi propio hijo? —La mujer avanza un paso; oigo el roce de sus faldas ásperas—. Yo soy la que tu padre ocultaba en la casona de Ard-Talla. La que parió a su hijo bastardo**.** Fingal lo encontró entre los escombros y se lo llevó a Dùn Fergas. Le dio un hogar, le dio un nombre, le dio un futuro que yo sola no podía. Ese niño es Caelan.

—Fingal jamás criaría sangre enemiga.

—Busca la marca que tú mismo llevas detrás de la oreja: una mancha de vino, exacta a la de Caelan. Pregunta al viejo mozo de cuadras de Dùn Fergas quién llevó aquel niño envuelto en un plaid de tu clan.

Silencio. Puedo imaginar la forma en que él aprieta la mandíbula, igual que hace cuando el filo no entra a la primera.

—Y ahora vienes a advertirme de que, si invado su castillo, puedo acabar con mi propia sangre.

—Él es tu hermano.

—Aunque fuera cierto, Caelan viste los colores de Fingal. Si se cruza en mi avance, caerá.

—Y tu esposa con él. ¿También eso cargarás en tu conciencia?

Las rodillas se me aflojan; me aferro al marco para no caer. Darian ha tenido siempre la intención de acabar con nosotros y yo he sido la llave. Su caballo de Troya.

—Mi conciencia murió el día que mi madre ardió en Caisteal an Eàrna.

—Darian, los Ruthven son la amenaza hoy —gruñe el padre Ruadh —. Siguen matando por puro saqueo. Si no los enfrentamos, serán ellos quienes prendan Dùn Fergas antes de que tú alces una sola antorcha. Ese rencor tuyo puede esperar, lo que no puede esperar es defender a esta gente.

—A los Ruthven los frenaré mañana o la próxima luna —contesta Darian, sin un temblor—. A los MacNab les debo veinte años de deuda.

Esa cuenta no caduca.

El frío me muerde los nudillos; ni el olor acre del estiércol ni el barro helado me devuelven al cuerpo. Solo el viento, al colarse bajo la manta, me obliga a respirar hondo y tragármelo todo —la noticia, la traición y el temblor que avanza por las costuras de mi falda como una fiebre súbita.

La mujer —la madre de Caelan, lo sé ya con certeza cruel— respira hondo, como quien vuelve a hundir la mano en una herida que no ha cerrado.

—Si Caelan muere por tu acero, habrás repetido la historia. Otro MacNeish asesinado. ¿Te alcanzará la noche para llorarlos a todos?

Un banco se arrastra piedra contra piedra; me sobresalto. Las lágrimas, traidoras, me empañan la vista, aunque no haya nada que ver. Solo sombras. Solo verdad. Me descubro mordiéndome la lengua; el sabor metálico me inunda la boca. Trago sangre para no gritar.

—¿Te escuchas? —bufa Darian—. Pides clemencia para un hombre que ha pasado la vida protegiendo las ruinas de mi verdugo. Fingal alzó sus muros sobre las cenizas de los míos.

—Y tú alzarás los tuyos sobre las suyas —susurra ella, agotada—. ¿Cuántas veces hace falta prender fuego al mismo valle?

—No cambiaré de planes —dicta Darian; el hierro le embiste las sílabas—. Llevaré la guerra hasta la puerta de Fingal. Que Caelan se aparte si le importa su vida.

Dentro, los pasos se alejan. Un cerrojo se desliza; el eco de la puerta grande se cierra como un pórtico en mi pecho. El latido que me acompañó todo el día se convierte en piedra.

Me apoyo contra la pared, resbalosa de musgo. El mundo se me arruga alrededor: la manta se me escurre a los tobillos. Quiero vomitar, llorar, correr a ninguna parte. Pero solo acerco la frente a la madera y cierro los ojos. El contacto áspero me dice que aún estoy aquí, que no he soñado nada.

Dùn Fergas en llamas.

Caelan con una marca detrás de la oreja que nunca miré.

Yo, llave del portón que él incendiara desde dentro.

Un sollozo me araña la garganta, pero lo trago. Nadie lo puede oír. Necesito escapar antes de que amanezca…

El temblor pasa, pero no el vértigo.

La empalizada rodea el huerto y las caballerizas; a estas horas solo dos teas dan luz. El guardia más próximo—Finn—duerme medio sentado en un tonel. Paso a su lado contando los latidos; el cuarto coincide con un ronquido y me cuelo entre las tablas sueltas del corral.

Arashi relincha en un susurro; la yegua olfatea mi pelo, reconoce el miedo.

—Shh… solo es barro y camino, vieja amiga.
Las palabras me tiemblan, pero los dedos no. Coloco la manta sobre la cruz y ajusto la brida y las cinchas.

Cuando apoyo el pie en el travesaño caído de la valla, la noche me regala la última puñalada: la voz de Darian, ya lejos, despidiéndose del cura.

—Mañana daré la orden.

Un paso más y todo habrá cambiado. Me impulso, abrazo el cuello de Arashi y justo antes de clavar talones, giro la cabeza: la ventana alta de la sacristía enciende un rectángulo de oro viejo; su silueta pasa por delante—un instante—como una cicatriz de sombra.

Quiero odiarlo.

Lo necesito para cabalgar sin mirar atrás.

—¡Vamos! —susurro.

Arashi entiende el tono más que la palabra: salta la valla, aterriza blanda sobre la hierba anegada y toma la vereda que bordea el lago.

Detrás queda la trampa que casi fue mi hogar.

El aire nocturno me corta los pulmones; las lágrimas, traidoras, se mezclan con el rocío que la cabalgada levanta de los juncos. No me las limpio: que corran, que se sequen.

El viento me devora el aliento y cada zancada de Arashi retumba en mis huesos como si los partiera por dentro.

El sendero del lago se vuelve barrizal, luego pedregal, luego pura oscuridad entre pinos. Voy ciega de cansancio; solo queda avanzar.

Un latido.

Otro.

…Cascos detrás.

Al principio son solo un eco, eso quiero creer, pero el ritmo no encaja con el nuestro: más largo, más hondo, inconfundible cuando devora el suelo que dejamos.

Darian.

—¡Arashi, vamos! —grito ya dejando a un lado el sigilo.

La yegua se estira hasta dolerle el cuello; ramas me arañan la cara, la manta se me escurre a medio lomo. Quiero pedirle perdón al animal por exigirle lo que no le queda, pero aprieto las rodillas. No hay otra.

Los cascos tras nosotros ganan terreno; la tierra misma parece inclinarse a su favor. Al girar la cabeza lo veo: su silueta fundida con la noche, el corcel negro tragándose la distancia.

Un recodo estrecho, rocas a la izquierda y el agua brillando a la derecha me deja sin espacio para maniobrar. Siento su sombra crecer sobre la mía; un chasquido de riendas y, de pronto, una mano férrea se cierra sobre el bocado de Arashi.

La embestida sacude a la yegua; relincha, derrapa, casi se mete al lago. Yo me suelto apenas a tiempo para no caer, quedo colgando del cuello del animal mientras Darian, a media silla, sujeta ambos caballos en un revuelo de espuma y barro.

—¡Suelta! —escupo.

—¿Piensas cruzar media Escocia sin luz, sin provisiones y con media guardia Ruthven dando vueltas?

—Mejor que dormir junto al hombre que planea destruir a los míos. —Me deslizo del estribo; las piernas me flaquean.

—¿Desde cuándo confías más en un cuchillo que en tu cabeza?

—Desde que oí que mi cabeza te sirve de ariete —escupo—. Tu «deuda» arrastra a inocentes, Darian y no te importa.

—¿Inocentes? Tu padre incendió Caisteal an Eàrna cuando yo todavía me colgaba del faldón de mi madre.

—Y tú vas a repetirlo. ¡Esa es la diferencia entre venganza y justicia!

Arashi da un respingo; Darian gira la muñeca cuando se baja de su caballo para no soltar su bocado y, en ese tirón, ambos caballos se desequilibran. Él afloja un instante que aprovecho para clavarle el puño en el pecho.

—¡Traidor! —bramo.

El golpe apenas lo desplaza medio paso, pero le basta a su montura para encabritarse. Pierde la rienda, el animal relincha y, con un latigazo de crines, se pierde entre los pinos. El mío lo sigue. Quedamos los dos en la orilla, con la respiración hecha astillas y agua hasta los tobillos.

Corro.

No llego a dos zancadas: su brazo me atrapa por la cintura, me levanta y me tira al suelo. Caigo de espaldas, la gravilla me araña la nuca. Él intenta sujetarme los hombros; le clavo la rodilla en la cadera y él se sienta con todo su peso sobre mis muslos para mantenerme quieta.

—¡Déjame! —le lanzo otro puñetazo; esta vez bloquea mi muñeca y la aprieta contra la tierra.

—¿Así, sin más? ¿Me dejas atrás y corres a avisar a Fingal? —Su aliento me golpea la cara, mezclado con lluvia y rabia—. ¿Te marchas como si no te atara nada?

—¡Nada que valga más que los míos! —escupo feroz; la otra mano libre le pega en el estómago. Ni se inmuta—. ¡Nunca planeaste protegerlos!

Él me sujeta esa segunda mano, cruza mis muñecas sobre la cabeza, me inmoviliza.

—Eres mi esposa —gruñe—. ¡Eso aún significa algo!

—¿Para ti? ¿O para tu plan? —retuerzo el cuerpo, pero su peso no cede—. ¡Me has utilizado, mentido y traicionado como si no valiera nada! ¿Qué te importa que me vaya?

Su garganta vibra; no es un grito, es un desgarro bajo la piel.

—¿Crees que no duele? —susurra ronco—. Me arrancas los cimientos y te largas como si fuera un ladrón más…

—Porque lo eres, Darian. —Las palabras me salen ardiendo—. Robaste mi confianza para apuñalar a los míos. Ya elegiste. Y con ello me perdiste.

Él afloja un instante, apenas un respiro, como si el golpe esta vez hubiera sido en carne viva. Aprovecho y giro la cadera; se tambalea, caemos de lado. Me escapo de sus manos y ruedo hasta ponerme de rodillas. Él me imita.

Me mira, con furia en la mirada, como si esperara que yo dijera algo que lo salve. Pero no digo nada. Porque yo también estoy demasiado rota para suplicar.

—No. —Darian sacude la cabeza; el agua resbala por su frente como sudor—. Lo único que pierdo es el permiso para fingir. Te quedas conmigo.

Me enderezo un palmo.

—¿A la fuerza?

—Si hace falta. —Sus manos se abren y cierran sobre mis muñecas —. ¡Tú me perteneces!

—No, Darian. Me marcho —corrijo entre dientes—. Y porque tú lo escogiste. Nadie más.

La lluvia cae a plomo. Ambos jadeamos, cubiertos de barro hasta las cejas.

—Si es cuestión de elegir —gruñe Darian, con los hombros tensos—, te quedas conmigo, Isleen. Punto.

—¡Ni lo sueñes!

Arashi, obediente a su nombre, vuelve al claro con un relincho nervioso. Darian clava la mirada en la yegua y decide en un latido. Se abalanza, cierra el brazo alrededor de mi cintura y, pese a mis rodillazos, me inmoviliza contra su pecho.

—¡Suéltame, malnacido!

—Ya he perdido demasiado —escupe él—. No voy a sumar tu nombre a la lista.

Saca la tira de cuero con la que me vendaba los ojos de la alforja caída, me retuerce las muñecas a la espalda y las ata con un nudo rápido.

—¿Vas a arrastrarme como a un saco?

—Voy a llevarte a un sitio donde pueda pensar sin temer que te largues a la primera curva.

Intento darle un cabezazo; me esquiva, me alza como si pesara aire y me sienta sobre la silla de Arashi. Se sube detrás, aprieta sus piernas contra las mías.

—Esto no termina aquí, Darian.

—Lo sé. —Hace girar la yegua hacia los árboles—. Mañana júzgame cómo quieras —murmura, sin florituras—. Pero te quedas conmigo.

Yo fijo la vista en la senda oscura. No respondo. El barro, la soga en mis muñecas y su brazo inmóvil rodeándome son la única respuesta por ahora.



Capítulo 24

«ISLEEN»

—Sube —dice, señalando el caballo sin amabilidad, después de haber hecho una pequeña parada para beber y dar comida a la yegua.

Aún es de noche y está claro que no vamos de vuelta a Loch Dòrm. Creo que voy a desmayarme de cansancio y falta de sueño, aunque al menos me ha soltado las manos.

—Si te aflojo las manos, ¿intentarás saltar? —me ha preguntado todavía sobre el caballo.

—Dudo llegar lejos corriendo de noche —he tenido que reconocer.

Ahora obedezco y subo al caballo. Mis piernas apenas sostienen el peso cuando me impulso sobre el estribo. El mundo gira un segundo, pero antes de que pueda caer, siento su brazo envolverme la cintura.

Se monta detrás, su cuerpo pegado al mío, sus manos grandes tomando las riendas.

No pregunta si puedo seguir.

No pregunta si quiero.

Solo cabalga.

El viento nos azota la cara, cortándonos la piel con su aliento helado. El barro salta a nuestra ropa. No sé a dónde me lleva. Pero sospecho que no es a un refugio.

Sé, por la rigidez de su cuerpo, por el silencio denso entre nosotros, que lo que me espera es algo que lleva demasiado tiempo enterrado.

Y que hoy, lo exhumaremos juntos.

Me aferro a la montura con manos entumecidas, la espalda apoyada en su pecho, sintiendo el ritmo firme de su respiración en la columna.

—¿Vas a matarme?

Mi voz rompe el silencio como un cuchillo de obsidiana y no sé cómo consigo que no me tiemble.

La rabia que le he visto hacia mi padre, la amargura que ha dejado escapar, la forma en que su voz aún tiembla de rencor bajo el silencio... todo eso se clava en mi pecho ahora con una certeza fría:

Estoy sola.

Completamente sola.

Y si decide matarme, aquí, ahora, no habrá nadie que me escuche gritar.

No debería preguntar.

Debería mantener la boca cerrada.

Debería confiar en el Darian que me sostuvo en la cama, el que dice que no piensa renunciar a mí, pero ahora siento que solo he bajado la guardia de forma estúpida con él y estoy en su territorio lejos de cualquier otro MacNab que pueda defenderme y él es el hombre más peligroso de las Highlands.

Y ya me ha engañado una vez.

El latido de Darian se acelera contra mi espalda, un golpe sordo, involuntario, como si las palabras le hubieran alcanzado donde ni el acero lo haría.

No responde enseguida, aunque siento cómo su mano derecha se crispa sobre las riendas, los dedos se tensan como cuerdas bajo la piel curtida.

Finalmente, me responde de manera baja, densa, lleno de un cansancio que no es físico.

—Si quisiera matarte, Isleen... —se inclina apenas hacia mí, el aliento caliente rozándome el cuello— no necesitaría llevarte tan lejos.

No sé si eso debería consolarme.

El caballo sigue avanzando, lamiendo los últimos jirones de niebla que se arrastran sobre el suelo ennegrecido.

—Entonces —susurro—, ¿a dónde me llevas?

Por un instante creo que no va a responder.
Que va a dejar que el silencio hable por él.

Pero luego, sin suavizar la voz, dice:

—Ya lo verás.

El caballo avanza entre los arbustos bajos, rompiendo el silencio del bosque que se abre lentamente ante nosotros. El sol comienza a salir: el horizonte aún es tinta, pero sangra en las aristas de las nubes.

Cuando salimos del último recodo, lo veo.

Las ruinas emergen de la colina como un recuerdo enterrado a medias.

Muros derruidos, grises, cubiertos de líquenes verdosos; torres partidas que apuntan al cielo como huesos rotos; un portón de piedra medio hundido, desfigurado por el peso de los inviernos y del olvido. No queda techo, ni almenas, ni estandarte. Solo piedras quebradas y silencio.

Darian tira ligeramente de las riendas. El caballo resopla, nervioso. No hay otro sonido.

Desmonto sin esperar indicaciones con las piernas entumecidas por el viaje. Me obligo a dar un paso, y luego otro, sintiendo el peso de su mirada clavada en mi espalda.

Me giro hacia él.

No dice nada.

No baja del caballo.

—¿Qué es este lugar? —pregunto, aunque en el fondo ya lo sé.

El viento me arranca las palabras de los labios.

Darian desmonta de un salto seco, suelta la silla de Arashi de un tirón y se la echa al hombro. No dice nada, pero sé lo que piensa: sin montura, no hay fuga posible.

Se acerca sin apremio, los pasos hundiéndose en el barro, y cuando habla, su voz no es más que un roce grave contra el crepúsculo.

—Esta era mi casa.

Me quedo quieta.

El corazón se me encoge, arrastrado por la sinceridad brutal de esas palabras.

—¿Caisteal an Eàrna? —susurro, buscando el nombre entre la niebla de las historias que crecí escuchando.

Él asiente.

Se detiene junto a una piedra hincada en el suelo, la punta apenas visible entre la maleza.

—Aquí estaba la sala del laird —dice, con una media sonrisa amarga —. Allí —señala un círculo apenas discernible de rocas más claras— el patio de armas. Y más allá —su voz baja aún más, como si temiera despertar a los muertos—, los establos, el horno, la herrería.

Sus palabras pintan un mundo que ya no existe.
Un hogar que se desmoronó hace veinte años, piedra a piedra, nombre a nombre.

Camino despacio entre los restos. El musgo resbala bajo mis botas, el viento me acaricia las mejillas en ráfagas frías. Cada paso me pesa más.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunto, la garganta cerrándose a cada palabra.

Darian se acerca, el rostro endurecido por algo que no es rabia, ni tristeza, sino una mezcla de ambas, tan vieja como las piedras que pisamos.

—Porque quiero que entiendas.

—¿Entender qué?

Sus ojos me buscan. No me miran, me atraviesan, como si escarbaran buscando algo que ni yo sé si puedo darle.

—Que hay heridas que no se curan —responde bajo, ronco—. Que no basta con enterrar a los muertos para limpiar la sangre de las piedras.

—¿Y quieres que crea que la única sangre derramada fue la tuya?

La pregunta sale antes de poder frenarla.

—¿Qué sabes tú de lo que perdimos aquí? —gruñe, dando un paso más cerca—. ¿Qué sabes tú de ver tu nombre arder mientras los hijos de otros alzan las copas sobre tus huesos?

—Sé lo que es perder —respondo, la voz endurecida por la furia que no sabía que seguía ahí—. ¿Crees que porque tus muertos fueron más ruidosos los míos dolieron menos?

Él me mira como si acabara de golpearlo donde más duele. Pero no me detengo.

—¿Sabes cuántos hijos tuvo mi padre, Darian? ¿Sabes cuántas tumbas cavó antes de quedarse solo?

Él no responde. No puede.

—Doce —siseo, avanzando hasta quedar frente a frente, tan cerca que casi puedo oler la sangre vieja en su piel—. Doce hijos. Doce

nombres. Doce promesas. Todos muertos a manos de los MacNeish menos yo y Killian.

Uno tras otro.

Mataron a Fergus en una emboscada en el bosque de Blair.

A Angus, lo degollaron frente a su esposa en la feria de Dunkeld.

A Iain lo dejaron colgado tres días en las puertas del viejo fuerte de Struan, para que los cuervos se alimentaran.

Darian parpadea, pero no retrocede.

—Y tú me hablas de pérdidas —escupo—. Como si solo tú pudieras reclamar dolor.

—Tu padre saqueó mi hogar —gruñe, y ahora la rabia sí rompe el temperamento que hasta ahora contenía—. Quemó nuestras tierras. Nos cazó como a bestias.

—¡Porque los MacNeish mataban a sus hijos! —grito, el viento arrancándome las palabras—. ¡Porque vuestra mano ya estaba manchada mucho antes de que él levantara su espada! ¿Quién dio el primer golpe? ¡Ni siquiera tú lo sabes!

Nos miramos como dos bestias heridas, la distancia entre nosotros cargada de siglos de odio.

—¡Sé quién acabó ardiendo en sus propias tierras! —grita él, y el eco de su furia revienta contra los muros derrumbados.

No sé quién de los dos da el paso primero.
Tal vez ninguno. Tal vez solo el peso del pasado que nos empuja.

Darian me sujeta del antebrazo, su mano firme, pero sin apretar, y tira de mí a través de las ruinas. No dice nada. No pregunta si quiero seguirle. Y yo no me resisto. No porque confíe en él. No ahora. Sino porque sé que, al final, todo esto nos arrastra igual que el barro nos succiona las botas.

Avanzamos entre piedras desgajadas, entre hierbajos secos que se enganchan en los pliegues de mi falda.

El viento nos rodea, helado, como si la propia tierra supiera adónde nos lleva.

Cuando Darian se detiene, lo hace ante una abertura hundida en el suelo.

Un pozo de piedras ennegrecidas, medio cubierto de maleza, olvidado por el mundo. No dice que me acerque.

No me empuja. Solo suelta mi brazo, con un gesto breve, como quien deja caer un peso demasiado viejo para seguir cargándolo.

—Mira —dice. Solo eso.

Doy un paso. Y luego otro.

El borde del pozo está frío bajo mis manos cuando me inclino. No hay agua. Solo oscuridad. Y dentro, apenas iluminado por la última luz rasgada del crepúsculo, veo retazos.

Fragmentos de tela deshecha. Huesos rotos, desordenados como muñecos olvidados. El eco hueco de un nombre que nunca será pronunciado de nuevo.

Siento que algo me tira desde dentro del estómago.

—¿Qué es esto? —pregunto, sabiendo que ya sé la respuesta.

Darian no se mueve. No tiembla.

—Aquí —su voz se arrastra como grava sobre piedra mojada— asesinaron a los míos.

El viento ruge a través de las piedras abiertas, como un gemido que el tiempo no pudo ahogar.

—Los arrojaron —añade, sin inflexión—. Y cuando terminaron, los quemaron aquí como si no valieran más que la ceniza que les cubría.

Me cubro la boca con la mano, pero el grito se me ahoga en la garganta.

No quiero imaginarlo.

No quiero ver a su madre ardiendo. Pero ya lo he visto. Lo veo en cada piedra rota. Lo huelo en cada respiración rota.

Me giro hacia él.

Darian no busca piedad. No busca perdón.
Busca que entienda.

Y lo entiendo.

Dios, cómo lo entiendo.

Pero también sé que eso no borra el dolor que llevo yo.

Que no limpia la sangre que también se secó en mis manos.

—Tu padre es un monstruo.

La frase cae como un hachazo. No la grita; la arroja, cruda, sin adornos, igual que las cenizas que acabo de ver.

El aire se hace espeso entre nosotros. Me obligo a alzar la cabeza.

—Sí —respondo al fin—. El dolor y el rencor convierten a cualquiera en monstruo… y al mío no le faltó ninguno de los dos.

—No me hagas reír, Isleen. No clavó el primer hierro en este lugar porque estuviera dolido, sino porque ansiaba más tierra y menos vecinos.

—¡Igual que el tuyo! Pero —doy un paso hasta quedar casi pecho contra pecho—, mi padre no abandonó a los suyos. Ni a su esposa, ni a su hijo. Se mantuvo erguido mientras este valle se volvía barro y sangre. Y puede que ahí esté la diferencia de por qué mi clan sigue en pie y el tuyo es polvo: porque el nuestro tuvo un laird que todavía respiraba por los que quedaban, no solo por la mujer que calentaba su lecho.

El golpe surte efecto. Lo veo titilar en sus pupilas, como si una brasa avivara un carbón enterrado. Su respiración se hace áspera. Aprieta el puño sobre la empuñadura de la daga, pero no la desenvaina. Los ojos —negros, resquebrajados— parecen buscar un lugar donde arrojar esa verdad para no mirarla.

—¿Crees que no lo sé? —murmura al fin—. Por eso llevo su nombre lleno de óxido en la boca. Por eso no le rezo a ninguno de sus pecados. Pero no confundas su cobardía con la mía. Yo nunca antepondré a la mujer que calienta mi lecho a los míos.

El golpe me sacude la boca del estómago. El viento vuelve a ulular entre las torres rotas, pero el zumbido que me hierve en los oídos es más feroz.

—¡Perfecto! Yo tampoco lo haré. Pero, dime —continúo, con el tono tan afilado como su daga—: si todo lo mío te repugna, ¿para qué me buscas para enterrarte entre mis piernas?

Una ráfaga helada revuelve los jirones de niebla; sus cabellos le azotan la frente cuando se inclina, apenas un palmo.

—Porque —dice, cruel— jodo a su joya más preciada.

El bofetón le cruza la cara antes de que termine el eco de sus palabras. El chasquido rebota entre las ruinas. Arde en mi palma, en mi pecho, en mis ojos.

Él no retrocede. Vuelve la cabeza despacio; la marca roja late en su mejilla, pero su mirada es la de un lobo que ha probado sangre.

—¿Eso te divierte? —respiro, el pulso en la garganta—. ¿Pisotear lo único que no has robado?

—No soy ningún santo, Isleen —responde, ronco—. Y tú lo sabías antes de compartir mi cama.

—Compartir no es lo mismo que usar. Yo puedo entregarme una noche, o cien, y seguir siendo mía al amanecer. Tú, en cambio, llevas encadenado a estos fantasmas media vida. No soy tu botín ni la llave para tu venganza.

—¡Tampoco yo soy la redención que sueñas para tu clan!

Nos quedamos tan cerca que el odio sabe a aliento ajeno. Temblamos, no de frío, sino de todo lo que nos sacude por dentro.

—Mátalos, si puedes —susurro—. Pero antes tendrás que matarme a mí. Si tocas a uno de los míos, me tendrás enfrente con el filo desnudo. Padre, amigo, campesino… no dejaré que tu cruzada los destruya.

La mención vuelve a tensarle el cuello. Respira hondo, pero la respiración le sale rota.

—¿Te pondrás entre mi espada y su garganta?

—Ya lo estoy —contesto.

Su puño se cierra, luego se abre, como si quisiera sujetar algo que ya no puede retener. Cuando habla, las palabras le salen a media voz, cargadas de un dolor que no sé si es para mí o para sí mismo.

—No quiero matarte, Isleen. Tampoco pretendo que elijas mi bando hoy —añade, más bajo—. Solo necesitaba que vieras dónde empezó mi guerra.

—Lo he visto —respondo, como un rugido—. Y nunca me pondré de tu parte.

Y en ese instante, siento el temblor en mi propio latido, allí donde creía que aún podía resistir.

—Tú no me has arrebatado un castillo, Darian… —mi voz se quiebra, áspera como las piedras bajo nuestros pies—. Me has arrancado la casa que había empezado a construir dentro de mi pecho.

Me llevo la mano al frente, justo donde el latido duele.

—Creí que podía quedarme contigo, aunque el mundo ardiera, porque pensé que, entre ruinas y cicatrices, estábamos levantando algo nuevo: un lugar donde dormir sin miedo y despertar sin cuentas de sangre. Yo lo habría defendido con uñas y dientes; lo habría llamado hogar, aunque no tuviera cimientos sólidos.

Ahora un sollozo; retrocedo un paso y el barro salpica hasta las rodillas y las lágrimas, esas lágrimas que parecen llevar días sin dejar

de caer me saben amargas en la lengua, me pesan en la boca como un grito que no encuentra salida.

—Te habría elegido una y mil veces como aquella primera vez, solo a ti. Y habría cargado tu nombre como un blasón, no como una deuda. Podría haberte amado, ¿lo entiendes? No por un pacto, ni por necesidad, sino porque vi en ti al hombre que aún pelea por levantarse entre las cenizas, que compartía lo poco que tenía con aquellos que sufrían, que repartía justicia a su modo.

—Isleen… —empieza, y la voz le sale tan rota que casi no la reconozco.

—Pero me usaste —lo interrumpo— como un ariete contra la puerta que guarda a los míos. Clavaste tu venganza en mi espalda mientras me susurrabas que me querías a tu lado. Y ahora lo único que late dentro de mí es este hueco, este hueco que, palabra a palabra, has ensanchado hasta dejarme sin corazón que entregarte.

Los labios me tiemblan y, aun así, me obligo a mirarlo. Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, furiosa conmigo misma por mostrarlas.

—Así que ahora: te odio. Te odio con la misma fuerza con la que, hasta hace un instante, hubiera dado mi vida por ti. Y ojalá doliera menos, porque el odio, Darian, no llena el sitio donde acabas de enterrar lo que quedaba de mi amor.

Darian pestañea— un latido apenas —y en su mirada se cuela algo que no había visto nunca.

El filo de la rabia sigue ahí, pero la hoja tiembla. Retrocede un paso, luego otro, como si el suelo se hubiera vuelto agua. El talón tropieza con una losa suelta y acaba sentado sobre la roca rota que un día fue un escalón. Se lleva ambas manos a la cara, los codos en las rodillas, y durante un latido entero no parece el demonio de caminos que temen los Ruthven; parece un hombre exhausto bajo demasiado peso.

Ese segundo de desnudez me rompe y, a la vez, me da la grieta que necesito.

El instinto me grita que escape ahora o nunca.

Me obligo a girar. Las ruinas no ofrecen una huida limpia, pero conozco la dirección del portón derrumbado. Salto la primera piedra, esquivo un arco roto, caigo de rodillas en el barro resbaladizo y me impulso de nuevo. El corazón retumba en mis costillas.

Detrás, un gruñido.

El peso de su bota contra la losa. Vuelve a ponerse en pie.

Maldición.

Aprieto el paso. El faldón se me engancha en un alambre de zarza; tiro, se rasga, pero no me detengo. Respiro como si me quemaran los pulmones. Otro metro. Otro más.

El bramido llega como un trueno:

—¡Isleen, espera!

No obedezco. Salto el murete final. El claro donde aguarda Arashi se abre, bañado en la luz sucia del atardecer. La yegua gira la cabeza, nerviosa. Silbo y ella viene a mi encuentro.

Darian ya corre; distingo su sombra larga hundiéndose entre las piedras. Elevo una plegaria al cielo, agarro la crin y me impulso a la grupa sin silla como he hecho mil veces antes. El dolor del brazo magullado chisporrotea, pero la adrenalina lo ahoga.

Un latigazo de talones. Arashi se encabrita justo cuando él irrumpe justo a nuestro lado en tres zancadas diabólicas. Casi le oigo la respiración. Su mano roza el faldón desgarrado… y en ese instante Arashi salta un viejo tronco caído y se pone al galope. La sacudida me arranca un jadeo; la distancia se abre entre él y yo.

—¡Isleen, para! —ruge sin detenerse, pero la yegua corre más rápido.

Meto la cabeza entre los hombros, dejo que Arashi lea el terreno mejor que yo. Hiedra, maleza, corteza mojada… el bosque nos engulle y cada zancada amortigua su voz hasta volverla lejana.

El latido me truena en las sienes. Una rama me corta la mejilla; no lo siento.

Tenemos horas hasta el castillo, más si mantengo el trote ligero. Él no tiene montura. No podrá darme alcance fácilmente.

Y yo… yo tengo que advertir a mi padre antes de que la ruina llegue a nuestras puertas.

Aprieto los labios. El golpe en su rostro todavía arde en mi palma. Emprendo una loca carrera entre los árboles, rumbo a Dùn Fergas, sabiendo que la próxima vez que Darian y yo nos veamos estaremos en bandos enfrentados.



Capítulo 25

«ISLEEN»

Todo se vuelve un latido opaco: uno-dos, uno-dos…
El ritmo de Arashi ya no es galope; es convulsión. La crin salpicada de espuma me golpea la cara, y aun así le ruego en un susurro:

—Un tramo más, vieja amiga… solo uno más.

Me cuesta mantenerme recta.

Las riendas resbalan de mis dedos dormidos; no los siento desde hace millas. Cada sacudida me astilla las vértebras y me arranca un gemido que el viento se traga. El frío cala la cotona empapada; la fiebre quema por dentro y el sudor se vuelve hielo en la nuca.

Intento enfocar: el portón de Dùn Fergas se perfila entre antorchas vacilantes… luego se difumina, luego vuelve. La visión se me parte en manchas negras.

Un cuerno suena en la muralla, grave, desconfiado.

—¡¿Quién vive?!

Intento alzar la mano, pero el mundo oscila y casi caigo. No puedo articular mi nombre, así que aprieto las rodillas y dejo que Arashi decida. La yegua, exhausta, choca contra las puertas justo cuando se abren; apenas da dos pasos y se desploma de costado, arrastrándome con ella.

La piedra del patio me muerde la mejilla. Alguien grita mi nombre lejísimos. No tengo fuerzas para moverme.

Hay botas que corren y chasquean sobre lajas húmedas. Un juramento ronco:

—¡Isleen!

Unas manos fornidas me dan la vuelta con cuidado. El rostro de Caelan aparece, empapado, o quizá soy yo quien chorrea. Su aliento huele a miedo.

—Te tengo… te tengo —murmura, como si se lo jurara a sí mismo más que a mí.

Me alza, fácil, y el dolor se enciende en todos los huesos a la vez. Lanceta de fiebre en la sien, martillo en las costillas. Exhalo un quejido; él lo ahoga con un «shhh» que casi suena a oración.

—Arashi… —balbuceo.

—La cuidan ya. Tú respira. Estoy aquí. Todo va bien, todo va bien.

Quiero reírme de la mentira, pero solo sale un jadeo roto. Me estremece un frío que no es del viento; es el hueco que Darian dejó al arrancarme de cuajo el corazón.

—Llamad a la sanadora. ¡Ya! —vocifera Caelan.

Las antorchas me ciegan a fragmentos. Veo caras de soldados, criados, borrosas, preocupadas.

Mi cabeza cae sobre el hombro de Caelan; noto su pulso desbocado contra mi mejilla. Me tensa una capa sobre el cuerpo mientras atraviesa el zaguán y sube las escaleras de la torre. El calor de su pecho es lo único firme.

—Perdóname… —murmuro; no sé si por Arashi, por mi clan o por permitir que lo peor sucediera dentro de mí.

—No hay nada que perdonar —susurra—. Ahora descansa.

Me acomoda sobre mi cama. El jergón cruje, áspero, pero el simple hecho de estar horizontal alivia algo del vértigo. Caelan inspecciona mi frente.

—Ardes. Te traeré agua y más mantas. No te muevas.

Quiero aferrarlo; él se aparta solo el instante justo para echar leña al brasero. El resplandor naranja dibuja la tensión en su mandíbula. Conozco esa señal: está conteniendo preguntas, tal vez noticias. Algo más pesa sobre él y decide callarlo.

Vuelve con un paño frío. Me limpia el barro del rostro con una suavidad que jamás habría imaginado en sus dedos curtidos. Cuando termina, aprieta mi mano contra su pecho, justo donde late su lealtad ciega.

—Estás a salvo ahora, Isleen. Nadie pasará por esa puerta.

«¿Y si el enemigo ya está dentro de mí?», pienso, pero no lo digo.

Los párpados me pesan.

Antes de entregarme por completo al sueño, busco su mirada.

—No dejes que el fuego llegue a estos muros, Caelan. Avisa a mi padre de que Darian quiere destruir a los MacNab. Ese era su plan desde el principio.

Un músculo se le mueve junto al ojo. Asiente solo una vez. Cierro los ojos, aferrada a ese gesto, al temblor de su pecho y al latido que dice

que aún hay algo —alguien— que no me ha traicionado.

Su silueta se vuelve borrosa; el calor del brasero se mezcla con un frío que ya nace dentro, no fuera. Aun así obligo a mis labios a moverse:

—E-es…pera, Caelan… —mi voz se quiebra—. Hay algo que… que debes saber.

Intento incorporarme, pero el mundo gira. Él me sujeta por los hombros.

—¿Qué ocurre?

—Tú… tú eres medio hermano de Darian. —Cada palabra pesa como plomo—. Tu padre… era el Laird de los MacNeish. Él…

La habitación se ladea. Trago fiebre y barro.

Caelan no pestañea. Sus facciones, siempre firmes, apenas se crispan. Luego asiente.

—Lo sé, Isleen —responde sin alterarse—. Tenía nueve años cuando tu padre me trajo a estas murallas. Edad suficiente para recordar de dónde venía… y para decidir a quién debía mi lealtad.

El escalofrío que me recorre no es de enfermedad; es vértigo por todo lo que creí secreto y ya estaba desnudo ante otros ojos.

—No les debo nada a esos fantasmas —continúa—. Todo lo bueno que soy, lo forjé aquí. Fingal me dio nombre, espada y causa. —Aprieta mis dedos—. Si Darian viene a destruir este hogar… lo detendré. Como capitán. Como… lo que haga falta.

Un hilo de alivio y dolor a la vez se me cuela entre las costillas.

—Promételo —susurro.

—Te lo juro por el acero que porto y por la tierra que piso. —Se inclina; su frente roza la mía—. Ahora descansa. Mañana necesitarás fuerza para llorar lo que venga.

Quiero preguntarle qué significa esa sombra en su voz, pero la fiebre me arrastra. Último pensamiento: Caelan de pie a mi lado, guardián silencioso, mientras el fuego del brasero lanza destellos sobre su espada.

Despierto empapada. Las ventanas dejan pasar una luz blanca, de amanecer o de luna—no sé—, y Eilidh me cambia las sábanas con manos que huelen a tomillo.

—Bebe —me dice.

El líquido me quema el paladar y, de pronto, descubro el paño empapado entre mis muslos. Un rojo oscuro, denso, imposible de confundir con el de una hemorragia común y los dolores horribles y punzantes que sentí durante la noche cobran sentido. Hay algo que ya no está.

No lo sabía. No lo esperaba. Y, sin embargo, lo pierdo. Y lo sé. Lo sé con la certeza amarga de quien ha sentido algo latir sin haberlo escuchado.

—Tranquila —susurra Eilidh mientras presiona paños calientes sobre mi vientre—. El cuerpo escoge qué puede cargar y cuándo.

No lloro; pero me abrazo el estómago con las manos. Como si pudiera devolverle algo. Como si mis dedos supieran decir perdón mejor que mi boca.

No sospechaba que estuviera embarazada, pero en ese instante lo sé, con la certeza silenciosa con la que una madre reconoce un latido ausente.

No quería un hijo.

No ahora.

Pero ahora que no lo tengo, hay un hueco. Un hueco que no sabía que podía doler tanto.

Y en ese hueco se mete el frío.

El frío, y el silencio, y un amor inconcluso que no sabrá nunca que existió.



Afuera alguien discute en voz baja. Distingo el timbre de Caelan: cada frase suya golpea el pasillo como un azadón.

—¡No se lo puedo decir todavía! No está en condiciones de soportar otra mala noticia.

—¡El clan necesita un laird! —responde otro hombre—. Tenemos a los Ruthven al norte y a MacNeish al este. Será nuestra ruina.

El silencio que sigue es tan denso que corta el aire; luego se alejan pasos, un cerrojo.

El mundo deja de sostenerse.

Padre.

La certeza me aplasta antes de que nadie pronuncie su nombre. Siento —físicamente— cómo algo se desgaja dentro de mí, como un tablón que cede bajo demasiada nieve.

Intento girar, levantarme.

Las mantas se enredan en mis piernas; la habitación gira. No hay fuerza, pero sí rabia, una oleada caliente que me empuja a apoyar los pies en el suelo.

La puerta se abre de golpe. Caelan entra con ojeras hasta el mentón, la mano aún en el pomo. Al verme fuera de la cama se lanza a sujetarme por los hombros.

—Isleen, no.

Su voz —normalmente de acero— suena quebrada.
Yo arqueo la espalda, me sacudo.

—¿Desde cuándo? —escupo—. ¿Desde cuándo está muerto y me lo escondes?

—Lo enterramos hace apenas dos días. Te trajimos con fiebre, ¡no aguantabas ni el peso de tu nombre!

—¡Soy una MacNab! —Le golpeo el pecho con los puños, débil, pero no paro—. ¡Debí estar allí para él… para todos!

Me sostiene; cada embestida mía le arranca un latido, pero no me suelta.

El llanto me sube en oleadas, incontenible, y con él un sollozo animal que jamás había oído en mi propia garganta.

—Mírame —susurra. Me alza el mentón con dos dedos temblorosos —. Fingal hizo su última guardia orgulloso de lo que hiciste en Inverlochlarig. Murió tranquilo, Isleen. No le fallaste.

La habitación se desenfoca: paredes, vigas, lámparas… todo se diluye detrás de las lágrimas.

Me agarro a sus muñecas como una niña y dejo que el cuerpo se derrumbe; él se arrodilla conmigo, me envuelve con la manta y mi propia vergüenza.

—Lo he perdido todo, Caelan —susurro entre hipos—. Él… Darian… el niño que no llegó a ser… ¿Qué me queda?

—Te quedas tú —dice, y la voz le duele—. Te queda este castillo que aún responde a tu nombre y a tu sangre. Te quedo yo, mientras mi espada tenga filo.

Me acuna contra su pecho. Entre sollozo y sollozo me llega el olor a cuero mojado, a hierro, a humo de las antorchas de la muralla: el olor de un hogar que todavía respira.

—Déjame sostenerte —murmura—. Cuando estés mejor lloraremos ante su tumba. Esta noche solo respira.

Cierro los ojos.

Las lágrimas ruedan libres, silenciosas, y se mezclan con la lluvia que golpea el alféizar.

Mi padre descansa ya bajo tierra.

El niño que llevaba dentro descansa en algún limbo que no entiendo.

Darian cabalga con la guerra a cuestas.

Pero las manos de Caelan me sostienen, y por primera vez desde Loch Gorm siento que no me voy a romper del todo.

Apoyo la frente en su cuello. Dejo que el vacío se llene con ese latido ajeno, terco, que insiste en recordarme que todavía hay algo que salvar.

Y lloro hasta quedarme sin voz.

Pierdo el hilo de los días. Solo sé que el sol está alto el primer día que amanezco sin fiebre y con el corazón hueco como un cuenco astillado. Intento incorporarme: los músculos tiemblan; la habitación se inclina. Caelan está allí, medio dormido en una silla, la cabeza apoyada en la pared. Le basta mi quejido para despabilarse.

—¿Necesitas algo?

—Un porqué —murmuro, y me sorprende lo áspera que suena mi voz—. ¿Todavía estamos en pie?

Sus cejas se juntan: entiende la duda detrás de la pregunta.

—No han venido —dice—. Aún.

Algo se relaja y, al mismo tiempo, se rompe dentro de mí.

—Isleen…

—No digas que lo sabías. No todavía.

Caelan calla. Sus manos se apoyan en mis hombros con la ternura torpe de quien solo sabe proteger a golpes. No retrocedo: necesito ese peso para no flotar.

—Tengo que poner este castillo en orden —dice al fin—. La gente necesita ver que sigues viva.

—La gente necesita un laird —respondo, y la frase se corta ahí; desde el umbral, Eilidh tose para hacerse notar antes de entrar con más paños y un cuenco de caldo.

Caelan traga saliva. Hay algo en sus ojos que no es cansancio, ni miedo al asedio. Es duelo puro, contenido para no quebrarse delante de mí. Me basta para saber la verdad sin que la pronuncie.

La cuchara humea frente a mi boca; no pruebo un sorbo. Aun así, digo:

—Haz sonar la voz. Bajaré a enfrentarme al consejo.

Las venas del cuello de Caelan palpitan; asiente, una sola vez, No necesito preguntar si cumplirá mis ordenes: la respuesta está en esos ojos grises hinchados por no dormir.

Se marcha dando indicaciones por el pasillo. Eilidh me acerca el cuenco; su mirada dice que debo beber. Obedezco. El caldo me sabe a ceniza y a sal derramada. Sabe a todo lo que se ha perdido.

Cuando Eilidh retira la taza, me quedo sola con el silencio. Me palpo el vientre. Vacío. Miro la puerta cerrada. Vacía, también.

—Padre —susurro—, no tengo fuerzas para odiar como él. Pero juro que tampoco dejaré que su fuego nos trague.

La promesa queda suspendida entre la llama temblorosa de la vela y mi respiración frágil. Afuera, el castillo sobrevive un día más. Yo todavía no sé si puedo decir lo mismo de mí.



Capítulo 26

«DARIAN»

Me arde la boca del estómago como si hubiera tragado hierro al rojo.

No hay ruido en la sala común. Solo el chisporroteo apagado del hogar y el jadeo irregular de mis pulmones, como si respirar doliera más que morder. Aun así, aprieto los puños. No porque tema que alguien irrumpa, sino porque necesito para blandirlos.

Algo. Lo que sea. Un ruido, un error, una chispa. Algo que me obligue a golpear y ser golpeado.

Pero nadie entra.

Nadie ha cruzado ese umbral desde que regresé empapado, a pie, sin riendas ni rumbo. Caminé hasta que las botas fueron barro y las botas dejaron de serlo. Hasta que encontré un caballo. Hasta que el caballo cayó.

Dos noches llevo aquí. A oscuras. A solas.

Y nadie, ni siquiera Kerran con su lengua larga, ha osado interrumpirme.

Ni Broen, que se traga el silencio mejor que el vino.

Ni los mozos de cocina.

Ni siquiera el perro cojo que solía colarse buscando restos bajo la mesa.

Todos entienden que esta vez no se juega. Que, si alguien rompe este silencio, puede salir peor que despedazado.

—La has perdido, joder.

La voz de Kerran fue la única que se atrevió a decirlo en voz alta y me sigue latiendo en la cabeza. Lo fulminé con la mirada y se largó, pero la frase quedó flotando, pegada al hollín de las vigas.

Me reclino en el banco, los codos a las rodillas. El leño cae; chispas naranjas suben y mueren en la negrura de la chimenea. Cierro los ojos. No sirve. La veo igual.

«Podría haberte amado… no por un pacto, ni por necesidad».

Me froto la cicatriz del pómulo; todavía duele el bofetón. Más que el corte de Claymore que tengo ahí mismo, más que el tajo de alabarda en la espalda. Esos golpes me los gané.

Aquel «jodo a su joya» no lo dijo el hombre que la besaba medio dormido al amanecer; lo ladró la bestia acorralada que llevo dentro.

No era yo: era la quemadura vieja de ver a mi madre arder, la misma que me despierta empapado y con el puño cerrado. Era el miedo—sí, miedo—de advertir en sus ojos la decisión de marcharse para siempre y no encontrar forma de tenderle un puente que no estuviera hecho de rabia.

¿Qué esperaba, en realidad? ¿Que aceptara mi guerra por pura fe? ¿Que viera justicia donde solo queda humo? ¿Que se quedara porque yo se lo pedía?

Ella, tan leal a los suyos que preferiría sangrar antes de mentirlos; esa lealtad, admito, me vuelve loco. Admiro esa *manera de plantarse* delante de una horca con la cabeza alta y temblar solo después, cuando nadie mira. Quise ese fuego a mi lado—creí merecerlo—sin comprender que el mismo fuego que calienta también arrasa si intentas encerrarlo.

Ahora la sala huele a leña húmeda y a arrepentimiento, y no sé qué me duele más: el hueco que dejó, o la idea de que la obligué a elegir entre su honor y mi necesidad de venganza.

Le pedí que me siguiera con los ojos vendados… y luego me enfadé cuando no soportó afrontar la hilera de cadáveres que yo mismo amenazaba con poner en su camino.

Si fuera otro hombre… Iría a Dùn Fergas con un pañuelo blanco, aceptaría su juicio, dejaría que me llamara **traidor** y acabaría con este círculo de sangre. Pero no soy otro hombre. Soy el que les prometió fuego a cambio de lealtad. El que les dio un enemigo cuando ya no tenían clan. ¿Cómo decirles ahora que quiero paz… cuando fui yo quien les enseñó a empuñar la rabia? ¿Les diré ahora que todo fue un error porque mi corazón descubrió tarde el valor de una palabra tierna?

Pero tampoco me miento.

Llevo días calibrando el mapa y cada vez retiro la antorcha un poco más lejos de las murallas de Fingal. No es perdón—todavía no sé si soy

capaz—, pero es un principio: ninguna venganza vale su miedo, ningún estandarte la agonía que vi en su cara cuando llamó **botín** a mi deseo.

Si fuera otro hombre… no le prometería un mundo sin guerra; ella ya sabe que eso no existe.

Le prometería algo más sencillo y, creo, más difícil: que cualquier batalla que quedase por librar se decidiría con ella delante, no a sus espaldas. Que su gente no moriría por un plan que ignore su voz y su fuego no nacería para alimentar mi odio, sino para alumbrar un terreno nuevo, uno donde los dos podamos dormir sin cuchillos bajo la almohada.

Puede que no me perdonase pronto. Tal vez nunca.
Pero yo entendería que mi victoria no sería ver Dùn Fergas arder, sino verla a ella entrar, con paso firme, con el mentón en alto y una sonrisa, en una sala donde nadie necesite desenvainar nada.

Si yo fuera otro hombre que no soy. Decidiría —con toda la terquedad que me queda— que no volvería a perderla sin haberlo intentado todo.

Me levanto. Camino. Una vuelta a la mesa, otra al muro. La humedad del suelo se me mete en los pies descalzos, pero aguanté inviernos peores en pésimas condiciones; no voy a ponerme botas para cruzar mi propio infierno.

En el aparador espera la jarra de cerveza que Finn dejó y que nadie se atrevió a retirar. Bebo un trago largo, dejo que la amargura me golpee la lengua y… ni así baja la punzada.

Golpeo la jarra contra la tabla. La madera cruje. El líquido salpica y corre en pequeños ríos turbios. Miro la mancha, espesa como un presagio, y me descubro temblando. No de frío; eso sería fácil.

El mapa de Dùn Fergas sigue extendido sobre la otra mesa, clavado con cuchillos. Quinientas marcas: guardias, puntos ciegos, depósitos inflamables. Todo listo. Todo pensado. Tardé meses en bordar esa red de muerte y, aun así, basta una frase suya para que todo el tejido me parezca por primera vez humo.

Si cierro los párpados, la tengo enfrente. El barro hasta las rodillas, los ojos hinchados de rabia, la voz rota de tanto sostenerse entera cuando yo… Yo que creí saber de ruinas, la convertí en una.

No fue el plan el que la partió; fui yo. Porque me engañé pensando que mi guerra y su futuro podían convivir bajo el mismo techo.

—Pensé que, entre ruinas y cicatrices, estábamos levantando algo nuevo… —Eso dijo, y juro por Dios que yo también quería eso.

Doy un paso. Mi pie golpea el banco derribado y lo cojo y lo lanzo contra la pared donde se hace astillas. El estrépito se apaga enseguida: nadie acude. Claro que no.

Me queda la venganza. Solo eso sigue en pie entre los escombros, y me pregunto si basta para sostenerme.

La puerta exterior rechina. Broen deja una bandeja con algo de comida en el umbral sin cruzar la línea. Le agradezco con un gruñido que no suena a nada humano.

—Han vuelto los que dejaste en Dùn Fergas —informa sin rodeos.

El aire se me atraganta.

—¿Dónde están?

—Fuera. No se atreven a pasar.

—Haz entrar a Athair.

Broen titubea apenas, luego desaparece. Trago el último sorbo amargo de cerveza de la jarra y aparto el mapa de un zarpazo: no quiero que ninguna de esas marcas me mire mientras escucho.

La brasa del hogar se queja; vuelvo a clavar el atizador solo para oír algo romperse que no sea yo. Detrás, la puerta se abre un palmo y Athair se cuela sin anunciarse.

—¿Qué noticias traes? ¿Cómo está Isleen?

Athair deja la capa empapada en un banco. Avanza hasta que la luz del fuego le arranca las ojeras.

—Está viva —empieza—, pero por poco. Llegó a Dùn Fergas hecha pedazos. La yegua se desplomó en el patio y no volvió a levantarse.

La madera cruje.

—¿Cuánto por poco, Athair?

—Llegó agotada, con fiebre. Un pulmón cargado y una hemorragia que casi la vacía. —Traga saliva—. Eilidh dice que… estaba embarazada y… perdió al crío.

La palabra embarazada golpea mi pecho como un mazo. Siento cómo se me escapaba el aire. Por primera vez, mis manos, acostumbradas a blandir una espada, tiemblan con impotencia. El mundo se me clava detrás de los ojos, como si alguien hubiera tirado de un hilo tenso y todo mi interior se rasgara.

—¿Qué?

—Tu hijo, Darian. —Baja la voz; ahora suena feroz y compasivo a la vez—. No lo sabía nadie. Eilidh calcula dos lunas, tal vez tres.

Me apoyo en la repisa antes de caer. El sabor a sangre vieja sube por la garganta. El atizador se me escurre de los dedos y golpea las losas con un chasquido hueco.

—¿Mi… hijo? —La palabra se atasca; sale rota, casi extraña.

Athair avanza otro paso, despacio, como se acerca uno al filo de un acantilado.

—Ella preguntó por ti mientras deliraba. Luego despertó y… no deja que nadie pronuncie tu nombre. Caelan está fuera de sí; si te presentas ahora, te atraviesa. Aun así, nos dejó marchar; ella dijo que no traicionaba a la gente dentro de su castillo.

—¿Isleen toma las decisiones? —digo, la voz áspera.

—Ahora está al mando. Ella y Caelan que se asegura de que nadie ponga en duda su liderazgo. El viejo murió unos días antes de que Isleen volviera. Estaba en cama cuando lo enterraron. Creo que nadie se lo dijo hasta días después.

Nada más. Ni una sílaba de duelo… y sin embargo la noticia me parte igual que un virote entre las costillas.
Yo había imaginado a Finlay de pie, forzado a contemplar sus muros ardiendo, su blasón cayendo, mi bandera al viento. Ese era el cuadro que me sostenía en las noches de dolor y sangre.

Ahora el bastardo se me ha escurrido y me deja con la antorcha encendida y el patio vacío.

El silencio se alarga. El chisporroteo del hogar parece un insulto.

Isleen.

Entre nosotros ya no caben puentes, pero el pensamiento de ella velando a su padre se me clava en el paladar con sabor a óxido. Juro que deseo poder arrancarle la pena de los huesos y ponerla en los míos; así, al menos, algo de este incendio serviría para calentarla en vez de consumirla.

Broen se apoya en el quicio, los brazos cruzados; su sombra hierve junto al fuego.

—¿Vas a dejar que el dolor te afloje el filo, Darian? —Su voz es grava seca—. Fingal ha muerto; Dùn Fergas está sin cabeza y tú tienes un mapa listo en esa mesa.

—Fuera —murmuro.

No obedece. Avanza hasta el mapa, palmea una de las dagas que lo clavan a la madera.

—Broen —gruño—. He dicho fuera.

—Y yo digo que no olvides por qué levantas ese acero. —Señala las marcas como si fuesen viejas cuentas—. Los MacNab no lloraron cuando nuestras madres ardían. ¿Vas a llorar tú ahora que te toca cobrar?

Una punzada atraviesa el pecho. Madres. Hijo. Esposa. La línea que dividía el dolor del enemigo del propio... se ha vuelto humo.

—Sal —repito, más bajo.

Broen niega, pero Athair se interpone:

—Basta. Ahora no. —Su mano descansa sobre la empuñadura, un aviso sin brillo.

Broen me busca los ojos; encuentra algo que lo hiela porque retrocede un paso y cruza la puerta de salida sin pronunciar más palabras.

Athair aclara la garganta:

—El capitán Caelan ha cerrado las puertas. No permiten salir ni entrar a nadie. Cuando pueda sostenerse, Isleen querrá tu cabeza. Y Caelan no dudará en dársela.

—Lo sé. —Me paso la mano por la cara, sorprendido de encontrarla mojada—. Pero esta guerra… ya no sé contra quién la empuño.

Athair no responde de inmediato. Se acomoda el cinturón, como si buscara en la hebilla las palabras que no quiere soltar a la ligera. Al final, habla con la mirada clavada en el fuego.

—Cuando estabas con ella… parecías menos solo. Menos en guerra con todo, pero… yo te seguiré allá donde vayas y apoyaré cualquier decisión que tomes.

No añade nada más. No necesita. Esa frase se queda en el aire, tibia, sin juicio, sin consuelo.

No me giro a verle marchar. El silencio regresa, denso como alquitrán. Doy un paso; el suelo parece inclinarse.

He perdido a mi hijo antes de que pudiera saber su nombre, y a la única mujer capaz de levantar un hogar en unas ruinas donde solo crecían huesos: la que, con un solo estoy aquí, hacía temblar menos el

metal que llevo por corazón, la que sembró trigo en los campos baldíos de mi existencia y carcajadas donde solo había rencor e ira.

—No puedo quemar lo que aún deseo abrazar.



La puerta trasera se abre días después con un crujido indecente, como si hasta la madera supiera que no es momento. Y, aun así, entra. Por supuesto que entra. Porque si el mundo se estuviera acabando, Kerran aparecería igual, con una sonrisa torcida y un comentario fuera de lugar.

—¿Sabes? Huele a tragedia y cerveza vieja. Debe de ser martes.

No levanto la vista. Sigo con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza ardiendo. Él no se inmuta. Camina como si le perteneciera el suelo que piso, se sirve lo que queda de cerveza y se deja caer en el banco de enfrente, sin pedir permiso.

—Broen dice que no quiere verte. Yo, en cambio, vengo por voluntad propia. Soy así de generoso.

—O así de idiota.

—También.

Bebe un trago. Luego otro. Me mira.

—Quería comprobar si sigues vivo. Aunque parece que ya estás ensayando para el entierro.

—¿No tienes otra puerta que molestar? ¿O una pelea de gallos que perder?

—No, pero gracias por preocuparte por mi agenda. —Se sienta sin ser invitado y le da un sorbo a la jarra—. Lo que sí tengo es una sugerencia, gratuita y con algo de decencia.

—Qué lujo. —El sarcasmo se me cuela entre los dientes.

Bebe un trago. Me observa con esa expresión que solo él domina: entre fastidio y ternura disfrazada de pulla.

—¿Sabes qué creo, Darian? Que estás buscando razones para seguir hundido. Y no te culpo, oye. El drama te queda bien. Tienes la

mandíbula perfecta para ello. Pero igual va siendo hora de dejar de mirar al fuego como si te fuera a devolver lo que perdiste.

No respondo. Él chasquea la lengua.

—Podrías presentarte en Dùn Fergas. Hablar. Pedir perdón. Incluso intentar no parecer un animal salvaje. A lo mejor no te apedrean. A lo mejor solo te escupen.

—¿Y tú crees que eso cambiaría algo?

—No. Pero igual te ahorras la úlcera. A veces basta con usar la lengua para otra cosa que no sea morder.

—No todos tenemos tu fe ciega en los milagros.

—No todos tenemos tu capacidad para arruinar lo que más quieren —responde sin pestañear—. Y ahora aquí estás con el alma hecha trizas.

—¿Y ahora vas a darme lecciones?

—No, por Dios. Yo no doy lecciones. Solo lanzo puyas. Y si alguna duele, es porque acierta.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que cabalgue hasta Dùn Fergas a pedir perdón y un beso en la frente?

—No. Solo que dejes de mirar al fuego como si fuera a escupirte una respuesta.

Me limpio la boca con la mano. La cerveza me sabe a óxido.

—Ella no va a perdonarme.

—¿Y tú te lo has perdonado?

—No.

Me mira. Baja la voz. Por una vez, no suena a burla.

—Tú la quieres. A tu modo torpe y lleno de heridas, pero la amas. Y ella... ella te miraba como si fueras lo primero bueno que le había pasado en medio de un mundo roto. Como si no viera lo que eras, sino lo que podías ser. Eso no se encuentra dos veces. Créeme, he buscado.

El silencio que sigue no es cómodo. Pero tampoco lo necesito.

Kerran se levanta, da un par de pasos hacia la puerta y, justo antes de salir, se gira.

—Haz lo que quieras, Darian. Quémalo todo, escóndete, sigue bebiendo hasta que te duela menos. Pero no digas que no sabes qué hacer. Porque sí lo sabes. Lo que no tienes es el valor de hacerlo.

Nos miramos un instante. El fuego crepita entre nosotros. Kerran se pone serio por un segundo, cosa rara en él.

—Te lo digo como quien ha tenido que sacar tu espada del lodo más veces de las que recuerda: no la perdiste por lo que hiciste. La perdiste por lo que no dijiste. Por creer que el silencio alimenta tu ego más que la verdad. A veces, Darian... hay que arrodillarse. No por debilidad. Por justicia.

Hace una pausa, y remata:

—Y si no vas por ella, al menos ve por ti. Porque a este paso, ni tu reflejo va a querer quedarse contigo.

La puerta se cierra con un golpe seco. Me deja solo. Con el eco de su voz. Y con la duda clavada en mitad del pecho, donde solía latirme algo que no era solo rabia.

No voy a ir a Dùn Fergas.

No puedo tocarlo.

Y mucho menos entrar en él como si lo mereciera.

Me la imagino ahí, caminando por las galerías de piedra con el mentón alto, la mirada fría. Sola. Herida. Entera.
Me la imagino con un niño en brazos que ya no existe.
Con una carcajada que no volveré a oír.

Me la imagino mía.

Y sé que eso también es mentira.

Sigo de pie.

No doy un paso.

Y no sé si eso es rendición…

O el castigo que me reservo por todo lo que no fui capaz de salvar.



Capítulo 27

«ISLEEN»

El amanecer no entra. Se cuela, como un filo tibio bajo la puerta de la alcoba. No hay música en su luz, solo la certeza de que el día ha comenzado sin mi permiso.

El cuerpo me duele de forma distinta esta vez. No es fiebre ni herida. Es un hueco, como si alguien hubiera arrancado una parte de mí con las manos desnudas y no se hubiera molestado en cerrarlo.

Me incorporo despacio. El camisón de lino me cuelga de los hombros. La manta arrugada aún guarda el calor de una noche sin sueños. Me tiemblan los muslos al bajar las piernas de la cama, pero no me detengo. No puedo. No después de todo lo que ya ha ardido.

Cuando abro la puerta, Caelan está allí. De pie, como siempre. Como si no necesitara dormir y me sostuviera a base de silencio. No levanta la cabeza al oírme. Solo habla.

—Los Ruthven han bloqueado el paso de Laggan. Controlan las rutas del norte. Cobran peaje por cada saco de avena a precios que saben nadie puede pagar.

Asiento. Me aproximo a la mesa, arrastrando el tacto áspero de la alfombra con los pies. Sobre el pergamino, los pequeños círculos rojos rodean Dùn Fergas como un collar de asedio.

—¿Y los clanes menores?

Caelan traga saliva. Su mandíbula se tensa justo antes de hablar.

—Han empezado a responder. Tres han pedido asilo, dos proponen alianza. Pero...

—Dilo.

—Todos preguntan si Darian MacNeish está al frente del castillo.

Qué ironía.

Hace unas lunas, Darian era un lobo sin jauría, un mercenario al que no querían ni en la mesa ni en el mapa.

Y ahora, lo buscan como si fuera el último clavo al que atarse antes del naufragio.

No respondo enseguida. Miro el mapa como si pudiese torcer sus líneas con los ojos, como si cada trazo fuese una promesa que alguien

me ha obligado a romper.

—Entonces que me vean sola.

Caelan alza la cabeza. Su mirada busca grietas en la mía. No encuentra ninguna. No hoy.

—¿Estás segura?

—Lo he enterrado todo, Caelan. A mi hijo. A mis padres. A mis hermanos. Incluso a él. No me quedan miedos.

Él avanza un paso. Sus manos se apoyan en el borde de la mesa, los nudillos blancos. Duda. Y luego lo dice.

—Te queda lo que el mundo aún no ha logrado arrebatarte. Tu decisión. Tu aliento. Te quedo yo.

Duda. Da un paso más. Su mano no me agarra: me toca. Solo eso. El dorso contra el mío, como un juramento que no necesita ruido.

—No como sombra, ni como guardia, ni como espada. Me tienes porque quiero quedarme. Porque cuando tú ya no sepas quién eres, yo sí, y cuando no puedas sostenerte, lo haré yo. Aunque sea a ciegas.

Respiro hondo. Y por un instante, por un solo instante, el aire me entra sin herir.

—Caelan...

—No digas nada. Solo déjame estar. No espero que me mires con los ojos que usabas para él. Solo quiero ser el lugar donde puedas caer sin miedo a romperte. Y, si alguna vez no puedes más, caeré contigo.

—No puedo ofrecerte nada —murmuro, con la garganta hecha un nudo—. Ni paz, ni amor. Solo esta ruina que intento sostener.

—Entonces dame eso. Dame tu ruina. Porque es más de lo que he tenido nunca.

Mis labios tiemblan de algo que no sé nombrar.

—Gracias —susurro, y dejo que mi mano quede atrapada entre las suyas—. Quédate, que te vean conmigo. Pero hoy camino sola.

El salón del consejo huele a humedad, a cuero sudado, a una autoridad que se deshace por las costuras. Las antorchas chisporrotean sin ganas. Los hombres están sentados, pero no relajados; los más viejos tienen el ceño fruncido como si escuchar a una mujer fuera una carga adicional. Las pocas mujeres que hay se mantienen al fondo, en silencio, sin espacio para más que un murmullo ocasional.

Cuando entro, las voces callan. No por respeto, sino por incertidumbre.

Camino hasta la silla de mi padre. No la toco. No la miro. Me planto frente a ella. No estoy aquí para ocupar su sitio. Estoy aquí porque nadie más puede llenarlo.

Caelan permanece junto a la pared. No habla. Pero su sola presencia basta para que nadie me interrumpa todavía.

—Mi padre ha muerto —digo, no como quien da una noticia, sino como quien clava una piedra en la tierra.

Ningún gesto. Ninguna palabra. Solo el crujido de alguna garganta que se traga su propio juicio.

—Sé lo que esperabais: que su hija guardara luto en silencio, que dejara este salón a quienes tienen más arrugas en la frente y más pelo en el pecho. Lo sé.

Un murmullo incómodo se levanta. Lo dejo correr. No pienso competir con sus prejuicios; que se ahoguen en ellos.

—Pero no hay nadie más. Darian MacNeish no está aquí y no lo estará. Su intención siempre fue vengarse del clan MacNab. Ahora es tan enemigo nuestro como los Ruthven.

McAlister se inclina hacia delante. El cuello rígido, la boca torcida.

—Con el debido respeto, señora, un laird no se elige por compasión ni por duelo. Se elige por firmeza. Lo que no podemos hacer es asumir que una mujer tomará sola la voz de este consejo.

—Sé lo que esperabais —repito—. Pero os hablo yo: la que enterró a su hermano con las manos, la que sostuvo a su padre hasta el último aliento, la que ha perdido a un hijo sin la oportunidad de nombrarlo —bajo el tono de voz y lo lleno de rabia— la que quedó de pie cuando Darian MacNeish eligió la guerra antes que a mí.

Un murmullo, luego otro. Nadie me calla ni me interrumpe. Pero ya siento el veneno.

—No necesito vuestro permiso; solo necesito que me escuchéis.

Ronan Dewar carraspea. Es un ruido grosero.

—¿Y cuál es vuestra intención, señora? ¿Convertiros en un laird de hombres que no os han elegido?

—No me elijáis, pero ya estoy aquí. Si no queréis acompañarme, sabed que yo seguiré. Aunque lo haga sola.

Otra voz. No sé de quién. Una mujer, esta vez, desde el fondo:

—¿Y si Darian vuelve?

—Si vuelve, me encontrará en el muro, con la espada en alto, luchando por los que se quedan. Por lo que aún merece ser defendido.

McAlister se alza, airado.

—¡Esto es una provocación! ¿Queréis que el castillo se rija bajo faldas y promesas rotas?

—Quiero que se rija bajo la única heredera que queda de Finlay MacNab —respondo sin alzar la voz—. ¿O preferís entregar las llaves a los Ruthven y colgaros vosotros mismos en las almenas?

El silencio que sigue es grueso, doloroso, real. Miro uno a uno, hasta que bajan la vista, hasta que admiten, sin palabras, que no pueden discutir algo que ya se sostiene por sí mismo.

—No os pido que me respetéis. Solo os exijo lo mismo que mi padre pidió: que no dejéis que el castillo caiga sin pelear.

—Tenemos dos frentes —gruñe Torquil MacLeod, panza de taberna —: Ruthven arriba, vuestro esposo al este. Dos problemas, media guarnición.

—Dilo bien —replico—: Darian MacNeish, mi marido por alianza, quiere cobrarse en ruinas lo que mi apellido destrozó. Y Ruthven quiere cobrarnos en horcas la osadía de resistir. Así que sí, dos frentes. Una sola voz.

Màiri Gunn alza una ceja.

—Lady Isleen, con respeto: el hambre no espera discursos. Si Ruthven cierra los valles…

—…Y si Darian incendia el techo, tampoco habrá pan —remata Fergus Dewar, golpeando el bastón—. Hay que pactar, no arengar.

Me planto frente a Angus.

—No seas ingenuo. Ninguno quiere más que nuestra ruina. Pregúntale a mi hermano Killian cómo se negocia con los Ruthven — escupo, y la sala se contrae—. Ah, no, olvidaba que no podéis: le cortaron el cuello por cazar un ciervo en una tierra que antes era nuestra.

Malcolm Dewar da un paso adelante. Sus botas dejan manchas de turba sobre la losa.

—¿Por qué no ceder este castillo a un clan capaz de defenderlo?

—¿A cuál de los presentes sugieres, Malcolm? ¿Al tuyo, que firma tratados con quien pague más cebones?

Estalla una risita al fondo. Caelan no ríe; golpea la mesa con el puño: ¡bam! Todo calla.

Me apoyo en el tablero.

—Cuando una mujer sostuvo Dunbar contra Inglaterra, nadie preguntó por qué no cedía el liderazgo. Black Agnes defendió su castillo trece semanas con la mitad de los hombres que tenemos hoy. Si ella pudo mantener a raya al conde de Salisbury, yo puedo parar a Ruthven… y, si hace falta, a Darian.

Moraq se adelanta con la frescura de quien nunca ha comandado nada y dice en alto lo que otros susurran:

—Pero él es tu esposo, Isleen.

—No confundáis boda con lealtad. Darian también es nuestro enemigo, punto. Por lo que a mí respecta, ya no estoy casada con él.

Seumas levanta la voz otra vez:

—Hablas como si pudieras enfrentarte a ambos flancos. ¿Con qué ejército?

—Con los hombres que quedan y los clanes que pidieron asilo esta semana. Vienen a seguir el estandarte MacNab; lo ondearé yo.

Me giro a Caelan:

—¿Informe de fuerzas?

—Ciento veintinueve capaces de sostener un muro. Sesenta arqueros. Veintiséis jinetes. Herrería a media marcha y provisiones para veinte semanas, si racionamos.

—Perfecto. Veinte semanas es más de lo que duró Agnes.

Algunos sueltan un resoplido de incredulidad. Dejo que se oiga.

Extiendo el mapa sobre la mesa de roble. El pergamino cruje; todos clavan la vista en los pasillos de tinta.

—Mirad. —Señalo las líneas finas que serpentean entre colinas—. Senderos laterales, brechas ciegas. Podemos cubrirlos con patrullas de cuatro hombres, arcos listos y antorchas apagadas. Nadie entra sin que lo veamos.

Un murmullo inquieto recorre el salón. Caelan se adelanta un paso, brazos cruzados, esperando la tormenta.

—Primero: corredor humanitario hacia Bròn. —Golpeo el mapa con el dedo—. Si las cosas se ponen feas, sacaremos a las mujeres, a los niños y a los ancianos del castillo por aquí.

—Segundo: graneros y pozos. —Toco los círculos marcados en rojo —. Fortificamos los depósitos y racionamos el pan. El hambre no entra antes que las tropas. Si caen las cosechas, caemos nosotros.

Eilidh, apoyada en la pared, asiente con un leve giro de cabeza. Sabe que sin agua limpia ni grano fresco no hay ejército que resista.

—Tercero. —Respiro hondo y paseo la mirada por cada rostro—: muralla norte. Sellamos y tapiamos las puertas, apuntalamos el portón, renovamos las aspilleras. Quiero piedra nueva antes de la próxima luna.

—Eso costará hombres y tiempo —gruñe Roben McInnes.

—Costará menos que enterrar a nuestras familias —replico sin parpadear.

Caelan deja caer la mano en la empuñadura de su espada, a modo de respaldo silencioso. Los murmullos bajan un tono.

—Cuarto: MacLeod. Enviamos mensajeros hoy mismo. Odian al conde Angus más que a la peste; si Ruthven avanza, los MacLeod estarán deseando clavarse en su flanco. Ofrecedles paso seguro y nuestra cerveza de invierno; el orgullo se endulza con cebada y promesas.

Alzo la voz sin elevarla: esta cuchilla no necesita filo extra.

—Propuesta final —miro al salón entero—: si Darian aparece como enemigo… matamos antes de morir. Ni treguas ni parlamentos. No le debo piedad; le debo justicia a mi gente.

Un silencio abierto, brutal. Fergal traga aire; nadie rompe el contacto visual conmigo.

—¿Alguna otra duda? —pregunto, clara.

Caelan se adelanta y se coloca junto a mí.

—Mi lealtad está aquí —dice sin subir el tono—. Quien quiera marcharse, que lo haga ahora. Quien se quede, que ate su honor a Isleen MacNab.

Nadie se mueve.

Levanto la voz, firme:

—Perfecto. Mañana al alba entrenaremos en el patio. Necesito comandantes, no curiosos. Cada uno elegirá cincuenta hombres y un muro que defender. Los que sobrevivan a la prueba comerán en mi mesa. Los demás pueden correr a Laggan y negociar con Ruthven si les place.

Respiro. Siento que por fin todo el peso cae donde tiene que caer: sobre mis hombros, sí, pero también sobre los de ellos.

—Consejo terminado.

Cuando la sala se vacía, Caelan me mira sin disimulo.

—Parecías tu padre —murmura, casi orgulloso.

—Mi padre temía al invierno; yo solo temo no llegar a verlo —respondo, agotada.

—Llegaremos. —Aprieta mi antebrazo y enseguida suelta, prudente —. Te traeré un informe completo antes del ocaso.

Camino hacia la puerta. El eco de mis botas suena distinto ahora: más firme, menos hueco. Sigue sin haber música en la luz, pero la luz ya no hiere; simplemente me nombra responsable de todo lo que quede en pie cuando la noche regrese.



Capítulo 28

«ISLEEN»

El sol está gris. Ni brilla ni calienta: más bien se posa en el horizonte, tenuemente, como si el mismo cielo dudara de acompañarnos. Salimos del castillo de madrugada para reunir víveres en las granjas cercanas, con la esperanza de encontrar algún cargamento de cebada o sacos de avena antes de que los Ruthven terminen de bloquear todos los caminos.

Llevamos cuatro carros con nosotros. Caelan me mira con desaprobación mal disimulada cada vez que insisto en cargar uno con leña extra o con sacos de cebada más de los que él cree prudente. Pero no dice nada, porque sabe que en Dùn Fergas los recursos no sobran y mañana puede ser demasiado tarde.

A medio camino entre el castillo y la aldea de Glendevon, el viento nos trae un murmullo áspero: relinchos y cascos retumbando contra el suelo. Seis de nuestros hombres se paran en seco. Caelan levanta la mano, ordenando silencio.

—¿Lo oyes? —murmura.

Asiento despacio. Un presentimiento helado me recorre la nuca.

—Alguien cabalga hacia aquí —susurro.

—O nos espera.

Los hombres rodean los carros. Empuñan ballestas y arcos, pero el camino serpentea entre la maleza y los árboles, demasiado angosto para formar en línea. El sendero es una trampa: un túnel natural de ramas entrelazadas.

—Retrocedamos. —Uno de los hombres, Dougal, sugiere en voz baja —. Podríamos rodear la colina.

—No hay tiempo —replica Caelan, tenso—. Si están aquí, no nos dejarán escapar sin más.

Se oye un relincho más próximo. Los arbustos se agitan. Y entonces aparecen. Jinetes con los emblemas de Ruthven en sus cotas, rugiendo órdenes que retumban contra la roca. La emboscada es rápida, precisa; saben que no podemos maniobrar bien con los carros en este terreno.

—¡Formación! —gruñe Caelan, desenvainando su espada.

Los arcos se tensan. A mi izquierda, Gormal dispara la primera flecha. Un grito. Un Ruthven cae del caballo, rodando por el barro. Pero vienen más, y entre ellos distingo un rostro que odio reconocer: Alastair Ruthven.

Su caballo lo sitúa en un claro, un par de pasos por delante de su tropa. Nadie más se atreve a acercarse tanto. Él, en cambio, lo hace con arrogancia: lleva el mentón levantado y una sonrisa ladeada que me enciende la sangre.

—Isleen MacNab —exclama, fingiendo sorpresa—. ¿Fuera del castillo y sin escolta suficiente? Me habéis ahorrado el viaje.

—No necesito escolta —respondo con voz firme, empuñando mi espada.

—No, claro que no. —Alastair desmonta con un movimiento ágil. Deja las riendas a un soldado y me observa con esa mueca burlona que jamás he olvidado—. Ya te lo dije una vez, hace tres años. ¿Recuerdas? Te pregunté si encontrarías marido o acabarías muriendo sola. Y resulta que ahora ni padre ni hermanos te quedan, ¿no es así?

Mi estómago se anuda. Intento que no se note lo mucho que me afecta oír sus palabras, pero me arde más el pecho cuando recuerdo a Killian, la sangre en la tierra…

Caelan se adelanta, con el ceño fruncido, el filo de su espada destellando.

—No des un paso más, Ruthven.

—Vaya, parece que te han buscado un perro guardián, Isleen. —Alastair lanza una carcajada breve—. ¿O tal vez es algo más íntimo?

El comentario me enciende. Avanzo un paso, apartando a Caelan con cuidado. Es mi enemigo, es mi herida: debo encararlo.

—Mordería antes que ladrar, si fueras digno siquiera de ensuciarme los dientes —le espeto.

—Oh, has crecido en lengua —se burla, con esa superioridad asquerosa—. Lástima que tu clan no haya crecido en fuerzas. Ya nos hemos encargado de que todo el norte os dé la espalda. Pero, confírmame la noticia, por favor. Ya sabes que aquí, en las Highlands, las buenas nuevas viajan de forma lenta y, a veces, ni siquiera son ciertas. ¿Es verdad que tu padre, Finlay MacNab, murió? ¿Qué ahora Dùn Fergas se ha quedado sin laird?

Sus soldados sueltan risitas de hiena. Caelan escupe al suelo, furioso, y hace ademán de alzar la espada, pero le detengo con un gesto.

—Eso no te interesa —respondo, tratando de mantener la compostura.

—Claro que me interesa. —Alastair se pasea alrededor, midiéndonos —. Alguien tiene que cuidar de ese castillo. Y, sinceramente, dudo mucho que lo logréis tú y tu perro fiel sin un derramamiento de sangre inútil.

—¿Tú, cuidar de Dùn Fergas? —farfullo, incrédula—. Te quedaría demasiado grande.

Lo veo detenerse. Su sonrisa se ensancha, como si mi burla le hubiera dado la excusa perfecta.

—Te propongo un acuerdo. Sabes de sobra que podría tomar el castillo si quisiera, sobre todo ahora que no hay un hombre al frente. — Me estudia con la mirada—. Aunque… me han contado que te casaste con ese salvaje de MacNeish. ¿Es cierto? ¿Por eso te ayudó en Inverlochlarig o le diste otros beneficios a cambio de su intervención?

Ignoro su insinuación y le corto:

—Darian MacNeish no es mi esposo. —Mi tono suena más amargo de lo que quiero—. Es mi enemigo.

—Maravilloso —bromea Alastair—. Eso lo hace todo más fácil. Podrías casarte conmigo. He enviudado recientemente y me siento solo. Sería mejor que ver el castillo arder, ¿no crees?

—No busco marido.

Aprieto los dientes y la empuñadura de mi daga con tanta fuerza que los nudillos me crujen.

—Entonces déjame proponértelo de otro modo —continúa él, burlón —. Te casas conmigo y mantenéis el castillo en paz y todos contentos, sin muertos ni más viudas que llorar o lo conquisto por la fuerza.

No respondo. Lo que me hierve por dentro se acerca a un límite peligroso. Me obligo a inspirar hondo.

—Isleen, no tienes por qué escucharlo—murmura Caelan, situándose a mi lado con tensión contenida—. Salgamos de aquí.

—No sin dejar claro a este buitre que no negociaremos nuestra dignidad.

Alastair emite un chasquido de lengua, como si fuera el único sensato entre salvajes.

—Ah, pero tu dignidad está colgando de un hilo. ¿A quién te aferras? ¿A tu querido guardián? —Señala a Caelan—. ¿Crees que el consejo de

ancianos te seguirá sin un hombre que mande?

—¿Sabes qué es lo único a lo que me aferro, Alastair? —Le dedico una mirada que podría helar el lago más profundo—. Al recuerdo de mi hermano Killian y a las palabras que me susurró la última vez que lo vi con vida: Haz que esto signifique algo.

Su sonrisa se tuerce un poco.

—Así que quieres vengarlo, ¿no? —pregunta, con falsa inocencia.

—No busco venganza: busco justicia.

—Y yo busco ahorrarle a tu clan un derramamiento de sangre —responde él con sorna—. Piénsalo. Si aceptas una unión bajo mi tutela, tendrás comida, hombres armados, el respaldo del clan Ruthven y la certeza de que MacNeish no será un problema.

El silencio que se extiende es tan tenso que un susurro podría partirlo. A nuestro alrededor, las espadas siguen alzadas, pero nadie ataca aún, como si esperaran mi respuesta.

—¿Y todo eso a cambio de qué? —pregunto, con un hilo de voz que me sorprende de lo firme que suena—. ¿De servirte como trofeo y dejar que toméis el control de mi casa?

—De garantizar tu vida. —Alastair se cruza de brazos—. Lo tomas o lo dejas.

Mantengo la mirada fija en sus ojos.

—Lo dejaré —respondo—. Antes muerta que tuya.

—Eres tan testaruda como tu padre —bufa él, y noto un destello de cólera en su expresión—. Muy bien. Entonces me veré obligado a llevarme tus carros… y tu cabeza, si hace falta.

—Prueba —murmuro, echando mano de mi ballesta, preparándome —. Veremos a quién de los dos se le acaba la paciencia primero.

Caelan se coloca en guardia junto a mí. Y entonces, sin más aviso, estalla el caos. Flechas silban, caballos relinchan, gritos y acero chocan. Los hombres de Ruthven cargan, pero el camino estrecho y los carros bloquean parte de su embestida.

—¡Disparad! —ordena Caelan.

Los arqueros sueltan varias flechas que arrasan la primera línea de enemigos y yo con ellos. Veo a Alastair defendiéndose con habilidad, sacudiendo un golpe tras otro. Un soldado se lanza sobre nosotros con un hacha, pero me agacho a tiempo y Caelan lo empuja. Me tambaleo, no soy la guerrera que me gustaría, pero mi rabia me mantiene en pie.

—¡Isleen! —La voz de Caelan me advierte justo cuando otro oponente se aproxima. Gira y bloquea el tajo que iba directo a mi costado.

Mis hombres retroceden unos pasos, reagrupándose detrás de los carros. Ruthven da una señal, y su tropa empieza a flanquearnos.

El aire está cargado de polvo y sangre. Caelan se mueve a mi lado con la espada levantada, pero noto cómo sus fuerzas menguan. Mis hombres apenas sostienen el escudo, las flechas de los Ruthven silban y se clavan en el barro.

—¡No retrocedáis! —intenta gritar Caelan, aunque su voz suena con más urgencia de la habitual.

De pronto, suelto un suspiro sin querer, con un nudo en el estómago: si no podemos retroceder y no tenemos apoyo, esto acaba aquí. Caelan me lanza una mirada: no hace falta que hablemos para entender que la retirada será peligrosa.

—Intentaré abrir paso para ti —murmura él, pero ni siquiera suena convencido.

Alastair Ruthven se adelanta unos pasos, ufano, con los labios curvados en una sonrisa que me enerva.

—Se terminó, Isleen. Mira a tu alrededor. —Hace un gesto abarcando a mis hombres—. No puedes ganar. Entrégate.

—No me subestimes, Alastair —digo sin alzar la voz—. No estoy aquí para salvar mi vida… Estoy aquí para que los míos no pierdan la suya.

Él suelta una carcajada, divertido ante mi desafío. Al fondo, sus arqueros tensan las cuerdas. Caelan traga saliva con gesto sombrío; sé que él también puede ver que la retirada es casi imposible.

—Tranquila —gruñe Alastair—. Te quiero viva, de momento.

—Ten cuidado con lo que dices —murmura Caelan, tensando los nudillos alrededor de la empuñadura.

Miro a mi alrededor. Mis hombros se tensan: esto huele a derrota. Veo dos de mis soldados cayendo de rodillas, sin fuerzas para seguir. Otro, Dougal, se cubre con el escudo, sangrando por una herida que no deja de gotear. Aprieto los dientes.

—Caelan —susurro—, creo que…

Pero no llego a terminar. Un relincho quiebra el ambiente y, de pronto, una silueta oscura surge detrás de la formación Ruthven seguida de jinetes que arremeten con violencia.

Un caos súbito se desata. Varias flechas chocan contra los guardias de Alastair, gritos de sorpresa se mezclan con el estrépito de las espadas. Entre la confusión, un hombre salta de su montura con la agilidad de un felino. El aire me pesa en el pecho cuando reconozco esos rasgos: Darian.

Sus hombres atacan el flanco enemigo. Alastair lanza una maldición y se ve obligado a retroceder para no ser aplastado. Caelan me sujeta del brazo y aprovecha el desconcierto para arrastrarme detrás de un carro volcado, poniéndonos a cubierto.

—Ella sí tiene un esposo —replica Darian, y su voz se quiebra en una furia contenida—. Soy yo.

El corazón me late con un golpe seco. Me quedo helada. Caelan gira la vista hacia mí, sabiendo perfectamente la herida que esas palabras me abren.

Me fijo en la furia del rostro de Darian: está lleno de rabia, pero también de una determinación que me descoloca. En menos de un minuto, la formación de Ruthven se rompe. Alastair ve cómo sus hombres se dispersan.

—¡Mierda! —alcanzo a oírle mascullar, intentando mantener el control—. ¡No os larguéis, cobardes!

Pero ya es tarde. Con la irrupción de los MacNeish, los Ruthven se ven superados. Alastair se queda con cara de incredulidad. Ordena la retirada, soltando blasfemias, y sus hombres y él huyen por donde han venido.

Y ahora viene la parte complicada: el silencio que queda tras la pelea, el polvo en el aire, el barro manchado de sangre. Caelan se acerca a mí, cubriéndome con su cuerpo, sin dejar de observar a Darian con desconfianza.

—Estoy bien —musito—. Ayuda a los heridos.

Caelan da un paso atrás y ordena a un par de hombres que atiendan a Dougal. Darian se aproxima, esquivando cuerpos tirados en el suelo. Intento no perder la compostura, pero solo verlo me incendia el pecho.

—He venido a rescatarte y ni me miras —dice en voz baja, con un hilo de frialdad.

—Gracias por… no matarnos tú mismo aún —respondo con una mueca de sarcasmo—. Supongo que tus planes han cambiado.

Los músculos de Darian se tensan.

—Mis planes siguen siendo proteger lo que es mío —replica, y me sostiene la mirada—. Y, te guste o no, tú formas parte de eso.

Quiero insultarlo, escupirle que sus palabras no tienen sentido para mí. Pero mis ojos empiezan a nublarse y odio que me vea así de rota. Caelan vuelve, deteniéndose a un par de metros, observando la escena con evidente recelo.

—No necesitamos la protección de un traidor —le suelta a Darian—. Ni tu compasión.

—No te la ofrezco a ti —responde Darian, con un tono enconado—, sino a ella.

Yo lo miro. A Darian. Y lo odio. Lo odio por seguir teniendo ese rostro, esa voz, esa forma de ocupar el espacio como si el mundo le debiera una última oportunidad.

—No te equivoques, Darian. Por lo que a mí respecta, no soy tu esposa.

—Isleen…

—No quiero hablar contigo —espeto, intentando sonar más dura de lo que me siento—. No después de querer arrasar mi clan. Mi hogar. Lo que quedaba de mi padre y de mí.

Darian no se inmuta. Pero en sus ojos hay algo oscuro. Doloroso. Una grieta que no estaba allí cuando se marchó.

—Quería destruirlo todo, sí —admite—. Pero no a ti.

La frase me sacude. No solo por lo que dice… sino por cómo lo dice. Quería. En pasado.

Lo miro. No respondo al instante. Porque mi orgullo quiere escupirle otra frase hiriente, pero mi corazón… mi corazón, traidor, se aferra a ese verbo.

—¿Y eso me convierte en qué? ¿En una excepción? ¿En piedra de altar? ¿O era un castigo? ¿Ibas a arrasar todo menos a mí y dejarme viva para que pudiera verlo caer?

—No —gruñe. Y por primera vez, su voz se oscurece—. Iba a arrasar todo porque el odio me mantenía en pie. Porque no sabía cómo se hace otra cosa. Pero tú… tú eras el ruido que me jodía la estrategia. La grieta. La tentación de quedarme quieto.

—Me rompiste de formas que ni siquiera yo creía posibles.

Darian se detiene a un metro. Y por primera vez, no parece un guerrero. Parece un hombre a punto de arrodillarse. Pero no lo hace.

Porque sabe que, si lo hace, me romperá más.

—¿Crees que no lo sé? —murmura con un temblor—. ¿Crees que no me arrepiento cada día de haberlo llevado tan lejos? Pensé que lo entenderías.

—¿Entender qué? ¿Que tu odio por mi familia quisiera destruirme? —aprieto los puños—. Perdí a nuestro hijo —susurro. Y entonces sí, mi voz se rompe. Como mi cuerpo. Como mi alma—. Perdí a nuestro hijo, Darian. Y tú no estabas. Estabas allí fuera, jugando a los lairds del infierno. Y yo... yo sangraba, sola, con su cuerpo aún dentro.

El dolor en su mirada es algo que no sé si alguna vez había visto. Baja un instante la vista al suelo, pero luego la alza, lleno de rabia hacia sí mismo.

—Lo siento —dice, ahogando las palabras—. Te juro que lo siento, Isleen. He imaginado mil veces ese momento. Y en todas te abrazo. Te cargo. Te limpio la frente y me quedo. Pero no estuve. Y no hay una sola noche en que no maldiga mi nombre por ello.

—¿Y crees que eso basta? —grito. Porque ya no puedo callarlo. Porque no quiero perdonar. Porque lo amo y eso me destruye—. ¿Crees que basta con venir cubierto de sangre enemiga y decir lo siento como si eso pudiera devolverme la confianza en ti?

Caelan da un paso. Pero no interviene. Solo observa. Espera. Como si supiera que esto no es suyo. Que esto solo se puede quebrar entre Darian y yo.

—No he venido a pedirte que me perdones —susurra.

—¿Y entonces por qué estás aquí, Darian?

—Estoy aquí porque mis hombres descubrieron que los Ruthven conocían vuestros movimientos e iban a interceptaros… Y yo no sé vivir en este mundo si tú ya no existes en él, aunque sea para odiarme —dice. Y no hay ternura en sus ojos. Hay furia. Rabia. Y amor. Torpe, sucio, indomable. Real.

—No me mires como si me quisieras ahora —le escupo, temblando —. ¡No ahora!

—¿Y cuándo, Isleen? ¿Cuándo se me permite amarte, si todo lo hice al revés? ¿Cuándo es buen momento para decirte que no puedo respirar sin ti?

Silencio. El peor de todos. Ese que lo dice todo y no permite responder. Darian traga saliva. Sus ojos no me sueltan. Su pecho sube y baja, como si respirar frente a mí le costara el doble.

—No he venido a quedarme mirando —dice Darian, y sus ojos ya no tiemblan, queman—. He venido a pedirte que me dejes volver contigo a Dùn Fergas. No por redención. Por necesidad. Los Ruthven os atacarán. Quizá mañana. Quizá esta noche. Y no tienes suficientes hombres.

—¿Y tú esperas que te deje entrar en mi hogar como si nunca hubieras querido verlo arder? —Mi voz es cuchilla—. ¿Quieres que meta otra vez al lobo en el redil?

Darian avanza un paso. Firme. No hay súplica en él. Hay verdad.

—Entiendo que no puedas confiar en mí. Pero tampoco puedes defender el castillo sola. Y lo sabes. Puedes odiarme, Isleen. Puedes cerrarme la puerta en la cara. Pero si me dejas entrar, juro por mi vida que nadie tocará tus muros mientras yo respire.

—¿Y qué me impide pensar que, una vez dentro, acabarás lo que empezaste?

—Tú —responde él, con una dureza brutal—. Tú eres la única razón por la que jamás podré alzar la mano contra los MacNab. Porque mientras tú estés allí, mientras tu voz ordene y tus pies pisen esas piedras, ese castillo no será un objetivo. Serás la única cosa que todavía me sostiene.

Caelan da un paso al frente. Lento. Letal.

—No lo permitiré.

—No necesito tu bendición, medio hermano —escupe Darian, girándose hacia él—. Puede que nuestro padre te eligiera a ti cuando dejó a su hijo legítimo entre las llamas de Dun MacNeish para salvar a su bastardo bien alimentado, pero ella me eligió a mí sobre ti.

El impacto me sacude por dentro. Caelan se queda helado. Pero no retrocede. Su voz se vuelve hielo.

—No es tuya. No lo ha sido desde que la dejaste sangrar.

—Y tú no eres más que la sombra que se quedó cuando yo me fui —responde Darian, envenenado—. Pero no pretendas que eso te convierte en su elección.

La tensión se puede cortar con el filo de una hoja. Ninguno se mueve. Ninguno cede. Caelan aprieta los dientes.

—¿Crees que fuiste una elección? Fuiste una necesidad. Un error empujado por el miedo.

Darian no parpadea. Solo responde con esa media sonrisa torcida que es más cicatriz que gesto:

—Igual que lo soy ahora.

Se gira de nuevo hacia mí.

—No te pido que me perdones porque sé que no merezco tu perdón. Solo te ruego que, cuando los Ruthven crucen la colina, no me cierres la puerta en mi cara. Si lo haces, lucharé desde fuera. Pero si me dejas entrar… no saldré hasta que esto acabe. O yo muera por ello.

Caelan avanza. Me cubre. Me guarda. Y yo… yo me mantengo en pie.

Porque estoy viva. Porque el dolor aún no me mata. Y Porque este hombre, el que se atrevió a quererme mal… todavía no sabe que una vez me arrodillé por quien amaba, y lo perdí igual. Y desde entonces, decidí que, si iba a perder otra vez, lo haría de pie costase lo que costase y mantendría mi promesa: mataría los monstruos de Killian, aunque eso significara dejar entrar a los míos.



Capítulo 29

«ISLEEN»

Las puertas de Dùn Fergas se cierran tras nosotros con un golpe que hace vibrar las almenas. El aire huele a cal recién mezclada y a madera fresca: los carpinteros han trabajado toda la noche para apuntalar el portón.

Darian no habla. Pero da órdenes con ese tono seco que no necesita elevarse para hacerse oír. Envía a Athair hacia el refugio de Pethshire antes incluso de cruzar el portón. Busca refuerzos, provisiones, cualquier cosa que prolongue la resistencia. Va a cerrar el castillo a cal y canto. A convertirlo en un puño.

Y me pregunto cuánto tardarán los hombres de Darian en olvidar que hace apenas un mes fantaseaban con reducir este castillo a cenizas.

—Ciérralo todo —dice Darian, volviéndose hacia mí y señalando las murallas lejanas del castillo—. Que no entre ni una hoja seca sin tu permiso.

—Lo tenía pensado —respondo con sequedad—. Mucho antes de que tú lo sugirieras.

No levanta una ceja ni se defiende. Simplemente, asiente.

Broen marcha a mi lado, paso largo, manos cruzadas a la espalda. Tiene la mirada de quien mide distancias que ya no existen.

—Cinco carros de grano, tres de agua —enumera—. Si el asedio se alarga, esas reservas darán para seis semanas más con ración corta.

—Nos da margen —respondo—. Pero no consuelo.

Él suelta un resoplido que podría ser risa, podría ser rabia.

—Consuelo. No recuerdo esa palabra desde que vuestros arqueros quemaron mi casa en territorio MacNeish. Perdí a mi mujer y a dos hijos cuando los MacNab atacasteis nuestras tierras —dice, sin rodeos —. Se quemó todo con ellos dentro.

Me detengo. Los muros proyectan una sombra fría, pero no tiemblo.

—Perdí diez hermanos a manos de los MacNeish —respondo sin alzar la voz—. Igual tú blandiste la espada que mató a uno de ellos. Y aun así te abro las puertas.

—Lo haces porque Ruthven viene a destriparnos a todos. Hasta ahí llego. Y porque Darian lo ha pedido. Pero nunca pensé que acabaría

protegiendo el castillo de los MacNab —dice con resentimiento.

—No lo hago solo por eso, Broen. Lo hago porque si no lo hago, no quedará nada. Ni tus muertos. Ni los míos. Solo más humo y más huesos. Y ya no me quedan fuerzas suficientes para seguir enterrando víctimas.

Broen me sostiene la mirada un instante. Luego asiente. No es rendición. Es respeto. Tardío, pero sincero.

—Paz, entonces —murmura—. Aunque duela como guerra.



El patio interior es un enjambre de martillos y gritos. Kerran y Finn descargan vigas mientras un grupo de soldados MacNab refuerza las troneras. La mezcla parece funcionar: nadie se arroja dagas ni flechas a la espalda… todavía.

Kerran me ve y sonríe, esa mueca torcida de quien encuentra diversión en la ruina.

—Pensé que nos mandarías al foso en cuanto cruzáramos el umbral.

—Sigo teniendo tiempo —contesto, limpiándome el polvo de los dedos—. Pero soy práctica: necesito vuestros músculos más que vuestras cabezas.

—Músculos tienes de sobra —susurra Finn, y Kerran le propina un codazo.

Broen rueda los ojos.

—Basta, chiquillos. No estáis en una taberna.

—Puedo notarlo —replico—. En una taberna al menos servirían cerveza decente.

Las carcajadas resuenan contra la piedra. Algunos MacNab observan desde la distancia, como si el humor fuera un arma que aún no dominan.

Kerran se acerca un paso más.

—Tu lengua sigue cortando más que cualquier daga del castillo.

—Y que tú sigues hablando más de lo que piensas —replico—. Eso sí que debería preocuparos.

Las carcajadas se esparcen entre los Cuervos MacNeish. Son risas rotas, herrumbrosas, pero vivas. No me molestan. Prefiero su sarcasmo a los silencios que pesan como tumbas.

—Por cierto —dice Kerran, apoyando el codo en un tonel—, nunca pensé que volvería a ver al jefe de pie. Hubo días en que parecía un espectro. Uno de esos que escupen sangre y gruñen cuando se les menciona cierto nombre.

—Y, sin embargo, aquí está —añade Colum—. Caminando aún entre sombras. Y con esa cara de quien aún no decide si se va a dejar matar o se llevará por delante a medio mundo antes de caer.

—Qué alivio —remata Finn—. Ya creíamos que respiraba por inercia. Ahora al menos parece que vuelve a hacerlo por voluntad. Se le ve menos… ¿cómo decirlo? Menos muerto.

Broen chasquea la lengua y Kerran me echa un ojo.

—Quién iba a imaginar que, al reencontrarse contigo, iba a empezar a comportarse como un ser humano otra vez.

—Oye, Kerran —gruñe Darian, que se acerca a nosotros con gesto impaciente—, deja de decir tonterías y sigue avanzando.

—¿Ves? —Kerran me guiña un ojo—. Vuelve a ser el mismo de siempre. Autoritario y gruñón. Pero mejor eso que estar todo el día como un perro apaleado.

Darian lo fulmina con la mirada, y Kerran calla de inmediato, aunque veo una sonrisa en sus labios. Bajo la vista para ocultar la mía. Aun en medio de tanta amargura, no puedo negar que hay algo casi cómico en esta situación: MacNeish y MacNab juntos de nuevo, entrando en mi casa, con pullas y rencores a flor de piel.

El salón del castillo huele a humo y a una nueva esperanza que todavía no sé si compartir. He visto trocar las caras largas de los miembros del consejo por expresiones algo más confiadas cuando Darian y sus hombres han aparecido tras los muros. Parece que el hecho de contar con ese refuerzo les alivia… o al menos les da la certeza de no caer sin pelear.

—La presencia de los MacNeish cambia las cosas —comenta Fergus Dewar, con tono grave—. Tenemos soldados, provisiones, algo de margen si llega el asedio.

—Más que margen —dice Angus—. Un castillo defendido por Darian MacNeish podría resistir.

Los miro de soslayo mientras doy cuenta de un montón de tareas inconclusas: supervisar raciones, comprobar que las vendas y los ungüentos de hierbas estén listos, revisar la cocina para distribuir viandas… Me asombra que hablen tan animados de la intervención de quien, hasta hace nada, consideraban un enemigo mortal. Pero la guerra tiene esa extraña habilidad de volver amigos a los viejos rivales. Al menos mientras comparten un objetivo común.

Cuando salgo del salón, el patio está aún más bullicioso que antes: hombres arrastran barricas, levantan muros de madera suplementarios y acarrean sacos de trigo a los graneros. Hay un murmullo constante, mezcla de voces MacNab y MacNeish, tan dispares que cuesta creer que no se degüellen.

—¡Sujeta eso bien, Finn! —grita alguien a mi izquierda—. Si se cae, nos quedamos sin harina y con un bonito espectáculo de polvo.

Sonrío para mis adentros y sigo caminando. Llevo en la mano la lista de raciones que tendríamos que repartir si el asedio dura más de un mes. El sol se cuela por la almena superior y me hace entornar los ojos. Entonces lo veo, casi sin querer:

Darian trabaja a pecho descubierto, con el tartán anudado a la cintura. Carga maderos y piedras con una facilidad que no parece humana. Cada movimiento suyo es un recordatorio de la fuerza que atesora en esos músculos que dibujan surcos a lo largo de su espalda y brazos. Varios hombres lo observan con una mezcla de admiración y recelo.

Le han visto desenvainar la espada y blandirla como si fuera una prolongación de su cuerpo; ahora lo ven encajar vigas con igual soltura.

Pero lo que de verdad les impresiona —y a mí también, aunque me empeñe en disimularlo— son sus cicatrices. Marcas gruesas, en diagonal, recuerdo de otras batallas, otras venganzas. Una costura larga en el brazo derecho; dos cortes casi paralelos en el costado; un arañazo profundo que se pierde bajo el tartán. Ninguna es ligera, ninguna indolora. Es la historia escrita en su piel.

Alguno de los míos, al verle, se giran con un murmullo de asombro. En el fondo, reconozco ese gesto: hay respeto porque saben que un hombre con esas señales no se rinde con facilidad. También hay cierta incomodidad, como cuando se encuentran ante un depredador que han aprendido a temer.

Me acerco a la pared, organizando en mi mente la lista de medicinas y los vendajes que podremos necesitar. No quiero admitirlo, pero mi mirada se desvía un segundo más hacia Darian. Cada contracción de sus músculos me recuerda por qué, una vez, caí rendida a esa fuerza. Y por qué, aún tiemblo al pensar en ella.

Él levanta la vista un instante y me pilla observándolo. Noto un pequeño vuelco en el pecho. Sin perder el ritmo, coloca una viga en su sitio y la sujeta con un golpe seco de martillo.

—¡Oye, jefe! —grita Kerran, que está sujetando el otro extremo—. Pásame otro clavo antes de que se nos caiga encima.

—Voy —responde Darian, con ese tono impaciente que se le da tan bien.

Casi puedo ver las comisuras de su boca esbozando una mueca ante la torpeza de sus hombres. Pero de inmediato me percato de que, mientras habla, gira ligeramente la cabeza y vuelve a clavar los ojos en mí. Es un instante, apenas un parpadeo; sin embargo, siento que me escudriña. Mi respiración se acelera un poco, y me tengo que obligar a seguir con mi tarea.

Necesito centrarme en lo práctico: revisar raciones, apuntar las reservas de agua. Porque, en este castillo, ahora mismo, lo de menos son las murallas; la verdadera fortaleza, si es que existe, está en no perder la cabeza cuando Darian camina sin camisa a tres pasos de mí, exhibiendo su cuerpo.

—¡Mi señora! —me llama uno de los míos, distrayéndome—. ¿Dónde colocamos los sacos de avena?

—En el almacén de la planta baja —respondo, intentando sonar firme—. Procurad no mezclarlos con la cebada, que luego todo sabe a rayos.

El hombre asiente y se marcha apresurado, dejando a su paso un olor a sudor y a yeso. Me quedo un segundo mirando a mi alrededor, a la vorágine de gente yendo y viniendo.

Un golpe de martillo, luego otro. Darian retira el sudor de su frente con el dorso de la mano, y me doy cuenta de que el calor sube por mis mejillas. Mi propio cuerpo arde en una confusión que apenas sé controlar.

Un crujido de cuero a mi espalda. Me giro: Caelan avanza entre barricas con ese paso silencioso que no le he visto perder ni en medio de una carga.

—¿Todo en orden? —pregunta, bajando la voz para que solo yo lo oiga.

—Depende de a qué llames orden —respondo, señalando el caos organizado del patio.

Caelan sigue mi mirada hasta Darian, que remacha un travesaño a martillazos. Sus ojos se entornan: lee tensión donde otros ven fuerza.

—¿Dormirás en la torre este? —dice, sin preámbulos—. La del sur tiene la planta más alta y es la mejor defendida. Yo montaré guardia en tu puerta.

—Dormiré en mi alcoba, Caelan. Y no necesito niñera —replico, pero no suena tan firme como quería.

—Lo sé, pero es de sentido común —insiste—. Hay demasiado hierro suelto. No confío en él.

Mira hacia donde está Darian —que ahora carga otro tablón, el sudor deslizándose por su clavícula—, y frunce el ceño con una mezcla de prevención y algo más antiguo. Algo que arde en lo profundo.

Me remuevo, incómoda, consciente de lo cargado que está el ambiente. Caelan baja la voz:

—No puedo quedarme quieto viendo cómo te enredas otra vez con un hombre que ha hecho tanto daño, aunque le debamos la vida en este momento.

—Esto no se trata de él —murmuro, aunque suene a mentira incluso para mí—. Se trata de salvar este castillo. Y a nosotros mismos.

Caelan asiente, pero no me cree del todo. Acaricia mi frente con un cuidado inusitado, apenas un roce de sus dedos. Es un gesto demasiado íntimo para un lugar tan público, y me sobresalta.

—Perdona —dice, con una media sonrisa—. Estás llena de harina.

En ese instante, una sombra cruza el patio: Darian ha levantado la vista y nos está observando. Alguien le habla, pero él no aparta los ojos de nosotros. El martillo se le queda suspendido en el aire cuando ve a Caelan inclinar la cabeza hacia mí. No dice nada, pero el ceño se le marca, una línea dura entre las cejas.

—Caelan… —empiezo, pero no sé cómo terminarlo.

Y lo siento. Siento su entrega silenciosa. Su rabia. Su amor no dicho.

—Ten cuidado —advierte Caelan, que también lo ha notado—. No se va a detener.

—No sé si soy yo quien debe tener cuidado —musito, intentando quitarle hierro al asunto.

Siento la mano de Caelan en mi codo, invitándome a seguir avanzando. Su proximidad me aporta cierta seguridad, aunque mi corazón late con fuerza por el escrutinio de Darian.

—Volveré al salón —digo en voz baja, dándome cuenta de que necesito aire—. Hay demasiada gente aquí.

—Te acompaño —ofrece Caelan, soltando despacio mi codo.

—No, quédate. Hay mucho trabajo —respondo, casi huyendo—. Yo… solo necesito un momento.

Él vacila, pero asiente. Intuyo que preferiría no dejarme sola, sin embargo, también sabe que imponerme su presencia no es buena idea.

Mientras me alejo, no puedo evitar lanzar una última mirada hacia Darian. Sus ojos encuentran los míos, y en su gesto veo una mezcla de celos y frustración que parece hervir en su interior. Sé que no le gusta ver a Caelan demasiado cerca de mí; y sé que parte de mí se niega a fingir que no me afecta su reacción.

Subo los peldaños con la determinación de perderlo de vista… al menos un rato. Pero, con cada escalón, siento que mis problemas no se quedan atrás en el patio: suben conmigo, pesándome el pecho, recordándome que hay una guerra no declarada entre estos muros, y que la batalla más cruenta quizá sea la que se libre en mi propio corazón.



Capítulo 30

«ISLEEN»

La tenue luz de la antorcha parpadea en la pared de piedra, formando sombras danzarinas que me distraen casi tanto como la voz de Caelan, que sigue enumerando novedades de la guarnición.

Me he cambiado a un camisón ligero, lista para descansar unas horas, y me siento un poco expuesta recibiendo este informe de noche, en mi propia habitación. Aunque la puerta está entreabierta, noto la intimidad del momento.

—…así que, al menos, si Ruthven pretende atacar, tardará un par de días en reorganizar a sus hombres. —Caelan cruza los brazos y me mira —. No es mucho, pero podemos aprovecharlo para reforzar la torre norte.

—Bien —respondo, esforzándome por concentrarme en sus palabras—. Mañana al alba puedes disponer de un par de hombres para supervisar el camino.

El aire de noviembre es más frío de lo que esperaba. Me estremezco y me envuelvo con la manta sobre los hombros, tentando con la mirada el jergón. Quiero dormir, pero hay tanto por hacer…

—Habrá patrullas cada dos horas —susurra—. Arqueros en las almenas, fuego listo en los braseros. Ningún movimiento al norte. Ruthven guarda sus flechas para el amanecer.

Asiento, frotándome los brazos.

—¿Los pozos?

—Sellados y custodiados. Nadie bebe sin tu sello.

La brasa de la antorcha en el pasillo chisporrotea… y se apaga de golpe, como si el aire la devorara. El marco de la puerta se oscurece hasta que una silueta enorme lo llena.

Darian.

Se apoya en el quicio de la puerta abierta, sin molestarse en disimular su irritación.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con ese tono seco, la mirada encendida al comprobar que estoy en camisón, mientras Caelan está a un paso de mi cama.

—No tengo por qué explicártelo —contesta Caelan, alzando la voz un poco más de lo habitual.

—Aquí no pintas nada —gruñe Darian, clavándole los ojos—. Y menos a estas horas.

Caelan se gira, la mano instintiva en la empuñadura.

—Estoy de guardia —replica.

—De guardia está el cerrojo —responde Darian, entrando un paso—. Tú sobras.

—Es mi alcoba —interpongo con firmeza, alzando la barbilla—. No necesito el permiso de nadie para recibir a Caelan, o a quien sea, si lo considero necesario.

Darian frunce el ceño, mirándome a mí y luego a Caelan. Su molestia es palpable.

—Eres mi esposa —espeta, con una aspereza que hiela el aire—. ¿O tengo que recordártelo, Caelan?

Un músculo se tensa en la mandíbula de éste. Da un paso hacia Darian, sin invadir completamente su espacio, pero lo bastante cerca como para parecer amenazante.

Y es ahí, viéndolos frente a frente, tan cerca de mí, cuando me doy cuenta: misma altura imponente, los hombros anchos, la mandíbula cincelada por el mismo acero.

Son hermanos, aunque les pese. No por gesto fraternal, sino por esa violencia callada que late idéntica en sus venas. Dos hombres hechos del mismo barro torcido.

—Ella no te ha autorizado a entrar —dice Caelan con frialdad—. Yo, en cambio, sí tengo su permiso para estar aquí.

—¿Permiso? —Darian deja escapar una risa irónica—. No me digas que ahora tienes que mendigar su aprobación para jugar al perrito guardián.

—Mejor eso —responde Caelan, con una media sonrisa venenosa—, que jugar a marido posesivo cuando todos sabemos que no tienes ningún derecho.

Darian avanza; el suelo cruje bajo sus botas. El camisón me roza las pantorrillas cuando extiendo un brazo para detenerlos. No me hacen caso.

—¿Me vas a impedir entrar? —reta Darian.

—Si hace falta —Caelan no baja la voz.

Darian avanza otro paso.

—Cuida tus palabras —ruge, con un brillo peligroso en los ojos—. Te convendría alejarte de Isleen antes de que acabes mal parado.

—Prueba —reta Caelan—. Llevo demasiado tiempo esperando a ver si eres tan hombre como presumes.

Ninguno de los dos baja la mirada, y la tensión crece hasta hacerse casi insoportable. Doy un paso adelante, intentando interponerme, con la manta resbalándome de los hombros.

—¡Ya basta! —alzo la voz, más enfadada de lo que quería—. ¿Os habéis vuelto locos? Estamos en mitad de un asedio inminente y lo único que hacéis es competir entre vosotros.

—No es un juego, Isleen —responde Darian, sin apartar la mirada de Caelan—. Él no debería estar aquí, a solas contigo… y menos a estas horas.

—Tampoco tú —suelto con un hilo de rabia—. Entrar sin avisar, hablarme como si te debiera explicaciones. ¿A qué vienes, Darian?

Por un segundo, el destello de furia en sus pupilas vacila. Pero apenas un suspiro después endurece el gesto otra vez, volviendo a clavar la vista en Caelan.

—He venido a comprobar que estés bien.

—Si me preguntas a mí, la verdadera amenaza para ella siempre has sido tú —lanza Caelan.

Darian da un golpe en el marco de la puerta, clavando los dedos con fuerza en la madera.

—Como se te ocurra insinuar que le haría daño, te juro que te arranco la lengua.

—¡Parad! —exclamo, y ahora sí me interpongo con un movimiento brusco, colocando una mano sobre el pecho de Caelan.

Darian aprieta la mandíbula; sus ojos oscilan de mi rostro al de Caelan.

—Ordena a tu capitán que salga. Tengo palabras que no se repiten con público.

—Ve a descansar —le suplico a Caelan—. De verdad. Y tú, Darian… —las palabras se me atascan un segundo—, lárgate si no tienes nada importante que decir.

Ambos me miran, respirando con dificultad, sin apartar el uno al otro de su campo de visión.

Finalmente, Caelan da un paso atrás, sin quitar la mano de la empuñadura de su daga.

—Si necesitas algo, estaré al otro lado de la puerta —dice, mirándome con calidez.

Le agradezco con un leve asentimiento. Sé que me sigue con la mirada un instante más antes de salir. Cuando pasa por delante de Darian, sus hombros rozan con los de él en un desafío silencioso.

Darian no se mueve hasta que Caelan desaparece, y entonces dirige su mirada hacia mí. Un segundo. Dos. Siento mi corazón latir, furioso y confuso.

—¿Ibas a hablar conmigo o solo a intimidar a Caelan? —pregunto, soltando el aire con fuerza.

—Las dos cosas —responde con sinceridad. Baja la voz—. No soporto verlo tan cerca de ti.

—Pues tendrás que soportarlo —replico, apartándome con rabia un mechón que cae en mi frente—. Porque aquí estoy yo al mando, y tú… tú no eres nada más que un aliado temporal.

Sus labios se tensan en una mueca que no sé si es rabia o dolor.

—Eso es lo que crees. Pero sigues siendo mi esposa ante las leyes del clan y de Dios y no pienso dar un paso atrás.

—¿Y cómo piensas reafirmar ese título? —lo desafío—. ¿Con amenazas? ¿Con celos ridículos?

—Con lo que sea necesario —murmura, bajando un poco la mirada a mi camisón—. Y no es ridículo, Isleen.

Por un momento, se forma entre nosotros un silencio que me sabe a todo lo que nos falta por decir.

—¿Lo has dejado entrar en tu cama? —Su pregunta suena áspera, casi un gruñido.

La sorpresa me deja sin aliento.

—No tienes ningún derecho a hacerme esa pregunta —contesto, sin suavizar el tono.

—Pero necesito la respuesta —insiste, como si de ello dependiera su próxima bocanada de aire—. Os veo muy unidos, y…

—¿Y qué? ¿Crees que, si fuera así, te daría explicaciones? —Clavo los ojos en los suyos, herida y furiosa a la vez—. Lo que yo haga con Caelan o con cualquier hombre de este castillo, no es asunto tuyo.

Darian se pasa la mano por el pelo, frustrado. Durante un segundo, parece que vaya a gritar algo, pero su orgullo —o su sentido común— se lo impide.

—No lo entiendes —murmura al fin—. Cuando te veo con él… es como si algo me quemara por dentro.

—Pues vas a arder mucho tiempo —replico, con la voz afilada—. Porque, Darian, dejaste de tener derechos sobre mí. Si te duele, asúmelo.

—No, no lo creo. —Su voz baja, grave, cargada de cansancio y filo—. Si hubieras querido algo con él, lo habrías elegido aquella noche de Bealltainn. Pero me escogiste a mí… sin conocerme.

Cierro los puños hasta que las uñas arañan piel.

—Porque no quería que nadie que me conociera supiera lo que tramaba —escupo—. Necesitaba un desconocido. Nada más.

Él ladea la cabeza, casi divertido, casi herido.

—No. Fue más que eso. No lo deseabas a él… pero a mí sí. Igual que yo te deseé en cuanto puse los ojos en ti. —Da ese medio paso que borra el aire—. Todavía lo hago, Isleen. De una forma que me quita el aliento y me duele como una maldita herida abierta.

Su aliento me roza la mejilla. El mundo detrás retumba, pero se vuelve distante, como si quedara al otro lado de un portón cerrado.

—Tú me odiabas. Lo hiciste para castigarme.

Darian aprieta los dientes; un músculo le late junto al pómulo.

—¿Odiarte? —deja escapar una risa incrédula—. La primera vez que te vi, ya sabía que eras la mujer que me habían prometido… y aun así me golpeó el pensamiento más insensato: «Si no la tengo en mis brazos antes del alba, me pasaré la vida bajo su sombra». El fuego te pintaba la piel en oro y yo sentí cómo todas mis batallas se quedaban mudas. Pensé que una sola noche bastaría para morir en paz, pero en cuanto me sonreíste supe que no quería solo una noche: quería cada latido, cada furia, cada madrugada. No hay espacio para el odio cuando todo mi cuerpo te anhela; sería como intentar respirar y negarme el aire.

Sus palabras me muerden; son hielo y fiebre a la vez. Trato de mantener la voz firme.

—No era amor, Darian. Era deseo y guerra. Dos bestias hambrientas chocando entre las sombras.

—Tal vez —admite—. Pero cuando te moviste contra mí, conmigo dentro, pensé que la venganza se retrasaba. Que nada importaba tanto

como hundirme en ti. Todavía te siento en la piel, como un hierro candente.

Mi pulso se dispara. No quiero temblar, pero tiemblo. Él lo nota; lo veo tensarse, como si la contención le astillara los huesos.

—¿Por qué me lo dices ahora? —murmuro, intentando mantener la compostura—. ¿Crees que con eso borrarás el daño?

Darian niega con la cabeza, su voz se hace ronca:

—No, no creo que lo borre. Pero necesito que sepas que mi deseo por ti no fue solo un truco para acercarme a los MacNab. Fue real. Lo sigue siendo. —Aprieta la mandíbula un segundo—. Si pudiera odiarte, no me dolerías tanto. —Se inclina hasta que nuestras frentes casi se tocan—. Cuando cierro los ojos, quiero mi nombre en tu boca más que la venganza. Y no sé si eso es amor, o locura, o ambas cosas. Pero no se me pasa. No se me apaga. Ni siquiera cuando me odias.

Traza el borde de mi muñeca con la yema del índice. Hay cenizas y dolor entre nosotros, y aun así ese roce hace que mi respiración se quiebre. Su mano sube por mi brazo hasta la curva de mi cuello. No aprieta, solo ancla. Mi pulso golpea la garganta. Trato de ordenar las palabras, pero llegan como cuchillos sueltos.

Me separo de él. El camisón apenas roza mis rodillas cuando me siento en el borde del jergón. Podría ordenarle que se vaya; en lugar de eso, me quedo quieta, midiendo la furia de su respiración.

—Yo… no soy tu paz. Soy la piedra que te recuerda lo que perdiste.

—Eres la piedra donde puedo clavarme… o descansar —susurra—. Y no he decidido qué duele más.

Me tiembla el pecho; respiro hondo para no quebrar la voz.

—Necesitamos muros altos, Darian. No promesas imposibles.

Él se arrodilla. Clava una rodilla en la madera. Al bajar la cabeza, un mechón rebelde le cae sobre la frente. Sus manos, ásperas de espadas y vigas, envuelven mis tobillos con una suavidad que me desarma.

—Construiremos los muros —responde, arrastrando la mirada por mis labios—. Pero no me pidas que erija otro entre tú y yo. Ese… no puedo levantarlo.

Silencio. El latido en mis oídos tapa mis pensamientos. Le rozo la camisa con los dedos —apenas un roce— y siento cómo se tensa, cómo todo su cuerpo se vuelve un hilo a punto de romperse.

La otra rodilla se apoya entre mis pies, obligándome a abrir ligeramente las piernas. No sé en qué momento hemos acabado tan

próximos, pero ahora no logro apartarme. Mi pulso golpea con fuerza en mis sienes; es como si cada partícula de aire se cargara de electricidad.

Su pulgar traza un círculo lento en el hueso de mi tobillo. La piel se me eriza. Sin apartar la vista, recorre mi gemelo hasta la corva; la yema cálida se desliza bajo la tela, husmea el borde de mi camisón.

—Isleen, mírame —dice, con esa voz profunda que me desmonta por dentro—. Por favor.

No quiero. Quiero seguir fingiendo que puedo resistirme, que sus palabras no me afectan. Pero levanto la mirada, y ahí está ese brillo en sus ojos que me desarma.

—No es tan fácil —susurro, notando un temblor en mis labios.

—Soy consciente de que hice algo imperdonable. —Sus ojos parpadean, conteniendo un temblor—. Y, aun así, sigo sin saber cómo respirar sin ti.

La garganta se me anuda. Un escalofrío me sacude, y mis manos se aferran a su camisa. Lo siento tan cerca, tan lleno de esa pasión que me arrastra y me asusta a la vez.

—Darian, por favor… —empiezo a decir, casi rogando que se calle.

—Lo digo en serio —insiste, con un matiz desesperado—. Desde aquella primera noche me perteneces tanto como yo a ti, aunque nos hayamos lastimado como nadie.

Su mano, al fin, roza mi mejilla. Es un roce mínimo, pero lo siento como si me abrasara la piel. Cierro los ojos, sin poder evitarlo, recordando lo que sentía cada vez que sus labios tocaban mi cuello, su aliento mezclado con el mío, su cuerpo reclamando el mío con urgencia.

—No puedo… —Mi voz se rompe. No quiero admitir cuánto le necesito—. No puedo volver a confiar en ti.

—No te estoy pidiendo que confíes —responde, dejando escapar un suspiro tembloroso—. Te pido que sientas. Sé que es injusto, que tengo todas las de perder, pero si te queda algún rescoldo de lo que compartimos, déjame demostrarte que no fue un engaño completo.

Quiero gritarle que se largue, que no soy tan débil. Pero mi resistencia hace aguas cuando veo el brillo de sinceridad en sus pupilas. Me duele recordar que, antes de saber sus planes, lo amé con toda mi alma. Y, en algún rincón oscuro de mí, tal vez lo sigo amando.

—Darian… —susurro, al borde del llanto.

Él cierra los ojos un segundo, como si le faltara el aire.

—Dime que no sientes nada y me marcharé —dice, con un deje de desesperación—. Júramelo, y no volveré a tocarte.

El mundo se concentra en sus labios, en mi respiración, en ese vacío que se abre bajo mis pies. No puedo mentirle.

Cierro los ojos, sintiendo cómo mi mente se nubla de anhelo y temor. Sé que estamos al borde de un abismo, que nada de esto soluciona las cicatrices que nos hemos causado. Pero por un segundo, el calor de su cuerpo me recuerda lo que fuimos antes de que todo estallara.

Su mano asciende, dibujando un camino de fuego por la cara interna de mi muslo. Cada milímetro que avanza, el mundo se encoge: deja de existir la guerra, los clanes, las murallas. Solo el roce y mi respiración que se hace difícil, errática.

Su otra mano se posa en mi cadera, firme, pero sin apremio. El camisón cede; se desliza, ligero, y deja mis muslos desnudos a la luz temblona de la antorcha. Darian inclina la cabeza, acerca los labios a la piel recién expuesta y deja un beso que me incendia.

Gimo, bajo y rasgado. Él lo oye, lo bebe. Sus labios ascienden hasta la base de mi muslo; su lengua dibuja un camino efímero. Mi espalda se arquea, mis dedos se hunden en su pelo.

—Sigues sin echarme —susurra contra mi piel—. Dímelo, Isleen. ¿Me deseas?

—Me destruyes… y aun así no sé negarme —confieso, con el pecho latiendo fuera de compás.

Él sonríe contra mi sexo y exhala el calor justo que me sacude. Su lengua no tantea: embiste, lame, chupa, hinca. Me abre con la boca como si lo necesitara para respirar. Mis caderas se levantan solas, mi espalda se curva, mis muslos se tensan a su alrededor como un grillete. Siento la barba raspándome, áspera, dura, y aun así no quiero que pare. No hay delicadeza. Solo hambre.

Su lengua se hunde y luego sube, me encuentra con precisión brutal, se aferra a ese punto y lo castiga hasta que jadeo sin poder tragar aire. Le tiro del pelo, pero ni se inmuta. Me sostiene con fuerza, con rabia, con una devoción sucia que me parte en dos.

Sus manos suben, rodean mi cintura; me acerca al filo del colchón. Yo deslizo un pie, lo engancho tras su espalda, lo obligo a acercarse más. Él responde con un gruñido bajo, casi de alivio.

—Alza los brazos —ordena, ronco.

Obedezco. El camisón se eleva y cae, un susurro de lino que aterriza junto a la cama. La antorcha crea mapas de luz sobre mi piel desnuda.

No intento cubrirme. Darian me mira como si fuera un objeto sagrado.

Apoya la frente sobre mi vientre—un instante de quietud, casi rezo —y luego con una mano, se retira el tartán: su sexo emerge duro, orgulloso, sin impedimento alguno. Lo sostiene mientras me mira desde abajo con las pupilas dilatadas.

—Mírame —ordena, con la voz hecha gravilla—. Quiero ver tu cara cuando te llene.

—Espera. Caelan sigue ahí, detrás de la puerta —murmuro, obligándome a bajar la voz—. Lo más seguro es que nos oiga…

—Que se largue si no quiere oír —responde Darian, clavando los ojos en la puerta—. ¡¿Te enteras, Caelan?! Es a mí a quien quiere. ¡Fuera de aquí!

—¡Darian! —lo regaño con un gemido contenido, abriendo más las piernas.

No hay respuesta. El silencio de la madera al otro lado me pone más nerviosa aún; imagino a Caelan quieto, con la mano sobre su empuñadura y el orgullo herido. Al fin y al cabo, solo hace un rato casi se lían a puñetazos.

—Si Caelan quiere espiarnos, será su problema —dice con una ronquera que me recorre de los pies a la cabeza.

Sus palabras me arden por dentro. La ira, los celos y un deseo retorcido se mezclan en el ambiente.

Me sienta sobre sus muslos, todavía de rodillas, y me sostiene con una mano en la base de la espalda. La otra explora: sube por mi columna hasta el cuello, baja por el costado, deteniéndose en el relieve de mi pecho. Su pulgar roza el pezón, y la sacudida que me atraviesa es un relámpago.

Me alinea sobre su regazo, la punta de su sexo roza mi entrada resbaladiza y húmeda. Siento el latido en su sien, el temblor de mis muslos.

—¿Lo sientes? —murmura, apoyando la frente en mi pecho—. Palpita por ti.

—Esto no lo arregla todo —logro articular, con la voz ahogada—. Ni siquiera sé si podremos arreglarlo algún día.

—Lo sé —responde, y en sus ojos brillan la culpa y el deseo—. Pero déjame enmendarlo… aunque sea de la forma más egoísta.

Un leve sollozo se escapa de mi pecho, mientras él susurra mi nombre como una plegaria.

—Entra —susurro, casi sin voz—. Ahora.

Con un gemido grave, empuja. Su grosor me abre despacio, firme, hasta llenarme; un tirón dulce y punzante que me arranca un grito ahogado contra su cuello. Me aferro a sus hombros, mis uñas marcan su piel. Él tiembla y empieza a moverse. Lento, profundo.

Cada retirada deja un vacío intolerable; cada avance me llena hasta el fondo, rozando un punto que chisporrotea detrás de mi ombligo.

El chirrido del suelo acompaña nuestro pulso. Su camisa rozándome los pezones.

—Estás ardiendo —jadea contra mi oído—. Siempre fuiste fuego.

El ritmo se deshace: ahora son embestidas rápidas, urgentes. Mi nombre en su boca es un conjuro; el suyo en mis labios suena a rendición y victoria a la vez.

En pleno vaivén, un clamor sube desde las murallas: toques de cuerno, pasos a la carrera, gritos que rompen la noche.

—¡Estandartes Ruthven al norte! —retumba una voz—. ¡Son más de cuatrocientos!

El golpe de realidad nos sacude, pero él no se detiene; no me deja ir. Acelera. Como si el tiempo se nos deshiciera en las manos. Como si esta fuera la última vez.

Mi cuerpo se arquea, mi alma se aprieta en su abrazo. Siento el espasmo trepar por mi columna, aprieto, estallo. Un temblor líquido me recorre, se contrae en torno a él; Darian gruñe, se hunde una vez más, tiembla y derrama su calor dentro de mí en oleadas que me arrancan otro gemido.

Nos quedamos abrazados, su frente en mi clavícula, mi mano temblando en su nuca. Él no suelta mi cintura; yo no suelto su respiración.

—Mañana quizá muera —susurra, aún jadeante.

—Puede que yo también —le respondo, pero no me reconozco en esa voz. Es más hueso que carne. Más herida que palabra.

Él me obliga a mirarlo. Sus ojos todavía arden, pero es un fuego triste, antiguo, que duele por haber ardido tanto.

—Tú no. —Niega despacio—. Tú te quedas. Aunque tenga que exponerme por completo para rodearte de murallas que yo mismo defenderé con los dientes.

Su mano baja, reposa en mi vientre. Lo acaricia como si pudiera sentir un latido que aún no existe.

—Y si la suerte no me escupe otra vez… —traga saliva— puede que haya dejado algo aquí. Algo que sea mitad tú, mitad de lo poco bueno que hay en mí. Mi sangre latiendo contigo. Nuestro perdón, si es que aún podemos creer en eso. Será nuestra victoria contra tanta pérdida. Y para eso debes luchar como nunca, Isleen. Porque un hijo necesita una madre fuerte.

Mi pecho se rompe. La garganta se me cierra como si tragara cristales. Las lágrimas suben y no esperan permiso.

—¿Y si ese niño hereda tu rabia? —pregunto. Pero la sonrisa no me sale. Solo el miedo.

—Entonces la convertirás en coraje —responde sin dudar, rozándome la mejilla con la nariz—. Le enseñarás a sostener su nombre cuando el mundo intente quitárselo. Así como sostengo el mío, incluso cuando duele. Tú le darás luz porque tú sabes cómo hacerlo. Igual que me la diste a mí y me convertiste en un hombre menos roto.

Me besa los párpados, uno, luego el otro. Ese roce me desarma más que cualquier embestida.

—Juro —susurra contra mi frente— que, si muero, será peleando para que tú respires un día más. Y al siguiente. Y al otro. Aunque mi nombre se apague el tuyo debe seguir en pie.

—Darian…

—Shh. —Me acaricia el rostro como si fuera una cosa sagrada—. No necesito que me perdones. Solo que no me olvides. Que algún día le digas que su padre no huyó. Que se quedó. Que eligió morir para que tú vivieras.

Las lágrimas me queman los ojos; parpadeo y resbalan, sin permiso. Él las bebe con la boca, como si cada gota fuera agua para su sed.

—Lucharé —prometo, y sale rasgado, pero firme—. Por mí, por ti… por el hijo que aún no existe y por los que ya no respiran.

—Eso es —murmura—. En cada latido, una trinchera nueva.

Nos quedamos quietos, respirando juntos. Su mano sigue anclada en mi vientre, la mía en la curva de su nuca. Fuera, el viento araña los postigos; dentro, solo late este juramento de piel y fuego.

—Vive, Isleen. Vive, aunque yo no vuelva a abrir los ojos.

—No, no mueras. No quiero a otro hombre, Darian. No quiero otro nombre, ni otro futuro.

Él traga saliva, con los ojos húmedos. Y sonríe. Una sonrisa rota. Hermosa.

—Solo debes preocuparte por ti. Vive lo suficiente para los dos. Sé todo lo que yo no pude ser.

Me alza, me tiende sobre el jergón, entra de nuevo con lentitud reverente —como quien reviste un altar— como si cada embestida fuese un adiós y un te quiero envuelto en carne.

—Te amo —murmura, por fin, tan bajo que casi no lo oigo—. Y lo haré hasta que mi cuerpo no sea más que barro bajo tus pies.

Y se mece hasta que el temblor mengua, hasta que su semilla deja de brotar.

Fuera, el asedio aguarda mientras los jinetes Ruthven se posicionan…

Y dentro, mientras se recuesta a mi lado, Darian me entrega todo lo que le queda.



Capítulo 31

«DARIAN»

Me despierto con la luz del fuego de la chimenea temblando sobre el rostro de Isleen. Está profundamente dormida, agotada. Su pecho sube y baja con un ritmo pausado, casi inocente si no supiera cuánta rabia y dolor carga.

Me levanto sin hacer ruido. El suelo de piedra está frío bajo mis pies. Recuerdo por un segundo cómo, hace apenas unas horas, la guerra quedaba fuera de estas paredes mientras la tocaba y la hacía temblar. Pero la realidad no espera. Hay un castillo que defender y un enemigo que afila las garras.

Me pongo la camisa a toda prisa y recoloco el tartán, luego ajusto la hebilla con un tirón seco. Antes de cruzar el umbral, le lanzo una última mirada a Isleen, tumbada en el jergón, con un mechón de pelo cayéndole por la frente. Sé que nuestra tregua es frágil: ella me deja acercarme, pero no me perdona. Ojalá nos sobrara tiempo para sanar…

Apenas cierro la puerta, el aire helado del pasillo me golpea la cara. Dos guardias se enderezan al verme, tensos.

—Despertad a todos los que estén durmiendo —ordeno, bajando la voz para no molestar a Isleen—. Que se mantengan preparados. No podemos despistarnos ni un segundo.

Los soldados asienten, se intercambian miradas y salen corriendo. Yo avanzo por el corredor. Fuera, el viento brama contra los muros, y me pregunto si las vigas que colocamos aguantarán el envite de los Ruthven.

Al llegar al patio, el sonido de pasos apresurados, martillos y voces mezcladas me atropella la cabeza. Un grupo de MacNeish se cuadra en cuanto me ve.

—¡Torren! —ladro nada más poner un pie en el patio.

La sombra del gigante se gira, alerta.

—¡Reúne a los nuestros! Quiero a todos alineados antes del primer cuerno. ¡Y revisa los malditos arcos! No quiero cuerdas reventadas en medio del infierno.

Echo a andar y atravieso el patio como si llevara el castillo a la espalda. Las antorchas se sacuden al viento, la piedra resbala bajo las

botas. Huele a hierro, a humo... y a miedo. Pero el miedo no tiene cabida a mi lado.

—¡Finn! ¡Despierta a los vigías de la torre norte! —le agarro por el cuello del jubón cuando lo veo desperezándose como un borracho—. Si alguno se ha quedado dormido, lo tiras por la almena.

Me cruzo con Broen que ya sube con su ballesta al hombro.

—¿Tenemos visión del campamento?

—Apenas sombras. Pero se mueven con intención —gruñe—. Y traen refuerzos. Muchos. Han mandado exploradores hacia el río. Parecen querer cortar cualquier vía de escape —me responde con el ceño fruncido.

—Perfecto —murmuro con sarcasmo—. Que redoblen las patrullas por ahí. Y si veis a uno solo de ellos, le abrís la garganta antes de que toque el cuerno de aviso.

—Tú mandas.

Doy un par de pasos más y me planto junto a otro grupo de hombres que están calentando brea en unos barriles. El olor me revuelve el estómago: me trae recuerdos de las veces que defendimos plazas fuertes en otros tiempos. No era tan distinto, salvo que ahora se mezclan rostros conocidos y desconocidos, MacNab y MacNeish juntos, formando una extraña alianza.

—Aseguraos de que esa brea no hierva demasiado pronto. La necesitamos justo cuando intenten asaltar las murallas —ladro, sin querer sonar amable—. Más vale que lo hagáis bien o nos costará vidas.

Ellos asienten con rapidez. Dirijo la vista hacia los muros de Dùn Fergas y decido subir hasta las almenas. Necesito comprobar yo mismo qué movimientos hacen los Ruthven.

Al llegar arriba, el viento me golpea con fuerza. La noche aún es cerrada, pero las antorchas iluminan una hilera de estandartes que se balancean a lo lejos. Me apoyo en la piedra, forzando la vista para distinguir el número de tiendas y hogueras. Parece que el enemigo no es precisamente escaso…

—Te has tomado tu tiempo.

La voz de Caelan, grave y cargada de hostilidad, me pilla a contrapié. Cuando me giro, lo veo ahí, con la mano sobre su espada y una sonrisa desdeñosa. Su capa ondea, y me da por pensar que quizá lleve un buen rato esperándome.

—Tenía asuntos que atender —le espeto, sabiendo de sobra que lo sabe—. ¿Te duele mucho no ser tú quien salga de su alcoba?

Caelan suelta una carcajada corta, sin rastro de humor.

—Prefiero verla viva y a salvo, aunque tengas que calentarle las sábanas un rato. —Se pasa la lengua por los dientes—. El problema es que no sé si tú eres la mejor opción para esa tarea.

—¿Hablas de mantenerla viva o de calentar su cama, que también parece que te interesa? —escupo, apretando los dientes.

—Lo has dicho tú, no yo —se encoge de hombros, intentando mostrar indiferencia—. Mira fuera, Darian. —Se gira para señalar el campo, donde las hogueras enemigas se multiplican—. ¿Ves esos fuegos? Son suficientes para tragarse este castillo dos veces. Tu duelo con la almohada podía esperar.

—Hago lo que tengo que hacer —gruño, sintiendo la adrenalina subir—. No me verás pidiendo disculpas por pasar un rato con mi esposa.

Se queda un segundo en silencio y se asoma por la almena. En el horizonte, las luces anaranjadas parpadean, confirmando una presencia masiva. Podría jurar que incluso oigo tambores y relinchos.

—¿Estás aquí porque te arrepientes… o porque ya no sabes a qué aferrarte? Deberías tenerlo claro —dice Caelan, en un tono que mezcla reproche y sarcasmo—. En cuanto amanezca, los Ruthven nos atacarán.

—¿Y tú? ¿Estás celoso o preocupado? —lo provoco—. Porque no te pega el papel de consejero. Ni siquiera te pega el de guardián.

—No necesito tu aprobación para proteger a Isleen. Ella me la dio —Caelan me lanza una mirada arisca—. A diferencia de ti, que haces lo que te da la gana.

—Funciona, ¿no? —replico con un amago de sonrisa agria—. Mira alrededor: el castillo aguanta, mis hombres refuerzan cada esquina… y ella ha dormido tranquila.

—Por si no te has enterado, ha dormido tranquila también sin ti porque al otro lado de la puerta estaba yo, no tú —responde con dureza, tirándome un golpe bajo.

—No te engañes. Que duermas fuera de su puerta no te convierte en nada.

—Y tú no te confundas, Darian. Que ella te haya elegido no te convierte en indispensable. Ni en intocable.

El corazón me late con furia, pero me obligo a apartar la vista de él. No por ceder, sino porque lo que hay más allá tiene prioridad. Lo que arde dentro de los muros tendrá que esperar: fuera, la noche se llena de estandartes. Me apoyo en la almena para escudriñar de nuevo la llanura. Cada vez veo más focos de luz: más gente, más tiendas, más caballos.

—Bonitas vistas si ignoras que vienen a arrancarnos la cabeza.

—No sabía que supieras apreciar un horizonte —murmura sin mirarme—. Creí que tu especialidad era quemarlo.

—Solo quemo lo que estorba —respondo impasible—. Hoy nos toca protegerlo. ¿Cuántas tiendas cuentas tú?

—Cinco filas, ocho por fila —calcula—. Y no todos son campesinos con azadas; veo pendones de Falkland y Abernethy.

—No van de farol —suelto en voz baja—. Tienen intenciones serias de atacarnos con todo.

—¿Tienes un plan o solo arrogancia?

Lo miro de reojo.

—Tengo ambos. —Levanto la mano y llamo a Colum—. Dividid la munición: mitad flechas con trapo, mitad saetas cortas. Quiero fuego y lluvia. Y que afilen los troncos del foso antes de que amanezca.

Él corre. Caelan me sigue con la mirada.

—Con eso ganamos tiempo, no la guerra.

—Mientras tanto —le digo—, tú cubres el flanco oeste. Yo cubro el este. Y ninguno deja solo a Isleen ni un maldito minuto. ¿Te vale?

Su barbilla se tensa, pero asiente.

—No la dejaré, aunque tenga que pasar por encima de ti.

—Tú haz lo que te plazca —respondo con frialdad—. Pero de algo estoy seguro: al final, Isleen elegirá lo que le dé la gana, y ni tú ni yo podremos impedirlo.

Caelan no responde, y nos quedamos un instante en silencio, contemplando el panorama. Aunque no se le ve el rostro con nitidez, percibo su mandíbula apretada. La tensión entre nosotros hierve, pero la urgencia mayor es la que se extiende fuera de los muros.

—Te advierto una cosa —rompe el silencio, sin mirarme—. Si veo que la pones en riesgo, aunque sea un segundo, voy a partirte la cara.

—Prueba —gruño—. Veremos quién cae primero.

Caelan aprieta los labios, sin réplica inmediata. Las brasas lejanas chisporrotean como si celebraran nuestro pulso mudo.

—Darian… —añade Caelan, ya casi de espaldas, sin retirar del todo la hostilidad—. Será mejor que no te mueras, porque entonces sí que no habrá nadie para controlar a esa mujer. Y no te quepa duda de que se enfrentará sola a Alastair Ruthven si hace falta.

Me callo. La imagino poniendo su vida en peligro y me recorre un escalofrío. Si algo tengo claro es que daré lo que me queda de la mía para evitarlo.

—Tampoco te mueras tú, Caelan —dejo caer, por primera vez. Me sorprende lo sincero que suena en mi voz.

El tipo alza una ceja, con un deje amargo.

—¿Eso es un gesto de hermano? ¿O un aviso para que no falte quien te cubra?

—Tal vez ambas cosas —admito, con un nudo en la garganta—. Aunque esté furioso contigo, necesito que, si caigo, protejas a Isleen y… aún tengo cosas que echarte en cara.

Él traga saliva, tenso. Baja la mirada un segundo.

—Igual no somos tan diferentes, Darian. Por desgracia, tenemos la misma herencia: un cabrón de padre que jugó con nuestras vidas. Y ahora tenemos a esa mujer en común, aunque por distintos motivos.

No sé qué contestar. El silencio aprieta.

—No necesito tus sabias reflexiones —respondo en un hilo de voz—. Desaparece ya, capitán. Tengo trabajo.

Caelan se aparta sin una palabra más. A solas, me quedo observando las luces enemigas en la noche. Pienso en Isleen, tumbada en su alcoba, recuperando fuerzas antes de que esta tormenta nos arrolle.

Aprieto el puño en la empuñadura de la espada y, con la otra mano, hago una señal a mis hombres de las almenas. Hay que repartir turnos, reforzar las aspilleras y conseguir que la brea esté lista. No faltan quehaceres en una noche como esta.

Mientras recorro el adarve, grito órdenes a los hombres que encuentro. Me contestan con «sí, jefe» o con miradas de agotamiento. Nadie se atreve a replicar; saben que no estoy de humor.

Mis pasos retumban en la piedra. Por dentro, la imagen de Isleen pesa, la de su cuerpo entre mis brazos, la de su rostro dormido en medio del caos. Pero aquí arriba, sobre las almenas, el calor de ese recuerdo no basta para espantar el frío ni el temor.

La guerra está a las puertas. Y sí, estoy furioso, celoso, cansado… pero dispuesto a pelear hasta el último aliento. Por ella, por mí, por lo que sea que podamos salvar cuando amanezca.

Bajo otra tanda de escalones y recorro el adarve para revisar el foso. Cuando levanto la mirada, la veo.

Isleen ha salido al patio envuelta en un manto oscuro. Ni siquiera se ha tomado el tiempo de abrocharlo bien. Camina entre hombres sudados y asustados como si llevara años mandándolos. Les marca turnos, señala barriles, reparte picas. Y nadie discute: MacNab y MacNeish se apartan para dejarle paso, la escuchan y obedecen sin rechistar.

La antorcha más cercana le tiñe la cara de cobre y, por un momento, olvido el gentío, el viento y el olor a brea. Solo veo a esa mujer a la que medio mundo subestimaba y que, ahora mismo, mantiene todo esto en pie con la voz firme y la barbilla en alto.

«Ojalá Finlay pudiera verte», pienso. El viejo seguro que se daba contra un muro al comprobar que su hija —la que creía demasiado frágil para mandar— gobierna un patio lleno de guerreros con la misma naturalidad con que otros respiran.

Me arde el pecho: orgullo, amor… y algo que no sé nombrar, algo que me empuja a bajar corriendo, ahuyentarle el frío y besarle la frente. Pero no lo hago. Se lo merece todo y, precisamente por eso, esta noche no me necesita pegado a su sombra. Necesita que su castillo aguante.

La observo un segundo más. Ella levanta la mano, dibuja un gesto rápido y cuatro hombres la siguen como si fuese el mismísimo Laird.

Juro por mis muertos que va a vivir para mandar mucho tiempo. Y que, cuando esto acabe, si sigo respirando, le diré que la amo de la única forma que sé: dándole un mundo que no intente cortarle las alas.

Señalo a los arqueros de la torre sur.

—¡Vosotros, no la perdáis de vista! Mantenedla con vida —ladro—. Si le ocurre algo, responderéis ante mi… y no queréis saber cómo.

Después vuelvo sobre mis pasos, la espada golpeándome el muslo, con la certeza de que, mientras quede un latido en mi cuerpo, pelearé para que esa mujer —mi mujer— sea libre en su hogar.



Capítulo 32

«ISLEEN»

El primer cuerno rompe la noche justo cuando la escarcha todavía cubre los parapetos. Bajo a la carrera con la capa mal anudada; el aire huele a brea caliente y a los nervios sudados. Al pie de la torre me topo con Broen.

—Treinta hombres en el portón, arqueros arriba y calderos listos —le ordeno—. Nada de héroes sin permiso.

Subo las escaleras de piedra. Cada peldaño vibra con el retumbar de los tambores Ruthven. Al asomarme, el valle parece un mar de antorchas: más de cuatrocientas sombras avanzan con escudos de abedul y un estandarte negro que flamea como un presagio.

Las flechas enemigas silban antes de que salga el sol. Yo marco el ritmo:

—¡Uno… dos… soltad!

Las cuerdas zumban; media docena de antorchas Ruthven se apagan de golpe. No los para, pero los frena. El murmullo de los míos se vuelve respirable.

A mi izquierda, Caelan dirige el ala oeste. Mete orden a gritos secos: «¡Puntas bajas, empuje corto!» Sus hombres obedecen, confiados en esa voz grave que no duda.

Al este, Darian es otro cuento. Ni cautela, ni protección: tartán al viento, media camiseta abierta y la espada larga en alto. Cuando la primera escalera enemiga se engancha, él se lanza como un toro, salta el parapeto y la patea abajo antes de que nadie reaccione. Dos Ruthven caen como sacos. Y él se ríe. El muy insensato se ríe.

—¡Traedme madera nueva! —vocifera—. ¡Si quieren subir, que trepen sobre sus muertos!

Ni siquiera alcanzo a gritarle prudencia; ya ha saltado a la siguiente almena.

Un ariete improvisado golpea el portón: tronco, hierro y veinte hombres empujando. Cada impacto me duele en los dientes. Con el cuarto golpe, el travesaño cruje.

—¡Fuego! —ordeno.

Los toneles vuelcan agua hirviendo. Los Ruthven chillan, retroceden. Les dura un suspiro: vuelven con mantas mojadas, cabezas bajas. El quinto impacto astilla la madera; el sexto la raja.

Me quemo la garganta de tanto gritar refuerzos cuando un silbido agudo me roza el pelo. Giro: una flecha Ruthven clava a un chico MacNab en plena garganta. Cae de rodillas, sorprendido de su propia sangre. Aprieto los puños. No puedo pararme a llorar.

El ariete se prepara para el golpe final cuando Darian emerge del humo, cubierto de hollín y con la mirada desatada.

—¡Abrid la posternilla! —brama.

—¿Estás loco? —le suelto.

—Confía en mí, Isleen.

No hay tiempo para réplica. Abro la puertecilla lateral; él sale con cinco de los suyos, antorchas en mano, y corre directo al ariete. Los Ruthven no esperan una carga tan suicida. Darian prende la manta que cubre el tronco, lanza aceite y lo empuja hacia sus dueños. Las llamas suben como bestias. El humo obliga al enemigo a soltar el peso y dispersarse.

Vuelven disparos, piedras, insultos. Darian los esquiva de milagro, arrastra a un hombre herido hasta dentro y me planta una sonrisa tiznada.

—Portón salvado… por ahora. Que los hombres lo apuntalen de nuevo con más tablas.

Quiero estrangularlo y besarlo a la vez. No elijo. Lo golpeo el pecho.

—Vuelve a salir así y te cierro las puertas yo misma a tu espalda —le gruño.

Él me guiña un ojo y se aleja, con los ojos ya puestos en el siguiente lío.

—¡Isleen! —Caelan me encuentra al pie de la escalera—. No deberías estar aquí.

—No pienso esconderme —respondo, con la voz más firme de lo que esperaba.

Él me cubre con el cuerpo cuando otra lluvia de flechas silba. Su escudo amortigua el impacto, pero noto el temblor en su brazo. Está herido. No lo dice. Yo tampoco.

Volvemos a mirar hacia Darian. Está de pie sobre el tejado de la torre este, cortando sogas, empujando barriles encendidos, gritando a sus

hombres como si la muerte fuera algo negociable. Una parte de mí quiere gritarle que se baje, que se cuide. Pero la otra sabe que no sabría hacerlo. Él es eso. Un incendio.

Alguien intenta escalar la muralla. Un Ruthven, con el rostro lleno de barro. Darian lo ve antes que nadie. Salta. Juro por Dios que salta sobre él. Lo derriba de una patada en el pecho y, antes de que el cuerpo caiga al vacío, le arranca el cuchillo y lo lanza contra otro enemigo que se acercaba desde abajo.

La temeridad se desborda. Y él la cabalga como si fuera suya.

—Está loco —masculla Caelan.

—Sí —susurro, sin dejar de observarlo—. Pero ahora mismo… lo necesitamos exactamente así.

—¡Isleen! —la voz de Eilidh me saca de la ensoñación—. Hay heridos en el patio norte. Necesitamos que alguien cubra esa parte mientras los sacamos de ahí.

Cierro un instante los ojos para reagrupar mis pensamientos. Quisiera estar en todas partes, pero eso es imposible.

—Kerran —ordeno, sabiendo que me sigue por orden de Darian—, ve con Eilidh. Saca a los heridos y llevaos un par de ballesteros para cubrirlos.

—Entendido. —Kerran asiente, sin chistes sarcásticos por primera vez, y se aleja a toda prisa.

Una flecha roza la piedra a mi lado, me agacho por instinto. Levanto la cabeza con la ballesta tensa y, sin pensarlo mucho, disparo. Ni siquiera veo si doy a alguien, pero escucho un quejido que confirma mi puntería.

La mezcla de clanes protege este lugar con uñas y dientes, y por increíble que parezca, aún resistimos.

Mientras vigilo el avance enemigo, me atrevo a echar un vistazo hacia lo alto de la torre oeste, donde se supone que están nuestros vigías. Ojalá nos avisen con tiempo si las catapultas se mueven.

—¡Isleen, abajo! —oigo la voz de Darian, de pronto, y me lanzo al suelo sin pensar. Una flecha silba por encima de mi cabeza y se clava en la madera de la aspillera.

—Gracias —mascullo, incorporándome de nuevo, con el corazón desbocado. Lo busco con la mirada; está en la sección inferior, sangrando por un rasguño en el brazo, pero solo me mira preocupado como si no sintiera su propio dolor.

Mientras vuelvo a cargar mi ballesta siento algo extraño: orgullo, sí, y un latido nuevo que no conocía. Puede que sea esperanza. O puede que sea la certeza de que, por muchas armas que traigan, mis muros son más que piedra. Son la fe de un clan, la terquedad de un capitán… y la locura temeraria del hombre que arde en la muralla este.

Que vengan otra vez. Aquí estamos.



A media tarde amaina el empuje. Los Ruthven retroceden unos pasos para montar catapultas. Recupero aliento, paso lista sobre los vivos y recuento heridos: once caídos, dos graves. Más de lo que querría; menos de lo que temía.

Desde la muralla miro el valle sembrado de restos quemados. Y miro a mis hombres, sudorosos y vivos, chocando las puntas de lanza con ánimo nuevo. En el ala oeste Caelan sostiene su escudo manchado pero entero; me regala un leve asentimiento. Al este, Darian se sacude la ceniza del brazo y me busca con la mirada. Cuando me encuentra, inclina la cabeza a modo de respeto como si estuviera ante el rey en la corte.

—¡A posiciones! —grito cuando el primer brazo de catapulta se alza —. Esto no ha acabado.

El segundo asalto llega sin cuerno: solo un estruendo y el portón que estalla en astillas. El golpe me sacude hasta los huesos.

—¡Contenedlos! —grito, pero los Ruthven ya se derraman por el patio como agua negra. Huelen a victoria adelantada.

El caos es inmediato. Flechas silban, antorchas ruedan, el hierro choca con un chillido que me araña los oídos. Busco a Darian en la barahúnda y no lo veo. Tampoco a Caelan. El mundo se encoge al tamaño de mi ballesta y de los ojos desquiciados que vienen a por mí.

Avanzo entre cadáveres recientes hasta la escalinata del salón. Allí, sobre los peldaños manchados, me planta cara Alastair Ruthven, con su capa oscura y su sonrisa fácil.

—Isleen —saluda, como si llegara a un baile—. ¿Lista para rendir lo que queda de tu orgullo?

Le apunto al pecho con la punta de una flecha, pero el temblor en mi muñeca me delata. Detrás de él, cuatro de sus hombres matan a dos hombres heridos. Mi gente.

—Quédate con mis muros, Alastair —digo, conteniendo las lágrimas —. No valen nada si no los defienden hombres libres.

—No, preciosa. Me quedaré contigo y con tu nombre. Así ningún otro MacNab volverá a alzar cabeza.

Se lanza. Bloqueo, resbalo, casi caigo. El filo de su espada me roza la garganta; noto la sangre tibia bajar hasta la clavícula. Él sonríe más.

Un rugido corta la escena. Darian irrumpe entre dos columnas a toda carrera, espada en alto, mirada de puro fuego.

—¡Apártate de ella!

Ruthven apenas gira cuando Darian se abalanza. El choque de aceros resuena bajo las vigas. Yo retrocedo; cada golpe retumba en el suelo. Darian arremete sin pausa: estocada, recorte, filo tras filo, como si el cuerpo no pesara. Ruthven se defiende, retrocede un paso, otro. Su guardia se rompe. Darian encuentra hueco y hunde la hoja en el costado enemigo. Un chorro oscuro mancha la piedra.

Pero Ruthven no va solo: uno de sus hombres se cuela por la derecha. Yo grito. Demasiado tarde. Clavan un puñal en el cuerpo de Darian antes de que pueda girarse.

Él se desploma, la hoja clavada bajo las costillas. El aliento se le va en un silbido y el miedo me muerde el estómago. Quiero correr a taparle la herida, pero oigo pasos detrás: Alastair se sacude la sangre de su capa y se acerca, sonriendo como si esto fuera un simple trámite.

—Mira qué fácil —entona, casi dulce—. Ya eres casi viuda.

Me quedo quieta, fingiendo temblor de pánico mientras palpo la empuñadura de la daga escondida en mi falda. Él avanza otro paso, levanta la espada para rematar a Darian y me regala una última mueca de victoria.

—Supongo que ahora sí vas a suplicar de rodillas —susurra.

—Suplica tú —escupo y, antes de que su hoja caiga, me lanzo de frente contra su pecho.

La daga entra por debajo de la placa de cuero, entre costillas. Siento el crujido blando de hueso y carne; él se queda boquiabierto, sin aire. Aprovecho el impulso: giro el mango hacia arriba, desgarrando carne hasta el esternón. La sangre le estalla en la garganta y me cubre la mano caliente.

Alastair retrocede con los ojos como platos. Quiere hablar —tal vez maldecir, tal vez rogar—, pero lo único que se le escapa es un borboteo. Se tambalea, pierde la espada, cae de rodillas… y se hunde de lado, muerto antes de que su capa toque los peldaños.

Uno de sus hombres de Alastair lanza un grito y corre hacia mí, pero Caelan lo intercepta con una embestida brutal. La espada le atraviesa el pecho antes de que levante el arma.

Dos intentan huir por la escalinata, pero resbalan con la sangre y caen de bruces. Dos soldados MacNab los alcanzan antes de que crucen la arcada. Los derriban. Sin juicio. Sin clemencia.

El cuarto, el que apuñaló a Darian, aún sostiene el puñal, pero no lo alza: me mira como si ya viera la muerte llegar.

—Ese es mío —gruñe Caelan. Y lo arrastra fuera, sin esperar permiso.

No hay júbilo, solo un zumbido blanco en mis oídos. Me vuelvo hacia Darian que está tumbado sobre el suelo y apoyo su cabeza sobre mi regazo.

—Eres un puto espectáculo… —murmura, medio riendo, pero no puede ocultar el dolor.

—Y tú eres un temerario —le reprocho—. Si mueres, te mato.

Él jadea y abre mucho los ojos. La sangre empapa su camisa y se estremece un poco. Me sostiene la mirada, un instante, como si quisiera memorizar mi rostro antes de cerrar los ojos.

—No, no, no… —susurro, casi ahogándome en mis propias lágrimas —. ¿Qué has hecho, idiota?

—Solo… necesito… descansar un poco —aspira con dificultad, y sus ojos se cierran.

—¡No me hagas esto! —gimo, intentando presionarle la herida para que deje de sangrar—. Darian…

El patio sigue en guerra. Pero el ruido cambia: gritos que no son de los míos ni de los Ruthven. Un clamor nuevo entra por la puerta rota.

Athair.

Irrumpe al frente de un río de hombres harapientos: proscritos, desheredados, viejos soldados y campesinos con hachas. Sus gargantas rugen venganza. Caen sobre la retaguardia Ruthven como un temporal. Los invasores, pillados entre dos fuegos, se giran sin orden; el pánico les deshace la línea.

Caelan vuelve a aparecer, espada en alto, y dirige la carga desde la muralla con un cuerno improvisado. Nuestros arqueros, animados de nuevo, disparan a bocajarro. El patio se llena de choques, gritos y el olor ácido de la brea que prende. El enemigo, pillado entre ambos grupos, se quiebra en minutos.

Yo no me muevo. Sostengo la cabeza de Darian; su sangre caliente corre bajo mis dedos en su costado.

—Eilidh, ¡aquí! —grito. Ella llega corriendo con vendas y vino fuerte. El filo entró oblicuo, pero no profundo.

—Sujeta firme, Isleen —me indica Eilidh mientras aplica una tira de lino y coge mi mano para que tapone la herida —. No dejaré que se nos vaya.

La batalla se apaga a nuestro alrededor: metal que cae, gritos que se vuelven suspiros, tambores que callan. Athair da la orden de cierre. Caelan vuelve a mi lado con la cara llena de hollín y sangre, y ve a Darian con los ojos cerrados y su cara se contrae.

—Échalos, Caelan —le suplico—. Cierra la puerta por mí. Yo no me muevo de aquí.

Asiente con la cabeza, serio, y se va. El sol tímido del atardecer, pinta de rojo los restos del patio. Me quedo sentada entre charcos y escombros con la cabeza de Darian en el regazo, las manos firmes sobre la venda, su aliento aún caliente.

Los Ruthven han huido. Alastair no volverá jamás. El castillo resiste.



El silencio tras la batalla no es silencio: cruje, huele, late.

El patio arde a medias, los rescoldos chisporrotean y el viento arrastra ceniza en forma de pavesas negras.

Entre los charcos de sangre y brea trasladamos a Darian en una puerta arrancada de sus goznes; pesa como un tronco mojado.

Lo tumbamos sobre la gran mesa de la cocina alta. Eilidh echa a patadas los restos de pan, limpia la madera con vino fuerte y corta la camisa hecha jirones. El tajo del puñal le ha abierto el costado, pero no ha tocado órganos: respira con dolor, no con estertor.

—Buen signo —repite Eilidh mientras enhebra la aguja y le aplica miel y vino. Él gruñe cada vez que la aguja entra.

—Aprieta aquí —me indica. Coloco mis dedos sobre la herida. La sangre me empapa otra vez las palmas; no sé cuántas veces son ya hoy.

Darian alza la mirada, entornada, pero lúcida.

Aprieto su mano. Sigue tibia. La mía tiembla.

—Te dije que no iba a dejarte morir.

—Me dijiste muchas cosas —susurra—. La mayoría eran órdenes.

Se le escapa una mueca que quiere ser sonrisa. Me quiebro un segundo, dejo que las lágrimas rueden. Verlo caer me partió, pero clavar mi acero en Alastair Ruthven fue tan fácil que asusta.

—Isleen —interviene Eilidh—, si sigues temblando le coseré los puntos en zigzag.

Respiro hondo, fijo la mirada en el hilo que se hunde y sale. Cuando ella ata el último nudo, cubre la herida con lino limpio y me cede un paño.

—Diez días sin hacer el bruto —sentencia, pero veo en sus ojos que no será tan fácil, que las heridas así no solo matan en las primeras horas y que necesitará cuidados continuos.

—Lo intentará —le respondo.

Salgo un momento al corredor; necesito aire que no huela a sangre. El amanecer se cuela por las troneras y deja motas de luz sobre la piedra. Abajo, Caelan dirige el recuento de los nuestros y de los cuerpos Ruthven. Susurra números al escribiente, y cada cifra es un golpe en el pecho. Ochenta y tres caídos. Los enterrarán al mediodía, con nombres y lágrimas.

Vuelvo a la cocina; Darian duerme. Aparto un mechón de su frente sudada y le beso la sien.

—Despiértame si la fiebre sube —pido a Agnes cuando pasa por nuestro lado.

—Y tú descansa, señora. —Me pone una mano en el hombro—. Mañana volverán las preguntas, los emisarios, los clanes… Hoy déjalos fuera.

Asiento. Me siento en un banco, bajo la cabeza hasta apoyarla en él y escucho su latido. No es un tambor firme; se salta compases, tropieza… pero sigue. Mis dedos acarician el vendaje, como si pudieran sellar cada punto.

Cierro los ojos. Veo a Darian desarmando el ariete en llamas, a Caelan empujando la línea, a Alastair cayendo con mi daga en la garganta. Todo se mezcla con el olor a ceniza y carne quemada.

Me duelen las piernas, los brazos, cada recuerdo, pero por dentro ya no me siento vacía.
No he ganado nada, salvo esto: el derecho a seguir.
Y tal vez, solo tal vez, pueda volver a construir algo donde antes solo quedaban cenizas.

Mientras acaricio el pelo revuelto de mi esposo, comprendo que, para sobrevivir a esta guerra, hemos aprendido a morir un poco el uno por el otro. Hoy me toca mantenerlo en este lado. Mañana ya veremos quién sostiene a quién.



Capítulo 33

«ISLEEN»

Enterramos a los nuestros al alba, cuando la escarcha aún se aferra a la hierba y el sol apenas roza el horizonte. Ochenta y tres nombres, ochenta y tres piedras que sellan su historia. Caelan, con la voz rota, lee la lista de caídos mientras el viento le hace temblar las páginas. Darian, pálido, me acompaña apoyado en Broen. Se mantiene en pie por orgullo más que por fuerza, pero eso no hace más que acrecentar su fama de invencible y de que nada puede con él

Cuando la última pala devuelve la tierra a la fosa, los tambores se detienen de golpe. Un silencio pesado, casi reverente, se extiende. El olor a romero quemado se cuela en cada respiración, como si quisiera envolver el dolor en un aroma suave. Alguien ha improvisado un pequeño altar con cruces talladas y escudos rotos. Lo hemos colocado a la entrada del camino norte, de forma que cualquier invasor que se atreva a mirarnos de nuevo vea primero a nuestros muertos, como una advertencia grabada en tierra y hueso.

—Descansad en paz —murmura Caelan, cerrando el pergamino. Su susurro parece hacerse eco en la escarcha.

Un soplo helado me roza la nuca. Desearía que el viento se llevara también el dolor, pero esa es otra batalla que también debe superarse: la de vivir con la ausencia de los que cayeron. Cierro los ojos un segundo, rezando en silencio por lo que no podrá ser y por lo que aún tenemos que proteger.



En la sala del consejo coloco copas y una botella de whisky sobre la mesa de roble que conserva todavía algunas marcas de espada: huellas de la guerra y de viejas discusiones.

Darian llega primero, con la ayuda de Kerran. No quiere silla ni bastón. Se apoya en la mesa como si pudiera vencer al dolor a base de voluntad.

Caelan entra en silencio, escoltando a tres hombres del consejo MacNab: Dewar, McAlister y Angus MacLeod. También están Màiri Gunn

y algunas personas más.

Detrás veo a Broen, con su parche recién estrenado y esa expresión de tipo duro que, a ratos, se le quiebra en un deje de cansancio.

Y el resto de MacNeish que no se despegan del whisky. No los culpo, firmar un trato sin beber algo sería una descortesía histórica.

Extiendo los papeles sobre la mesa: es el Pacto de Hermandad. Un nombre poco poético para algo tan importante como la paz. Pero, al fin y al cabo, necesitamos hechos, no baladas.

—Lo que vamos a firmar hoy —empiezo, con voz firme, aunque me tiemblen las manos— no es una alianza momentánea ni un tratado de conveniencia. Es un Pacto de Hermandad. Un compromiso escrito entre MacNab y MacNeish para garantizar la convivencia, la defensa común y el fin de una guerra que nos ha costado demasiado.

Veo miradas desconfiadas, algunas aprobatorias, otras agotadas.

—Esto no borra el pasado —añado—. Pero nos obliga a construir algo nuevo con lo que nos queda.

Kerran, desde su rincón, alza la mano sin ceremonia y masculla:

—¿Y si uno no sabe leer, señora? ¿Vale con una marca… o basta con tener buena letra para fingir que sabe lo que firma?

Finn resopla:

—Tú no sabes ni firmar, animal. Tu marca es una cruz torcida.

—Y la tuya es una mancha de vino —responde Kerran, provocando carcajadas.

—Pues que lean los que saben, y que escuchen los que no —replico, sin perder la compostura—. Al final, este pacto se defenderá con hechos, no con pergaminos.

Coloco un cuenco con agua y otro con tinta al lado del documento y empiezo a leer:

—Muy bien —empiezo con voz ronca—. Cláusula Primera: Darian MacNeish e Isleen MacNab declaran extinguida toda deuda de sangre entre sus linajes.

En ese punto, levanto la vista. Darian se cruza de brazos, sin añadir ningún comentario ni gesto.

—Bueno, pues ya no hay cuentas pendientes —bromeo, lanzando una mirada breve a Caelan, que frunce los labios, pero asiente.

Sigo leyendo:

—Los hombres del clan MacNeish pueden residir en Dùn Fergas con pleno derecho mientras ayuden a su defensa y acaten la ley MacNab. ¿Todos de acuerdo? —pregunto, mirando uno a uno. Colum es el primero en hablar.

—De acuerdo, aunque alguno preferiría menos ley y más cerveza —dice él, alzando los hombros.

—Menos cerveza y más tabiques reparados —le atajo—. Ya no estamos para heroicidades huecas.

—Habló la heroína —ironiza Darian.

Kerran, con su mano vendada levantada a la que le falta un dedo, toma la palabra:

—Pregunta seria, señora: ¿esta ley cubre raciones extra para los mutilados valientes y terriblemente atractivos como yo?

Me cruzo de brazos, simulando paciencia.

—La cubre si antes os ocupáis de limpiar y levantar los escombros de la torre sur. Y sin rechistar.

—¿Eso incluye…? —intenta preguntar, pero Broen resopla, enseñándole su puño.

—Te toca trabajar, Kerran. Cuanto más hables, más turnos de guardia te apunto.

—Tercera —continúo—. Habrá una guardia permanente de cien hombres, mitad MacNab, mitad MacNeish, turnos rotatorios, mando compartido.

—Entre vendados, cojos y mancos, haremos lo que podamos —bromea Kerran—. Igual podemos compensar las habilidades que nos quedan entre todos: uno ve, el otro dispara un arco, el otro carga…

—Y yo los vigilo —añade Finn, apoyando los pies sobre la mesa—. Así garantizamos la eficacia.

—Tú solo garantizas las resacas, idiota —masculla Broen, sin despegarse del respaldo.

El grupo suelta una carcajada, que en el eco de la sala suena a desahogo.

—Cuarta—respiro—. Justicia común. Los delitos dentro del castillo los juzgará un consejo de siete: dos MacNab, dos MacNeish, un clérigo, Darian y yo.

Dejo caer el pergamino un instante para mirar a Eilidh, que asoma desde la puerta, con una ceja levantada.

—Yo soy curandera, no clériga —protesta, divertida—. Pero si hace falta, rezo un padrenuestro.

—Tranquila, Eilidh —susurro—. Conseguiremos un clérigo de verdad o lo improvisaremos. Tampoco es que hayamos tenido mucha diplomacia hasta ahora.

—¿Cuántos votos se necesitan para ser colgado del torreón? —dice Finn, divertido.

—Cinco —respondo, seca—. Y estás a tres.

—¿Mi voto cuenta? —remata Broen—. Porque ruego que sí.

Suspiro. No esperaba tanta interrupción, pero supongo que es algo que lo debo acostumbrarme. A los comentarios jocosos, llenos de irreverencia y fuera de lugar de estos hombres que hasta ahora así han combatido una dura vida.

Caelan me pide con la mirada que prosiga. El final del texto reza:

—La aldea de Pethshire, bajo la autoridad de Darian MacNeish, queda protegida por Dùn Fergas. A cambio, enviará grano, madera y veinte arqueros cada otoño; los niños tendrán derecho a aprender un oficio en el castillo.

—¿Contentos con esa parte? —pregunto, mirando a Darian.

—Perfecto —responde, con media sonrisa y una mirada indescifrable.

Broen carraspea, sin decir nada, pero su expresión revela que aprueba el trato.

—Bien… —suspiro—. ¿Algún comentario antes de firmar?

Darian se inclina un poco hacia la mesa. Apoya las manos con lentitud, como si necesitara sostenerse antes de soltar lo que viene.

—Sí —dice, y su voz, grave, sin arrogancia, rompe el aire como una cuchilla envuelta en terciopelo—. Yo tengo algo que añadir.

Todos se giran. Incluso Kerran deja de bromear. Yo lo miro, sin saber si prepararme para una afrenta o un desacuerdo.

Darian clava los ojos en los míos. Y habla solo para mí, aunque haya veinte personas en la sala.

—Cláusula final —anuncia, como si no le temblara el pecho—. Yo firmo este pacto sabiendo que mi casa no son estas piedras. Es tu voz. Es la forma en que me miras cuando aún no sabes si vas a estrangularme o besarme. Lo firmo como un hombre que ya no sabe separar su nombre del tuyo. Como el loco que quemó medio mundo por

odio… y que hoy daría su última gota de sangre solo para que tú sonrías un día más.

Hace una pausa. No para respirar. Para sostenerse.

—Y si algún día te cansas de mí, de mis errores, de mis heridas, solo tienes que decírmelo. Si vivo. Si muero. Si me quedo. Si me voy… Tú decides.

Silencio. No incómodo. Silencio de los que no se atreven a respirar. Darian se endereza, toma la pluma sin apartar la mirada de mí, y firma.

—Esto es lo único que he escrito en toda mi vida que merece ser leído.

Y ni una sola voz se atreve a romper ese momento.

Cuando levanto la vista, Darian sonríe despacio, como si estuviera aprendiendo a hacerlo poco a poco.

—Pues firmado queda. Ahora… ¿puede la ley MacNab autorizar ahora un trago de ese maldito whisky? —vocifera Broen.

—*Autorizado* —respondo, sin apartar mis ojos de los Darian.



El anochecer cae suave sobre Dùn Fergas. Subo a la torre norte a recuperar el aliento; me he pasado todo el día asegurando vigas y repartiendo sacos de grano. Darian me sigue a poca distancia.

Arriba, el viento fresco me revuelve el pelo. El vendaval arrastra el olor a pino quemado desde los braseros, mezclado con las risas que suben del patio. Abajo, los hombres beben y charlan en corrillos improvisados junto a las hogueras.

—¿Cansada? —susurra Darian a mi espalda, rodeándome la cintura.

—Estoy tan cansada que no sé cómo me sostengo en pie. Pero... contenta. Un poco —admito, apoyando la cabeza en su pecho—. Llevas tres días sin lanzarte desde ninguna muralla. Se nota el progreso.

—Estoy en rehabilitación de locuras —bromea, apoyando su barbilla en mi cabeza.

Nos quedamos un momento sin hablar, escuchando el murmullo lejano del patio. Me abraza sin apretar, como quien no quiere romper lo

que por fin ha conseguido sostener.

—Falta algo —murmura, sin soltarse.

—¿El qué?

Da un paso atrás y me gira para observarme con esa expresión suya concentrada y oscura que me seduce.

—Tienes que decírmelo —dice, con una chispa grave en la voz—. ¿Estoy perdonado, MacNab?

—No. —Me pongo de puntillas y lo beso—. Pero eso nunca te ha detenido, ¿no?

Él sonríe. Darian mueve la mano con descaro por mi cintura y me arrastra suavemente a su pecho de nuevo. Su aliento roza mi frente y, a pesar de ese leve temblor que revela que su herida aún no está curada, se mantiene firme, con la arrogancia de un *highlander* que parece inmune al dolor.

—¿Qué tengo que hacer para redimirme? Me tienes aquí, dispuesto a todo —dice en un susurro.

—Primera orden: vive, maldita sea. —Rozo su boca con mis dedos—. Segunda: cuando tengamos un hijo, no le enseñes a ser tan temerario como su padre antes de que cumpla diez años.

—Nueve, ¿quizá? —propone, enredando su risa con la mía.

—Como mucho, nueve y medio.

—Trato hecho —bromea.

—Y tercera orden: no vuelvas a pedirme perdón por lo que eres porque te amo, Darian MacNeish. Con tus cicatrices y tus sombras, aunque me duela y a veces desee no hacerlo. Te amo… y lucharé por ese amor, como he hecho con todo.

—Dilo otra vez. Solo una. Porque si lo repites, Isleen, me arrodillaré aquí mismo y juraré ante cualquiera que tenga ojos que no volverás a pasar un solo día sin sentir cómo cada latido mío pronuncia tu nombre.

No necesito pensarlo; acerco mi boca a la suya, casi rozando su aliento, y lo repito en un susurro que tiembla entre nosotros:

—Te amo.

La palabra apenas abandona mis labios cuando él exhala como si le arrancaran un peso antiguo del pecho. Sus rodillas ceden y tocan el suelo, su cuerpo se inclina, rendido en un gesto que jamás había concedido a nadie. No es la fiereza del guerrero; es algo mucho más

temible: la vulnerabilidad absoluta de quien ha encontrado, por fin, algo que le importa lo suficiente como para desarmarlo.

Sus brazos se ciñen a mi cintura y, siento el peso de su frente apoyarse en mi vientre.

Nos quedamos mirando el cielo oscuro, las antorchas que brillan como luciérnagas en el patio, el castillo que todavía rezuma heridas por todas partes. Pero es nuestro. Y si algo he aprendido, es que las ruinas pueden convertirse en hogar cuando hay manos dispuestas a levantarlas.

Darian me besa con un cuidado reverente.

Cierro los ojos y escucho dos latidos: el mío, ligero como un secreto que ya no duele; y el suyo, profundo como un tambor que convoca a la vida.

Mañana habrá que medir tejados, curar heridas rezagadas y negociar con el molinero de Pethshire.

Mañana seguiremos pagando deudas con trabajo, no con sangre.

Mañana… pero hoy me permito este silencio, esta certeza:

Hemos sobrevivido a nosotros mismos.

Y eso, en las Highlands, ya es una leyenda digna de los bardos.

Epílogo

A veces, cuando Dùn Fergas calla y solo se oye el chasquido de las antorchas, subo a la torre norte y dejo que el viento me cuente lo que somos ahora.

Bajo mis botas ya no cruje la guerra, cruje el barro de los constructores y el serrín de los carpinteros. Donde antes corrían noticias de muerte y odio, hoy corre un chiquillo descalzo persiguiendo a una cría de cabra que ha robado una hogaza; el patio entero estalla en carcajadas mientras Kerran —con su mano sin dedo— hace de juez y Finn toca una flauta a la que le faltan notas.

La corona, ocupada en limpiarse la mugre que dejó el Conde Angus, después de que Margarita se divorciara de él y rescatara a su hijo y rey, mira al sur.

Jacobo V gobierna; nosotros, sencillamente, vivimos. Edimburgo no envía emisarios ni exige tributos. El último rugido de los Ruthven murió con Alastair, y su clan, sin padrinos ni gloria, se disipó como humo mojado.

Eso es lo que cuentan los papeles: que resistimos un asedio, firmamos un pacto y aquí terminó la crónica.
Pero lo que no cabe en los pergaminos es esto:

«El olor a pan moreno que se cuela en las almenas al romper el alba».

«La guardia mixta cantando a cuatro voces (cada una en su tono, ninguna afinada) mientras apuntala la torre sur».

«El serbal viejo que se obstina en florecer cada primavera y su lluvia de pétalos blancos que mancha las armaduras y perfuma los juramentos que se pronuncian bajo su copa».

«Las discusiones de Finn y Kerran sobre quién fríe mejor el whisky —porque sí, intentaron freírlo—y el juramento solemne de no revelarle nunca la receta a ningún Drummond».

«El momento en que Caelan aceptó a regañadientes—sin testigos oficiales— que sentía cierta admiración hacia su hermano *mayor.* Su confesión quedó sepultada bajo tres carcajadas, cinco palmadas en la espalda y un brindis de cerveza aguada».

«La calma rara de saber que, si alguien golpea la puerta, no será para exigir vidas, sino para pedir sal o un cuento junto al fuego».

Darian

Lo observo al fondo del patio, sujetando la madera de un tejado recién serrado. Lleva la camisa suelta, el tartán a la cintura y las viejas cicatrices brillándole como medallas que ya no necesita explicar.

Antes entrenaba para la venganza; ahora entrena a los niños a tensar el arco sin hacerse daño.

Todavía es un *highlander* terco: le duele una costilla mal curada, pero no lo admite.

Cuando le pregunto:

—¿Te molesta? —gruñe: —Solo molesta el whisky malo, esto solo avisa de que sigo vivo.

En sus ojos ya no anida la furia, sino una especie de vigilante ternura. Por las noches me rodea con el brazo y esa mano enorme descansa en mi vientre, como si protegiera algo que todavía no existe pero que él ya defiende.

Yo

Sigo siendo MacNab, pero la cierva blanca que era antes ahora carga un estandarte propio más férreo y temible.

He aprendido a firmar tratados, a negociar grano, a mandar callar a dos clanes enteros con un solo gesto. Cuando recorro el adarve con la capa ondeando, ningún guardia baja la mirada por cortesía: la baja por respeto.

No reniego de la muchacha que fui, la que suplicó de rodillas por la vida de su hermano. Esa súplica es la raíz de mi voz. Solo que ahora mi voz no tiembla, ni pide permiso.

Nosotros

Nuestro matrimonio empezó como un tratado sembrado de desconfianza; hoy es un acto cotidiano de elección.

Cada amanecer él me pregunta con esa sonrisa medio rota:

—¿Me eliges otra vez?

Yo contesto sin solemnidades:

—Solo si vuelves a besarme de nuevo.

Él se ríe, me roba un beso que sabe a bruma y avena y vuelve a decirme que me ama, sin anillos nuevos ni altares frescos, solo con el eco de los martillos golpeando piedra: nuestro campanario sin cencerros.

…Y Caelan

Sería injusto cerrar estas páginas sin hablar del hombre que sostuvo la muralla cuando todos creímos que cedería.

Caelan sigue patrullando al alba, justo cuando las sombras son más largas y ningún canto de gallo se atreve todavía a romper la niebla. A esa hora, el castillo late solo en su respiración y en el roce de su espada contra la vaina.

En el patio lo llaman Capitán Bisagra, porque se las ingenia para encajar piezas que no parecían destinadas a juntarse:

Convenció a los Cuervos de que enseñaran a los mozos MacNab a luchar con hacha corta. «Porque técnicas más rudas también funcionan».

Logró que los míos aceptaran las bromas obscenas de Kerran como parte del entrenamiento de disciplina («Si aguantas su lengua, aguantas cualquier asedio»).

Se sentó con Broen y, entre sorbo y sorbo de whisky, pactaron rotar guardias para que los hombres, por una vez, durmieran seis horas seguidas.

Darian y él todavía chocan cabezas —literalmente, a veces— pero ya no para medir orgullo, sino para decidir juntos. Cuando terminan de discutir, uno siempre acaba riendo… y el otro también, aunque gruñendo por lo bajo.

Caelan MacNab (o MacNeish, según quién pregunte) ha cambiado la lealtad ciega por una que ve y el silencio hosco por un humor seco.

Legado

Las ruinas siguen siendo ruinas, sí, pero ya no huelen a derrota: huelen a cal fresca. Las grietas que quedaron a la vista no se ocultan; se rellenan con una mezcla de yeso, sudor y orgullo. Cada piedra

recolocada cuenta, mejor que cualquier juglar, la historia de cómo dos enemigos tejieron un techo común.

Si un cronista llega algún día preguntando por fechas y nombres, le mostraré el arco del portón norte, donde aún se distingue, tosca y torcida, la primera firma que Darian y yo hicimos juntos: su sangre y la mía, mezcladas con la tinta.

Y le diré:

—Aquí no ganamos una guerra. Aquí convertimos la rabia en hogar.

Yo ya no me escondo tras un apellido, ni busco escapar antes de que alguien reclame mi libertad. Ahora la llevo conmigo. En cada decisión. En cada noche en que me acuesto con él y sé que no hay ley, ni alianza, ni apellido que me obligue. Solo el deseo, y la elección constante de seguir aquí.

Vivimos entre ruinas. Pero las hemos hecho nuestras. Y cada piedra que vuelve a levantarse es una victoria contra el miedo, contra la pérdida, contra todo lo que creímos que no se podía reparar.

Porque el amor, al final, no es el premio tras la batalla. Es la tarea diaria de apuntalar los muros, de barrer las cenizas, de seguir construyendo a pesar de todo.

Po eso mañana, cuando vuelva a salir el sol sobre las Highlands, lo elegiré otra vez.

Porque el amor no es una promesa de amor eterno ni un sentido de pertenencia, es una elección. Cada día. Cada noche. Y antes de que sea suya, primero soy mía.



Gracias por haber llegado hasta aquí y haber hecho posible esta historia. ¿Nos vemos en los comentarios? Por fiiiiiiiiiii. Dale a este QR.



Nota de la autora

(o cómo mezclar highlanders, historia real y litros de drama sin que se caiga el tartán)

Bienvenida, lectora intrépida: si has llegado hasta aquí es que has sobrevivido a espadas, flechas, sexo en murallas y un protagonista que se lanza desde tejados como si la gravedad fuera opcional. Brindemos con whisky (del bueno, no el que quemaba Kerran) mientras te cuento los entresijos que no cabían en la novela.

1. La corona andaba a por uvas

Entre 1525 y 1528 Escocia era un tablero con demasiadas piezas y un rey —Jacobo V— guardado en castillo ajeno como si fuera de porcelana. Su madre, Margarita Tudor, se hartó del regente (el siempre encantador Archibald Douglas, conde de Angus), pidió el divorcio, juntó aliados y liberó a su hijo. Dejó a los nobles que habían vivido de prestado buscándose un nuevo enchufe.

Resultado: Angus perdió su poltrona, sus aliados se quedaron sin padrino y las Highlands aprovecharon el desbarajuste para ajustar cuentas viejas. **Ese hueco de poder es el charco perfecto para que nazcan proscritos, alianzas a la carrera y asedios con más pasión que protocolo.**

Licencia literaria #1: comprimo meses de líos políticos en unas cuantas páginas. La realidad fue más lenta y mucho menos sexy.

2. MacNab vs MacNeish: enemigos… y cebo para novelar

Los archivos parroquiales —que suelen ser más sangrientos que un capítulo de **Juego de Tronos**— recogen que **los MacNab arrasaron a los MacNeish en Glen Dochart hacia 1612**; yo adelanto la fecha un siglo para colarla en pleno reinado de Jacobo V.

¿Por qué? Porque necesitaba dos clanes con odio heredado, y este duelo concreto traía de serie:

- Montañas espectaculares **(Highlands centrales, perfectas para cabalgar a cámara lenta).**

- Un lago con leyenda **(Loch Earn, bendición para escenas trágicas).**
- Un final trágico real**: los MacNeish casi desaparecieron.**
- Un rencor con pedigrí **que justificara traiciones y frases como** tu apellido pesa más que tu espada**.**

Licencia literaria #2: en la novela sobreviven más MacNeish de los que registra la historia. Admito que resucité a unos cuantos; la trama necesitaba músculo… y sarcasmo.

Los archivos parroquiales describen a los MacNeish (a veces escritos MacNish, MacNeishie, o como al monje se le descarrilara la pluma) como los **bandidos de Glen Dochart**, escondidos en cuevas y brañas, acusados de robar ganado y, spoiler, de ser «la vergüenza de las Highlands».

En 1612 —fecha real— los MacNab organizaron una pequeña expedición nocturna, les tumbaron la puerta de la cueva, los atravesaron con espadas y colgaron la cabeza de su jefe en un roble para "recordar la victoria".
Fin del clan, caso cerrado, no quedó nadie para contar su versión.

A mí ese silencio me olía a oportunidad:

¿Y si no eran simples saqueadores?

¿Y si la historia la escribieron quienes ganaron y, sorpresa, no eran imparciales?

Así nació mi Darian: un MacNeish que roba al rico, ampara al desposeído y se enfada con la corona, aunque su cheque de venganza venga sin firma. ¿Idílico? Sí. ¿Posible? Pues… si nadie puede contradecirlo, lo plantamos y regamos.

Licencia literaria consciente: he blanqueado a una banda que los cronistas llamaban "escoria". ¿Por qué? Porque toda historia merece un abogado del diablo y yo, este turno, defendí a los que no sobrevivieron para hacerlo.

3. Dùn Fergas no existe (pero ojalá)

El castillo es un Frankenstein de fortalezas: la planta rectangular de Tioram, las almenas de Doune y la vista de Kilchurn al amanecer. Si un mapa insiste en que no lo encuentra, dale un sorbo de whisky y dibújalo tú misma.

4. ¿Todo lo bélico es exacto?

Más o menos. Los arietes, las catapultas de brazo corto y la brea hirviendo estaban a la orden del día. Lo que no he podido documentar es a qué santo un highlander sano de la cabeza se tiraría desde un parapeto para patear escaleras… pero Darian tiene sus propios manuales de estrategia (y un ego del tamaño de Ben Nevis).

5. Inspiración en vena

- **Para Isleen** bebí (además de café) de Black Agnes de Dunbar y de cualquier crónica donde las mujeres dirigieran castillos mientras los cronistas se atragantaban escribiendo «contra natura e impropio de su sexo».

Agnes Randolph —nieta de Robert the Bruce, condesa de March por matrimonio y señora de Dunbar por arrestos propios— soportó en 1338 un asedio inglés que parecía de manual… hasta que ella lo convirtió en sátira mientras su marido estaba ausente por ahí en otra batalla, que entonces había para dar y repartir.

Cuando las catapultas de William Montagu, conde de Salisbury, empezaron a vomitar pedruscos contra los muros, la "negra" como la apodaron por tener la tez oscura, salió cada tarde a la hora del bombardeo con sus damas de compañía. Vestidas «comme il faut», sacudían delicadamente el polvo de los muros con sus paños de lino, como quien quita pelusa a un jubón nuevo.

Era su forma de decir: solo estáis ensuciando mi casa, caballeros.

Salisbury, más tarde empleó otro truco muy del siglo XIV: traer a un rehén querido para quebrar la moral del enemigo. Exhibió al hermano de Agnes —John Randolph, conde de Moray— con una cuerda al cuello bajo las almenas y pregonó que lo colgaría si no entregaba la fortaleza. Desde lo alto respondieron la frase más citada (y probablemente más irritante) de la Edad Media escocesa:

«Si le matáis, yo heredaré sus tierras.»

Salisbury descubrió que la presión psicológica sirve de poco cuando la señora del castillo tiene más temple que todos tus armeros juntos. El asedio duró cinco meses y terminó, cómo no, con los ingleses retirándose y Black Agnes pasando a la

posteridad como la mujer que defendía murallas con pañuelos y retruécanos.

Isleen debía aspirar a esa clase de insolencia táctil: la que sacude el polvo de los proyectiles y, de paso, la mitología sobre lo que una mujer "debe" hacer cuando el tablero huele a pólvora.

- **Para Darian** mezclé la furia de William Wallace con la lealtad tribal de Rob Roy… y añadí terapia de autoestima cero para que evolucionara a humano funcional. También tiene pinceladas de Robin Hood, el de Kevin Costner, por supuesto.

- **Para Caelan** imaginé qué pasaría si el guardaespaldas noble de tantas historias descubriera que su verdad no cabe en un solo apellido.

- **Kerran y compañía** surgieron cuando imaginé qué pasa si al dramón escocés le inyecto un bar de chistes malos y apuestas absurdas.

6. ¿Y ahora qué?

La paz es frágil; Pethshire alberga proscritos que se huelen nuevas intrigas. Y Caelan ha puesto un pie allí. Lo único que diré es que **ese hombretón con mirada de tormenta será el protagonista de la próxima novela**. Primero, porque se lo ha ganado cubriéndonos la espalda; segundo, porque está **muy** bueno y se merece que alguien le quite la armadura con calma… y con pelos y señales. No hay que escatimar en detalles. Y tercero… porque sé que me lo vais a pedir, ¿a qué sí?

Fin del comunicado. (Guiño, guiño).

7. Agradecimientos con pulla

- **A la RAE**, por recordarme que los gerundios rebeldes merecen patíbulo.

- **A los historiadores**, porque investigan con rigor lo que yo después estiro como masa de pan.
- **A ti**, lectora aventurera, por reírte de los chistes malos de Kerran, sufrir con Isleen y perdonar a Darian (más de una vez). Sin tu complicidad, esta novela sería solo como un tartán doblado en un cajón.

8. ¿Me he tomado muchas licencias?

Un poco. He adelantado fechas, resucitado nombres y puesto fuego allí donde el archivo solo decía "cebada cocida". Pero la Escocia del XVI fue un hervidero de clanes, rencillas y pueblos que sobrevivían con normas muy suyas. Haber romantizado a los MacNeish no contradice un hecho clave: **nadie sabe quiénes eran de verdad, ni si la "escoria" se parecía a Robin Hood o a los Hermanos Dalton.**

Mientras los académicos siguen escarbando pergaminos, yo echo leña literaria al fuego:

Tal vez el clan extinto ocultaba proscritos con más moral que los lairds respetables.

Tal vez la cueva no era un cubil de ladrones, sino el primer comedor social de la zona.

Tal vez Darian y su gente existieron… y el roble con la cabeza clavada contó solo una parte.

Hasta que surja nueva evidencia, la imaginación tiene derecho a asiento en la mesa. Y yo, como buena anfitriona, le sirvo un vaso de whisky (del bueno).

Gracias por creer conmigo en la posibilidad de un bandolero que resulta héroe, en una mujer que dirige clanes y en que los huecos del archivo se rellenan mejor con emoción que con polvo.

Nos leemos pronto, con Caelan al frente y algún secreto más por desenterrar.

Termino con la frase que me tatuaría (en la mente, que duele menos que en la piel y es un poco larga):

El amor no es promesa; es elección diaria. Y antes de ser tuya, soy mía.

Nos vemos en la próxima hoguera, con la bruma alta y las Highlands aún por conquistar.

Os quiere

Anne

P.D: Podéis seguirme en Amazon y enteraros de todos mis lanzamientos, novedades y ofertas. Os dejo un QR para hacerlo fácilmente, mis criaturas hermosas.



Agradecimientos

¡Y llegamos a los **agradecimientos**! ?? No sabéis lo feliz que me hace este momento, porque, chicas, con cada libro que escribo no solo voy ganando lectoras, sino también amigas. ?? ¡Y qué amigas! De esas que siempre están ahí para apoyar, comentar, reír y suspirar juntas por nuestros amados protagonistas. Voy a hacer una encuesta sobre vuestros favoritos, los amasaré juntos y crearé al protagonista de los protagonistas y lo le diremos a la IA que nos cree un novio virtual igual que él para los ratos aburridos, jajajajajaja.

Gracias a todas por estar a mi lado, por acompañarme en cada aventura literaria y por llenar mi buzón de mensajes, comentarios y reseñas que me alegran el día. Sin vosotras, esto no sería ni la mitad de divertido y gratificante.

intentando ordenar todo el torrente de emociones y agradecimientos que llevo dentro. Empecemos por lo más importante, sin rodeos: **gracias**. Pero no es un gracias cualquiera, es de esos que te recorren de la cabeza a los pies, uno de esos que llevan un "te lo debo todo" implícito. Cada vez que publico un nuevo libro, me embarga esa mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré tocar vuestras almas, arrancaros una sonrisa, una lágrima, un suspiro...

Y entonces llegáis vosotras. **Mis lectoras, mis amigas.** Porque sí, cada vez que una de vosotras se adentra en mis historias, siento que estamos conectadas de una manera especial, como si recorriéramos juntas cada castillo, cada campo de batalla, cada mirada intensa que atraviesa las páginas. Vuestras palabras, vuestras risas, esos mensajes que llegan tras haber pasado una noche en vela con mi libro entre las manos... Todo eso me hace sentir que no estoy sola en este viaje. Que **estamos en esto juntas.**

A vosotras, las que os habéis desvelado por "solo una página más", las que habéis hecho de mis personajes vuestros amigos, los habéis defendido, amado, odiado y vuelto a amar. Vuestras emociones son mi premio, vuestro cariño es el mejor combustible para seguir escribiendo. **Sois el verdadero corazón de mis historias.**

No os imagináis lo que significan esos mensajes que recibo, cada uno es como un abrazo, como una conversación íntima entre amigas. Me hacéis reír, llorar y emocionarme con vosotras, y eso... eso es algo que no cambiaría por nada en el mundo. Porque, aunque parezca que soy yo quien os cuenta historias, sois vosotras las que dais vida a cada una de ellas.

Así que **gracias**, de corazón. Por vuestra pasión, por vuestro entusiasmo, por creer en mí y en mis personajes. Por cada comentario,

cada reseña, cada palabra de aliento. Vosotras sois la razón por la que sigo creando, soñando y escribiendo con el alma.

Nos queda mucho por vivir juntas, y no puedo esperar para seguir recorriendo este camino con vosotras. Así que, con todo mi cariño y muchas más historias por contar, os mando el abrazo más grande del mundo, de esos que se sienten en lo más profundo.

¡Seguimos, chicas! Esto solo acaba de empezar, y sé que lo mejor está por venir. 🌟💖

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

A mi club de las Hadas:

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un guerrero Highlander.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: ¡Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Jessica Cruz Escámez: A la velocista de las letras, cuya velocidad de lectura desafía a la luz y cuyos comentarios me encantan.

Rocío Yuste: A la maga de las reseñas, capaz de capturar los detalles más pequeños de mis novelas con su varita mágica de palabras.

Verónica Leiro, qué bonita es y que entusiasmo desborda.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero “mis chicas”:

Estefanía Cobo Moreno, Susana Vila, Lidia Armario, Eva_bueu, Elenablda, Pilu_baca, Tere Reixach, Estefanía Cobo, Mónica (@slayertxu), Meli Berzaghi, Pepi Armario, María_ese_ce, Denis Luz, Lau Soler (que me alegra el día con sus MD, jejejeje), Emma. MarW, Iria

García Blanco, María Marchena González, Ana Sofía Ribeiro, Mariina Castro, Lola de Albacete, Pepa Urea Serrano, Lola López García, Monserrat Martin Barrero, Rakel Córdoba, Silvia Gámez, Gloria Benitez Sody, Antonia Ávila Suarez, Isabel Marchante (con esa estantería con todos mis libro, wowwww), Verónica Ramon Romero, Graciela Peñarrocha, Monica Lopez Torres.

Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa, si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras.

Elena de Elenasinh_books porque ha sido precioso su entusiasmo y la forma en que me ha tenido en vilo con sus stories sobre Entre las páginas del tiempo.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespues: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger:Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizondo: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluables para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríajose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandoentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia (jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirte en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agridulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo… Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Joder, nunca me he reído tanto con alguien. Esta mujer es increíble y tenéis que leer sus libros si queréis ejercitar los abdominales de la risa. Dublineta Eire, buscadla.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una “fuente” de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me ha hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Comgatigos, Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, Paqui Dede, Marisa Mengual, Inma Camino, , Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, , Isabel Mari Cruz, Tani Montellano, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer, @la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba, Elena Picó, Julia Ruizmo, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramírez, Izaskun Rivas Hernández, Patricia López Alburquerque,, Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba, lady_romcom, Martha Worthales, Silvia Gámez que ha tenido una idea genial y es la de crear un grupo de escoobsesas.

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado, aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelo y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.

Bibliografía

Scottish Customs de Sheila Livingstone

Scottish History of James MacKay

Historia de Escocia: Una guía fascinante de la historia de Escocia de Captivating History

Jefes escoceses de Jane Potter

Breve Historia de Escocia de Ana Barrera

Escocia misteriosa de Manuel Jesús Palma Roldán

Clanes escoceses y genealogía en Escocia

Clan escocés - Wikipedia, la enciclopedia libre

https://es.wikipedia.org/wiki/Jacobo_V_de_Escocia

https://en.wikipedia.org/wiki/Beltane

https://www.eldebate.com/historia/20230421/agnes-negra-defensa-castillo-dunbar_109332.html

https://es.wikipedia.org/wiki/Archibald_Douglas,_VI_conde_de_Angus

La Isla de las Discusiones y la Isla de los Acuerdos: el peculiar modo escocés de resolver conflictos

En tierra de leyendas – OSCAR LARRAGA

La sexualidad en la época victoriana

La primera revolución sexual | Clionauta: Blog de Historia

Sexo seicentista y dieciochesco - Jot Down Cultural Magazine

Lady Julian: sexualidad y prostitución en un barco del siglo XVIII

'Harlots: Cortesanas', el negocio del sexo en el siglo XVIII

Así eran las prácticas sexuales más peculiares de la Historia

https://www.nuevatribuna.es/articulo/historia/sexualidad-epoca-victoriana/20171203181816145989.html

https://www.tienda-medieval.com/es/espadas-los-inmortales/12130-espada-mandoble-claymore-highlander-iii-larp.html

https://www.loquis.com/es/loquis/1375807/Castillo+de+Tor

La verdad sobre el cinturón de castidad y otros mitos sexuales

La verdadera historia del cinturón de castidad | Placeres | S Moda | EL PAÍS

El luto en la historia occidental - Funeraria Zaragoza - Servicios Funerarios Tempus

Biografía

Anne K. Austen es un seudónimo, y todo lo que rodea a esta autora está envuelto en sombras y misterio. Así que tú, querido lector, que estás sumergiéndote en esta biografía, tendrás que mantener el secreto de su identidad si es que llegas a descubrirla…

Una verdad incuestionable es que Anne nació el 22 de agosto de 19 ¿? Otra verdad impepinable es que jamás revela su edad y mucho menos desde que hace frente a una importante crisis de los cuarenta ¡Uch!

Nació en Santurtzi (Vizcaya), o ¿fue en Nueva York? Lo cierto que es que sí se fue por toda la orilla hasta un pueblecito de Vitoria que ahora echa de menos porque parar, ha parado poco. Es lo que tiene sentir ganas de comerse el mundo, que uno nunca puede estar quieto.

Desde siempre, su vida ha sido un perenne capítulo lleno de libros. De niña, leía más de lo que hablaba y se refugiaba en novelones quizás demasiado avanzados para su edad. Y es que por leer se lee hasta las indicaciones del champú, luego tiene un montón de información en la cabeza que se mezcla y entrelaza y la vuelve un poco loca, así que la deja salir en forma de tramas y personajes. Cada rincón de su mente es un tesoro de ideas y creatividad, alimentado por años de devorar libros y explorar universos literarios.

A los doce, descubrió el mundo de las novelas románticas, con portadas de hombres musculosos y cabellos dignos de anuncios de champú, y las devoraba como si no hubiera un mañana.

Fue también a esa edad cuando Anne comenzó a escribir sus primeras novelas en folios, con líneas que nunca lograban ser rectas. Compartía estas historias en clase, distrayendo completamente a sus

compañeras, hasta que la profesora de lengua confiscó una de sus novelas. Para su sorpresa, ¡la profesora se la leyó y la animó a seguir escribiendo! A los doce, también ganó su primer premio de cuentos y en el 2017 también fue finalista del Premio Literario de Amazon, pero con su otra personalidad, la más seria y dramática.

Con grandes expectativas, estudió Ciencias Económicas, pero Anne nunca dejó de escribir. En las aulas de estudio, en lugar de prepararse seriamente, se encontraba inventando historias. Es que escritor no se hace, se nace, y es imposible no escribir cuando pasas más tiempo creando mundos que viviendo en la realidad.

Anne es una lectora voraz y amante indiscutible de cualquier género literario, entre ellos, la romántica, de la que se declara acérrima defensora. La capacidad de amar es nuestra virtud más humana y la pasión, su forma de expresarse. Escribir sobre ello la convierte en la mujer más afortunada sobre la tierra y espera poder compartir parte de esa felicidad con sus lectores.

Así que, si alguna vez coincides con Anne y no te responde, no se lo tengas en cuenta. Está en otro mundo, creando. No concibe una vida sin libros, sin historias de hombres que quitan el aliento y te hacen sentir mariposas en el estómago. No concibe una realidad sin irrealidades, porque así es ella: una soñadora, una romántica empedernida que necesita las historias románticas tanto como el aire que respira.